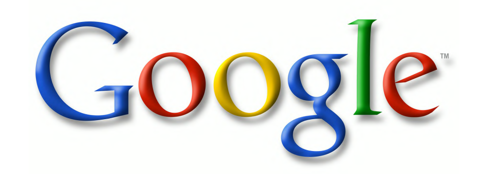
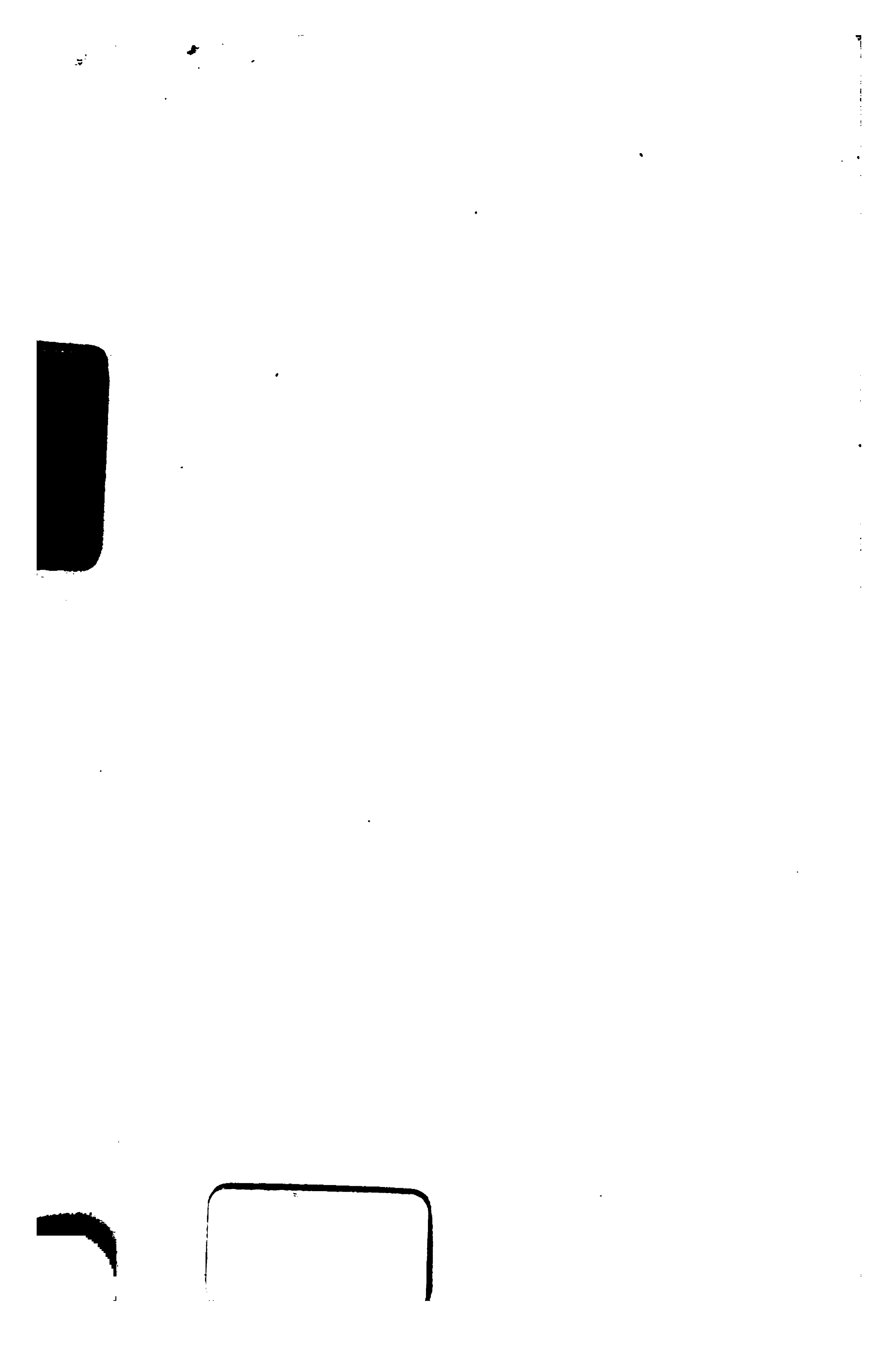
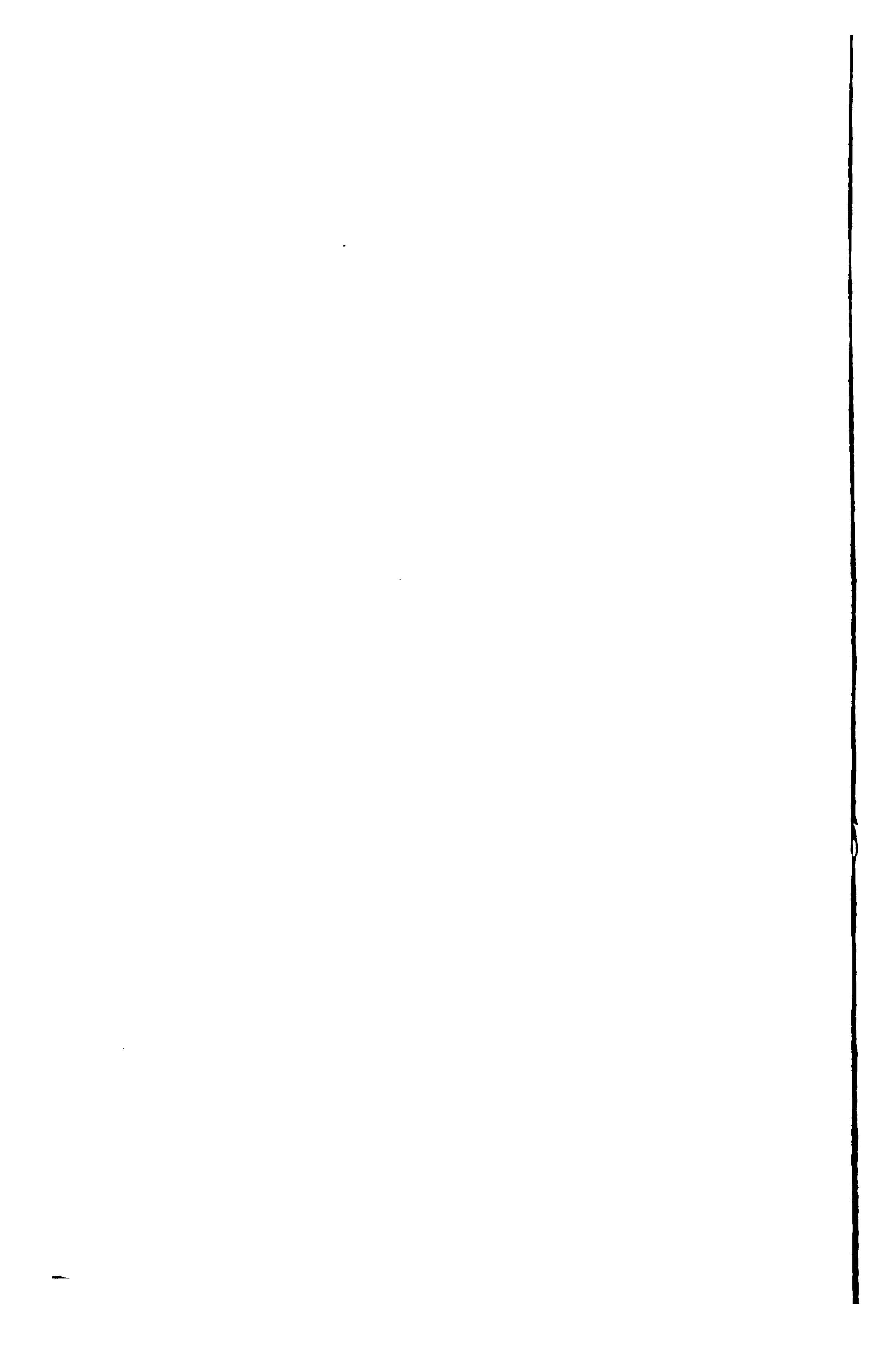






DOÑA MARÍA MANUELA PIGNATELLI

DE ARAGÓN Y GONZAGA

DUQUESA DE VILLAHERMOSA

POR

D. VICENTE ORTI Y BRULL

TOMO I

LOS DUQUES DE VILLAHERMOSA



MADRID
EST. TIP. VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4
1896

DOÑA MARIA MANUELA PIGNATELLI

DE ARAGÓN Y GONZAGA

1. Name.
2. Villahermosa, House of.
3. Spain—Hist.—18th–19th cent.

2-GD

DOÑA MARÍA MANUELA PIGNATELLI

DE ARAGÓN Y GONZAGA

DUQUESA DE VILLAHERMOSA

POR

D. VICENTE ORTI Y BRULL

TOMO I

LOS DUQUES DE VILLAHERMOSA



MADRID
EST. TIP. VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4
1896

Libreria Tornaco 16 July 1946 ([illegible])



Doña María Manuela
Pignatelli de Aragon y Gonzaga
Duquesa de Villahermosa Condesa Duquesa de Luna etc.



DOÑA MARIA MANUELA PIGNATELLI

DUQUESA DE VILLAHERMOSA

INTRODUCCION

Gloria non moritur. — (Lema de antepasados de los Villahermosa.)

El día 17 de Septiembre de 1790 anunciaron las campanas á los fieles de Madrid que en la iglesia del Carmen Descalzo, hoy parroquia de San José, iba á celebrarse la solemne ceremonia de exponer á la pública veneración el Sagrado Cuerpo de Jesús Sacramentado (1), y pocos minutos después de las diez de la mañana salieron de la sacristía, con sendos cirios encendidos, seis lacayos de roja y amarilla librea, en cuyos galoneados bordes ostentábanse las barras de Aragón, el león y la torre de

(1) Archivo de Villahermosa. Relación de la enfermedad del Duque D. Juan Pablo.

Castilla, los clavos y martillos de los Azlores, los lobos de los Gurreas y los borceguíes de los Zapatas, en unión con otros muchos cuarteles; seguían á los lacayos los frailes de la Comunidad, y á éstos el oficiante, revestido con los ornamentos propios del acto, que se celebró con la solemnidad y preces de rúbrica.

Todo el día estuvo el templo lleno de gente, viéndose, entre otros individuos de la grandeza y personas notables, á los Condes de Altamira y Montijo, al Duque de Híjar, á la Duquesa de Osuna, al Marqués de Santa Cruz y al de Santiago, á los Condes de Floridablanca y Campomanes, al Ministro Caballero, á los Obispos de Barbastro y Lérida, y á gentes de todas clases y condiciones, entre las que se destacaban los Superiores de casi todos los numerosos Monasterios que por entonces tenía Madrid, que iban á pedir á Dios por la salud de D. Juan Pablo de Aragón y Azlor, Duque de Villahermosa, de Luna y de la Palata, Conde de Guara, del Real, de Sinarcas y de otros títulos, que se encontraba en trance de muerte en su casa de la Carrera de San Jerónimo con vuelta al Prado de San Fermín, á consecuencia de una pulmonía adquirida al prestar auxilio á los vecinos de la Plaza Mayor, en el terrible incendio, que casi la había destruído, en el último mes de Agosto.

Al mismo tiempo que en el citado Convento, se celebraron rogativas con igual fin en el oratorio del Caballero de Gracia; en el Real Monasterio de las Salesas, y en la capilla de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza del hospital de Montserrat,

por especial encargo de la Excma. Sra. Doña María Manuela Pignatelli, hija del Conde de Fuentes, esposa del ilustre prócer enfermo, y una de las damas más conocidas de Madrid, no sólo por lo ilustre de su alcurnia, sino también por su ferviente piedad y su caridad inagotable.

No quiso el Señor, en sus inescrutables designios, conceder lo que con tanto fervor se le pedía, y el 18 de Septiembre llamó á sí al enfermo, que se durmió en la paz de los justos, después de recibir con edificante fervor los Sacramentos y bendecir á su mujer y á sus hijos.

Dos días después, con pobreza verdaderamente cristiana y sin las pompas á que tenía derecho por su nacimiento y calidad, fué conducido á un nicho de la bóveda de la iglesia parroquial de San Sebastián, oficiando en sus funerales, que duraron nueve días y presidió el Duque de Granada, los Obispos citados, y acudiendo gran número de fieles.

Poco tiempo después fueron transportados sus restos mortales á la iglesia de Pedrola, por él restaurada y engrandecida, y allí esperan la resurrección de la carne.





Juan Comba lo dibujó



CAPÍTULO PRIMERO

I

Era el difunto, el undécimo Duque de Villahermosa, y como tal jefe de una de las casas más ilustres de España, cuyo origen refieren así las historias:

Siendo muy joven el Infante D. Juan, hijo de D. Fernando *el de Antequera*, tuvo un hijo al que puso por nombre Alfonso. Poco después vióse obligado el Infante á marchar á orillas del Ebro, donde no quiso que su hijo le siguiese, dejándole confiado á su primo el Rey de Castilla, que desde aquel momento le consideró como propio, corriendo con su educación y adelantos.

En la corte castellana creció D. Alfonso; á la sombra de sus morados pendones hizo sus primeras armas, siendo tantos y tan valerosos los hechos que llevó á cabo, que el Rey D. Juan le armó ca-

ballero, dándole por armas el escudo real partido en tres cuarteles: los dos de la derecha con castillo de oro en campo rojo y un león coronado medio morado y medio rojo en campo blanco, y en el tercero, que formaba la mitad del escudo, las barras de Aragón; armas que hoy continúan ostentando sus sucesores, sin más diferencia que ser el león coronado y todo de púrpura, desde el tiempo del Rey Católico, que lo dispuso así.

Continuó D. Alfonso largo tiempo siendo uno de los magnates más poderosos de la corte de Don Juan II, mereciendo por nuevos y gloriosos hechos de armas contra los moros y contra los rebeldes al Rey de Castilla, que éste le hiciera elegir en 1443 gran Maestre de la Orden de Calatrava, dignidad que renunció en 1445, cuando sentado ya su tío, el conquistador de Nápoles, en el trono de Aragón y en guerra con su primo hermano el Monarca de Castilla, se vió precisado D. Alfonso, como era natural, á pasar al bando del primero.

Como Generalísimo de los ejércitos de Aragón, peleó más adelante en las diversas guerras sostenidas por su padre, ya Rey, contra castellanos y franceses, subiendo el primero por la escala á la brecha de Igualada, tomando personalmente el castillo de Montefalcón y restableciendo la autoridad real donde era desconocida: por estos hechos recibió la Baronía de Arenós, señorío de los más principales de aquel tiempo, pues se componía de las villas, fortalezas y lugares de Arenós, Cartel, Murtán, Montanejos, Cirias, Termio, Pandiel, Toga, Apoder, Arzola, Villahermosa,

Cucaya, Villamoleja, Ludientes, la Puebla de Arenós, Torrechiva, Espadilla y Vallat. Esta Baronía constituyó el Ducado de Villahermosa.

Nuevas y victoriosas campañas hicieron que el Rey y las Cortes de Monzón le nombrasen Conde de Ribagorza, transmitiéndosele la soberanía de este Estado con todos los derechos reales á él inherentes. Un disentimiento con su padre dió momentáneamente al traste con su poderío.

Encontrábase D. Alfonso en Castilla, á donde había acudido en socorro de su hermano el Rey D. Fernando, atacado por los portugueses, cuando á propuesta de su cuñada, Isabel la Católica, pactó enlace, á los sesenta y tres años, con Doña Leonor de Soto, dama de la Reina; irritó grandemente la noticia al Rey, su padre, el cual le amenazó con quitarle todas las dignidades y honores que le había concedido si llevaba á cabo su casamiento; no desistió aquél, en vista de lo cual ordenó éste á un hijo que el D. Alfonso tenía llamado D. Juan de Aragón y que ya contaba diez y nueve años, que ocupase el Condado de Ribagorza y lo tuviese en feudo para él y sus sucesores, reivindicando á su vez todos los Estados de Villahermosa y Cortes.

No duró mucho el encono de D. Juan II: al año siguiente devolvió á su hijo todo lo que le había quitado, excepto el Condado de Ribagorza, que quiso, y así lo consignó en su testamento, que siempre fuese vínculo de la descendencia de su nieto D. Juan. Andando el tiempo, el Rey Católico nombró á éste Duque de Luna. El Ducado de Villahermosa, muerto D. Alfonso, pasó á su des-

cendencia legítima, y extinguida ésta en el siglo siguiente, volvió otra vez á la de su otro hijo, reuniéndose todos los Estados en la persona de Don Martín de Aragón, afamado guerrero, valeroso capitán, hombre de vastísimos conocimientos, casado con la santa hermana de San Francisco de Borja, y á quien Felipe II llamaba el «filósofo aragonés.»

Concluyó la línea directa de éste en 1692 con D. Carlos Gurrea de Aragón y Borja, pasando los Estados de Villahermosa, después de largo y porfiado pleito, que duró cerca de cuarenta años, á la descendencia de la hermana de D. Martín, Doña Aldonza, representada á la sazón por Doña Josefa Cecilia Uríes, casada en primeras nupcias con el Marqués de Cañizar y San Felices, de quien tuvo un hijo que, después de ser Duque de Villahermosa, murió sin sucesión, y en segundas con D. Juan Azlor, Conde de Guara, de quien era nieto D. Juan Pablo, cuya muerte acabamos de referir, cuyo nacimiento registran los libros parroquiales en 24 de Enero de 1730, y en quien por vez primera se unieron los timbres de los Aragón con los de los Azlores.

No era tan elevado como el de aquéllos el origen de éstos; pero venían también de familia nobilísima y quizá más antigua, pues arrancaba de antes de la reconquista. Tomada Huesca, donde radicaba su solar por los árabes, continuaron los Azlores, nobles godos, disfrutando de gran autoridad y prestigio entre los suyos, siendo respetados también por los invasores. De esta época data el patronato con porción de pan y vino que tenía el

mayorazgo de la casa, por haber sido los protectores de la iglesia de San Pedro en tiempo de los moros, en la cual celebraban los actos del culto divino los cristianos muzárabes; por iguales y más relevantes servicios á la religión se vinculó posteriormente en su casa el cargo de Camarero perpetuo de capa y espada de la misma iglesia, con asiento en el coro, poseyendo á más el patronato de las Santas Justa y Rufina, en la iglesia del Salvador de Zaragoza, y el del Monasterio de los Santos Cosme y Damián de la sierra de Guara, con cuyo título y la denominación de Conde fueron recompensados los relevantes servicios prestados por ellos á la Monarquía (1) en tiempo de los Austrias.

II

Todos los datos allegados sobre el padre de Don Juan Pablo, D. José Azlor y Aragón (2), que no llegó á ser Duque de Villahermosa por morir antes

(1) Á más de esto, los Azlores poseían un extenso señorío formado por las baronías de Panzano, Torres de Berellén, el Castellar y la Zaida, Rafales, Costeán, Cajígar y Benavente, y de los lugares de Larcíes, Gordún, Enate, Buzcalapueyo, Samper y Satirana. Habían acompañado también como ricoshomes á D. Jaime á la conquista de Valencia. Sus armas eran tres martillos grandes con clavos azules sobre campo de oro.—Archivo de Villahermosa.

(2) D. José Azlor y Aragón nació el 7 de Julio de 1702, y contrajo matrimonio el 25 de Julio de 1729.—Archivo de Villahermosa.

que su hermano materno, coinciden en que fué el tipo del perfecto caballero: su bondad, la elevación de sus sentimientos, la nobleza de todas sus acciones, habíanle conquistado lugar preeminente entre la aristocracia aragonesa, siendo el predilecto de sus parientes y deudos, no sólo por jefe de la casa, sino por el acierto y desinterés con que resolvía todas las cuestiones de que era árbitro; perseguido desde muy joven por las enfermedades, los sufrimientos físicos hicieron dulce y melancólico su carácter, reflejándose un aire de tristeza en su fisonomía, que aumentaba el interés de que era objeto por parte de propios y extraños.

Casado con la hija mayor de los Condes del Real, Doña Inés Zapata de Calatayud, tuvo de ella dos hijos, D. Juan Pablo y D. Jorge: enamorado de su mujer, alejado de la corte y de los cargos públicos por sus enfermedades, reconcentró en su hogar todas sus afecciones y todos sus deseos, mientras sus hermanos y sus tíos peleaban en los ejércitos, servían en la diplomacia y desempeñaban cargos palatinos cerca de Felipe V y Fernando VI. Esta época, la más feliz de su vida, duró poco: á los seis años de su enlace murió su esposa, dejándole solo en el mundo al cuidado de dos niños, el mayor de los cuales sólo contaba seis años (1).

Profundamente cristiano, el Conde de Guara aceptó resignado el golpe con que le hería la Providencia; y con el corazón lleno de tristeza se dedicó al cuidado y educación de sus hijos, con un

(1) Doña Inés Zapata de Calatayud murió el 16 de Febrero de 1736.—Archivo de Villahermosa.

cariño y una ternura que no hubiera superado la más afectuosa de las madres. Llegó, sin embargo, un día en que este cariño sufrió una dura prueba: fué aquél en que tuvo necesidad de separarse de ellos para que ingresasen en el Colegio, donde debían completar la educación que habían recibido en Zaragoza, cual correspondía á personas de su clase (1). Mucho luchó el Conde de Guara antes de decidirse: el cariño paternal, egoísta algunas veces, le excitaba para que la educación se hiciese en su casa; y ante su vista, evitándose el duro trance de la separación, y con ella los largos años de soledad, en el hogar vacío de los niños, que formaban su alegría y su encanto, su buen sentido y su rectitud le decía que era necesario hacer un sacrificio más en aras del porvenir de aquellos seres tan queridos; que era indispensable, si habían de realizar los fines para que él quería destinarlos, la separación que tanto le afectaba, y que Dios le recompensaría este sacrificio, el más doloroso que su futuro bienestar le exigía: resignóse el Conde de Guara; el amor verdadero, que no retrocede ante ningún dolor, por acerbo que sea, cuando redunda en bien del objeto amado, triunfó del amor egoísta, que sólo ve su propia satisfacción, y D. Juan Pablo y su hermano ingresaron como internos en el Colegio de Sorèze, cerca de Tolosa, uno de los más famosos de Francia, que dirigían los Padres Bene-

(1) En esta época, es decir, en 1744, y cuando sólo contaba D. Juan Pablo catorce años, se había distinguido ya como humanista en el certamen público de las escuelas de Zaragoza.—Latassa, *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses*, tomo V, pág. 489.

dictinos, y que en 1766 fué transformado en Colegio Real militar, donde por mucho tiempo fué costumbre, que ha subsistido hasta este siglo, que las familias más distinguidas de España llevaran á sus hijos (1).

Largos y tristes fueron para Guara los días después del en que vió cerrarse detrás de sí la puerta del Colegio donde quedaron sus hijos; volvió á Zaragoza, y parecióle más sola su casa y más obscuro el amplio salón decorado, de alta chimenea, macizo artesonado, graves retratos y severos muebles, donde al pie de un gran crucifijo de marfil se reunía de ordinario la familia. Allí se instaló y allí pasó meses y meses, con los ojos y el corazón vueltos del lado de Francia.

Todos los días, al caer la tarde y en el momento mismo en que las campanas de la vecina iglesia tocaban el *Angelus*, un rayo del sol poniente hería de lleno la cabeza del Cristo moribundo, rodeándola como de una divina aureola: en este punto entraba un criado que encendía dos velas delante de la cruz; cerraba el Conde el libro de historia ó devoción con que entretenía sus ocios, y silenciosamente iban pasando después y deslizándose como sombras los servidores todos, desde el

(1) En 3 de Agosto de 1746, D. Antonio Azlor, tío del Conde de Guara, le decía desde el Cuartel Real de Ospitaleto, donde ejercía un mando superior en el ejército del Marqués de la Mina: «Me alegraré de que te hagan buen efecto las aguas caldas, y que de sus resultas goces de perfecta salud, con los niños, á quienes abrazo, y que suponía ya en Tolosa; bien que no es tarde, pues hasta San Lucas no se abren los estudios.» — Archivo de Villahermosa.

más humilde al más principal; puestos de rodillas, rezaban el Rosario, que dirigía su señor, sentado por su enfermedad en el viejo sitial que había servido á sus abuelos. El primer día que regresó de Tolosa, al reanudar esta cristiana costumbre, las lágrimas nublaron sus ojos y los de sus criados cuando, acabada la larga lista de las cuotidianas oraciones, demandó una Salve para la salud de sus hijos ausentes; Salve que fué rezada con gran fervor por todos, á continuación de otra que de algún tiempo dirigían á la Virgen para que preservase de los peligros de la guerra á su hermano Don Manuel y á su tío D. Antonio Azlor, que combatían en Italia (1).

Así pasaron largos años: al acercarse la primavera, el Conde de Guara parecía revivir, y poco antes de terminarse emprendía el viaje á Tolosa para recoger á sus hijos y traerlos á España, donde pasaban las vacaciones en su casa de Huesca, después de haber hecho alguna pequeña estación en cualquiera de los sitios dotados de aguas medicinales que necesitaba para su salud.

Terminada la educación de D. Juan Pablo, quisieron sus parientes que siguiese la carrera de las armas, mostrando entre todos mayor empeño su tío el Marqués de la Mina, casado con una hermana de su madre, que á la sazón se encontraba mandando el ejército español, que en unión del francés,

(1) D. Antonio Azlor á su sobrino el Conde de Guara. Niza 31 Julio 1747: «Te estimo la memoria que te debo en tus oraciones, particularmente en la Salve después del Rosario, pues reconozco bien evidentemente sus efectos.»—Archivo de Villahermosa.

sostenía contra austriacos y sardos los derechos del Infante D. Felipe al trono de Parma. A este efecto dirigió una carta á su cuñado proponiéndole el ingreso de su hijo mayor en la milicia y su destino á Italia para servir á sus órdenes.

Muy otros eran los propósitos del Conde de Guara: D. Juan Pablo había concluído con gran aprovechamiento los estudios en el Colegio de Sorèze, haciendo los Profesores elogios cumplidos de su aplicación é inteligencia; había empezado la carrera de Derecho en la Universidad de Zaragoza, donde los jesuitas, encargados en ella de la enseñanza de las Humanidades, le reconocían como su mejor discípulo; se había distinguido ya en certámenes públicos, mereciendo que se fijaran en él las personas doctas que le auguraban un gran porvenir en las letras: así es que, agradeciendo mucho la atención de su ilustre cuñado, le contestó declinando su proposición, dándole como pretexto que lo escaso de su hacienda no le permitía sostener á su hijo con la decencia y gasto que requería su posición de sucesor de un Grande de España, pues era evidente que, de vivir, estaba destinado á heredar el Ducado de Villahermosa.

No satisfizo esta contestación al Marqués de la Mina; y habiendo pedido informes sobre su sobrino, fueron éstos tan buenos que insistió aún, asegurando que su valimiento con el Rey y su autoridad en el ejército servirían para crearle en poco tiempo una posición independiente; entonces acudió el Conde de Guara á un argumento que hizo por completo desistir de su propósito al General: le dijo, que D. Juan Pablo no tenía afición á la

milicia y que no quería forzarle en asunto tan importante para su porvenir (1).

Terminados los estudios de D. Juan Pablo, su padre realizó el propósito que sobre su carrera había concebido, haciéndole ingresar en la diplomacia, para la que creyó ver en su hijo tan definidas aptitudes: ayudó á este propósito el hecho de haberse ajustado las paces en Aquisgrán, y una

(1) Sobre este período de la vida de D. Juan Pablo hay una carta de D. Manuel Azlor, hermano del Conde de Guara, que servía como Jefe en el Cuartel general del Marqués de la Mina, de la que tomamos los siguientes párrafos: «Te incluyo la adjunta de Mina que te causará novedad por el asunto de que trata: no parece se quiere desengañar con la respuesta que le dí en tu nombre, cuando me escribiste tres meses há, que estimabas el afecto y buenos deseos que te insinué mostraba por los niños; pero que ni tú tenías medios, por ahora, para ponerles con la decencia correspondiente en la carrera militar, ni su genio los inclinaba. Como el deseo del Marqués para que la abracen es grande, y S. E. es eficaz, satisface al reparo de falta de asistencias (que se lo comuniqué en confianza), con la cláusula de que con pocos auxilios tuyos pueden emprenderla y continuarla al lado de tantos tíos, nombra solamente á Juan Pablo, porque discurre ser el que más propensión manifiesta, según colige del informe que le dió la verdad de mi conocimiento, precisado de sus preguntas, aunque no le manifesté tanta como comprendí en él cuando fuí á esa ciudad; quisiera el Capitán General emplear las grandes facultades que ahora tiene en beneficio de su sobrino, y manifestar ser los que le solicitará de la Real piedad, el amor que le profesa y la sinceridad con que pretende que sea también heredero de las honras militares y cargos que obtuvo el Duque de Villahermosa, así como lo es también presuntivo de casi todos sus Estados y principales casas, y, en efecto, para comenzar no hay duda le sacaría del Rey orden semejante á la que tiene el hijo de Pignatelli, Cayetano, para que se le dé la primera compañía de dra-

vez terminada la guerra, haber sido nombrado Embajador del Rey de España cerca de la Emperatriz Reina María Teresa, su noble y cariñoso tío D. Antonio Azlor, que siempre tuvo para él y sus hermanos cariño paternal; hecha la pretensión inmediatamente, obtuvo de la corte el nombramiento de agregado para D. Juan Pablo, que iba á cumplir diez y ocho años.

Temblando veía pasar el buen Conde de Guara las horas que faltaban hasta aquélla en que debía separarse de su hijo, cuando Dios le avisó, por medio de una ligera afección al corazón, que debía disponerse él mismo para un más largo viaje. Con efecto, pocos días después sintió que llegaba su última hora: sereno y tranquilo como quien tiene limpia la conciencia, ofreció al Señor el sacrificio inmenso y la profunda pena de separarse de sus hijos, únicos lazos que le sujetaban á un mundo que había cruzado por caminos de abrojos con la vista fija en el cielo; empezó su disposición testamentaria, que no pudo terminar por conocer que la muerte le requería con apremio; suspendióla y llamó á sus hijos para despedirse de ellos y darles con su bendición sus últimos consejos. Díjoles que prefirieran la muerte antes que faltar á Dios y al Rey; que amaran á sus prójimos y trataran á sus

gones que vaque, y á poco tiempo que dure la autoridad del Marqués no será ni extraño ni difícil que le ponga á testa de un regimiento: todas estas ventajas son muy de apreciar y muy del caso si mi sobrino tiene afición al servicio ó vocación de Dios para esto, y dignas de desprecio si no le mueve la voluntad divina.—Niza 16 de Septiembre.» —Archivo de Villahermosa.

criados como á hermanos; que nunca mancharan sus labios con una mentira; que por difíciles que fuesen las circunstancias en que se encontrasen no siguieran otra senda que la del honor, y que en todo trance apurado invocasen siempre el auxilio de Dios por la intercesión de su Santa Madre la Virgen del Pilar; después los besó en la frente y les dió su bendición.

Con edificante fervor recibió los Sacramentos; ante la Hostia Consagrada perdonó y pidió perdón á todos; se despidió con voz serena de sus hijos y de sus criados que llorando rodeaban su lecho, durmiéndose después en la paz de los justos (1).

Apenas conocido el triste suceso, apresuró Don Manuel Azlor su vuelta á Zaragoza, encargándose de sus sobrinos; poco después partió para Madrid el mayor de ellos á unirse con su otro tío D. Antonio, hermano de su abuelo, que hacía ya sus visitas de despedida y sólo le aguardaba para emprender el viaje á Viena, como lo verificaron. El mismo año su hermano menor D. Jorge recibió la

(1) «Querido hermano mío: Llegué con salud, á Dios gracias, el 29, y encontré buenos á nuestros sobrinos, que me sirvió de consuelo, como de quebranto al ver esta casa tan sola y tan sin ánimo para mí, pues se fué mi hermano sin hacer la más mínima memoria de mí; no podría más sin duda, ó su enfermedad pronta no le dió lugar de hacerlo, como no le hubo para finalizar su disposición: nada de esto siento, sino la falta que hace á sus hijos y la pérdida de tan buen hermano, pues como le amaba mucho no puedo menos de sentir su privación.» (Carta de D. Manuel Azlor á su hermano materno D. Claudio, Conde de Luna y más tarde Duque de Villahermosa: 1.° Abril 1749.)—Archivo de Villahermosa.

gracia de cadete, destinándole al regimiento que mandaba como Coronel D. Manuel Azlor.

Poco más de tres años pasó en la corte de Viena D. Juan Pablo; hiciéronle venir á España los asuntos de la sucesión del Condado de Guara, cuyo título tomó, ingresando en las oficinas de la Secretaría de Estado, donde conoció á Escarano, los Iriartes (D. Bernardo y D. Domingo), Magallón, Llanos, Salcedo y otros cuya amistad cultivó, conservando con ellos toda su vida activa correspondencia, que acredita no sólo el prestigio que tuvo siempre sobre éstos, sino también el reconocimiento por parte de ellos de la superioridad de su talento é instrucción.

Presentado el personaje, es indispensable dar á conocer la corte de España por aquel tiempo, teatro donde debía representar el importante papel á que le daba derecho, no sólo lo ilustre de su cuna, sino su privilegiado y excepcional talento y sus grandes aptitudes, poco comunes en los hombres de su época.

III

Campanas y cañones anunciaron á los vecinos de Madrid, al anochecer del día 9 de Julio de 1746, que había entregado su alma á Dios la Majestad del Rey D. Felipe V. Vistió la corte sus lutos; tributáronsele al regio cadáver los honores debidos; se expidieron correos á todos los Soberanos de Europa y á los Jefes de los ejércitos de Italia, y se dispusieron los Consejos, Tribunales y altos Cuer-

pos de la nación á seguir gobernando y administrando justicia en nombre del nuevo Soberano, D. Fernando VI, que con arreglo á la ley sucedía á su padre en el difícil cargo de gobernar al pueblo español en las azarosas circunstancias que la ambición de la Reina viuda, Isabel de Farnesio, había creado, por su empeño de dotar de tronos en Italia á los hijos habidos del segundo matrimonio del nieto de Luis XIV.

Ardía la guerra en la Lombardía; los ejércitos españoles y franceses, retirados á Voghera después de una derrota que había dado por resultado la caída de Plasencia en poder de los austro-sardos, esperaban auxilios para tomar la ofensiva: no llegaron éstos; pero llegó un Jefe, que para ellos equivalía á un ejército, el Marqués de la Mina, enviado por el nuevo Rey con una carta muy afectuosa para su hermano el Infante D. Felipe, asegurándole que el General español iba á sus órdenes; otras debieron ser, sin embargo, las comunicadas á éste por su Soberano, cuando, sin cuidarse de la opinión del Duque de Parma, levantó el campo, abandonó á Génova y se dispuso también á abandonar á Italia, dejando solos á los franceses, que no tuvieron más remedio que imitar la conducta de los españoles, siguiéndolos á la Provenza y desamparando á los genoveses, que se habían aliado con ellos en la lucha.

Estos movimientos entregaron la Liguria á merced de austriacos y sardos, que no tardaron en tomar á Génova, cuya señoría sufrió la dura ley del vencido; pero quisieron los vencedores apretar tanto las correas de la opresión, que se levantó el

pueblo en masa, rechazando á los desprevenidos austriacos, que viéronse precisados á evacuar la capital de la República, replegando á un solo punto sus acantonados regimientos. Esto esperaba el General español; y cuando se le creía más amigo de la inacción, abandonó la Provenza, cruzó el Var, y obrando en combinación con el General francés, amenazó el valle de Demont, obligando al Rey de Cerdeña á separar su ejército del austriaco, y á éstos á levantar el fuerte asedio en que, una vez repuestos de la primera acometida, tenían á Génova.

Estas victorias, con las que se había salvado el honor de las armas, fueron el prólogo de la paz: por fortuna, el nuevo Rey no era partidario de la política personal y de familia, á la que por influencia de su mujer y en bien de los hijos de su segundo lecho había sacrificado Felipe V en los últimos años de su reinado la sangre y los tesoros de sus pueblos; apenas se vislumbró en el horizonte político un indicio de paz, lo aprovechó Fernando VI, y el Tratado de Aquisgrán terminó aquella serie de guerras, sin más objeto que levantar dos tronos para dos niños, en oposición á los deseos y al interés de Europa, y en lo que demostramos al mundo que no había concluído en España en el siglo XVIII aquella raza de Generales que en el XVI habían salido con ventaja y gloria de la difícil situación del Garellano, que habían vencido en Pavía y llevado los ejércitos españoles al pie de los muros de Roma y de París.

Con esto se inauguró en España una era de paz no conocida hacía largos años, y á la sombra de la

cual se fomentó nuestra riqueza, nació nuestra industria, aumentó nuestra población, se creó nuestra poderosa marina de guerra, y llegaron las arcas del Tesoro á contener tal cantidad de los dos metales preciosos que forman la moneda, que hubo necesidad de ponerlas puntales y reparos para que no se viniesen abajo con lo enorme de su peso.

Muchos esfuerzos se hicieron en distintas ocasiones para que saliese España de esta política de neutralidad; pero todos tropezaron con la inquebrantable voluntad del Rey: lleno de amor por sus pueblos, con la conciencia de su deber, no sacrificó la vida de uno solo de sus súbditos á los intereses de su persona y familia, y prefirió todo arreglo honroso á la lucha, aun cuando en algunas ocasiones tuviese la seguridad del triunfo.

Sirviéronle principalmente durante su reinado dos hombres de mérito indiscutible, pero de aspiraciones, caracteres y opiniones distintas, por más que ambos se encaminaron siempre al servicio mejor de su patria: fueron éstos los Ministros Don José de Carvajal y Lancáster, de ilustre familia, descendiente de Inglaterra é hijo menor del Duque de Linares, y D. Zenón de Somodevilla, hidalgo de ilustre solar riojano, pobre en sus principios, pero de inteligencia despierta, fácil en recursos, de grande amor al trabajo, que lentamente se había elevado, desde un modesto destino en la administración de la marina, al Ministerio y Presidencia del Consejo con el título de Marqués de la Ensenada.

Pocas veces se han visto en contacto hombres

de más opuestas inclinaciones y de aspiraciones y gustos más contrarios: áspero, adusto, de una independencia semi-salvaje, era Carvajal el terror de los cortesanos y pretendientes; no había doblez ni falsía en sus palabras, que reflejaban lo que su cabeza pensaba y lo que sentía su corazón; amigo de la verdad, la tenía siempre en sus labios, gustase ó no gustase, y enemigo de la adulación, cayó, porque no se le creyese tocado de este vicio, en el extremo opuesto, de ser descortés hasta con sus Soberanos, que le perdonaron siempre conociendo su patriotismo y lo recto de su intención; sencillo en sus gustos, vivió con una modestia impropia de su rango, demostrando hasta en su vestido su aversión al fausto y la grandeza.

Muy al contrario de Carvajal, fué Ensenada el tipo del perfecto cortesano: su palabra, más que para servir á su pensamiento, parece que le había sido dada para disimularle, no sabiendo nunca qué leer en aquel rostro plácido y en aquella eterna sonrisa, constante desesperación de los augures políticos; sencillo y complaciente quería satisfacer á todos, y con sus exquisitas y distinguidas maneras disminuía el efecto del agravio cuando se veía obligado á inferirlo, llevando su fausto y ostentación hasta escandalizar á las gentes y eclipsar en el vestido y las joyas al mismo Rey y á los Grandes más encumbrados de la corte; y para que el contraste con su colega fuese mayor, era Ensenada enemigo de Inglaterra y ardiente partidario de la alianza con Francia, mientras Carvajal sostenía á todo trance la neutralidad más completa de España en las contiendas de las dos naciones

rivales, pero inclinándose por admiración y afecto á la Gran Bretaña.

Compartía con los citados Ministros la confianza de Fernando VI el P. Rábago, de la Compañía de Jesús, su confesor, hombre de excelente intención, de estremado amor á su Instituto y no diestro en ardides políticos, á que no le llamaba ni su afición ni su carácter, y en los que se vió envuelto por lo espinoso de su cargo, lo enconado de las pasiones y la ambición de las parcialidades que se disputaban el valimiento del Rey.

Al lado de todos, pero sin confundirse con ninguno de los que por deber ó afición manejaban el difícil mecanismo de la política, se destacaba por este mismo tiempo en la corte un hombre, al que la posteridad debe elogio y gratitud: de origen modesto, llegó á tener con los Reyes de España de dos diferentes reinados tal influencia y valimiento tanto, que no lo registra superior la historia de ningún país; afable, humilde, sin más aspiración que ser útil á todos, fué solicitado por Grandes y Reyes para que prestase apoyo á sus pretensiones, y sin desvanecerse por el orgullo, hizo servir su incontrastable influjo para toda causa noble y generosa, no reclamando por ello, antes bien, rehusando con noble desinterés toda recompensa; colocado en unas alturas en donde la cabeza más firme siente vértigos, vió pasar por sus manos Tratados que disponían de la suerte de Europa, y cuando una sola palabra suya podía hacer inclinar la balanza, no la pronunció nunca, sino para que el fiel cayese del lado donde estaba la conveniencia de sus nobles protectores y el bien de su patria

adoptiva; lleno de honores, los aceptó, más que por amarlos, por no desairar al que, creyendo premiarle, se los concedía; ejemplo sin igual de privanza que en su largo período no causó mal alguno ni hizo verter una sola lágrima, antes por el contrario, enjugó muchas y fué parte para remediar grandes injusticias; y cuando los rencores de una Reina, muertos sus amigos, le hicieron salir de España, no olvidó nunca la gratitud que á ésta debía, y consagró con amplio desprendimiento el capital que con su talento y habilidad había adquirido á socorrer á los que consideraba como sus compatriotas, teniendo siempre abierta para ellos su casa y su mesa y pronto su dinero para toda empresa que pudiera redundar en la gloria de aquélla y el progreso de su noble arte.

Fué este hombre extraordinario el napolitano D. Carlos Broschi, más conocido por el seudónimo de *Farinelli,* que después de haber recorrido los teatros de Europa, eclipsando como cantante á Cafarelli, que hasta entonces no reconocía rival, vino á España llamado por la Reina Isabel de Farnesio para ver si su voz conseguía disipar ó mejorar, al menos, la negra melancolía que constantemente aquejó á Felipe V; consiguiólo el artista, y desde entonces debióle el regio enfermo los únicos ratos felices que disfrutó hasta el último día de su vida. Amantes é inteligentes en el divino arte de la música Fernando VI y María Bárbara, retuvieron á *Farinelli,* colmándole de honores y haciendo de él el personaje de más valimiento de la corte, viéndose por esta causa, y á pesar suyo, mezclado en las contiendas políticas de su tiempo.

La más importante de este reinado fué la de hacer salir á España neutral que se había impuesto en la lucha que la rivalidad de Francia é Inglaterra había provocado, tomando como pretexto los límites dados á la Arcadia ó Nueva Escocia, en la América septentrional, país cedido por Francia á Inglaterra por los Tratados de Utrech y Aquisgrán; apretaba el Embajador de Francia á Carvajal para que se decidiese por su partido; resistía éste, demostrándole cuán funesta nos podía ser la guerra no interesándosenos nada en la condienda; sin razones que oponer, aquél le dijo: «Ofenderá al Rey mi amo vuestra parcialidad.» A lo que contestó friamente el Ministro español: «Mi deber es servir á Su Majestad Católica, no al Rey de Francia,» y dió por terminada la conferencia.

Continuaron, á pesar de esto, las notas y los apremios, de acuerdo con Ensenada, para reducir á Carvajal; apelóse á todos los medios, y hasta el Rey de Francia se avino á aumentar las bandas del Espíritu Santo y condecorarle con una de ellas. «Estoy ya satisfecho—dijo éste,—con el Toisón de oro, que es la mayor honra que he podido recibir de mi propio Soberano.» Desgraciadamente, y antes de terminarse esta negociación, murió Carvajal, dejando al Rey el difícil papel de buscarle sucesor en circunstancias tan azarosas.

A partir de este momento, es decir, de 1754, empieza una cábala política, en la cual, valiéndose del amor de Fernando VI, que le llevó á buscar para Ministro un hombre amigo de Inglaterra, para contrabalancear en el Consejo la opinión de Ensenada, que lo era de Francia, se tramó contra

éste una conspiración que dió á poco al traste con su poder, y que enconando más adelante las pasiones de parcialidad y bandería, fué parte para que en el reinado siguiente se llevase á cabo una de las más grandes iniquidades que registra la historia.

Los parciales de Carvajal, aún calientes sus cenizas, agitáronse para que este suceso no aumentase el poder de Ensenada; y el Duque de Alba y el Marqués de Valparaíso, partidarios de Inglaterra, inclinaron el ánimo del Rey para que nombrase sucesor de aquél á D. Ricardo Wall, católico irlandés, que había entrado muy joven al servicio de España. Activo, intrépido é inteligente, se había distinguido como notable soldado de mar y tierra; protegido del Duque de Montemar y del Ministro Patiño, su conocimiento de la lengua inglesa le había hecho prestar buenos servicios á España en Aquisgrán y Holanda, de donde pasó con aquiescencia de Carvajal y Ensenada, y ya con el grado de General, á la Embajada de Londres, en la que secundó siempre los planes del primero en unión de Keene, representante británico cerca del Rey de España. Apenas llegó Wall, separó de oficinas y consejos á todos los amigos de Ensenada, primer aviso que tuvo éste de lo que ocurría, pues con rapidez tal habían procedido sus adversarios, que recibió el golpe sin tiempo para resistirle: un negocio grave determinó su caída al poco tiempo de ocurrida la muerte de Carvajal.

La íntima amistad de éste con el Embajador Keene, le había metido hacía ya algún tiempo en un negocio bastante funesto para España: atento el inglés á fomentar los intereses comerciales de

su país, había hecho que su Gobierno convenciese al de Portugal de que, para quitar discordias y rivalidades que de antiguo tenía España sobre la demarcación de límites, debía proponer á ésta cederla la rica colonia del Sacramento, á la embocadura del Río de la Plata, á cambio de otras siete colonias españolas del interior, situadas en la orilla septentrional del mismo río, y de la provincia de Tuy, en Galicia; manejado con actividad este negocio, y hecha por Portugal la propuesta, se obtuvo el informe favorable de las autoridades españolas de Montevideo, que de antemano habían recibido instrucciones de Carvajal, no pudiendo modificar la actitud del Gobierno español la representación que con notable entereza hizo el Gobernador de Buenos Aires, y en la cual demostró lo engañoso, perjudicial y contrario á los intereses y al decoro de la nación que era el citado proyecto. Nada hizo desistir á los que le sostenían: detuviéronse un poco al saber que, reunidos los ingenieros españoles, ingleses y portugueses para llevar á cabo la demarcación de límites, habían tenido que suspenderla por haberse levantado en armas los habitantes de las siete colonias españolas, negándose á entrar bajo el dominio de Portugal y protestando que no querían cambiar de nacionalidad. Los Padres de la Compañía de Jesús habían hecho esfuerzos inauditos para calmarlos, y habían conseguido que depusieran las armas y reverentemente expusiesen al Rey su noble y patriótico deseo, cuyo documento se encargó de poner en manos del Soberano el Procurador general de la Compañía en Madrid.

Perplejo por un momento estuvo Fernando VI; pero el Consejo todo, influído por Carvajal, logró desvanecer sus escrúpulos, y el negocio siguió adelante. Habíase tratado todo esto á espaldas y sin conocimiento de Ensenada, que se sintió profundamente lastimado al tener de ello conocimiento; mas como las cosas habían ido ya tan adelante, no negó su asentimiento al protocolo, pero secretamente, y para salvar su responsabilidad, dió parte de todo lo que ocurría á Carlos III, á la sazón Rey de Nápoles, heredero presunto de la Corona de España, por no tener hijos Fernando VI.

Ocurrió en esto la muerte de Carvajal y la subida de Wall, que como Embajador de España había intervenido en la cesión de la colonia del Sacramento: continuador de la política de su antecesor é interesado en ella, se disponía á ratificar el Tratado, cuando el Rey y los Ministros se vieron sorprendidos por una protesta formal de Carlos de Nápoles, en la que se reservaba para el porvenir el derecho de no cumplirle, por considerarle perjudicial y dañoso á la Monarquía. Ante esta protesta suspendióse el Tratado con Portugal; pero el Rey y todos sospecharon que el Marqués de la Ensenada era el oculto autor de lo ocurrido.

Quiso éste recuperar su influencia con un golpe de audacia, y procuró un conflicto con Inglaterra, preparando un ataque á sus posesiones de América; pero la vigilancia del Embajador hizo que se descubriese á tiempo el proyecto, y apoyados en él sus enemigos, obtuvieron del Rey el decreto de su exoneración y destierro, firmado el 20 de Julio de 1754: aquella misma noche un exento de guardias

se presentó en su casa intimándole la orden de seguirle á Granada, como lo verificó. Al siguiente día empezó el secuestro de sus bienes, y la prisión y proceso de los amigos y parciales que habían desempeñado cerca de él cargos de confianza.

Así cayó, envuelto en las redes de una intriga palaciega, uno de los Ministros más eminentes y á quien España debe la mayor parte de las mejoras, los adelantos y los progresos que obtuvo en el pasado siglo, y que con notoria injusticia se han atribuído á los Ministros en el siguiente reinado.

Creyeron con este golpe los amigos de la alianza inglesa obtener el triunfo de sus aspiraciones y arrastrar á España á una coalición contra Francia; pero la voluntad del Rey, firme en su política de neutralidad, lo impidió, conservándose por esta razón la paz, próxima á turbarse. Resignáronse los amigos de Inglaterra, obteniendo la separación del P. Rábago, confesor del Rey, al que no pudieron perdonar su intervención en favor de los habitantes de las siete colonias españolas del Paraguay, que se habían querido ceder á los portugueses.

Convencidas las dos naciones rivales de la inutilidad de sus esfuerzos para atraerse á España, se declararon la guerra en América primero y después en Europa, logrando Francia asociar á su suerte á Austria, Rusia y Suecia, é Inglaterra á sólo Prusia. La pérdida de Menorca, sobre la cual flotaba el pabellón inglés desde la guerra de Sucesión, y el desconcierto y derrota de sus escuadras, la movieron á solicitar de nuevo la alianza de España, llegando hasta ofrecer la devolución de Gibraltar, con otras ventajas materiales.

Tentadora era la oferta para los Monarcas españoles; supieron, sin embargo, resistirla, é insistieron en su política: esto concluyó de desalentar á los que sostenían la contraria, muy quebrantados desde la muerte del Embajador Keene, ocurrida en Madrid el 25 de Septiembre de 1757. Parecía, por fin, que con esto los Reyes habían impuesto su opinión á los discordes bandos, y que cesando las rivalidades iban á disfrutar un período de paz y reposo en su regio hogar, frío y desierto por la falta de sucesión. Dios, sin embargo, había dispuesto otra cosa, y preparaba para ellos coronas más inmarcesibles que las caducas y perecederas que los Reyes ciñen en la tierra.

El 27 de Septiembre de 1757 celebróse con regia pompa la consagración del Real Monasterio de las Salesas, fundado con su patrimonio particular por la Reina Doña Bárbara, y brutal é inicuamente arrebatado por la revolución de Septiembre á las monjas, sus legítimas poseedoras, para establecer en él el solio de la Justicia (1). A pesar de que con

(1) Gloria será de la casa de Villahermosa la nunca desmentida protección que han dispensado siempre á la Comunidad que por voluntad de la Reina Bárbara ocupó el Monasterio por ella fundado, sin tener en cuenta á Doña María Manuela Pignatelli, de la cual puede decirse que vivió más en el citado Convento que en su casa; el último Duque de Villahermosa, Conde de Guaqui, fué su más decidido campeón, combatiendo incansable en la Prensa, en el Senado y en todos aquellos lugares donde podía influirse para que las monjas recobrasen su casa, escribiendo una notable carta al General Serrano.

Murió sin poderlo conseguir; pero seguramente Dios habrá recompensado sus incansables esfuerzos en pro de tan nobilísima causa.

aquel acto se lograban sus deseos más vehementes, la Reina estuvo triste durante la ceremonia; al despedirse de la Comunidad, díjola con sentido acento: «Ya no nos volveremos á ver en este mundo.» Y así fué: aquejada de grave dolencia, hizo explosión el mal durante la jornada de Aranjuez del año siguiente, falleciendo en el mes de Agosto del mismo.

Trasladóse el Rey á Villaviciosa de Odón, y acometióle allí negra melancolía que degeneró después en locura furiosa: nada logró calmarle; negóse al alimento, al vestido y á las medicinas que su dolencia requería, hasta que falleció un año después, entre el llanto de todo un pueblo que, recordando sus virtudes y desvelos por el bien público, le tributó los más sentidos honores que jamás se tributaron á Monarca alguno. Al contrario de lo que sucede en los entierros de los poderosos, el luto estuvo más en los corazones que en los vestidos; no hubo un solo súbdito que pudiera decir que de él sufrió agravio, y fueron muchos los que aseguraron que habían recibido beneficios en los trece años que duró su glorioso reinado.

IV

Mientras ocurrían estos sucesos y algunos que narraremos después, permaneció en la Secretaría de Estado D. Juan Pablo, con los intervalos de algunas temporadas pasadas en Aragón ó Navarra, á donde le llevó el recreo ó la necesidad de arreglar su hacienda, un tanto quebrantada por la

incuria de sus antepasados, como se desprende de la voluminosa correspondencia seguida con sus administradores y criados: en tanto, su hermano D. Jorge continuaba sirviendo en el regimiento de su tío D. Manuel, y uno y otro seguían cariñosa correspondencia con D. Antonio Azlor en Cádiz, Madrid ó Zaragoza, y otra más ceremoniosa con el viejo Duque, su tío paterno, que residía á intervalos en la corte, en la capital de Aragón ó en sus Estados de Valencia (1).

No debía ser muy desahogada la situación del joven Conde de Guara, puesto que sin indicación alguna de su parte y llevado tan sólo del paternal cariño que le profesaba, le decía en 1755 su tío D. Antonio en una carta: «Atendiendo yo á lo que puede ser conveniencia tuya y consultado con persona de confianza y que puede dar dictamen si sería fácil obtener que tu tío Villahermosa te señale alimentos de heredero inmediato, asegurándoseme ser corriente en el Consejo de Castilla, te lo prevengo á fin de que si te parece escribir á tu tío manifestándole los empeños de la casa y pidiéndole te destine con qué sufragar á mantenerte con alguna decencia, ó bien te permita solicitar tus alimentos de heredero inmediato, puedes hacerlo en los términos más atentos y remitirme la carta para que se la entregue, que lo ejecutaré con gusto (2).»

El carácter pundonoroso de D. Juan Pablo no

(1) Archivo de Villahermosa.

(2) Archivo de Villahermosa. Carta de D. Antonio Azlor al Conde de Guara: 3 Mayo 1755.

debió aceptar el consejo, porque pocos días después el buen anciano le añade en otra carta sobre el mismo asunto: «Cuando estuvo aquí Villahermosa, alojó enfrente de mi cuarto: con este motivo y el de acompañarle, le hablé de tí y le dije te diese asistencias, empeñándole á hacerlo, diciéndole que me constaba que no habías querido solicitar alimentos de heredero inmediato, no obstante habértelo algunos aconsejado y ser corriente el logro; le cuadró tu atención, y me respondió que te socorrería y yo celebraré que lo ejecute (1).»

No es la juventud edad interesada, y no lo fué en ninguna el Conde de Guara: recibió con agradecimiento las asistencias que su tío le asignó y vivió en Madrid, siguiendo por razón de su cargo á la corte á las jornadas de Aranjuez, Escorial, San Ildefonso y el Pardo, y haciendo la vida de todos los jóvenes de su edad y posición.

En 1761 falleció el viejo Duque de Villahermosa, y por algún tiempo tuvo necesidad D. Juan Pablo de abandonar su puesto en la Secretaría de Estado para recoger la herencia, en no muy buen estado á juzgar por estos párrafos de uno de sus tíos, encargado de liquidarla: «Si en este asunto admitimos por compromitente al tesorero de la casa con sus 11.000 pesos, que quiere decir se le deben, es preciso que contestemos otras muchas deudas del Duque, tu tío, que pretenderán con igual ó mayor razón;» y sigue: «Después de las funerarias y

(1) Archivo de Villahermosa. Carta de D. Antonio Azlor á su sobrino D. Juan Pablo: Aranjuez 5 Junio 1755. También intervino en este asunto el Conde de Aranda.

entierros, vendrá, en primer lugar, la reintegración á los mayorazgos: hablo de aquéllos que son agregaciones hechas por el difunto; después los reparos de los fundos, cuyas deterioraciones son causadas en su tiempo, y las pensiones de los censos, igualándolas con los del año corriente (1).»

En esta empresa desplegó D. Juan Pablo la constancia y talento de que dió muestra toda su vida: ordenó los papeles; arregló su archivo, disperso por el uso que de sus documentos se había hecho en los pleitos sobre la sucesión de los Ducados de Luna y Villahermosa, ganados por su tío; entabló los que la morosidad de los deudores hizo necesaria; reedificó las fincas de los mayorazgos, que amenazaban venir al suelo después de cincuenta años de administración judicial, rapaz en aquellos tiempos como en éstos, y organizó una buena y exacta contabilidad de sus caudales, hasta el punto de poder hoy formar su cuenta y razón con sólo los apuntes encontrados en sus papeles. Al poco tiempo murió el Marqués de la Mina, casado con su tía, y acreditó con esto su respeto y generosidad, poniendo á disposición de ésta su palacio de Valencia, y mostrándose ajeno á ciertos convenios hechos por la testamentaría, en los cuales se le perjudicaba notablemente, un suceso de carácter privado le hirió profundamente hasta el punto de hacerle abandonar á España.

Desde hacía algunos años, y cuando sólo era D. Juan Pablo Conde de Guara, cayó envuelto en

(1) Archivo de Villahermosa. Carta de Ilarán al Duque de Villahermosa.

las redes del amor que hábilmente le tendió María Ladvenant, actriz famosa, de temperamento enérgico y raro talento para la escena, donde interpretaba á maravilla todos los caracteres, desde el más apasionado y tierno al más indiferente y frío, unido todo á una gran hermosura y á una instrucción muy rara en las mujeres de su época; bastante tiempo debieron durar estas relaciones, que no se ocultaron á nadie en la corte, como lo acreditan numerosas cartas de sus amigos envidiándo su fortuna y felicitándole por ella (1), hasta que una mañana sorprendió el enamorado galán á un hombre embozado saliendo al amanecer de la casa de su amada: esta prueba, y algunos otros indicios que de la ligereza de la actriz tenía, moviéronle á buscar alivio á sus penas poniendo tierra de por medio, marchando á esconderse á las orillas del Sena (2) de agregado á la Embajada de España cerca de la corte de Luis XV, que desempeñaba á la sazón el Conde de Fuentes, jefe de una de las casas más ilustres de España, deudo de Villahermosa, y de antiguo unido á él por los lazos de una estrecha amistad.

(1) Archivo de Villahermosa.

(2) La pasión que el Duque de Villahermosa sintió por la Ladvenant debió ser muy grande: así lo atestiguan numerosas cartas de sus amigos, singularmente cuando ocurrió su muerte; entre otras cosas, le decía D. Joaquín Cayetano, desde Zaragoza, contestando á otra carta suya, lo siguiente: «No extraño las expresiones que haces por la muerte de Mariquita, pues creo haberte dicho alguna vez, cuando te lisonjeabas creyendo que la habías olvidado, que el fuego estaba oculto y que la querías eternamente: lo que hay de cierto es que es caso lastimoso.» —Archivo de Villahermosa.

Recibióle cariñosamente el Embajador, dándole alojamiento en su mismo palacio, en habitaciones próximas á las que ocupaba su hijo, el Marqués de Mora, las temporadas que pasaba á su lado.

Antes de dar á conocer la sociedad de Versalles y de París, en la cual había de vivir por razón de su nacimiento y cargo el Duque de Villahermosa, será oportuno trazar un cuadro del estado de Francia en aquella época, y de la profunda descomposición que trabajaba aquella Monarquía, destinada por Dios á próxima é inevitable ruína.





CAPÍTULO II

I

Durante el reinado de Luis XIV habíase transformado tan radicalmente la sociedad francesa que, ni Luis XIII ni Richelieu la hubieran conocido de haber salido de la tumba: aquella concepción, ya en su tiempo quebrantada, del Rey cristiano, brazo derecho de la Iglesia, el primero á la fatiga y á la gloria, deseoso de que no hubiese un francés que dejase de poner diariamente gallina en el puchero, que administraba justicia por sus parlamentos y gobernaba á sus pueblos después de oir las quejas de sus Estados generales, había sido reemplazada por una Monarquía asiática, encerrada en el santuario de sus privilegios, y ante quien el pueblo todo debía doblar la cabeza y la rodilla. El Rey, omnipotente como Dios, con derecho exclusivo sobre la vida, la libertad y la fortuna de sus súbditos; casi Pontífice, por la extensión dada á las libertades

galicanas; suntuoso, hasta el extremo de gastar, como los antiguos Faraones, en el regalo y magnificencia de su persona y su corte el producto del trabajo de toda la nación, y sin más ley que su voluntad inviolable, intangible y sagrada; pudo decir y dijo, no que era el representante de la patria, ni el primero de ella, sino la patria misma, indeleblemente ligada á la suerte de su persona y dinastía.

Esta fué la obra de Luis XIV, que arrancando de cuajo la antigua y cristiana tradición de la realeza, y matando en su larguísimo reinado las libertades inherentes á todo estado social, cuya doctrina tenga por base los principios de la Iglesia sobre la autoridad, implantó en Francia una Monarquía protestante y pagana, echando la verdadera semilla que, andando el tiempo, había de producir la revolución, y con ella la guerra universal, la ruína de Francia y la proscripción y muerte de millones de hombres.

Esta obra, realizada con perseverancia y ayudada por la gloria y la fortuna, al par que por las condiciones excepcionales de Luis XIV, se llevó á cabo acaparando el Rey é incautándose insensiblemente de todos los poderes; pero al hacerlo tuvo que encargarse también de todas las funciones; trabajo inmenso, superior á los medios de acción de un hombre, por grandes que fuesen sus aptitudes, pues merced á la colosal centralización creada por este estado de cosas, fué necesario que el Soberano, desde su gabinete, atendiese y regulase como motor principal la vida de 25 millones de hombres en las manifestaciones todas de su activi-

dad. «Una ciudad, decía Turgot, no es otra cosa que un conjunto de casas, de cabañas y de habitantes tan pasivos como ellas: Vuestra Majestad, añadía, está obligado á resolverlo todo por sí ó por sus mandatarios; cada cual espera vuestras órdenes especiales para contribuir al bien público, para respetar los derechos de los otros y algunas veces hasta para usar de los suyos propios; en su consecuencia, deducía Neker, desde el fondo de los pupitres es desde donde se gobierna á Francia.» Los empleados, celosos de su influencia y temerosos de que el simplificar esta máquina llevase consigo el prescindir de su servicio, usaban todas las artes imaginables á fin de persuadir á los Ministros de que no era posible que se desprendiesen de ninguna de las facultades delegadas, y que los pueblos necesitaban que se pensase por ellos y se regulasen hasta los más sencillos incidentes de su vida y sus costumbres (1).

De este modo y para este fin se formó aquella complicada máquina administrativa, herencia del antiguo régimen, perfeccionada después de la revolución por el genio de Bonaparte; máquina cuyo motor era el Rey, al cual seguía el Consejo de sus Ministros y altos funcionarios residentes en París ó Versalles; después el Estado Mayor provincial con su interventor, que lo veía todo; su intendente, que todo lo administraba; su recaudador general, que todo lo percibía; su subdelegado, que despachaba todos los asuntos, vigilaba los caminos, cuidaba las escuelas, distribuía los socorros,

(1) Taine, *Les origines de la France contemporaine*, tomo I.

reglamentaba la cultura, imponiendo á los pueblos su tutela y tratando como lacayos á los antiguos magistrados municipales, todo esto con la ayuda y auxilio de un ejército de oficiales recaudadores, comisarios colectores, procuradores, asentadores, investigadores, oficiales de gabelas revestidos de la autoridad delegada del Rey, que la hacían en todas partes insoportable con sus vejaciones y trapacerías.

En vano Luis XV por pereza y Luis XVI por bondad intentaron simplificar esta máquina: nunca les fué posible; tal era la fuerza que oponían sus organismos vivos, defendiéndose con la tenacidad del que lucha por la existencia.

II

La aristocracia se había transformado también por completo: los descendientes de aquellos nobles, casi reyes, que en muchas ocasiones estuvieron á punto de hacer caer la corona de la cabeza de sus Monarcas; señores de feudos tan poderosos como muchos Estados de Europa, más ricos que el Soberano, que sostenían por su cuenta ejércitos enteros y á los cuales había dominado, más que la fuerza de la Monarquía, el genio de Richelieu; siguiendo al Rey, habían abandonado sus tierras y castillos de provincia, donde ejercían legítima y saludable influencia, y se habían trasladado á París y Versalles para contribuir al brillo de la corte y servir á los intereses de la Monarquía, arrui-

nándose en fiestas y banquetes, como sus antepasados la habían servido muriendo por ella en Fontenoy, Pavía y Marignan.

Este alejamiento de los lugares donde se conservaba el recuerdo y la tradición de los beneficios de sus antepasados, mató su influencia como clase y los hizo aborrecibles del pueblo, que sólo los conoció por las vejaciones que sus apoderados ó intendentes les causaban, para sacarles en años de esterilidad las rentas que sus patronos gastaban en una noche de orgía ó en un traje para presentarse en la corte en un día de ceremonia.

Al mediar el siglo XVIII era ya muy raro y sólo se veía en la Vendée y la Bretaña el ejemplo del noble á la usanza del abuelo de Mirabeau, enérgico con sus vasallos hasta el punto de obligarles á palos á cultivar las tierras que les había dado en censo; pero á la par justo y clemente para atenderlos en sus enfermedades y penurias, saliendo á su defensa y montando á caballo, á pesar de sus 29 heridas y de tener sostenido el cuello por un aparato de plata, para perseguir y expulsar de las aldeas de sus colonos á los oficiales reales que á título de oficiales del fisco pretendían atropellarlos. A este tipo de noble, fuerte, robusto, enérgico, semejante á una vieja y nudosa encina á cuya sombra se sentaba el pueblo á disfrutar de su fresco en verano, á calentarse con sus leñas en invierno y alimentarse con su fruto durante todo el año; que vivía entre sus vasallos como entre sus hijos, sin que la familiaridad entibiase el respeto; que tomaba asiento entre ellos para participar de sus alegrías y de sus dolores; á este tipo de

noble, decimos, guardó siempre el pueblo adhesión y cariño, y bien se vió cuando, iniciada la revolución, no dejó de seguirlos en aquellas provincias en que aún subsistían para combatir á la República y barrer á balazos á los azules; pero no podía tener aquel respeto á aquellos otros que pasaban su vida en París y Versalles, vestidos de seda y encajes, tan débiles de cabeza que no podían sostener la peluca y el sombrero al mismo tiempo, afeitados, empolvados y perfumados de la mañana á la noche, enemigos de toda fatiga que no fuera la de la etiqueta, amigos sólo de brillar en la corte, enseñando al Rey su cabeza siempre inclinada, convencidos de que su deber consistía en pasar la vida en los salones y alejar de sí todo trabajo, toda fatiga y todo disgusto, admirando como el mejor y el más bueno de su raza al que gastaba más dinero, hablaba con más *esprit* y distinción, llevaba una vida más corrompida y licenciosa, y demostraba con mayor gracia y elocuencia que eran cosas viejas é inútiles las leyes de la religión, de la familia y del honor que habían cimentado la grandeza de sus antepasados.

III

Seguía á la aristocracia la clase media culta y civilizada, y merced á la gran expansión mercantil é industrial de los tiempos de Luis XIV, Colbert y Law, rica y poderosa, pero tocada de una profunda envidia y de un censurable antagonismo contra la nobleza, á la que odiaba por el hecho de

existir. El desbarajuste de la Hacienda en los tiempos de la Regencia y de Luis XV había hecho necesarias grandes emisiones de Deuda pública, que estaba toda en sus manos, pues la nobleza, en vez de adquirir, iba poco á poco desprendiéndose de sus tierras y bosques, que pasaban también al poder del tercer Estado, conservando sólo aquéllos el castillo de sus mayores, con los parques y algunas tierras inmediatas. Esta participación en la propiedad territorial y el carácter de acreedores del Estado hizo que se interesasen sus individuos en que la Administración fuese económica, que se investigase lo que gastaba la Casa Real y lo que importaban las exenciones de impuestos de que disfrutaban la Iglesia y los nobles, arrojándose el primer cimiento de la revolución, como se ha arrojado siempre en el mundo en iguales casos, por un interés material en pro de una clase determinada.

Pero ni los privilegios, ni el afán de conservar lo adquirido con su trabajo, ni la natural aspiración de elevarse en la esfera social, determinó el odio profundo que dividió á las dos clases en Francia en la última mitad del siglo XVIII: la envidia y el rencor fué la causa principal de ello. «¿Quién lo creerá?—decía Raverol en sus *Memorias:*—no son los impuestos, ni las órdenes de prisión, ni todos los abusos de la autoridad, ni tampoco las vejaciones de los intendentes y las ruinosas dilaciones de los Tribunales de justicia las que han irritado más la nación: ha sido la existencia de la nobleza, contra la cual se ha manifestado siempre mucho odio; y lo prueba evidentemente el que fueron los burgue-

ses, las gentes ilustradas, los ricos, en fin, todos los que tenían celos de la nobleza, los que sublevaron contra ella al pueblo bajo en las ciudades y á los paisanos en los campos.»

Y esto se comprende: imbuído el tercer Estado, como todas las clases de entonces, en el *Contrato social*, de Rousseau, desconocedoras por completo de la historia, cuyo estudio cayó en lamentable estado en el pasado siglo, ignorando lo que significa en los pueblos la tradición y las clases, se creían, no iguales á los nobles, sino superiores á ellos; y todo lo que las costumbres, más que los privilegios, habían sancionado, se consideraba como una ofensa personal y un ultraje directo de clase á clase. En el teatro Grenoble, siendo niño Barnave, estaba sentado con su madre en un palco que el Duque de Tonnerre, Gobernador de la provincia, había mandado reservar para uno de sus amigos; el director de la compañía y después el oficial de la guardia, vinieron á rogar á Mme. Barnave que se retirase, y como se negase á ello, cuatro soldados llegaron para obligarla; los espectadores tomaban ya parte en su favor cuando, advertido el marido de lo que ocurría, llegó, llevándose á su mujer y á su hijo, y diciendo: «Salgo porque el Gobernador me lo manda.» Más adelante, Diputado ya Barnave, exclamaba al recordar este ultraje: «Desde entonces juré levantar la casta á que pertenecía de la humillación á la cual parecía condenada.» Mme. Rollan conservaba siempre vivo el ultraje de que siendo joven en un castillo, la habían hecho comer en segunda mesa; y Champfort exclamaba: «Todo privilegio es por su naturaleza injus-

to, odioso y contrario al pacto social. La sangre se enciende á la sola idea de que sea posible consagrar legalmente al fin del siglo XVIII los pactos abominables del abominable feudalismo.»

IV

Como base de estas dos clases, las menos numerosas, existía en Francia un pueblo inculto y hambriento, viviendo en medio de la miseria más espantosa. El Duque de Orleans llevó un día al Consejo un pedazo de pan, y poniéndole sobre la mesa delante del Rey, le dijo: «Señor, ved de qué pan se alimentan hoy vuestros súbditos; en mi cantón de Turena hace ya más de un año que no comen más que yerba.» Marsillon, Obispo de Clermont-Ferrand, escribía á Fleury: «Los habitantes de nuestros campos viven en una miseria espantosa, sin camas, sin muebles; la mayor parte del año carecen hasta del pan de centeno, que constituye su único alimento, que se ven obligados á arrancar de la boca de sus hijos para pagar los impuestos; los negros de nuestras colonias son más dichosos, porque, trabajando, los alimentan y los visten, así como á su familia.» Todos los años se morían pobres á millares, reduciéndose constantemente la población. Los que tanto han declamado siempre contra la despoblación de España en tiempos de Carlos II, después de dos siglos que estábamos poblando á América, han callado constantemente ó no se han hecho cargo de que en Francia se re-

dujo á dos terceras partes la población que tenía al mediar el siglo XVII; que el hambre y la centralización de hierro impuesta por Luis XIV produjo tales resultados, que, según las Memorias de los Intendentes generales del Duque de Borgoña, hubo provincias que perdieron la quinta, la cuarta, la tercera y hasta la mitad de su población.

La centralización cesarista del antiguo régimen daba sus frutos, como los había dado en la antigüedad: los campos se despoblaban y las personas se refugiaban en las ciudades, singularmente en París, donde había ejércitos de mendigos, de desocupados y gente que se dedicaba á oficios de esos que se ejercen en la vía pública y que no podían ser gravados por el fisco, la capitación, los consumos, la prestación personal, el diezmo, la molienda; los monopolios agobiaban de tal modo al cultivador y al pequeño propietario, que hacían imposible la vida rural; la suma perfección en la ciencia administrativa daba por resultado que la tierra volviese al estado salvaje, pues merced á los reglamentos y ordenanzas su trabajo era improductivo: una finca grande pagaba al Rey y á la Iglesia la mitad de su producto; pero si la finca era pequeña, y de éstas había muchas en Francia, lo percibían casi todo.

V

Y para remediar estos males y estas miserias, y para levantarse sobre estas clases, divididas por la envidia, y servir de intermediario entre todas ellas

realizando su santa misión de paz y de concordia, la antigua é ilustre Iglesia francesa era impotente; dividida por la oposición jansenista, que, extremando la doctrina, la había hecho antipática y repulsiva; constituídos los Obispados ricos en feudos de los segundones de las casas nobles por el patronato y las libertades galicanas; relajada la observancia en los monasterios, y el bajo clero con emolumentos tan reducidos que apenas les bastaban para vivir miserablemente una vida de hambre y de privaciones, la acción bienhechora de la Iglesia se esterilizó por completo, siendo inútiles los esfuerzos de algunos espíritus elevados que, sin saber por dónde ni de qué manera, veían venir la catástrofe.

Pero el mal más profundo de aquella sociedad corrompida y disuelta hasta en sus cimientos era que Dios no reinaba en ella; que voluntaria y deliberadamente todas las clases le habían arrojado de su seno, relegándole al santuario donde sólo por guardar las conveniencias se doblaba ante Él la cabeza ó la rodilla, pero negándole y desconociéndole en su interior y teniéndole sólo como una de tantas invenciones del espíritu humano, hija del fanatismo de otros tiempos.

Abrióse el siglo XVII y recibió de su antecesor un impulso en pro de los adelantos de las ciencias físico-naturales; pero al recibirla recibió también una filosofía y un dogma que explicaba la razón de estos adelantos y la completaba: el autor de aquellas maravillas era Dios, que empezaba á permitir que el hombre levantase el velo y descubriese el mecanismo de las causas segundas por las cuales

gobierna el mundo con su sabiduría soberana. Así lo comprendieron aquellos genios que se llamaron Newton, Pascal, Bossuet, Descartes, Fenelon, Malebranche, Labruyère y otros, que á cada paso que daban en esta senda sólo veían un motivo más de admiración á la sublime sabiduría de la causa primera, de la causa de las causas, del motor único que impulsa la creación toda y la dirigía.

En el siglo XVIII continuó el progreso de las ciencias físico-naturales, iniciadas en los anteriores; al ver tanto descubrimiento prodigioso arrancado á la naturaleza en todas sus manifestaciones, podía decirse que Dios había cogido al hombre de la mano y, semejante al ingeniero de una gran fábrica, iba enseñándole el mecanismo merced al cual se movían en el cielo los astros gigantescos y en la tierra los imperceptibles infusorios; dábale cuenta de las fuerzas ocultas de la naturaleza y del sistema que rige la vida del hombre y la de los animales, de las leyes de la luz y del calor, de la razón, en fin, de todo cuanto se mueve y se agita en el universo mundo; el filósofo del siglo XVIII, en vez de ver como sus antepasados en todo esto un motivo más de adoración y agradecimiento hacia la Divina Providencia, que al darle una participación de su sér le hacía que conociese todas estas maravillas que no se conocían á sí mismas, llenóse de orgullo, volvió la espalda al autor de todas ellas y quiso poner su razón débil, flaca, sobre la razón divina, considerándose superior á ella; engolfóse en el examen de las causas segundas, olvidándose de la primera; extasióse ante las leyes que rigen el movimiento y prescindió del motor universal, no re-

conociendo como causa ni origen de lo creado sino aquello que le dictaba su razón, que puso en lugar de Dios, residenciando y llamando ante ella á presentar sus títulos de existencia, no sólo al tesoro de las grandes verdades reveladas ó descubiertas en el transcurso de los siglos, sino á Dios mismo, que relegó en las inmensas soledades del cielo como uno de tantos planetas, ó negó abiertamente, considerándole como una de tantas quimeras que la superstición de los siglos anteriores había creado para servir de instrumento de dominación de los pueblos.

Esta fué la clave de la filosofía del siglo xviii, y como consecuencia de ella la negación de cuanto se sabía en el mundo, que se consideró falso, produciéndose el insoportable pedantismo que la caracteriza, pues no era lógico que los que negaban ó desconocían á Dios y habían sustituído á El su razón encontrasen nada superior á ella.

Esta enfermedad atacó á todas las clases de la sociedad y produjo sus necesarios frutos; el hombre dejó de considerar al hombre como un hermano, y consecuente con la doctrina del «Pacto social,» sólo vió en él un asociado que solicitaba su concurso, porque materialmente se necesitaban para librarse de las fieras de los bosques, cambiar sus servicios ó sus productos y contribuir á la formación del gobierno y administración de la sociedad creada por el escritor ginebrino; se proscribió la palabra caridad, que fué reemplazada por la de filantropía, pues por una consecuencia del cristianismo, que aún estaba en los corazones, aunque había huído de las inteligencias, los asociados del

pacto incurrían en la feliz contradicción con su sistema, de no arrojar al mar ó destinar á la muerte á la multitud de seres débiles, inútiles para los fines del contrato, que tanto abundan en el mundo.

El mal de estas doctrinas tan perniciosas no hubiera sido grande si todas las clases, singularmente la aristocracia, no se hubieran empeñado en propagarlas entre las demás. De los salones de los grandes señores, convertidos en cátedras de impiedad, en presencia de sus inferiores y criados, salieron y se extendieron por todo el país los funestos principios que acabamos de exponer; la clase media los acogió ávidamente, y dedujo de ellos las lógicas consecuencias contra los privilegios, propagándolos por el pueblo bajo, con quien estaba en contacto, y todos á una, del Rey al último ciudadano, minaron el edificio social, removieron sus cimientos, quitaron los apoyos hábilmente combinados por la sabiduría de las generaciones anteriores para sostener la bóveda, serraron los estribos en que se apoyaban las vigas, quedando muy satisfechos, porque á pesar de estas obras de reforma interior, el edificio, por la fuerza de cohesión, no se hundía, hasta que á la más pequeña conmoción del terreno vino abajo, convirtiéndose en ruína espantosa, entre cuyos restos quedaron enterrados la monarquía, la aristocracia y el pueblo, que tomaron como monedas de buena ley las bufonadas de un histrión y las ilusiones de un filósofo, que en otro país no hubieran tenido más auditorio que unos cuantos amigos dentro del recinto de su casa.

VI

Era entonces París, como lo es hoy, la primera capital del mundo, no sólo para el lujo y los placeres, sino también para los recreos de la inteligencia: la nobleza perecía, y la clase media, rica y poderosa por el desarrollo de su comercio y su industria, gastaba sumas enormes, secundando á la fastuosa corte de Luis XV, en proporcionar á los de su clase toda suerte de diversiones; habíase creado y era ya una necesidad, la moda de acudir á los salones de los particulares, donde una muchedumbre, más numerosa cuanto más rico era el dueño, comía, bebía, jugaba y discutía de todo lo humano y lo divino, luciendo cada uno, más que lo sólido de sus razones, su ingenio y gracia en exponerlas. Esta moda, merced á la cual las ideas más disolventes, después de corromper á Francia, tomaron cuerpo y se propagaron por Europa, llegó á constituir una verdadera epidemia; los señores de la más elevada alcurnia y los más modestos propietarios abrían diariamente su casa á la discusión y á la crítica de las grandes verdades que forman la base del orden social y que eran impugnadas por una turba ignorante con un barniz de ilustración adquirido en diccionarios y enciclopedias.

Apenas avanzaba el día acudían los comensales invitados á la mesa, y al terminar la comida poníanse las de juego, donde hombres y mujeres arriesgaban en un momento sumas enormes; en el

salón inmediato, los que no tenían inclinación á este vicio, oían á un erudito á la violeta que reproducía lo que acababa de leer en un folleto de M. Voltaire, ídolo ante quien Francia inclinaba su cabeza y su frente, adorándole como á un sér superior y tributándole á su vuelta á París honores como no los recibieron jamás sus Reyes cuando volvieron victoriosos, después de arriesgar su vida en cien combates por defender ó aumentar el suelo sagrado de la patria. Allí se escuchaba la opinión de todo el mundo sobre los grandes misterios de la fe y la razón, y se fallaba sobre la existencia de las verdades eternas, que eran reconocidas ó condenadas como supersticiones, según lo tenían por conveniente los sabios más de moda: generalmente Dios salía bien librado de este juicio, pero Él solo, no concediéndose gracia á sus atributos y quitándole toda intervención en las cosas humanas, y singularmente todo poder de delegar facultades en la Iglesia.

En estas reuniones cuotidianas era recibida, cualquiera que fuese su posición en la sociedad, toda persona bien educada que se distinguiese de alguna manera, bien por su odio y hostilidad á la religión revelada, bien por alguna teoría desconocida ó por algún nuevo invento, ó bien por cualquiera clase de notoriedad, pues en pocas épocas han demostrado las gentes mayor ansia de saber y de comunicarse mutuamente sus impresiones. Todo el que hablaba en público era una especie de sér sobrenatural, y un Dios digno de ser adorado el que escribía un libro, ó descubría alguna cosa nueva.

No era, á pesar de esto, la religión y la política de lo que exclusivamente se trataba en los salones: habíalos, es verdad, donde los enciclopedistas tenían la exclusiva, como el de Mme. Du Deffand y Mlle. Lespinasse; pero había otros como el de Mme. Geoffrin, abiertos á todos los recreos intelectuales y á las más opuestas opiniones; los de la Mariscala de Luxemburgo y Duquesa de Choiseul, donde acudía concurrencia más escogida y donde no se atacaba á la religión ni generalmente se hablaba de política, y otros donde la gente se reunía sólo para divertirse más ó menos lícitamente.

Fomentó esta afición lo despierto y vivo del carácter francés; la perfección á que llegó en esta época su idioma, fácil al discreteo y á los primores del ingenio, y, sobre todo, la especie de manía que desde la segunda mitad del siglo XVIII acometió á las clases elevadas de la sociedad de que era un deber de su clase y nacimiento arruinarse para dar brillo á la corte.

En otras circunstancias, esta moda hubiera pasado como tantas otras; pero coincidió con un movimiento general de la opinión en contra del Gobierno y de la autoridad ejercida por el corrompido Luis XV, movimiento que había empezado ya en los días de la Regencia; que aumentó después con el desbarajuste administrativo de los Gobiernos, que debían su origen y su fuerza á los caprichos de las mancebas del Rey, y que llegó á su período álgido con la lucha de éste con los Parlamentos que limitaban su poder. El minucioso diario del librero jansenista Hardy consigna datos

que demuestran el movimiento de la opinión en la capital, cada vez menos monárquica. Cuando la enfermedad que aquejó á Luis XV en 1744, mandaron decir los fieles de la feligresía de Nuestra Señora de París 6.000 misas por la salud del Rey; años después, con motivo del atentado de Damiens, este número bajó á 600, y sólo tres fueron dichas por voluntad de los fieles, al ocurrir su última enfermedad.

Paralelo á este movimiento contra la monarquía, marchaba otro contra la Iglesia y contra todas las verdades reveladas: en los salones bullía una muchedumbre que recitaba los folletos, cada vez más impíos, que enviaban los libreros de Ginebra, escritos por el solitario de Ferney, y escuchaban con delectación trozos enteros del *Emilio,* de Rousseau, el libro más insípido y más popular que produjo la Francia del pasado siglo.

Las brillantes recepciones de la corte en Versalles, las espléndidas cacerías, los banquetes y cenas y los espectáculos de ópera italiana y teatro francés completaban el conjunto de los recreos en que pasaban, con angustia de tiempo para acudir á todos ellos, los que vivían dentro de esta sociedad considerada universalmente como la más culta é ilustrada del mundo.





CAPÍTULO III

I

Pocos datos hay para formar una relación de la vida del Duque de Villahermosa en París antes de su matrimonio. Desgraciadamente ha desaparecido, destruído por él, el primer tomo del *Diario* de su vida; los dos únicos que aún se conservan describen su carácter y pintan sus aficiones y costumbres en edad ya madura: de existir los tres, podía formarse su biografía más acabada y completa.

Era su carácter inclinado á la melancolía; recién llegado á Francia decíale el Ministro Múzquiz: «Celebro que V. E. esté tan divertido en París, porque yo había empezado á dudar si había en el mundo algún objeto capaz de divertir á V. E. según su filosofía.» No uno, sino varios debían ser éstos, pues en el libro de sus gastos aparecen constantemente estos renglones: billete de la ópera, partida de caza y careta para los bailes

de máscaras. Estas diversiones no le ocupaban mucho tiempo, pues desde la capital de Francia, sin privarse de frecuentar á diario la más brillante sociedad, dirigía con minuciosidad asombrosa la administración de sus vastos dominios, disponiendo cómo y cuándo debía venderse el trigo de Pedrola (1); en qué forma debían tomarse las cuentas del Monasterio de San Cosme de Guara (2); qué parte debía reedificarse de la casa de Valencia (3); cuánto habían de producir las tierras de Fréscano (4), y qué debían rentar los arrendamientos de todas las fincas y casas de los mayorazgos en Madrid y Zaragoza (5), sin desatender por ello los pleitos entablados contra las intrusiones de los colindantes y contra los que le disputaban sus derechos señoriales.

Pero, sobre todo, la pasión que le dominó durante su vida fué la adquisición de los libros de los buenos tiempos de la cultura española; educado por los jesuitas, gran latinista y buen conocedor del griego, se propuso reunir, sin fijarse en el coste, la mejor y más completa colección de autores antiguos y modernos, para lo cual puso á contribución á todos sus amigos en las diversas cortes de Europa y al librero Molini, que por su cuenta hacía viajes para adquirirlos.

El que más le sirvió en esta empresa fué su íntimo amigo D. Antonio Escarano, primer Secre-

(1) Cartas á Abella.—Archivo de Villahermosa.
(2) Cartas á Casalbón.—Idem id.
(3) Cartas á Hoyos.—Idem id.
(4) Cartas á Villarroya.—Idem id.
(5) Cartas á Hoyos y Abella.—Idem id.

tario de la Embajada de Londres. «Por fortuna, le decía en una carta, he encontrado tres libros de los más raros que V. E. me encargó: son *Artis Medice Principes, Metographi Latini* y *Antique Music*, el primero en folio y los otros en 4.°;» y más adelante: «Me han ofrecido el *Corpus poetarum;* buscaré los libros de *Matemática* que V. E. me encargó: ó no los ha de haber en Londres, ó los tendrá V. E.»

El Duque no descansaba remitiendo listas y más listas de libros al otro lado del canal. Escarano le decía: «No me duermo; cuando llegue á manos de V. E. ésta mía, habrá recibido el libro de Matemáticas de M. Rivaud, que por milagro se ha hallado. La Trigonometría rectilínea y la esférica del mismo autor no se encuentran por ningún dinero; el *Corpus poetarum* se ha podido encontrar, y creo no hay otro en Londres. La Colección de poetas griegos se vendió mientras yo esperaba la orden de V. E.; no hay que sentirlo mucho, porque estaba en muy mal estado. La Colección de poetas latinos que he comprado para V. E. es en folio y está en mi cuarto, al que haré venir todos los libros que V. E. ha comprado á Molini, como V. E. me previene. También van el Aretino acompañado de la carta de Trasibulo (1).»

Por fin su amigo le dió la satisfacción de haber logrado la ansiada Colección de autores griegos por que suspiraba el Duque, pues en Febrero del 69 le dice: «Nos salió muy bien no comprar la

(1) Correspondencia con Escarano.—Archivo de Villahermosa.

Colección de poetas griegos por cuatro guineas: la he comprado más barata. Es la edición de Colonia en cuatro tomos en folio, pero encuadernados en tres;» y en otra posterior esta rara noticia: «Aviso á V. E. que he encontrado, después de mucho trabajo, los dos libros chinos, uno impreso y otro manuscrito.»

Todos estos libros, en unión de los modernos de ciencias, letras, historia y artes, los remitía á Madrid, siendo Casalbón (1) el encargado de recibirlos, reunirlos y catalogarlos; verdadero literato y hombre de gusto, se entusiasma éste ante tanta obra notable y no puede reprimir su alegría, que traslada á su amigo. «Estoy fuera de mí con esta provisión de escritores antiguos á quien he jurado trato de por vida y amistad eterna: ellos son, como nuestros viejos, largos en sus cuentos, y á las veces al parecer pueriles, pero en retorno más sencillos y verdaderos, prendas que nuestros escritores han tenido interés en no imitar;» y más adelante hace autoridad tan competente esta decla-

(1) D. Rafael Casalbón, notable helenista, era amigo íntimo del Duque, que constantemente le dispensó su protección; había pertenecido á la Compañía de Jesús, debiendo salir de ella por sus costumbres livianas; secularizado, fué parásito de Mora, Medinasidonia y otros; intentó vender su pluma para deprimir á sus hermanos cuando éstos estaban en la desgracia, y arrepentido, por último, murió cristianamente abrazado á un crucifijo, pidiendo perdón á los que había ofendido y confiando en la misericordia de Dios. Este fué Casalbón como hombre; como sabio puede considerársele como uno de los primeros helenistas del siglo pasado; sucedió á D. Juan Iriarte en la Biblioteca, y trabajó en la continuación de la obra de D. Nicolás Antonio.—Véase el Apéndice.

ración: «Llegaron los libros; los hay muy buenos, y yo espero que hará V. E. la colección más completa de libros antiguos que hay en España. El índice va muy adelantado; quisiera que aun cuando V. E. venga este verano, que Dios lo haga, esté todo acabado, y si pudiera ser revisado y ordenado. Hablo de los libros antiguos griegos y latinos que forman la brillante colección que tantos afanes le ha costado á V. E.»

II

Compartía con este amor á los clásicos, cuyo conocimiento y posesión había de serle más adelante tan útil para el cultivo de la historia, un gran entusiasmo por la agricultura: en contacto con los hombres que en Francia la conocían mejor, oyó sus lecciones; transformó con arreglo á ellas y con gran ventaja los cultivos de Pedrola; hizo que fuesen á París algunos jóvenes aragoneses (1); subvencionó y llevó á España al ingeniero Henri para que reconociera sus montes de Chelva, reconocimiento que denunció la existencia en ellos de ricas minas de alumbre, sal gema y alabastro (2); siguió activa correspondencia con el más inteligente y rico cosechero y clarificador de aceite de

(1) Carta de M. Farcey al Duque de Villahermosa, en que le dice: «Los jóvenes españoles que habéis hecho venir demuestran excelentes disposiciones.»—Archivo de Villahermosa.

(2) Archivo de Vilahermosa. Correspondencia de M. Henri y del Duque de Villahermosa.

la Provenza, M. Sieuve; aplicó en España sus procedimientos (1), y se lamentó de no haber prolongado su estancia en Londres al recibir carta de Escarano con esta noticia: «El portugués Magallanes nos ha hecho conocer al Príncipe Pignatelli y á mí á un tal M. Arbuthot, que creo el primer agricultor de Inglaterra: ¡qué pérdida para V. E. el no haberle tratado! Ha hecho un gran estudio de la *Matemática* y saca buen partido de ella para la invención de los arados; hemos pasado un día entero en su tierra, que está muy bien situada á diez millas de Londres. Si á V. E. le ocurren algunas preguntas que hacer, envíemelas en francés y se las haré á este honrado hombre (2).»

Y como si esto no fuera bastante para su actividad prodigiosa, cultivó la Astronomía y las Matemáticas, asistiendo en París á las cátedras de los primeros maestros en estas ciencias, mandando construir por su cuenta y con destino á Pedrola un magnífico telescopio, y adquiriendo de lance otro que se vendió en el Colegio Real de Francia (3). Y no puede ciertamente decirse que era un platónico aficionado á los libros, pues sus numerosas obras demuestran lo contrario (4): adelantándose á su época y mucho antes que Bonaparte hubiera emprendido la expedición á Egipto, vislumbró que en las narraciones helenas, en el fondo de sus fábulas y en las relaciones de los antiguos

(1) Correspondencia con M. Sieuve.

(2) Archivo de Villahermosa. Carta de Escarano al Duque: 12 Julio 1772.

(3) Archivo de Villahermosa. Carta de Moullini al Duque.

(4) Véase el Apéndice.

pueblos de Oriente, estaba la verdadera historia de los tiempos anteriores á la gente griega y romana, punto de partida obligado para empezar la universal de todos los hombres de su tiempo.

La afición que el Duque de Villahermosa demostró por los trabajos de erudición, no excluyó su amor á las bellas artes y á la música; de las gráficas, la del grabado le dominó por completo. «Si fuera del agrado de V. E. ver mañana domingo una buena colección de estampas que está para vender en casa de M. Buldet, esperaría yo á V. E. en mi casa,» le decía M. Moles; y pocos días después: «Le remito con un comisionado los libros del *Diccionario de grabadores*, modo de grabar al agua fuerte, y *Vitruvio*, que compró ayer. M. Boulet conviene en dar á V. E. cuanto tiene en su casa con las condiciones consabidas (1).» Roma fué para esta afición su cuartel general, y Azara el director de él, encontrándose en su correspondencia constantes pruebas de las sumas que para la adquisición de grabados libraba Villahermosa. «Tengo en mi poder las estampas todas de las logias de Rafael con la obra nueva, que es mucho mejor que la primera (2),» le decía en una carta Azara; y en otra, refiriéndose á una nueva colección adquirida por el Duque: «He tenido necesidad de encuadernar las estampas para remitirlas, porque sueltas formaban un rollo que metía miedo (3).»

(1) Cartas de Moles al Duque de Villahermosa.—Archivo de Villahermosa.

(2) Carta de Azara desde Roma.—Idem id.

(3) Carta de Azara.—Idem id.

También debió entrar en su propósito el mejorar la representación de las obras del teatro, al que siempre fué grande aficionado, pues en una carta de Escarano encontramos estas líneas: «Ojalá envíe Olavide á V. E. algunos alumnos cómicos para que aprendan en Francia su oficio, que nunca jamás aprenderán si no salen de España (1).»

En éstos y otros trabajos, y viviendo una vida tan llena y tan activa, ocupó su tiempo en París el Duque de Villahermosa, sin abandonar el trato de lo más brillante de la sociedad francesa y sus deberes de hacer la corte al Rey de Francia, asistiendo á sus fiestas y regalos cuando los deberes de su empleo lo exigían.

III

Conocidos los gustos y aficiones del Duque de Villahermosa, y el tiempo y lugar en que vivió los mejores años de su vida, surge una cuestión importantísima y de la cual depende el juicio que de su fisonomía moral debe hacerse para conocerlo por completo: es ésta la de averiguar hasta qué punto estuvo contagiado de los errores que en filosofía y religión profesaron la mayor parte de los hombres de su clase que se educaron ó vivieron en París, foco del enciclopedismo y fragua encendida del error, cuyas chispas abrasaron al mundo.

(1) Carta de Escarano al Duque de Villahermosa: Agosto, 1778.—Archivo de Villahermosa.

Indicio vehemente de que, cualquiera que fuese su conducta, no perdió jamás la fe ni abandonó la obediencia de los preceptos de la Iglesia, es la carta de Azara, en que, contestando á una suya, le dice: «Ante todo, os voy á dar cuenta de que he pedido el permiso del Indice que deseáis, y que me han prometido para uno de estos días: en cuanto le obtenga, tendré cuidado de remitíroslo para que podáis salir lo antes posible del mal estado en que os encontráis por haber comido tantas excomuniones; yo me he tragado tantas como V. E. y me encuentro muy bien: esto debe consistir en la fuerza y actividad de los ácidos del estómago, que hacen que se haga mejor ó peor la digestión (1).»

Esta carta volteriana marca la diferencia de uno y otro personaje: el agente de preces se ríe de todo y lee libros prohibidos, sin cuidarse de lo dispuesto por la Iglesia; el Duque de Villahermosa, rico, joven, soltero, habitando en París, donde autoridad alguna puede pedirle cuenta de su conducta, reclama esta licencia y no descansa hasta obtenerla.

Hay otro párrafo de esta misma carta, que es concluyente para apreciar la diferencia entre Villahermosa y los enciclopedistas; contestando el agente de preces al primero que verosímilmente censuraba los atropellos llevados á cabo con el pueblo de Madrid para arrancarle el traje nacional de la capa y el sombrero, que habían producido el motín contra el italiano Squilache, le dice:

(1) Carta de Azara: Roma, 1766.—Archivo de Villahermosa.

«He pedido á Mora la relación de que me habláis: quizá leyéndola averigüe la verdad sobre la causa de los últimos motines ocurridos en España; pero necesitáis poseer una extraordinaria elocuencia para persuadirme de que la religión, tal como se encuentra hoy en España, pueda ser buena para nada, es decir, ni para la política, ni para la religión, ni para la felicidad del Estado. V. E. la cree una garantía contra el despotismo, y yo la creo la causa y sostén de este mismo despotismo. Tenéis en apoyo vuestro al gran Montesquieu, que, como V. E., opina que la superstición y los frailes son la única barrera que en España y Portugal se opone á la tiranía; pero perdóneme V. E., porque en esta ocasión no pienso yo como el gran maestro: tengo mis razones, que expondré la primera vez que hablemos (1).»

Estos párrafos son, en nuestro sentir, bien claros y concluyentes: el Duque de Villahermosa no sería, en su conducta de soltero en París, un santo varón; tendría aventuras amorosas y censurables devaneos; pero seguramente, á pesar de su insaciable afán de adquirir todos los libros que por aquel entonces publicaban los enciclopedistas, no navegaba en sus aguas; y ya notó esto con su claridad de juicio en uno de sus estudios el eminente Morel-Fatio. «En 1768—dice,—fué Villahermosa con su futuro cuñado á visitar á Voltaire, lo que no quiere decir precisamente que perteneciese al pequeño grupo de los *éclairés*. Como tan-

(1) Carta de Azara al Duque de Villahermosa, escrita en francés, desde Roma.

tos otros, no fué á Ferney sino como curioso. Voltaire parece que no se engañó en esto, y muy sensible al «mérito raro» de Mora, cuyos propósitos le parecieron revelar un adepto sincero y convencido de la filosofía, no manifestó que Villahermosa le hubiese producido una impresión favorable (1).»

Pero no el indicio, sino la prueba completa de que no formaba parte de la falanje enciclopedista de París, está en que se sabe de cierto que apenas trató á d'Alembert y no concurrió nunca al salón de Mlle. de Lespinasse, cenáculo de los adoradores de Voltaire. Cuando el Marqués de Mora enfermó en Madrid, y aquél se dirigió al Duque de Villahermosa para saber noticias de su amigo, empezó su carta: «Aunque no tengo el honor de ser muy conocido del señor Duque, espero me perdonará la libertad de dirigirme á él (2).» Al contestarle el Duque, le «encarga haga presente á Madame Geoffrin sus respetos, pues las bondades que con él tuvo están grabadas en su alma,» no atreviéndose á darle igual comisión para Mlle. de Lespinasse, á quien conoce muy poco, añadiendo después algunas frases de cortesía: esto mismo lo confiesa Mlle. de Lespinasse, pues en otra carta de su amante, tutor ó empresario, que no se sabe aún á punto fijo qué clase de relaciones tuviera, dirigida al mismo Duque, añade esta postdata: «Mlle. de

(1) Morel-Fatio, *Etudes sur l'Espagne*, deuxième série, página 137.

(2) Carta de d'Alembert al Duque de Villahermosa.—Archivo de Villahermosa.

Lespinasse me encarga que os diga cuánto la ha conmovido que os acordéis de ella y lo mucho que desea que volváis, esperando que entonces tendrá el honor de conoceros y de ser más afortunada que lo ha sido durante vuestra permanencia en París (1).» Con efecto, muerto ya el Marqués de Mora, el Duque de Villahermosa volvió á París de paso para Turín, y en el tomo II de su *Diario,* que ya comprende esta época, y en donde consignó día por día hasta los hechos más insignificantes, no aparece que visitase ni fuese visitado por Mlle. de Lespinasse.

Es, pues, evidente este desvío de los enciclopedistas, que confirma y corrobora la opinión poco favorable que de ellos tenía y su acierto y rectitud al juzgarlos. No tenemos, desgraciadamente, las cartas en que hizo esto; pero tenemos las contestaciones á las mismas, que arrojan sobre este punto bastante luz.

Debió tener gran amistad y cariño á un Padre de la Compañía de Jesús, llamado Sebastián Nicolau, á quien en todo tiempo sometió la revisión de sus trabajos, y á quien con amplia generosidad socorrió en el destierro, sosteniendo con él no interrumpida correspondencia, á pesar de la Pragmática famosa. Este P. Nicolau, que de ordinario residía en Zaragoza, se encontraba en Septiembre de 1766 en Palma de Mallorca, verosímilmente su patria, y desde allí contesta á una carta del Duque de Villahermosa en que le exponía su opi-

(1) Carta de d'Alembert á Villahermosa: 28 de Abril de 1773.—Archivo de Villahermosa.

Palma à 12 de Ser. 1766

Exo. Sr.

Mi Dueño i amigo. Dos ca
por la via de Perpignan i
en diferentes tiempos, se jun
tardanza de los correos le
lleno de gozo . por ver la
en su viaje ; la segunda cas
viendo como V.E. â penetr
de ellos que llaman Philos
verdad, que era alli ; pero n
accion, ni con tanta certeza
temor de engañarme, que
son unos pobres sabios ; i
tentos con una idea de p
penar sentencias, han corro
en la ciudad, sino aun tamb
quien es ? ora que se tome
la Historia solidamente, de av
decretaran los Autores, de pesa
las fuentes ? Casi ninguno ; pues
reflexiones superficiales, que n
pensar ; i otras tantas fruslera

respetos al
fino el a
mas af.

Exo. Sr.

Señor Conde de Fuentes, â quien conservo tan
fecto como pide mi obligacion.
Mande V.E. con libertad â la
; afº. servº. Capⁿ.

Sr. Duque de S. Vahermoso.

nión sobre los enciclopedistas. «Dos cartas tengo recibidas de V. E.—le dice,—por la vía de Perpiñán á Bayona; y aunque escribí en diferentes tiempos, se juntaron por la detención y tardanza de los correos de Mallorca. La primera me llenó de gozo por la felicidad que tuvo V. E. en su viaje; la segunda casi me hizo saltar de placer viendo cómo V. E. ha penetrado el fondo y carácter de esos que llaman filósofos. Yo lo sospechaba, en verdad, que era así; pero ni lo sabía con tanta indicación ni con tanta certeza. Ahora ya pensaré, sin temor de engañarme, que Voltaire y Rousseau son unos pobres sabios y perversos hombres que, contentos con una viveza de puro estilo y libertad en disparar sentencias, han corrompido su siglo, no sólo en la virtud, sino también en la doctrina. Porque ¿quién hay ahora que se tome la fatiga de examinar la historia sólidamente, de averiguar las antigüedades, de criticar los autores, de pesar las razones, de buscar las fuentes? Casi ninguno, pues ven que con cuatro reflexiones superficiales, que ni son causa ni efecto del pensar, y otras tantas fruslerías mezcladas con polvillos de sátira, les basta para el aplauso universal. Y si alguna vez dan á entender que saben algo de esto, es aprovechando los muchos compendios y diccionarios que hay en esta materia, pero que sirven para el estudio de las ciencias como servirían unos mapas con su vista para recorrer el mundo (1).» Así pensaba el P. Nicolau, conviniendo con su discí-

(1) Carta del P. Nicolau al Duque de Villahermosa: Septiembre de 1766.—Archivo de Villahermosa.

pulo el Duque de Villahermosa, y así con tan vivos y exactos colores pintaba á los enciclopedistas en los mismos días de Voltaire y Rousseau, y cuando reyes, príncipes y pueblos inclinaban ante ellos la frente.

Hay otro dato que confirma esta misma tesis y que desvanece la sospecha que pudiera existir de que el Duque de Villahermosa extremase la nota de su oposición á los enciclopedistas, por dirigirse á un jesuita objeto en aquella época y en todas del odio de éstos; este dato es el siguiente párrafo de una carta del descreído y volteriano Azara al Duque de Villahermosa: «Por lo que se refiere al misántropo Rousseau, os lo abandono por tal y soy completamente de vuestra opinión: el afán de distinguirse le ha hecho encontrar algunos pensamientos extraordinarios, y sería más apreciable si no los hubiera extremado tanto. La ingratitud que ha tenido con M. Hume es una mancha que afectará por siempre á su reputación (1).»

Puede, por consiguiente, afirmarse que si bien es cierto que reinaba estrecha y cariñosa amistad entre el Duque de Villahermosa y el Marqués de Mora, y ambos vivían bajo el mismo techo en casa del Conde de Fuentes, eran dos caracteres distintos, con gustos, opiniones y estudios opuestos. La educación sólida del primero le sirvió de preservativo contra la corrupción del cuerpo y del alma, bordeando, con la rectitud de su conciencia aragonesa y su buen sentido, los abismos de aque-

(1) Carta de Azara al Duque de Villahermosa.—Archivo de Villahermosa.

lla Babilonia que, entonces como ahora, era el escándalo de Europa; el segundo cayó en ellos: enfermo de espíritu y de cuerpo acabó sus días en medio de un camino, y cuando creía terminar su jornada en los brazos de la Lespinasse, se vió de improviso en la presencia de Dios, llamado para dar cuenta de su vida mundana y licenciosa.

IV

Graves sucesos ocurrían en España mientras el Duque de Villahermosa residía en París; sucesos de que iba recibiendo noticias más ó menos detalladas por cartas de sus amigos de Madrid, singularmente los empleados en las Secretarías de Estado y Hacienda y sus parientes y deudos de Zaragoza.

Poco antes de marchar el Duque de Villahermosa á la capital de Francia, había llegado á la de España el Rey Carlos III á tomar posesión de la Corona de su hermano, después de incapacitar á su primogénito, presa de incurable enfermedad mental, y establecer el Consejo de Regencia del tercero, niño aún, y al que adjudicó el Trono de Nápoles, que quedó vacante por su renuncia.

Pocas fueron las mudanzas que introdujo en el Gobierno por lo que á personas se refiere: reemplazó al Marqués de Valparaíso con el italiano Squilache en la Secretaría de Hacienda, y ocupó con servidumbre, la mayor parte italiana, los servidores del anterior reinado, proveyendo también

en gentes de esta nación los cargos palatinos. Como acto de clemencia por su elevación al Trono, levantó el destierro al Marqués de la Ensenada y á sus parciales, pero sin darle participación en el poder, que continuó entregado al bando contrario, que Wall y Alba dirigían.

Engolfado en sus trabajos literarios, en la adquisición de los libros raros y grabados, á que era tan aficionado, y en la vida agradable de París, no debió prestar Villahermosa gran atención á lo que ocurría del lado acá de la frontera, cuando los correos leváronle la inesperada noticia de que habían ocurrido graves trastornos en Madrid, Zaragoza y otras provincias de España, á consecuencia de los cuales habían sido reducidos á prisión y se seguía proceso á varios individuos notables afectos á la Compañía de Jesús y aun á algunos Padres de ella. A partir de este momento, no dejaron las cartas de Madrid de comunicarle noticias interesantes relacionadas con los sucesos que lentamente iban desarrollándose. «El P. Isidoro López ha salido desterrado de Galicia. Nada se sabe de la desgracia de los que V. E. me pregunta: sin duda será bien merecida; el abate Hermoso está en el castillo de Pamplona, Velázquez en el de Alicante y ahora, últimamente, han traído á Gándara á Batres, que está á seis leguas de aquí (1),» hasta que en los primeros días de Abril un correo extraordinario y oficial llegó á la Embajada con un voluminoso pliego que cubría varios documentos; sobre que, á juzgar por la pa-

(1) Cartas de Casalbón y otros.—Archivo de Villahermosa.

labra *reservado* que aparecía escrita en él, debía abrir sólo el Embajador: así lo hizo el Conde de Fuentes, y apenas empezó su lectura quedó profundamente turbado; llamó á su mujer y á Villahermosa y les dió cuenta del contenido de aquellos papeles, que eran una comunicación del Conde de Aranda remitiéndole copia de una Pragmática del Rey expulsando de todos sus reinos á los individuos de la Compañía de Jesús, disolviendo en ellos el instituto, y noticiándole haberse empezado ya á darla cumplimiento.

¿Qué había ocurrido para tan grave medida? ¿Qué delito habían cometido los expulsados, entre los cuales estaban dos hermanos del Embajador? Esto necesita exponer algunos antecedentes.





CAPÍTULO IV

I

TODAS las Órdenes religiosas han prestado y prestan eminentes servicios á la Iglesia; ésta, en su fecundidad admirable, las ha hecho brotar de su seno según las necesidades de los tiempos. Ante aquella corrupción del mundo romano, víctima de todas las concupiscencias y de todas las tiranías, en que el trabajo era cosa vil y la esclavitud una institución, levantó aquellos admirables Monasterios, verdaderas colonias agrícolas, en las cuales los descendientes de los Fabricios y Cincinatos, convertidos al Cristianismo, trabajaban la tierra al lado del esclavo dálmata ó galo, al que llamaban hermano. Más tarde, cuando las tinieblas de la barbarie se extendieron por Europa, fundó aquellas admirables Abadías, refugio del saber humano, donde á la luz de la lámpara del santuario, siempre encendida, se guardaron los gérmenes de la ciencia antigua para

transmitirla á las generaciones que aún no habían venido; cuando llegó la Edad Media é hicieron falta grandes ejemplos de caridad y de mortificación y grandes apóstoles de palabra de fuego para vencer y confundir á los antiguos errores que, cual planta venenosa, habían brotado al través de los siglos, los hijos de San Francisco y Santo Domingo de Guzmán llenaron esta misión y vencieron al mundo con la caridad, la mortificación y la ciencia; y últimamente, cuando en tiempos más inmediatos apareció en Europa una de las más grandes herejías que han afligido á la sociedad cristiana, y lo invadió todo y lo negó todo, y acudió á todos los medios para arrancar de su asiento la Cátedra de San Pedro y concluir con la unidad de la doctrina y de la fe, un español concibió y llevó á cabo, por inspiración divina y bajo la protección de la Virgen, el pensamiento de esa gran Compañía, milicia infatigable, siempre en la brecha para aniquilar todos los errores.

Sus soldados entraron en combate, y desde el primer día conquistaron las posiciones de que por sorpresa se había apoderado la herejía: nada se sustrajo á su actividad; todo fué para ellos campo de batalla: la cátedra, el púlpito, la academia, el confesonario, la educación de la juventud, la plaza pública y el hogar doméstico, llegando á dominarlo todo, volviendo á la obediencia de la Iglesia vastos territorios que se creían perdidos para siempre.

Vencido el protestantismo, y en cuanto se rehizo un tanto de su derrota, preparó otro asalto contra la Iglesia; y recordando que en el siglo XVI

la mayor parte de sus triunfos los debió á la traición de los Príncipes codiciosos de los bienes de la Iglesia, se refugió en el XVIII en las cortes de los Monarcas absolutos y movió la cuestión de las regalías extremándolas, y manifestándose celoso de la autoridad del poder civil contra lo que llamaba instrusiones de la corte de Roma, deslizando en sus oídos la palabra desamortización.

Esta fué la nota característica de las luchas sostenidas en todas las cortes de Europa contra los jesuitas en el pasado siglo; en España no hubieran podido nunca triunfar los enemigos de éstos, si una cábala política no hubiera venido en su ayuda y no hubieran conseguido atraer á su partido, valiéndose, Dios sabe de qué medios, á un Rey de muy cortos alcances y á unos hombres políticos omnipotentes, ganosos ante todo de conservar sus puestos, asociados á unos pocos volterianos, únicos que sabían á dónde iban, pues no se les ocultaba este axioma militar de que para tomar una plaza es preciso destruir antes los fuertes que la defienden. Esta cábala política tenía ya muchas raíces cuando subió al trono Carlos III.

II

Habíanse averiguado algunas cosas que antes no se sabían relacionadas con la cesión de la colonia del Sacramento, y de las cuales no salía muy bien parada la reputación ni la moralidad de los que habían intervenido en el asunto; sabíase que el

proyecto de la permuta había germinado antes que en ninguno en la mente de un arbitrista portugués llamado Gomes Pereira, el cual hizo creer al Gobernador de Río Janeiro que las colonias españolas del Paraguay eran riquísimas en minas de oro que explotaban los jesuitas, los cuales se oponían á que fuesen allí otros europeos para que no descubriesen sus inmensas riquezas y sus escondidos tesoros. Fundados en esto los portugueses; excitados por Inglaterra, que á toda costa quería abrir á su comercio los puertos americanos, habían vertido dinero á manos llenas para facilitar en la corte de España la ratificación del convenio, dilatada por la protesta formulada desde Nápoles por Carlos III.

Extendida esta mentira, fueron ya tachados de interesados todos los pasos dados por los Padres de la Compañía en favor de aquellos infelices indios, á los cuales contra toda ley humana y divina se les quería imponer la pena de arrebatarles del sitio en que habían nacido y el caudal que con su trabajo se habían creado, transportándoles á 100, 140 y 200 leguas de distancia de su querida Iglesia y su fértil campo, sin la compañía y consejo de los buenos religiosos que los habían enseñado á conocer y amar al Dios verdadero y á su Santa Madre.

Coincidían los jesuitas con el Marqués de la Ensenada en la creencia de que el abandono del Paraguay era funesto para España, por esta causa empezaron los enemigos de aquél, interesados en el negocio, á confundirlos en un mismo anatema y á considerar que el día en que éstos adquiriesen al-

gún valimiento lo emplearían en restaurar el del Marqués, que vendría con todos sus parciales á despojarlos de los pingües destinos que poseían, como ellos habían despojado á sus antecesores cuando su desgracia.

El hombre ha sido siempre el mismo, y los partidos en la corte de Carlos III eran idénticos á los de la actualidad: con el pretexto del bien del país sostenían una lucha terrible por la existencia, pues sabían que una vez derrotado el hombre político de que eran parciales, no tenían seguridad de conservar el empleo, que era para muchos el medio único de vivir. Cuando D. Ricardo Wall ocupó el poder, después de la muerte de D. José Carvajal, no quedó un solo partidario de Ensenada en las oficinas de los Ministerios y Consejos, y desde aquel momento empezóse á desconfiar por el poder público de todo aquél que se presumía que era partidario de los jesuitas, creyéndose, al otorgarle una merced ó concederle un destino, que se abría la puerta á un partidario de Ensenada que iba á ayudarle á conquistar su valimiento.

Y entonces se produjo una situación difícil para la Compañía de Jesús, poco antes omnipotente, no por su afán de conquista de bienes terrenales y de vanidades mundanas de que siempre ha huído en el transcurso de su gloriosa historia, sino por la fuerza de las cosas, que hace que en el mundo prepondere y se imponga el individuo ó la colectividad que más valga, y en quien resida mayor suma de inteligencia y conocimientos: esta situación consistió en que mientras recibía en público muestras de respeto, consideración y aparatoso acata-

miento, era en secreto víctima de una guerra sorda, implacable y cruel; aspiraba á una vara de Alcalde mayor un pretendiente ligado por afecto ó parentesco con algún jesuita ó educado por éstos, pues aun cuando su mérito fuese mayor que el de los demás pretendientes, se le negaba; acudía la Compañía en demanda de justicia contra alguna intrusión ó atropello de un colindante ó un deudor moroso; pues sabíase que por claro que fuese su derecho, era segura la sentencia á favor del contrario; había en la capital entre el clero secular algún sacerdote sabio y lleno de virtud, pero admirador de la obra de San Ignacio y protector de sus hijos; pues era seguro que había de morir en la obscuridad de su iglesia, sin que en la corte le propusiesen para un Obispado, que diariamente se proveían en clérigos evidentemente desafectos á los Padres de la Compañía; y así, negándoles el agua y el fuego, pero inclinándose ante ellos y besándoles hipócritamente la mano, prepararon y llevaron á cabo la gran iniquidad de que vamos á dar cuenta.

III

Están en un error los que creen que el golpe cogió desprevenidos á los jesuitas: todos lo esperaban; pero nunca creyeron que fuese tan brutal é injustificado, y harto acreditan esto las cartas del P. Isla. «La impresión se estaba concluyendo, decía al P. Nieto, al tiempo que se nos significa el

nuevo precepto de abstinencia (1), que verdaderamente me ha dado mucho que pensar y que temer. Paréceme que es preludio á algún nublado semejante al que ha descargado sobre nosotros en ambas vecindades; y ahora que las paces (tales cual ellas son) no tienen distraídas las atenciones, es mucho recelar que reviente la nube. Veo que se destierra de la corte á los que nos miran con algún cariño, y veo que son llamados á ella los que llevan la opinión contraria, colocándolos en aquellos empleos en que nos pueden hacer mayor daño. Observo que en nada nos dan la razón los Tribunales, y noto que los que de particulares nos profesaban afecto, si su mérito ó su fortuna los arrima al ministerio, comienzan á tratarnos con tibieza ó con desvío. Reparo que todo lo que puede molestarnos ó deslucirnos se pone en nuestras noticias públicas; pero se calla casi todo lo que cede en nuestro honor, estimación y consuelo.» En otra carta dirigida al P. Gorbla se muestra más explícito. «A todas partes se extienden los trabajos. El P. Isidoro López salió desterrado á Monforte de orden del Rey. No se sabe aún el delito que le mereció esta desgracia ni, por consiguiente, si de este antecedente particular se pueden inferir ó temer consecuencias universales; pero bueno será tener hecho el ánimo á todo lo que el Señor fuese servido disponer. *Barramos y callemos* ha de ser la divisa de todos los

(1) Se refiere á la prohibición de escribir sobre cualquier materia que se hizo á todos los jesuitas, y que fué una de las muchas medidas dictatoriales y vejatorias que se tomaron con ellos antes de la expulsión. La impresión de que se trata es la del *Año cristiano*.

que no quieran perderse (1).» «Vivo tan sobresaltado, dice en otra, que las hojas de los árboles me asustan, y no leo carta de edificación que no me excite una grande envidia del difunto, sin faltarme nunca de la boca aquello de *Beati mortui qui in Domino moriuntur.*»

Se ve, pues, que los hombres políticos que gobernaban entonces estaban resueltos á concluir de una ú otra manera con los jesuitas, á semejanza de lo hecho en Portugal y en Francia, y que éstos no lo ignoraban; faltaba solamente un pretexto, pues no había en España Tribunal ó Parlamento capaz de hacerlo, como en París, ni pueblo que tolerase los bárbaros y sangrientos asesinatos jurídicos de Lisboa. En esta situación, estalló en Madrid el motín de las capas y los sombreros.

IV

Durante el reinado de los primeros Borbones existió un completo divorcio entre la corte y el pueblo: la primera se afrancesó por completo; abandonó el severo traje con el cual éramos conocidos en toda Europa y cuadraba perfectamente á nuestra característica severidad, y adoptó, por complacer al Rey, el vestido francés ó militar, como entonces se le llamaba; costumbres, litera-

(1) Estas cartas están publicadas en el Apéndice del excelente libro sobre el P. Isla y los predicadores chabacanos del siglo XVIII, del P. Gaudeau.

tura, gustos y aficiones, todo se trasplantó de las orillas del Sena á las del Manzanares, no sin protesta de algún que otro viejo Grande de España, que después de haber combatido bravamente por el Rey en los campos de batalla, continuó presentándose en la corte con la negra ropilla de terciopelo, la capa corta, la espada de taza y el airoso chambergo, formando contraste con los de su clase, revestidos ya con la ancha casaca, la bien sobrada chupa, la peluca enorme, el sombrero de tres candiles revestido de pluma y el reluciente y delgado espadín.

El pueblo siguió con su vestido nacional, sin contagiarse de aquel anti-españolismo de la corte, y fiero de su independencia, aborreciendo á todo extranjero que venía á España á servir al Rey y á obtener de él cargos públicos, con cuyos emolumentos, más ó menos lícitos, se formaba un capital que transportaba á su país.

Muchos de éstos vinieron con Felipe V; pero Fernando VI puso en ello tasa, y bajo el Gobierno de Ensenada sólo pasaron el Pirineo, para servir á nuestro país y crear industrias en él desconocidas, hombres eminentes como los ingenieros navales Briaut, Tournell y Sothuell; el gran arquitecto hidráulico y militar Lemaur; el docto académico Godin; el sabio orientalista Casiri y algunos otros de esta altura, que bajo la dirección del infatigable Somodevilla, y en unión de españoles ilustres como Carmona, Cruzado, López Cruz y otros, echaron los cimientos de la fábrica de nuestra prosperidad material en el pasado siglo, que no se debió, como generalmente se cree, á los Ministros de Carlos III,

los cuales no hicieron otra cosa que plantear, estropeando algunos, los proyectos que arrancaban del reinado anterior, ó concebirlos tan disparatados y costosos, como la repoblación de Sierra Morena por colonos alemanes.

El pueblo no confundió nunca á los extranjeros que venían para proporcionarle trabajo y perfeccionarle en las artes é industrias que de antiguo poseía, con la turba de Ministros italianos y abates rapaces, imbuídos de odio al clero, que vinieron de Nápoles con el nuevo Rey, no á trazar caminos, ni á fundar arsenales, ni á proyectar canales de riego, sino á administrar la Hacienda pública, establecer tributos nuevos, aumentar los antiguos y fundar el juego de la lotería.

Del número de éstos era D. Leopoldo de Gregorio, Marqués de Squilache: de humilde origen, debía su encumbramiento á su habilidad en la administración de las provisiones de los ejércitos de Italia durante las guerras que allí se sostuvieron en tiempo de Felipe V; distinguiéndole el Duque de Montemar y otros Generales, y Carlos III le llevó á Nápoles de empleado de Hacienda, elevándole después al Ministerio y trayéndole á España con otros de sus compatriotas.

Empezó con el nuevo reinado á administrar, en reemplazo del Marqués de Valparaíso, la Hacienda pública; pero, según parece, no descuidaba la propia, acumulando sobre su cabeza y la de su familia gran número de sueldos, hasta el punto de nombrar á su hijo, recién nacido, Administrador de la Aduana de Cádiz; pingüe destino, cuyos emolumentos se calcula que pasaban de doce mil duros;

destino que el tierno infante desempeñó por medio de un encargado, con una modesta retribución.

Inauguró su mando Squilache aplicando medidas para el buen orden y administración de la Hacienda, que estaban ya preparadas desde tiempo de Ensenada, é ideó otras copiadas de Nápoles. Todo fué bien mientras de esto sólo se trató, que nunca han sido los españoles muy interesados, siendo quizá el pueblo de Europa donde menos motines ha habido por la recaudación de tributos; pero quiso su mala estrella ó su desenfrenado orgullo llegar hasta querer imponer al pueblo la modificación de parte de su traje nacional, suscitando con esto muchas resistencias parciales, prólogo seguro en todas ocasiones de motines y asonadas.

Desde tiempo de Felipe V venía agitándose la cuestión de prohibir las capas largas y los sombreros redondos, con el pretexto de que se ocultaban los rostros de los que usaban estas prendas, y á mansalva podían cometer delitos sin ser reconocidos; las autoridades habían dictado varias disposiciones que no habían sido obedecidas; el Marqués de Squilache tuvo á empeño el conseguirlo, y después de algunas consultas al Consejo y Alcaldes de casa y corte, publicó un bando por el cual se prohibía á toda persona, cualquiera que fuese su clase, calidad y estado, usar en ningún paraje de la corte y sus inmediaciones capa larga y sombrero redondo, debiendo faltarle á aquélla lo menos una cuarta para llegar al suelo, y ser éste de tres picos, de modo que pudiera verse el rostro del que lo usaba, imponiendo fuerte multa y cárcel á los contraventores.

Se fijó este bando en las esquinas todas de Madrid el 10 de Marzo de 1766; pero al amanecer del día siguiente las autoridades vieron con asombro que el bando había desaparecido, y que en su lugar se había fijado un papel en el que se decía «que se hallaban cincuenta españoles prontos á defender la capa y sombrero redondo; y que todo aquél que verdaderamente lo fuese y quisiese agregarse á este partido, se le proveería de armas y municiones y todo cuanto necesitase. Indignado Squilache, restableció el bando y lo hizo custodiar por soldados; el pueblo de Madrid insistió en no obedecerle, y lo volvió á arrancar, sustituyéndole con pasquines más ó menos ofensivos á la autoridad y hasta al mismo Rey; tenaz aquél, dispuso, no sin protestas de los Corregidores, que cuadrillas de soldados con un sastre cortasen las capas y cosiesen los sombreros de los que, contraviniendo el bando, saliesen á la calle con las prescritas prendas.

Esto colmó la medida de la indignación popular: el domingo de Ramos, 23 de Marzo, pasaron delante del cuartel de la plaza de Antón Martín dos hombres embozados con capas largas y sombreros redondos; intimáronles una pareja de soldados que cumplieran el bando; replicaron ellos que el presentarse de esa suerte era indicio de que no querían obedecerlo, y al intentar uno de aquéllos reducir á prisión al que había respondido, el compañero descargó con una espada tan fuerte golpe en su cabeza, que cayó como muerto; huyó el otro soldado, y uno de los paisanos lanzó al aire un silbido, á cuya señal salieron de las bocacalles

vecinas como hasta treinta hombres armados, que, acometiendo á los soldados del cuartelillo, los desarmaron, repartiendo sus fusiles y correajes entre la multitud que se había acercado al ruido de la contienda, proclamándose todos en rebeldía al grito de ¡viva España, viva el Rey, muera Squilache!

Como el incendio prende en materiales dispuestos, así cundió la insurrección y se propagó por todo el ámbito de la capital: se saqueó la casa de Squilache; su retrato fué quemado en la Plaza Mayor; fueron atropellados centinelas y libertados los que estaban en prisión, descargando sobre todo el pueblo su furia en los guardias walonas, á quienes tenía odio mortal, porque su brutalidad durante las fiestas celebradas en Madrid con ocasión del matrimonio de la Infanta Doña María Luisa con el Archiduque Leopoldo, había costado la vida á más de veinticuatro personas entre hombres, mujeres y niños.

Pasó el Rey con gran temor la noche, y á la mañana siguiente el pueblo, dueño por completo de la población, invadió la Plaza de Palacio: una descarga de los guardias walonas, que produjo la muerte de varios individuos, excitó aún más de lo que estaban los ánimos, sin que lograsen calmarlos algunos Grandes de España y los religiosos de varias Ordenes que tenían gran influencia con el pueblo: el motín revestía alarmantes proporciones; era ya una revolución, cuando se presentó á los jefes de ella el P. Cuenca, religioso de vida ejemplar, pidiéndoles que concretasen sus peticiones y ofreciéndoles llevarlas al Rey para terminar

un tumulto en el que tantas ofensas se hacían á Dios; aceptaron éstos la proposición, y precipitadamente redactaron y firmaron un papel en el cual se pedía el destierro del Marqués de Squilache y de toda su familia, la exoneración de los Ministros extranjeros y su sustitución por españoles, la abolición de la Junta de abastos, la salida de Madrid de los guardias walonas, la libertad de vestir el pueblo á su gusto y la rebaja del precio de los comestibles, todo con la condición de que el Rey firmaría estas concesiones en la Plaza Mayor, amenazándole si no lo hacía, con que 30.000 hombres reducirían á pavesas su Palacio nuevo.

Con la cabeza cubierta de ceniza, el sayal de su Orden y una soga al cuello, se presentó en la cámara real el P. Cuenca, llevando el mensaje de los amotinados: vaciló el Rey, y pidió consejo á los Grandes allí reunidos; el Duque de Arcos y los Condes de Gazola y Priego opinaron que S. M. debía contestar á los alborotadores con la boca de sus cañones; el Marqués de Sarriá y los Condes de Oñate y Revillagigedo sostuvieron la opinión contraria, llegando este último á recordar los agravios que los walonas infirieron al pueblo de Madrid, y el anterior, las operaciones poco lícitas del aborrecido Ministro. Inclinóse el Rey á la clemencia, y aceptó y prometió cumplir lo que se le pedía; volvió el Padre á los amotinados; invadieron éstos la Plaza de la Armería con beneplácito de Carlos III, que, asomado á un balcón y contestando al P. Cuenca, ratificó nuevamente las condiciones entre los vivas de la multitud.

Cesó desde este momento el tumulto; dejaron

de cometerse desmanes, y para dar gracias á Dios improvisó el pueblo un Rosario nocturno, sacando procesionalmente la Virgen del Convento de Santo Tomás en hombros de cuatro frailes dominicos; la comitiva, rezando, atravesó procesionalmente las principales calles; pasó por delante de Palacio, á cuyos balcones se asomó el Rey y toda su familia, terminando en la citada iglesia y recobrando las autoridades desde aquella noche su interrumpido imperio.

Todo parecía terminado y todo lo estaba en efecto, cuando un cortesano imprudente insinuó al Rey lo peligrosa que podía ser para su persona la estancia en Madrid. No debía tener Carlos III madera de héroe, pues temblando de miedo dispuso precipitadamente el viaje á Aranjuez con toda su familia por los caminos subterráneos de Palacio; en vano protestó la Reina madre, más conocedora que su hijo de la índole del pueblo español; el Rey no quiso oirla, y la viuda de Felipe V se vió obligada á desalojar también el Palacio de Oriente, llevada en silla de manos cuyos brazos hubo necesidad de serrar, por no consentirlos lo angosto de los pasadizos.

Al siguiente día enteróse el pueblo, trocándose en furiosa indignación la alegría de la víspera; volvieron á tomar las armas que habían abandonado; se proveyeron de otras nuevas que adquirieron apoderándose de un carro que las conducía al Parque, y tumultuosamente trataron de ir todos á Aranjuez á obligar al Rey á regresar á la capital; lo pensaron mejor, y volviendo sobre su primer acuerdo, se trasladaron á la posada del Obis-

po de Cartagena, D. Diego de Rojas, Presidente del Consejo, y le intimaron la orden de llevar al Real Sitio el deseo del pueblo de Madrid; avínose á ello el Prelado, y cuando estaba ya en su coche en el Puente de Toledo rodeado de la muchedumbre, pensaron los amotinados que sería mejor que el Obispo se quedase en la corte como en rehenes, pues podía ocurrir que una vez en Aranjuez no volviese á dar cuenta de la comisión, y que redactase y firmase á nombre de todos un papel en que se expusiesen las quejas de los buenos españoles.

Volvió á su casa el complaciente Obispo, y escrita y redactada la exposición exponiendo los agravios y formulando las peticiones del pueblo, que no eran otras que las aceptadas por el Rey en la Plaza de Palacio, á la voz del P. Cuenca, prestóse á conducir el mensaje un hombre obscuro llamado Avendaño, que estaba cumpliendo condena y que por este servicio esperaba el indulto que consiguió. Mientras desempeñaba su comisión estaba bloqueada la corte, no permitiéndose la salida de Madrid de los Secretarios de Despacho, ni la conducción á Aranjuez de las camas y utensilios de la Familia Real.

Regresó al día siguiente Avendaño con la respuesta del Rey; apresuróse el Obispo á convocar el Consejo, y todos se trasladaron á la Plaza Mayor, instalándose en la Casa-Panadería, á cuyo amplio balcón se asomó el Prelado, teniendo á derecha é izquierda á dos Secretarios; entregado el pliego por el mensajero ante un Escribano de Cámara, se procedió á abrirle, leyendo el Presidente del Consejo en voz alta una comunicación en que

el Rey confirmaba todas las concesiones hechas anteriormente, y daba su palabra Real de cumplirlas á condición de que concluyese el motín, prometiendo volver á Madrid una vez terminado éste.

De nuevo estallaron vivas y aclamaciones; dispersóse la multitud, entregando las armas á la autoridad, y terminó con esto el alboroto que ha pasado á la historia con el nombre de motín de las capas y de los sombreros.

Alteraciones como las de Madrid estallaron por parecidas causas al mes siguiente en Zaragoza, Calatayud y algunas otras provincias de España.

V

Terminado el motín, á nadie se le ocurrió acusar á los jesuitas de haberlo promovido; antes por el contrario, se evidenció por distintos conductos que varios Padres de la Compañía que gozaban de autoridad y prestigio entre el pueblo le habían empleado en calmarle, predicando la obediencia á las autoridades. El Corregidor de Madrid, cuya policía había estado mezclada con los amotinados los tres días de revuelta, no habló nada de los jesuitas, y le atribuyó «á la gente advenediza á quien la miseria y holgazanería arrojó de los pueblos de su naturaleza y condujo á Madrid (1).»

(1) Carta del Corregidor de Madrid al Duque de Losada, Sumiller de Corps: 5 Abril 1766.—Archivo del Corregimiento.

Pero la autoridad más decisiva sobre este punto es la del mismo Conde de Aranda: habíasele confiado el encargo de trasladarse de incógnito á la corte á investigar el origen del motín; al dar cuenta de su cometido, en carta dirigida en 9 de Abril al Ministro Roda, consigna «que el ánimo primero de la revolución fué matar el Jueves Santo al Marqués de Squilache, y después dejarlo al vulgo colérico por su manejo en el Gobierno; y que varios confesores le habían asegurado que oyeron á muchos de los tumultuados que ni uno se acusó de otro intento que el de libertar la nación de un Ministro que suponían contrario á ella (1).»

Está, pues, demostrado que en las primeras diligencias del sumario de esta causa no apareció nada contra la Compañía de Jesús, siendo sus más declarados enemigos los que las instruían. Para honra del carácter español, la idea de aprovechar este suceso para expulsar de España á los jesuitas, que eran inocentes, vino de Italia y la sugirió Tanucci.

Era éste un leguleyo florentino, con la maldad de Maquiavelo, pero sin su talento, y de quien se había servido Carlos III cuando fué Soberano de Parma para fundar sus pretensiones regalistas: lleno de odio á la clase sacerdotal, tenía el concepto protestante de la Monarquía, cuya autoridad ponía por cima de todas las de la tierra, y un profundo desprecio del pueblo, que para él era rebaño vil sin ninguna clase de derechos ni de libertades; este hombre sin grandeza y sin otro mé-

(1) Archivo de Simancas. Gracia y Justicia, legajo 9.

rito que una gran expedición para el manejo de los negocios, fué el oráculo en quien se inspiró Carlos III en Nápoles y en España, y á quien escribió casi á diario, pidiéndole consejo sobre los negocios más graves de sus reinos. Al saber lo ocurrido se desató en denuestos contra el pueblo de Madrid, llamándole «pueblo villano, pueblo criminal y libertino, mereces toda infamia por tu infidelidad (1);» en otra carta dirigida á Losada insistió «en que los eclesiásticos eran los autores privados y ocultos de la sedición (2);» con Catani, residente en El Haya, se muestra ya el florentino más explícito: «la máquina que ahora ha producido sus efectos viene preparándose desde los tiempos de D. Felipe. Durmió durante el reinado de D. Fernando y no pudo contenerse á la vista de un Rey italiano, que había traído á Squilache como Ministro de Hacienda, y continuando con Wall, enemigo de Ensenada y no amigo de los jesuitas ni de los Grandes, habiendo concluído con un genovés (Grimaldi), que, unido á Squilache, hacía presumir una inundación de franceses é italianos (3);» con Azara no ocultó su pensamiento: «los jesuitas, le dice, son siempre los mismos. En todas partes son sediciosos, enemigos de los Soberanos y de las naciones, ladrones públicos llenos de vicios y principalmente ateos. *No sé que se aguarda para destruir el Colegio de Loyola* (4).»

(1) Carta de Tanucci al Príncipe de la Católica, Embajador de Nápoles: 22 Abril 1766.—Simancas.

(2) Tanucci á Losada: 20 Mayo 1766.—Idem.

(3) Tanucci á Catani: Junio de 1766.

(4) Tanucci á Azara: Agosto de 1766. Esta curiosa corres-

La idea, pues, de fundarse en el motín para expulsar á los jesuitas nació de Tanucci, y la planteó con más detalles en cartas posteriores dirigidas al Duque de Losada. Esta idea, que no se había ocurrido en los primeros momentos á los enemigos de la Compañía, fué acogida con júbilo en Madrid, y á ella se ajustaron todos los incidentes por que después siguió este negocio, cuya cabeza fueron Roda y Campomanes, Aranda el brazo y Carlos III la pantalla, tras cuya autoridad se escudaron los adversarios de los jesuitas.

Fué D. Manuel de Roda un jurisconsulto aragonés que desde muy joven concibió un odio profundo contra los jesuitas por la protección decidida que según se dice prestaban á los colegiales mayores para la provisión de toda clase de cargos públicos, y por la guerra que según él tenían declarada á cuantos se educaban en las Universidades, á los cuales tachaban de jansenistas para poner en contra de ellos á las personas nobles ó plebeyas cuya conciencia dirigían. Debió Roda ser víctima al principio de su carrera de alguna, que él creyó injusticia y que cargó á cuenta de la Compañía de Jesús, probablemente inocente del hecho, pues desde muy joven se distinguió entre los abogados de Madrid y la falanje de universitarios y clérigos que como él se creían agraviados, llegando á ser una especie de jefe de partido, de-

pondencia de Tanucci ha sido publicada por el activo académico D. Manuel Danvila en la *Historia de Carlos III*, obra notable y muy útil por los muchos é interesantes documentos que contiene.

cididamente hostil á todo hombre político que se suponía ligado con los jesuitas, siendo tanta su exageración y apasionamiento en este punto que, según su protegido y paisano, el volteriano Azara, por los dos cristales de las gafas que usaba Roda no veía más que por el uno jesuitas, y colegiales mayores por el otro.

Llevóle su carácter inquieto y su juvenil ardor á entablar una polémica muy viva contra un personaje de la corte, y lo hubiera pasado mal á no tener el apoyo del Duque de Alba, gran amparador de todo aquél que fuere enemigo de los jesuitas, el cual logró para él la Embajada de Roma, donde con la edad y sin perder nada de su odio reconcentrado y frío, adquirió la calma y el aplomo que le faltaba, viniendo de allí por los años de 1763 al 65 á tomar posesión del Ministerio de Gracia y Justicia, á cuyo cargo corría la provisión de piezas eclesiásticas. Inútil parece decir, tratándose de este personaje, que desde aquel momento empezó á poner en práctica aquello de que acusaba á los jesuitas, y ni un solo colegial mayor ni un amigo de éstos fué propuesto por él para ningún beneficio, cualquiera que fuese su mérito y calidad.

Campomanes no odiaba á los jesuitas por serlo, sino por adictos á Roma y al Pontífice, cuyas prerrogativas combatió siempre, extremando tanto el regalismo, que llegó á rebasar las lindes de lo lícito para pasar á lo heterodoxo, de lo cual, según parece, se corrigió al finalizar sus días. Estas fueron, en realidad, las cabezas que dirigieron la trama para realizar el pensamiento de Tanucci; pero

necesitaban hacer entrar al Rey en sus planes, pues Carlos III, aunque poco amigo de los jesuitas, nunca había hecho indicación alguna en sentido contrario á la Compañía. Para conseguirlo, hiciéronle creer que ésta y sus partidarios, muchos y poderosos en España, tenían tramada una vasta conspiración, con objeto de poner en el trono á su hermano el Infante D. Luis en lugar del Príncipe de Asturias D. Carlos, y que el motín de Madrid y los de Zaragoza, Calatayud y otros puntos eran manifestación de esta conjura, que seguía viva y poderosa y con la que había que concluir en bien de la dinastía y de la Real Familia. Esto requiere alguna explicación.

Tenía D. Carlos un hermano, el último de los del segundo lecho de su padre, que se llamaba el Infante D. Luis; había sido destinado desde pequeño á la Iglesia, nombrándole Cardenal administrador de las diócesis de Toledo y Sevilla; pero su carácter, poco conforme con lo rígido de la moral que en tan elevado puesto debe observarse, y, sobre todo, la necesidad del celibato, lleváronle, cuando aún reinaba Fernando VI, á renunciar capelo y mitra, y á pedir con apremiante insistencia al Rey le autorizase para casarse con persona de su clase: no lo hizo éste, influído verosímilmente por Carlos III y por la Reina madre, que veían en peligro el que crease familia el Infante, que ya contaba veintisiete años: la razón era ésta.

Al venir á España Felipe V, á pesar de que su derecho arrancaba de una Infanta, convocó Cortes generales, en las que revocó la antigua ley de

Partida, excluyendo, ó por decir mejor, postergando á las hembras para la sucesión á la Corona; al mismo tiempo consignó que para ocupar el trono debía el Soberano tener la condición de haber nacido y haberse criado en España, cosas ambas que le faltaban al entonces Príncipe de Asturias, después Carlos IV, que era napolitano y no había venido aquí hasta muy entrada la juventud. Receloso cual ninguno, y también cual ninguno amante de su familia, negó Carlos III, con la tenacidad que le era característica, el permiso que para casarse le pidió repetidas veces su hermano, el cual, apremiado por la conciencia que imperiosamente le excitaba á salir de una poco honesta soltería, acudió con repetición al Padre confesor á fin de que le ayudase en esta empresa: una y otra vez desatendió el Rey á su confesor, siempre temeroso de que los hijos de su hermano pudieran suscitar dificultad á los suyos el día de su muerte, alegando mejor derecho á suceder, fundados en el precepto terminante de la pragmática citada.

A un hombre de escasos alcances como Carlos III costó poco trabajo convencerle de que la Compañía no sólo tenía este propósito, sino que se dirigía á este fin para reconquistar con un Rey, el cual la debería el trono, la influencia que había perdido desde la muerte del último Monarca: fingiéronse cartas, falsificáronse documentos, mezclóse el nombre y la persona del General de la Compañía de Jesús, supúsose que ya á la muerte de Fernando VI había sido solicitado con el mismo fin el referido Infante, y hasta que corría pe-

ligro su vida, citándole para convencerle la consabida acusación de partidarios del regicidio que de antiguo pesaba sobre los Padres del instituto de San Ignacio (1).

No necesitó más Carlos III: desde aquel momento se unió á Tanucci, Roda y Campomanes en el proyecto de exterminar á la Compañía, y fué dócil instrumento en sus manos. En cuanto al pobre Infante D. Luis, muchos años después de la expulsión y cuando ya rayaba en los cincuenta, le autorizó su regio hermano para contraer matrimonio; pero no con persona de su clase, sino con otra de menos ilustre condición, publicando antes la pragmática sobre matrimonios desiguales, en virtud de la cual se le excluía de todo derecho á sucesión, se prohibía á sus hijos llevar su apellido y á ellos y á sus padres presentarse en Madrid y en los sitios reales. Por todo pasó el Infante, que no se movió en tantos años por requerimientos de pasión amorosa, sino por mera afición al estado del matrimonio. Ya todo convenido le presentaron una lista en la que figuraban tres doncellas pertenecientes á familias principales de España: una hija del Duque del Parque; una sobrina del Marqués de Campo Real, y Doña María Teresa de Vallabriga y Rozas, sobrina del Marqués de San Leonardo, hermano del Duque de Veragua. En esta última se fijó, y cuando todo parecía terminado y próximas á encenderse las antorchas de Himeneo por que tan largos lustros había suspirado el buen D. Luis, estuvo todo á punto de des-

(1) William Cok.

hacerse por resistencia de la novia, que sólo contaba diez y seis años, y á quien no compensaba la elevada posición que adquiría, las limitaciones y distingos de que iba acompañada y la edad, ya machucha, del novio. Convenciéronla al fin y se realizó la boda.

El Rey, en tanto, seguramente ya de acuerdo con Roda y Campomanes, había nombrado primer Ministro con amplias facultades al Conde de Aranda, y ordenado se practicase una pesquisa secreta para averiguar el origen y autores de los pasados trastornos, designando para llevarla á cabo como Ministro á D. Miguel María de Nava y como Fiscal del mismo á D. Pedro Rodríguez Casapinos. Poco después el Marqués de la Ensenada salió desterrado para Medina del Campo, sin que se pudiese formularle acusación alguna, y solamente porque al pasar los amotinados por delante de su casa le habían victoreado, recordando los grandes merecimientos de aquel Ministro español, condenado al ostracismo cuando tanto extranjero sin merecimientos ocupaba el poder.

Trabajosamente marchaba la pesquisa secreta sin arrojar nada contra los jesuitas; emprendióse entonces una serie de procesos contra personas que se suponían afectas á ellos, como Gándara, Salazar, Valdelirios, Hermoso, Uriarte y otros; tampoco resultó nada probado, á pesar de lo cual fueron algunos inicuamente condenados por el Rey después de absueltos por los Tribunales, como le pasó á D. Manuel de la Gándara, Arcediano de Murcia, que habiendo desvanecido todos los cargos que se le hicieron, menos el de ser

amigo de los jesuitas, que fué uno de los que se formularon á todos los reos, murió preso en el castillo de Pamplona, sin permitirle durante su encierro ni el uso del breviario (1).

Esto sembró el terror entre los amigos de los jesuitas: algunas almas nobles y generosas siguieron dispensándoles protección y ayuda en este trabajo; el mayor número, sobre todo los que, por razón de su cargo, estaban en contacto con las autoridades y esperaban destinos ú honores, huyeron de ellos como de apestados.

En vista de esto, el Provincial P. Idiáquez, primogénito de la casa ducal de Granada de Ega, se dirigió por escrito á uno de los Ministros para saber de qué se acusaba á la Compañía, y para exponer al mismo tiempo su sentimiento y el de sus hermanos si por desgracia aparecía alguno complicado en los pasados trastornos; contestóle Roda diciéndole que había leído su carta al Rey. De la minuta de esta contestación, tachada en dos largos párrafos, se desprende que se escribió primero otra, en la cual se le daban seguridades para su instituto, lo que debió disgustar al Rey, que sabía ya, y era, por consiguiente, cómplice, lo que se pretendía hacer: estos párrafos fueron sustituídos por otros de hipócritas afectos á la religión y de aprecio y consideración personal al Provincial.

En tanto que esto ocurría, menudeaban los pasquines irreverentes al Rey y los ataques á su confesor el P. Eleta, fraile adocenado, de ninguna

(1) P. Zarandona, *Extinción de la Compañía de Jesús*, tomo I, pág. 284.

instrucción é incapaz de dirigir, no la conciencia de un Soberano, sino la del más obscuro gañán; estos pasquines, fabricados indudablemente por los mismos que dirigían la pesquisa, sostenían el fuego infernal contra los jesuitas y mantenían vivo el rencor de Carlos III y de su confesor contra el instituto, evitando por este medio que, sobreponiéndose la conciencia á la pasión, se desbaratase la trama. Hay también la casi evidencia de que con este mismo fin se acudió á otros más reprobados, suponiendo á los jesuitas autores de una calumnia que afectaba á la honra de la Reina madre y á la legitimidad del Rey.

Terminó la información sin arrojar cargo concreto contra nadie, limitándose á un índice ó recopilación de todas las vulgaridades que desde su fundación se habían dirigido contra la Compañía, primero por los protestantes, después por los enciclopedistas y últimamente por los curiales, amantes de las regalías y fautores de concordatos depresivos á la autoridad de la Santa Sede: unos testigos, cuyo nombre se había prometido callar y se callaba, en efecto, acusaban á los Padres, sin citarlos por sus nombres, de haber hablado mal del Monarca y de su Real Familia, asegurando que habría pronto grandes trastornos; otros afirmaban haberles oído decir que antes de poco dejaría de reinar la dinastía de los Borbones, no faltando quien dijese que en pláticas y conferencias habían predicado la rebelión como lícita. Adobado todo esto con las famosas teorías sobre el regicidio y la dominación universal, se vino á parar á la conclusión de que los autores del motín habían sido los

jesuitas, y se formó una consulta que se elevó al Rey, el cual mandó formar un Consejo extraordinario, presidido por el Conde de Aranda, para que informase y propusiese.

Los procedimientos de este Consejo fueron idénticos á los que se habían seguido en la pesquisa: nadie hizo pregunta alguna á los acusados, ni se les careó con testigo alguno, ni se allegaron pruebas de ningún género; en todo se procedió inquisitorialmente, después de haberse juramentado sus individuos para mantener el secreto y de haberse dividido en dos salas, que por escarnio, sin duda, se titularon *de Justicia* y *de Conciencia*. Este Consejo elevó al Rey en 29 de Enero del 67 otra consulta proponiéndole el extrañamiento del reino de todos los jesuitas y la ocupación de sus temporalidades.

Debió pensar Carlos III que si por este negocio se iba al infierno, quería estar allí bien acompañado, pues no contento con la pesquisa secreta y con el Consejo extraordinario, formó otra nueva Junta, compuesta de muchos individuos de la anterior y de otros como el Duque de Alba, enemigos reconocidos de los jesuitas. Creía, sin duda, que descargando sobre muchos el peso de aquella gran injusticia, aligeraba el que debía cargar sobre su conciencia y disminuía su tremenda responsabilidad.

Como es natural, la Junta extraordinaria opinó lo mismo que había opinado el Consejo extraordinario, encontrando bien la consulta que en su opinión debía el Rey transformar en sentencia y dictar las órdenes oportunas para su aplicación. Al

llegar á este punto, surgió una grave dificultad: la de saber cómo se fundaba la sentencia, pues no podían desterrarse de España miles de súbditos y arrebatárseles sus bienes sin decir siquiera la causa de tan grave pena y el delito por el cual se les imponía. En España no había habido ningún Padre Lavalette que con sus negocios mercantiles comprometiese á su instituto, ni familia alguna como la Tavara, á quien un Ministro tirano acusase de haber conspirado contra la vida del Rey, en unión de los jesuitas; en España no había habido absolutamente nada de que pudiera acusárseles. Roda resolvió esta dificultad con un expediente de leguleyo cesarista, para los cuales los pueblos son una especie de rebaño para el servicio de su dueño: convenció al Rey de que no debía dar explicación alguna de su voluntad, que era soberana y omnipotente, no sujeta á nadie en la tierra y que debía reservarse en su Real pecho las razones de su resolución; reserva, por otra parte, no difícil de guardar, puesto que estas razones no existían.

Así, unos cuantos regalistas, algunos volterianos, unos pocos jueces venales, un fraile gilito que apenas sabía decir misa, y el Rey, de inteligencia más limitada de cuantos se han sentado en el trono de España, resolvieron la expulsión de nuestra patria de la gran Compañía de Jesús, que Carlos V había protegido; de quien se había valido Felipe II para dominar la herejía; á quien la Iglesia debía la reconquista y vuelta á la fe de extensos territorios dominados por el protestantismo en los primeros años de la rebelión de Lutero, y que no con-

tenta con los servicios prestados en Europa, se había dilatado por Asia, Africa y América para sacar del error y de las sombras de muerte en que yacían sumidos, antiquísimos pueblos de las viejas civilizaciones orientales y jóvenes colonias del recién descubierto Occidente.

VI

Usando de las facultades omnímodas y extraordinarias concedidas por el Rey al Conde de Aranda, dirigió éste una carta-circular á todas las autoridades de los pueblos donde había casas, colegios ó residencias de jesuitas, incluyéndoles un pliego cerrado, con orden de no abrirlo, bajo penas severísimas, hasta la puesta del sol del día 2 de Abril; la fecha de esta orden para las autoridades de Madrid fué dos días antes, es decir, el 31 de Marzo.

Abierto este pliego, vieron éstas que en él se les mandaba rodearse de fuerza armada y presentarse á media noche en las moradas de los jesuitas; abrir las puertas de orden del Rey; requerir al Superior para que reuniese en un sitio capaz á la Comunidad; ocuparles todo el dinero, libros y papeles; leerles la Pragmática, de la que se acompañaba copia, y hacerles salir en coches, carros ó á pie, sin más equipaje que el breviario, en dirección á los puertos de mar, donde había barcos preparados para conducirlos á los Estados pontificios; allí se les pasaría una pensión de 100 pesos, que perde-

rían todos, si uno solo escribía en son de apología ó de censura de esta medida.

Así sucedió: en el mismo día y á la misma hora fueron invadidas las casas de los jesuitas y ocupados su dinero, libros y papeles, sin que en ninguno de ellos se encontrase ni rastro ni indicio de los delitos de que se les acusaba en la pesquisa secreta ni en la consulta del Consejo al Rey.

A los pocos días, por los caminos que del centro de la Península conducen á los puertos, veíanse conducidos como criminales y con fuertes escoltas de soldados venerables sacerdotes, modelos de virtud y de saber: algunos de ellos habían ensanchado con su palabra y su sangre los dominios materiales de la nación que de tal manera los trataba; se habían sentado en la choza del salvaje, y de sus labios habían oído éstos por vez primera la noticia de que había una nación que se llamaba España, á la que debían amar como madre y servir como señora; otros, en medio de los horrores de una epidemia, habían expuesto cien veces su vida por salvar la de los demás; muchos habían abandonado los regalos de elevadas posiciones para abrazar por amor de Dios la pobreza y la obediencia voluntarias; habíalos que el día antes explicaban los arcanos de la ciencia matemática, ó las bellezas de las lenguas clásicas, ó los misterios de la teología á una juventud estudiosa, que al volver el día siguiente encontró la cátedra desierta, nunca reemplazada, y no faltaban los que, luchando con una decadencia que lo envolvía todo, habían escrito libros inmortales, dejando en ellos el tesoro de su saber, que legaban á sus ingratos compatriotas.

Cubiertos de polvo y sudor en el fondo de los valles; helados y faltos de ropa al ascender á las cumbres; abrasados unas veces por el sol y empapados otras de agua por las lluvias; mal alimentados y algunos enfermos, siguieron trabajosamente su camino en dirección á las costas, para entregarse á las tempestades del mar, menos crueles que las que levantan las pasiones de los hombres.





CAPITULO V

I

ESTAS noticias, que al mismo tiempo que el correo oficial confirmaron cartas particulares, produjeron profunda pena en casa de los Condes de Fuentes. Tenía éste dos hermanos en la Compañía: el P. José, que á la sazón estaba en Zaragoza, y el P. Nicolás, que residía en Barcelona. Aliados por enlaces los Pignatellis con el Conde de Aranda, cuidó éste de escribir al Alcalde encargado del cumplimiento de la Pragmática que exceptuase de la regla general al P. José, con el que debían guardarse especiales consideraciones, y dejarle en libertad, si lo deseaba: al dar los primeros pasos en este sentido, el noble Padre protestó enérgicamente del agravio que se le infería, y juró vivir y morir con su amada madre la Compañía de Jesús, más querida para él en la adversa que en la próspera fortuna; igual respuesta dió el P. Nicolás, y el hermano de am-

bos, el famoso canónigo D. Ramón, al saber más tarde que eran los suyos objeto de semejantes solicitaciones, declaró que no los reconocería por hermanos si cometían la indignidad de prestarse á ellas.

Las cartas que el Duque de Villahermosa recibió de Madrid reflejan bien los sentimientos encontrados que produjo la medida contra los jesuitas, según las personas y las localidades de donde aquéllas procedían.

Sus amigos de Madrid, cortesanos ante todo, con empleo en las oficinas y Consejos, le escriben alabando lo dispuesto por el Rey y felicitándose de lo ocurrido. «Ya por las noticias públicas sabrás los importantes sucesos de nuestro país, le escribía Medinasidonia: yo espero muy buenas consecuencias que se han de seguir, si yo no me engaño (1).» «Terminó felizmente el asunto de los jesuitas, que no volverán más á darnos guerra (2),» le escribe otro, cuya firma no aparece en la carta; en cambio, los aragoneses, muy afectos á la Compañía y en cuyo noble corazón había causado herida profunda aquel bárbaro proceder, se limitan á decirle: «Siento la novedad de nuestro Embajador, y no ayudará nada á su convalecencia las noticias de las novedades ocurridas en estos países y de que no se puede hablar en pro ni en contra (3).» Su tío D. Antonio Azlor, en una carta escrita pocos

(1) Archivo de Villahermosa.
(2) Idem.
(3) Carta de D. Joaquín Cayetano al Duque de Villahermosa.

días después de la expulsión, se limita á decirle que los Padres salieron para Teruel; que allí quedaban los Procuradores, y por excepción el cuñado de D. Belisario Chanfi, apoderado general de Villahermosa en Aragón, y á remitirle una esquela con los nombres de los Padres amigos.

El que en este asunto se trasluce más es el autor de una carta, que parece ser el Marqués de Santiago, en la que, después de afirmar en un párrafo que le parece muy fuerte el decreto contra los jesuitas, añade en otro: «Sin política ni miedo digo que en el día no hay novedad, y cuando suceda lo contrario se contentará V. E. con que le diga las hay, y le calle las que son, si tiene presente que en España hay castillos y que en éstos hay algunos conocidos de todos, á quienes no quiero acompañar por hablar lo que no es del caso; y esto es responder á lo que V. E. me dice de que todos callamos aquí (1).»

Ni en los borradores de las cartas en que el Duque contestó á éstas, que son muchos, ni en las que recibió después como respuesta á ellas, que tenemos á la vista, aparece nada que pueda traducirse, no ya como aplauso, ni siquiera como satisfacción por esta medida: es verosímil, pues, el pensar que le desagradó profundamente el golpe dictatorial de Carlos III; pero esta verosimilitud se trocará en certeza cuando más adelante expon-

(1) Archivo de Villahermosa.—Se alude á D. Antonio Idiáquez, amigo de ambos, conducido á un castillo por decir que el Conde de Aranda era un fatuo, Campomanes un tonto y Olavide un loco.

gamos la conducta nobilísima del Duque con algunos de los jesuitas expulsados, conducta que en nuestra opinión fué causa de la profunda antipatía y el bien marcado desvío con que durante toda su vida le trató el Rey, teniéndole siempre en el ostracismo; no concediéndole merced alguna durante su largo reinado, á pesar de sus brillantes cualidades, y no dándole otro nombramiento que el de Embajador en la pacífica corte de Turín, considerado por sus contemporáneos, y con razón, como un forzoso destierro.

Había cumplido por esta época el Duque de Villahermosa treinta y siete años; su inteligente administración y su cuidado en mejorar los producductos de sus vastos Estados, había hecho que se duplicasen sus rentas, lo que le permitió redimir muchos censos, reedificar las fincas en ruína y mejorar aquéllas perjudicadas por la incuria y abandono de sus antepasados: entonces advirtió que á pesar de su amor á los libros y su entusiasmo por las artes y las distracciones de París, sentía un vacío en su corazón que nada de esto bastaba á llenar. Este estado de espíritu, que en vano quiso vencer proyectando largos viajes á Inglaterra y Holanda, se unió con el natural deseo de afirmar en su descendencia la posesión de su casa y Estados, apenas salidos del largo y ruinoso secuestro que produjo la muerte del penúltimo Duque de Villahermosa, con tanto más motivo, cuanto que no tenía más que un hermano soltero, Jefe á la sazón en el ejército y de guarnición en Madrid. Apremiado por estas consideraciones, decidió contraer matrimonio con persona de su clase, fiján-

dose en 1768 en una niña hija de los Condes de Fuentes, que á la sazón estaba en Madrid.

Amaban ya éstos á Villahermosa como á un hijo; veían lo ilustre de su cuna y su sobrado patrimonio, unido todo esto á su rectitud y formalidad, que realzaba más aún su carácter abierto y franco: así es que no tuvieron inconveniente en concederle la mano de su hija, sin consultarla siquiera, como era de uso y costumbre en aquellos tiempos entre las personas de su rango y calidad.

Pactóse, pues, la boda para el siguiente año, en que la novia cumplía los diez y seis, resolviendo sacarla desde luego del convento donde se educaba para que viese algo el mundo antes de contraer matrimonio.

Conocidos estos antecedentes, cumple dar ahora algunos sobre la familia de Fuentes y sobre la futura Duquesa de Villahermosa.

II

Al mediar el pasado siglo, era la familia Pignatelli una de las más ilustres de España: de procedencia italiana, piérdese su origen en las tinieblas de los tiempos bárbaros, cuyas páginas llena ampliamente la relación de las luchas sostenidas por gentes de este apellido, á título unas veces de Príncipes de Salerno y Capua, y otras de Duques de Forli y de Benevento, hallándose en tiempos menos remotos noticia de ellos como feudatarios

de la Santa Sede. Mal avenidos con su señor natural; prestos siempre, como todos los de su época, á la revuelta y al motín, siguieron la suerte que en todas partes cupo á la aristocracia al terminar la Edad Media, y bajo el yugo, nada blando, de la casa de Aragón, transformáronse en servidores de los Reyes, aceptando los cargos palatinos y siendo uno de tantos ornamentos de las monarquías semi-orientales que sucedieron á las débiles y combatidas de la Edad Media, bajo el cetro de los Reyes absolutos.

Jefe de esta casa era en 1753 D. Joaquín Pignatelli de Aragón y Moncayo, Conde de Fuentes, casado hacía largos años con Doña María Luisa Gonzaga y Carracciolo, Duquesa de Solferino, de la cual había tenido ya varios hijos, cuando en la villa de Fuentes de Ebro, á 25 de Diciembre del citado año, le nació una niña á quien se puso por nombre María Manuela y que es objeto del presente libro.

Estaba nombrado á la sazón el Conde de Fuentes Embajador del Rey de España en la corte de Turín, y tuvo que acudir á ella, dejando á su hija de pocos meses al amparo y cuidado de su hermano D. Vicente, Capellán mayor del Real Monasterio de Nuestra Señora de la Encarnación de Madrid.

Cuidó como pudo el buen clérigo de que nada faltase á su sobrina en los primeros albores de su vida, vigilando escrupulosamente los cuidados que necesariamente manos mercenarias habían de suministrarla, y cuando cumplió los cuatro años púsola de educanda en el Real Monasterio de Mon-

jas Salesas, fundado por la piedad de la Reina consorte Doña María Bárbara de Braganza. En aquel sitio y entre aquellas santas mujeres se formó el hermoso corazón de la que, andando el tiempo, había de servir de instrumento, por medio de su inagotable caridad, á la Divina Providencia para enjugar las lágrimas de un Pontífice octogenario reducido por la revolución á bárbara cautividad; apresurar la elección de otro, burlando así las maquinaciones de los impíos; ofrecer á la pública veneración, con el decoro propio, las más grandes reliquias de la cristiandad; fomentar con regia esplendidez la propagación de los ritos ortodoxos en Armenia y Siria, y, por último, cooperar activamente al acto de reparación y desagravio por el cual fué restablecida por la Santa Sede, libre ya de la presión de Reyes y cortes, la siempre grande é insigne Compañía de Jesús.

Nunca estuvo en los propósitos de los Condes de Fuentes el que su hija abrazase la vida monástica, si para ello no tenía inclinación; así es que, por la razón expuesta, al cumplir los quince años salió del convento, yendo á vivir con su hermana mayor Doña María Francisca, que á pesar de lo joven de su edad, pues apenas había cumplido los veinte años, ceñía las negras tocas de la viudez, por muerte de su esposo D. Luis Antonio Fernández de Córdoba, undécimo Duque de Medinaceli, y era una de las señoras más respetables y respetadas de la corte, no sólo por su elevada posición social, sino también por su talento y virtudes.

Al lado de la Duquesa de Medinaceli apareció, como hoy se diría, en el mundo Doña María Ma-

nuela: de naturaleza inteligente y viva, tenía entonces la timidez propia de la niña educada en un convento, ajena al bullicio del mundo exterior y á la sociedad en que por vez primera ponía el pie; su clara intuición y su elevado sentido moral la hicieron comprender desde luego que si quería preservar su alma del contagio del siglo, indiferente y descreído, sobre todo en la clase á que ella pertenecía, había de adherirse fuertemente á las prácticas religiosas que la habían enseñado las santas mujeres con quienes había estado desde su niñez, de modo que, durante su vida toda, así lo confesó; conservó y aumentó el caudal de oraciones aprendidas en la infancia, que consideró como otros tantos lazos que la sujetaban al cielo, y que andando el tiempo habían de servir para atraer á su esposo, no á los caminos de la fe, de los cuales, por la gracia de Dios, nunca vivió apartado, sino á la vida cristiana y de familia, á que su edad y sus deberes le llamaban.

No tardó en sentir la joven Pignatelli los dolores inherentes á la condición humana, y aprender por experiencia que la vida es cruz pesadísima. Sola, sin haber vivido un día con sus padres, alejados aún de España; sin haber recibido una sola caricia de su madre, á quien apenas conocía, al salir del convento depositó todo entero ese caudal de ternura tan abundante en la juventud en su hermana mayor, que fué para ella toda su familia, ó, por mejor decir, el mundo todo, pues consideró la casa de la Medinaceli como la prolongación de su querido convento: en esta situación, y cuando todo sonreía á una y otra hermana, Dios llamó á

sí á la mayor de una manera inesperada y casi repentina.

Cerca del Palacio donde habitaban las dos Pignatellis, murió de viruelas una pobre mujer; aterrada y por extremo aprensiva, Doña María Francisca creyó que el mejor remedio al daño que presumía era salir inmediatamente de Madrid, donde su imaginación acalorada veía ya propagarse el contagio: así lo verificó, disponiendo precipitadamente el viaje, en compañía de su hermana y con los criados necesarios. Debió, cuando esto hizo, llevar ya en sí el germen del mal, puesto que se manifestó á los pocos días de una manera rápida y terrible, hasta el punto de arrebatarla la vida, después de haberla arrebatado la belleza, en una aldea de la Mancha, de las más pobres y miserables.

Algo muy hondo, cuya huella quedó en su alma por toda la vida, experimentó aquella niña de quince años ante el cadáver de su hermana querida, en quien había puesto todo su cariño y sus afecciones todas; quizá al ver aquellas facciones destruídas por la horrible enfermedad y compararlas con las que poco antes eran el encanto de la corte y nos ha transmitido el pincel de Mengs, pasó por su imaginación algo parecido á lo que la tradición cuenta que sintió el Duque de Gandía ante el cadáver de la Emperatriz y Reina Doña Isabel.

Amparó en su soledad á Doña María Manuela su muy cercana tía la Condesa de Aranda, á cuya casa se trasladó, viviendo con ella el tiempo que faltaba para cumplir la fecha en que había de ce-

lebrarse la boda. En aquel hogar honrado y cristiano, á donde no llegaron nunca las tempestades que fuera de él se desencadenaron agitadas por su dueño, esperó tranquila y resignada, conservando de él recuerdos tan gratos y viendo en la virtuosa señora tan laudables ejemplos, que después de transcurridos muchos años aún los ponía como modelo á sus hijos, siendo ella misma aventajada imitadora de ellos.

Cumplido el plazo señalado, de acuerdo con el Duque de Villahermosa, el 28 de Marzo de 1769 se firmaron en Madrid las capitulaciones matrimoniales ante el Escribano D. Ventura Elipe, representando en ellas á los Condes de Fuentes su primogénito el Marqués de Mora, viudo de una hija del Conde de Aranda, y al Duque de Villahermosa su hermano D. Jorge Azlor y Aragón, Teniente Coronel de los Reales Ejércitos, fijándose para el 1.° de Junio la boda, por poderes, en casa del Conde de Aranda.

En el transcurso de este libro hemos hablado ya del famoso Presidente del Consejo que llevó á cabo la expulsión de los jesuitas; pero por no interrumpir el hilo de los sucesos, no hemos trazado los rasgos más salientes de su persona. Era Don Pedro Pablo Abarca de Bolea, décimo Conde de Aranda, lo que se llama vulgarmente un carácter: altivo, imperioso; habituado al mando por profesión y por temperamento; muy pagado de la nobleza de su persona y de su casa, no sufría contradicción ni del mismo Rey, con el cual sostuvo altercados que le pusieron á dos dedos del desacato, y que por largo tiempo le perdonó éste, agradeci-

do al servicio que le había prestado restableciendo el prestigio de su autoridad real, desconocida y ultrajada por el pueblo de Madrid, y llevando á cabo la expulsión de los jesuitas, como brazo ejecutor de lo que habían pensado Roda y Campomanes, verdaderos autores, con Tanucci, de la persecución y extrañamiento de los hijos de San Ignacio; afable con el pueblo, pero siempre á lo gran señor y manteniendo la distancia, no consintió nunca contradicción, á pesar de sus ideas liberales, siendo la personificación de la tiranía brutal del sable desprovista de sentido moral y religioso, pues por rara excepción entre los hombres de su país y de su clase, fué completamente descreído; y si no en España, donde esto era peligroso, hizo en el extranjero gala de impiedad, escarneciendo la religión sacrosanta de sus padres, y llevando en París una vida licenciosa con mengua del carácter de Embajador de España, que como honroso destierro le concedió el Rey por no sufrirle á su lado. De haber nacido en el siglo actual, hubiera sido el Conde de Aranda uno de esos dictadores de repúblicas, sin más ley que su capricho ni más freno que su propia conveniencia.

Carecía, por otra parte, de toda clase de prendas personales que pudieran hacerle simpático: su roja y abultada nariz, sus ojos bizcos, su color violado y su voz ronca y desagradable, prevenían desde luego en contra, no poseyendo otro mérito que una tenacidad á toda prueba, un amor inquebrantable para el trabajo, un afán nunca desmentido por plantear toda reforma que consideraba útil, acogiendo y haciendo suyos los proyectos que sus

antecesores, singularmente el gran Marqués de la Ensenada, habían concebido.

A pesar de todas las desventajas de su carácter y persona, su carrera fué rápida y brillante: Capitán del regimiento de Castilla, hoy Inmemorial del Rey, á los veintiún años; Coronel del mismo dos años después, por muerte de su padre que le mandaba; Brigadier y Teniente General al poco tiempo, como recompensa de sus servicios en Italia; Embajador en Lisboa, Caballero del Toisón de oro y Director general de Caballería y de Ingenieros, plaza creada exclusivamente para él: todo esto era á los treinta y ocho años el Conde de Aranda, cuando su carácter atrabiliario é irascible le obligó á renunciar sus cargos y retirarse de simple particular á sus tierras de Aragón, de donde verosímilmente no hubiera salido á no morir el Rey Fernando VI. Presentóse á Carlos III en Zaragoza al venir éste á tomar posesión del trono de su hermano, siendo rehabilitado en todos sus honores y nombrado Embajador en Polonia, donde, como en todas partes, tuvo disgustos personales que quebrantaron su prestigio y obligaron al Rey á sacarlo de allí para enviarlo á Portugal, donde ardía la guerra que dirigía el Marqués de Sarriá.

Con varia fortuna se desenvolvió como Dios le dió á entender en esta campaña, según sus amigos, demostrando grandes condiciones de mando, según autores más modernos é imparciales, estropeando los planes que su antecesor le dejó trazados. Al volver de esta guerra, Carlos III le concedió el hasta entonces poco prodigado empleo de Capitán Ge-

neral de ejército, encargándole el mando del reino de Valencia, de donde fué llamado para remediar los entuertos de Squilache y arrojar de España á los jesuitas.

Quiso el Conde de Aranda, designado por Villahermosa, dar á la fiesta el brillo y solemnidad que tan bien cuadraba á su carácter ostentoso y espléndido.

Al anochecer del día 1.° de Junio de 1769, gran número de pajes, lacayos y mozos de litera, en unión de muchos carruajes y no pocas sillas de mano apostadas delante de la casa de la calle de Fuencarral, donde hoy está el Tribunal de Cuentas y donde en aquella época había un suntuoso Palacio de principios del siglo XVII, manifestaban á los transeuntes que se celebraba alguna ceremonia notable, á la que asistía lo más escogido de la corte, en la residencia del Presidente del Consejo, Conde de Aranda, instalado en aquel edificio desde que el Rey le confió la dirección de los negocios públicos. Con efecto, una concurrencia numerosa de los dos sexos llenaba sus amplios salones, despojados no hacía mucho de los antiguos y graves tapices, los tallados vargueños, los cómodos sillones de cuero de Córdoba; las empavonadas armaduras y los biselados espejos venecianos, que hasta hacía poco tiempo los habían servido de severo adorno, sustituídos á impulso de la avasalladora moda por las brillantes cornucopias; las sillas de dorada armadura y bordados paisajes, con sus indispensables zagalas y pastores tocando la zampoña; telas listadas en las paredes; el suelo cubierto con alfombra de los Gobelinos, como entonces

se los llamaba, objetos todos de admiración y novedad para el mayor número de los congregados, á quienes lo difícil y costoso de los viajes ó su propia indolencia no permitía satisfacer el deseo de correr cortes, uno de los más anhelados de los Grandes y personas distinguidas del pasado siglo.

Lucían las damas ricos trajes de brocado con rayas y flores, redondos tontillos, valiosas joyas, pelo empolvado y peinados de muy regulares dimensiones, última palabra de la moda francesa por aquel entonces, y los hombres sendas y bordadas casacas de terciopelo recortado, con bien cumplidas chupas de raso, brillantes uniformes, amplias togas ó crujientes manteos, todo revuelto con cruces, encajes y veneras. Entre las muchas personas principales á quienes recibió aquella noche con su sencilla y tradicional cortesía castellana la Condesa de Aranda, Doña Ana María del Pilar Hernández de Híjar, que sirvió de madrina á la desposada, distinguiéronse en primer lugar la amiga íntima de ésta y su compañera en el Convento de las Salesas, Doña Escolástica Gutiérrez de los Ríos, hermana del Conde de Fernán-Núñez, recién casada con el Duque de Béjar; la Duquesa de Berwick, hija del Duque de Alba, á quien algunos años después fueron á parar los títulos de esta casa á la muerte de su sobrina, Doña María Teresa de Silva, Marquesa viuda de Villafranca; la Marquesa de Tavara, hija del Príncipe de Salm, futura Duquesa del Infantado, venida expresamente de Guadalajara para asistir á la ceremonia; la Princesa de la Católica Embajadora de Nápoles; la Marquesa de Grimaldi, de íntima amistad con la

casa de Fuentes; Doña María de Silva, hermana del Marqués de Santa Cruz, á la sazón Duquesa de Huéscar, muy ajena de que antes de pocos años había de ser madrastra de la desposada por su segundo matrimonio con el Conde de Fuentes, y que había de quedarle aún tiempo para ser Duquesa viuda de Arcos; Doña María Antonia Pimentel, Condesa de Atarés, y su hermana Doña María Josefa, Condesa Duquesa de Benavente, futura heredera de la casa de Béjar, y muchas otras que aumentaron el brillo y grandeza de la ceremonia, en unión de personajes tan importantes como D. Fernando de Silva, Duque de Alba, íntimo amigo y admirador de Voltaire y de Rousseau, y, por consiguiente, irreconciliable enemigo de los jesuitas; los Ministros Roda y Campomanes, que quizá recordarían que aquellas paredes habían sido sus cómplices en el asunto de la expulsión, pues habían guardado fielmente el secreto de los conciliábulos celebrados entre ellas para llevarla á cabo; el General irlandés O'Reilly, tan torpe como desgraciado en Argel; el Duque de Medinasidonia, Caballerizo Mayor; el Marqués de Ossum, Embajador de Francia; D. Juan Gregorio Muniaín, Ministro de la Guerra, con su colosal peluca, objeto de burlas de los oficiales jóvenes; el Duque de Béjar, marido de Doña Escolástica, Sumiller de Corps, buen humanista y discípulo aprovechado de D. Juan de Iriarte; el Conde de Fernán-Núñez, su cuñado, vistiendo el uniforme de Coronel del Inmemorial del Rey; el abate D. Alejandro Pico de la Mirandola, último vástago de esta ilustre familia italiana, que se extinguió con él;

el Príncipe Colloredo, Embajador imperial en Madrid; el Barón Friesendorf, de Suecia, y muchos otros que por cortesía ó deber acudieron á la invitación del Conde de Aranda, á la sazón en el apogeo de su gloria.

Cuando llegó la hora, doblaron la rodilla al pie del altar, la niña inocente y pura, exhalando aún el suave perfume del claustro, y el viejo artero, indiferente y frío, que todo lo sacrificaba á la razón de Estado: por misterioso designio de la Providencia, viéronse allí juntos el veneno y la triaca, y se unió la mano del soldado rudo que había herido á la Compañía y la de la débil mujer destinada por Dios para hacer menos dolorosa la llaga y cooperar activamente á su curación. Por loco hubiera tenido el Conde de Aranda al que, acercándose á él, le hubiera dicho que la obra de iniquidad que creía inmortal había de ser deshecha antes de medio siglo, ayudando poderosamente á ello aquella joven que tenía á su lado; que el edificio levantado á costa de tanta injusticia por un Rey iluso y unos Ministros ambiciosos, caería derribado por un santo anciano de su misma casa y familia, ayudado de aquella niña, sin conciencia aún de la obra para la cual la destinaba la Providencia; y, sin embargo, así sucedió, y el fuerte y robusto roble, que parecía eterno, fué vencido por la débil hiedra que creció á su lado y se apoyó en él al dar los primeros pasos por el difícil camino de la vida.

Pocos días después de esta ceremonia salió la Duquesa con dirección á París, acompañada de su hermano el Conde de Mora y de su cuñado Don

Jorge Azlor, que por vez primera iba á Francia. En el pueblo de Meung encontró á sus padres y al Duque; hicieron los comisionados á éste entrega de su esposa, y después de ratificada la boda en el oratorio del Palacio que por aquel entonces tenían los Obispos de Orleans, salieron todos en dirección á París.





CAPÍTULO VI

I

No había cumplido aún diez y seis años la Duquesa de Villahermosa cuando llegó á París, y se vió instalada de repente en el fondo de aquella sociedad para la cual era pecado mortal la más leve infracción de la etiqueta ó la carencia de cualquiera de aquellos conocimientos á que por ley inflexible estaban obligados á tener los que de ella querían formar parte: nadie se preocupaba de las ofensas á Dios, cuya existencia y atributos se discutían y se negaban ante hijos y criados, que sacaban después, con los rigores de la lógica inflexible, consecuencias poco favorables para los filósofos y filósofas de salón; pero era mirado con desdén y profundamente despreciado el hombre ó mujer que no bailase correctamente, no dominase la conversación haciéndola agradable é ingeniosa, no supiese llevar con desembarazo y elegancia aquellas enormes máquinas

que se llamaban tontillos, aquellas cotas que las oprimían de cintura arriba, y no moviesen desembarazadamente la cabeza, á pesar del enorme peso que suponía un peinado gigantesco, embutido de toda clase de rellenos destinados á soportar los productos de la naturaleza, y hasta la reproducción de barcos, castillos, pájaros, plumas y flores con que se adornaban aquellos promontorios.

Era muy dama la Condesa de Fuentes, y su casa el centro de la sociedad más escogida de París, para ignorar todo esto: así es que, de acuerdo con su yerno, resolvió á empezar la educación de su hija, para lo cual estipularon vivir juntos algún tiempo en el Hotel Soyecourt, residencia de la Embajada española, conviniendo que hasta que esta educación estuviese terminada, la joven Duquesa no tendría personalidad ante el mundo; es decir, que no sería presentada en la corte ni iría á ningún salón ni banquete, ni sería conocida de ninguno de los concurrentes á la casa, como no fuese muy íntimo.

A partir de este día, y bien dan testimonio de ello los libros de gastos del Duque (1), vióse Doña María Manuela en trato íntimo y molesto con los profesores de baile y de francés; pasó largas horas conjugando verbos y leyendo en voz alta para corregir los defectos de pronunciación, y lo que era más molesto, acostumbrando su cuerpo á la presión de aquella máquina inflexible que bajo la dirección de su madre, siempre oficiando de embajadora,

(1) Archivo de Villahermosa.—Libro de gastos del Duque en París.

apretaba cada día un punto para reducir el volumen de su talle á las más pequeñas dimensiones.

Naturaleza despierta, inteligencia viva, poseyendo una tenacidad y una constancia á toda prueba, aceptó gustosa aquellas mortificaciones tan contrarias á su manera de ser, porque con ellas servía al esposo que Dios la había deparado y complacía á sus padres, no ocultándosele, por otra parte, que su apostolado en el mundo exigía el conocimiento de todas aquellas cosas, algunas vanas y superficiales, pero indispensables en la sociedad donde había de vivir: preparóse, pues, á entrar en ella, adquiriendo con firmeza aragonesa todos estos adornos, colocados por fortuna sobre profundísimos y bien asentados cimientos religiosos, puestos por las Madres Salesas de su querido Convento de la Visitación, de Madrid, que la vieron marchar con pena, y hacia las cuales volvió siempre con amor su corazón y sus ojos en las tormentas que corrió su vida, probada por Dios con toda suerte de trabajos y aflicciones.

Antes de la boda era desconocida á su marido; pero puede asegurarse que éste la amó desde los primeros momentos. Aquel hombre, dedicado al estudio y al recreo, llevado al matrimonio, no por el amor que santifica las almas y las une para servir á Dios, sino por la vanidad de perpetuar con la sucesión su casa y su nombre, vió llegar á él aquella niña inocente, hermosa y pura, que, llena de confianza, solicitaba su apoyo, ofreciéndole el sacrificio de su vida apenas empezada y asociándola á la suya, de la que iba corrida más de la mitad, sin que la contrariase lo opuesto de sus gustos y

aficiones, y sin que á cambio de su abnegación sin límites y su aplicación y docilidad para complacerle, le exigiese el más pequeño cambio de sus costumbres ni de su vida, que continuó como en los tiempos anteriores á su matrimonio.

Aficionóse á ella el Duque desde los primeros momentos, y puede decirse que, cual blanda cera, la modeló á su imagen y semejanza, continuando por largos años la dulce tarea de su educación, transmitiéndole conocimientos muy superiores á los de las mujeres de su tiempo, cuya instrucción era muy superficial, é inculcando en ella el amor á la regularidad y al orden á que tan aficionado fué siempre el Duque de Villahermosa, y que tan útiles habían de ser á su mujer en el transcurso del tiempo cuando, ya viuda, vióse dueña de un gran patrimonio y administradora de vastos Estados en los que ejercía el patronato y la potestad señorial (1).

No fué la Duquesa corta en la paga de estos trabajos de su esposo, pues á cambio de ellos supo en tiempo y sazón atraerle al hogar doméstico por ella embellecido con la práctica de todas las virtudes,

(1) De esto se encuentra rastro en todos los papeles y correspondencia del Duque con la Duquesa: muerto el primero, continuó aquélla llevando particular y personalmente los libros de caudales, independientes de los de su contaduría, viéndolo y aprobándolo ó censurándolo todo, en la misma forma en que lo hacía su marido y sin solución de continuidad; sus conocimientos en Historia, que eran muchos, la fueron transmitidos por el Duque, y por una carta de Casalbón de 5 de Marzo de 1772 se sabe que la enseñó el latín.—Archivo de Villahermosa.

y con el aliciente del amor más puro y desinteresado; con tino singular hizo que abandonase la vida ligera y sin objeto que llevó desde joven, atrayéndole á la vida cristiana y de familia y á la práctica de aquellas devociones que había visto de niño en la honrada casa de sus padres.

II

Llegó por fin el día en que la Condesa de Fuentes creyó que su obra estaba acabada; que su hija podía sin peligro presentarse ante aquella sociedad terrible de París, que ponía espanto á las almas mejor templadas, por sus exigencias en punto á distinción, desembarazo y dominio de sí misma, y de acuerdo con su esposo y con su yerno, y previa la venia de la misma interesada, se acordó que se solicitase el regio permiso para ser presentada en la corte la joven Duquesa de Villahermosa.

Como no podía menos de suceder, otorgó inmediatamente y de buen grado el Rey esta gracia al más querido y considerado de los Embajadores extranjeros en París, y llevó su bondad hasta designar como madrina á la Condesa de Fuentes, y como damas que, según el ceremonial, debían de acompañarla, á la de Egmont, cuñada de la Villahermosa, y á la Princesa de Pignatelli, de su misma familia.

Pocos días después, y al llegar el señalado para la ceremonia, entregó con alegría infantil desde

muy temprano su cabeza al peluquero la joven Duquesa, y esperó pacientemente que terminase su larga y difícil obra; luego una legión de doncellas, bajo la dirección de la modista, la embutió en una máquina formada de listones de ballena de diversos tamaños, cuya misión era estrechar mucho el cuerpo por la cintura; colocada ésta, pusiéronla otra compuesta de iguales materiales, pero con la distinta misión de ensancharle desmesuradamente por la parte inferior; ciñéronla después un riquísimo vestido del más caro brocado, con un jubón de estrecha punta, revestido de joyas y pedrería, que lució también alrededor de su cuello; sujetaron á su peinado una riquísima diadema, y sobre ella un velo flotante, prendiendo á su cintura un gran manto de corte, de larga cola, adornos todos indispensables para ir á Palacio las personas de su sexo y clase; y con esto, y con encerrar sus diminutos pies en dos pequeños zapatos de raso, de alto é incómodo tacón, quedó completamente ataviada y dispuesta la educanda de las Salesas.

Era Doña María Manuela Pignatelli de regular estatura, buen color, delicadas facciones y ojos vivos y penetrantes, al través de los cuales veíase esa indómita firmeza de su tierra, templada por un aire de bondad y de dulzura que cautivaba á primera vista; su continente, tímido como el de una religiosa y distinguido como el de una gran señora, atraía al que la trataba, conservando de ella siempre imperecedero recuerdo. «No pasa día sin que hablemos de la Duquesa de Villahermosa, decía el Conde de Egmon al Duque en Enero de 1773, con el cariño y adhesión que inspira cuan-

do se la ha conocido (1);» y á este tenor, no se encuentra carta dirigida al Duque, en éste y en los años sucesivos, en que no apareciesen elogios de su mujer y frases reveladoras de la mayor cortesía y aprecio.

Llegó por fin la hora y subieron á una amplia carroza de gala, cuyo cochero y lacayo lucían la roja escarapela de España, la Duquesa de Villahermosa, la Condesa de Fuentes y las dos damas mencionadas; llegaron al pie de la gran escalera de Versalles, en uso de los honores del Louvre, á que, como Grandes de España, equiparados á los Duques de Francia, tenían derecho, y descendiendo allí fueron recibidas por cuatro Gentilhombres, en cuya compañía subieron al primer piso, cruzaron los amplios salones cuajados de cortesanos, llegando en esta forma á donde estaba Luis XV, que se levantó para recibirlas.

Había cumplido éste ya los sesenta años; pero aún conservaba en su persona todo el sello de la majestad y de la distinción que, independientemente de su nacimiento, habían hecho de él la figura de más relieve de su corte; se reflejaba en su rostro una oculta tristeza, que en vano quiso atenuar con una sonrisa agradable y con extremar, dentro de la etiqueta, las manifestaciones de afecto y de simpatía hacia las ilustres damas, bien conocidas de él por su larga residencia en París, y hacia aquella niña que veía por vez primera: parecía como que tenía un vago presentimiento de su fin próximo y de las tempestades que antes de poco

(1) Archivo de Villahermosa.

habían de abatir y dispersar á los individuos más queridos de su familia.

Corrían por aquellos días los últimos que Dios, en su infinita misericordia, había señalado á aquel Rey como definitivo plazo para desarmar, por medio del arrepentimiento y la penitencia, su ira, movida justamente por sus enormes pecados y sus escandalosas liviandades; habíale enviado aviso tras aviso, y todos habían sido desatendidos y burlados; por fin acudió al postrero, que rara vez deja de mover á las almas más empedernidas: hizo que la muerte pasase ante él y se fijase en su casa, y se sentase á la cabecera del lecho de los seres que le eran más queridos. En poco tiempo vió desaparecer de su vista á su santa mujer, que al recibir, al borde de la tumba, su último beso, purificó aquella boca que tanto había ofendido á Dios; vió morir á su hijo único, esperanza de su casa, y á la mujer de éste, alegría de ella; vió, en fin, que todas las grandezas de la tierra pasan como el humo, y son como el heno de los campos, verdor de una mañana, y duran lo que el caudal de agua que pasa por el cauce, y que detrás de todas ellas está el último é inapelable Tribunal, al que hay que dar cuenta, más estrecha y más larga cuanto más elevado es el que la rinde; y nada de esto le movió al arrepentimiento, y viejo ya, continuó con la espalda vuelta á Dios, y escandalizó su reino llevando á su Palacio y presentando en su corte, delante de sus hijas y sus nietos y su pueblo todo, á una ramera de baja estofa, recién salida del garito y de la mancebía.

Pocos meses antes de la ceremonia que estamos

describiendo, á la hora en que las blancas palomas salen de los viejos torreones para elevar su vuelo á las alturas y acercarse á Dios, una Princesa de la casa de Francia, hija del Rey, abandonó, sin pompa ni ruido, el espléndido Palacio de Versalles, residencia de la Du Barry, y marchó á encerrarse en un pobrísimo Convento de carmelitas: ésta fué la señal de que, espirado el plazo concedido al arrepentimiento, el Señor dejaba de ser el Dios de la misericordia para trocarse en Dios de la justicia, y que la causa de aquel Rey, ciego y vicioso, y de aquel pueblo, impío y corrompido, había sido definitivamente juzgada y condenada; quedaba el tiempo encargado de cumplir la tremenda sentencia. Este día quedó decretado el sangriento y terrible castigo que, en el lenguaje de los hombres, se llama Revolución francesa.

Siguiendo los cánones de la etiqueta, hicieron las cuatro damas una ceremoniosa reverencia al Rey; pronunció la de Fuentes breves palabras, y aquél, por ser la Duquesa de Villahermosa Grande de España, la abrazó por ambos lados, mandándola después sentar en un pequeño taburete sin respaldo que al efecto tenía prevenido, parte de la ceremonia que hacían los Reyes á las personas de su condición cuando no existían las Reinas; después dióse por terminado el acto, inclinándose otra vez las damas y saliendo de la cámara real en la misma forma que en ella habían entrado, para trasladarse á ofrecer sus respetos al Delfín y á la Archiduquesa, su mujer, que los recibieron con cariñosa cortesía, retirándose después, siempre acompañadas de los Gentilhombres, que no

las dejaron hasta la escalera. La noche de aquel día, y ya acompañada de su padre y esposo, asistió la Duquesa á la sala de juego, donde vió reunida á toda la corte y donde su mirada profunda pudo fijarse en toda aquella juventud, hermosa, brillante, en el apogeo de la grandeza y del poder, gala de la primera nación del mundo, destinada á perecer infelizmente en las cárceles, en los hospitales ó en la emigración, y á subir los escalones sangrientos del cadalso.

III

A partir de este momento, vivió la Duquesa de Villahermosa en París la vida de la gran señora, á que la daba derecho su calidad de Grande de España, por su esposo y por su nacimiento, y de hija del más querido é importante de los Embajadores de familia cerca del Rey de Francia; como era natural, la abrieron sus puertas los más aristocráticos salones, á cuya cabeza estaban el de la Mariscala de Luxemburgo y el de la Duquesa de Choiseul, y fué recibida con distinción y especiales consideraciones en el de Mme. Geoffrin, esencialmente literario, y al que era el Duque asiduo concurrente, abierto á todas las eminencias de la época, á donde acudían los Príncipes que pasaban por París y cuya reputación era por aquel tiempo europea. En estos salones, la conversación, viva é ingeniosa, no llegaba nunca á límites que pudiesen ofender las creencias de los concurrentes, pues si

bien la dueña de este último protegió siempre á los enciclopedistas y contribuyó á la publicación de sus obras, nunca lo hizo por espíritu de secta, y sólo por ayudar á vivir á hombres de letras escasos de recursos. Los salones de esta clase, verdaderamente peligrosos de París, eran por aquel entonces el de la Marquesa Du Deffand y el de Mlle. de Lespinasse, asiento de Diderot, d'Alambert y demás corifeos del patriarca de Ferney, que veía en ellos sus hijos predilectos, y á donde no puso nunca el pie, no ya la Duquesa, sino ni el Duque, que, según se ha visto por fehaciente documento, conocía muy poco á d'Alambert y nada á Mlle. de Lespinasse, á pesar de residir en París cerca de diez años.

Esta vida, propia de su clase y condición, no alejó seguramente á la Duquesa de sus prácticas religiosas, para las cuales tenía tiempo sobrado, pues su marido continuó entregado á sus libros, á sus visitas y á los recreos de la caza, que sólo suspendía cuando la Duquesa estaba enferma, en cuyo caso ni un punto se alejaba de ella, preocupándose hasta con exageración de su salud. Es, pues, verosímil que en el fondo de alguno de los templos de París, probablemente el más inmediato á su residencia, encontrase algún confesor que dirigiese su conciencia con prudencia y con tino, que, por la misericordia de Dios, esto encuentra siempre el cristiano, redimido por la sangre de Cristo, allí donde la Iglesia impera más ó menos libremente, habiéndose visto que, aun en las épocas de mayores persecuciones, ha tenido siempre obscuros obreros que, á costa de su vida algunas

veces, se han dedicado á encaminar las almas hacia el cielo, preservándolas con sus consejos de los peligros que en todos estados rodean á la criatura.

Aunque no muy numerosa, había por aquel entonces en París una colonia española cuyo núcleo estaba en la Embajada, y que se componía principalmente de los dueños de la casa; de los Duques de Villahermosa; del Marqués de Mora, cuando las exigencias del servicio militar lo permitían; del caballero Magallón, Secretario de la Embajada; de la familia de los Duques de Rohan Chabot, que, aunque francesa, tenía grandes relaciones con los Condes de Fuentes, por haber estado casada una de sus hermanas con el Conde de Fernán-Núñez, y ser tíos, por consiguiente, de Doña Escolástica, Duquesa de Béjar, y de su hermano, amigos íntimos de los Duques de Villahermosa; de D. Pedro Alcántara de Toledo, casado con María Ana de Salm-Salm, Duques del Infantado, antes Marqueses de Tavara, establecidos en París poco después de la boda de la hija de Fuentes, hasta que tuvieron que abandonarle por las alteraciones que precedieron á la Revolución, y todos los grandes señores españoles que, llevados de su amor á visitar cortes, se detenían por más ó menos tiempo en París y acudían de continuo á la residencia del Embajador, que cumplía con ellos cual cuadraba á su natural ostentoso y al deseo de dejar bien puesto el nombre de su regio amo.

No nos ha sido posible, á pesar de que lo hemos procurado con cuidadosa diligencia, adquirir noticias particulares que se relacionen con la

vida de la joven Duquesa de Villahermosa en París: los papeles y cartas del Duque sólo aluden incidentalmente á su mujer; y aparte de algunos amigos íntimos de la casa y los parientes próximos D. Antonio, D. Manuel, D. Jorge Azlor y otros que hablan de ella largamente, pintando su vivacidad é inteligencia, los demás sólo emplean fórmulas de cortesía que demuestran que no la conocían mucho ni se prodigaba en reuniones, paseos y ceremonias.

La explicación de esto es para nosotros clara y evidente: la joven Duquesa llegó á París cuando ya la tristeza y la desgracia reinaban en la casa de Fuentes, cuya última satisfacción puede decirse que fué el casamiento de su hija con el Duque D. Juan Pablo. La Duquesa encontró á su padre lleno de preocupaciones y disgustos, pues había consumido todo su patrimonio en dar brillo y ostentación á sus Embajadas en Turín, Londres y París; veíase viejo, rodeado de hijos y sin elementos para continuar una vida que necesitaba constantes caudales, que cada vez iban reduciéndose, teniendo empeñado ó vendido la mayor parte de su patrimonio.

Al lado del Conde de Fuentes encontró Doña María Manuela á su madre, á quien apenas conocía, gravemente enferma y en el último período de la terrible enfermedad del pecho que la llevó en pocos años al sepulcro; y como si esto no fuera bastante, aquejados también sus dos hermanos mayores de enfermedades mortales: la tisis el mayor, y la locura el segundo. Esto explica, en nuestro sentir, por qué hay datos tan escasos sobre este

período de la vida de la joven Duquesa que no figura en bailes ni en saraos, que sólo se sabe que fué presentada á la corte y que aparece únicamente en visitas y reuniones de parte muy allegada á su familia. Alma destinada para dulcificar las heridas de los demás, debió ser el ángel que Dios envió á sus padres para consolarlos en sus últimos días, y cuando caían ya sobre ellos las tristezas que acompañan siempre á la vejez, á los desengaños y á la pobreza.

Pasaron así los años hasta el 1772, en que el Conde de Fuentes presentó la dimisión del cargo de Embajador del Rey de España cerca de S. M. Cristianísima.

Aceptada la renuncia, volviéronse á España en este año los Condes, en tanto que el Duque de Villahermosa y su mujer estaban en Inglaterra haciendo un corto viaje á instancia del Secretario de aquella Embajada, D. Antonio Escarano, gran amigo de D. Juan Pablo; viaje retrasado á consecuencia de una profunda quemadura en un brazo, sufrida por la Duquesa en París. Al regresar de este viaje, abandonaron también éstos definitivamente la capital de Francia, trasladándose á Pedrola, antigua é histórica residencia de los Duques de Villahermosa.





CAPÍTULO VII

I

Puede asegurarse que los días más felices de su vida los pasó la Duquesa en el lugar de Pedrola, que la era completamente desconocido: allí escuchó conmovida la relación de las heróicas virtudes de aquella Santa Duquesa, esposa de D. Martín de Aragón y hermana de San Francisco de Borja; allí visitó los lugares teatro de sus devociones; allí contempló su cuerpo incorrupto; allí oyó la relación de los prodigios de su caridad inagotable; allí, en fin, formó el propósito de tomarla por modelo, imitándola en todo lo posible, propósito que sostuvo hasta el fin de sus días. Y no solamente la dama cristiana halló satisfacción y ventura en Pedrola, sino también la esposa, que se vió más íntimamente unida á su esposo: libre de los fútiles cuidados y distracciones de París, ocupaba el día en recorrer sus posesiones para mejorarlas, aplicando los procedimientos

aprendidos en el extranjero, acudiendo todas las noches á su lado para asistir al Santo Rosario, rezado en común con sus servidores.

Pasaron así varios meses, acompañados en algunas ocasiones de su tío D. Antonio, el viejo veterano de Italia; de D. Ramón Pignatelli, preocupado con la obra del canal de Aragón, y de D. Jorge Azlor, libre á la sazón por haber pedido su retiro del ejército. Esta vida tan tranquila, tan feliz, y tan cristiana sobre todo, fué de repente interrumpida por la noticia que llevó el correo de que la Condesa de Fuentes, establecida en la corte desde su vuelta de Francia, se encontraba en trance de muerte, acometida de un terrible vómito de sangre.

Al siguiente día salieron los Duques para Madrid, dejando en Pedrola á D. Jorge Azlor con su tío D. Antonio, convaleciente también de un ataque apoplético que, repitiéndole después en Zaragoza, le llevó al sepulcro.

II

Un año entero luchó la Condesa de Fuentes con su dolencia, agravada por los disgustos y sinsabores que la producía su primogénito, el Marqués de Mora, preso ya en las redes de Mlle. Lespinasse, tocado, por lo que á su alma se refiere, de aterrador escepticismo, y gravemente enfermo su cuerpo por la tisis, cuyos estragos aceleraba con su vida desarreglada y liviana. En esta época fué cuando la joven Duquesa de Villahermosa empezó á ex-

perimentar los primeros dolores y á comprender que, por elevada que sea la posición que la criatura disfruta en el mundo, es este valle de lágrimas donde hay cien espinas por cada flor y donde no existe ventura completa, pues más ó menos tarde ha de venir la muerte á terminarla.

La primavera de 1773 alivió un tanto la dolencia de la Condesa de Fuentes: con este motivo, el Duque de Villahermosa se vió precisado á ir á Aranjuez á acompañar á Doña Escolástica Gutiérrez de los Ríos, Duquesa de Béjar, amiga íntima de su mujer, que, en vista de la grave enfermedad de la de Fuentes, se había quedado en Madrid en previsión de un desenlace funesto; ya allí, y después de cumplidos sus deberes con las personas reales, que le correspondieron Carlos III con afabilidad y el Príncipe de Asturias con extraordinarias y poco comunes distinciones, procuró, á fuer de buen cortesano, enterarse personalmente del estado de la política, de que tenía noticias de referencia, y de que su larga estancia en París le tenía muy apartado.

Al poco tiempo adquirió la seguridad de dos cosas, ambas de las cuales sospechaba desde el extranjero: que el Rey le miraba con desconfianza, y que los cortesanos estaban divididos en dos parcialidades, una acaudillada por Aranda y otra por Grimaldi, figurando en la primera, que se llamaba de los «aragoneses,» el elemento genuinamente español, y en la otra todas las hechuras traídas de Nápoles, por el amor que siempre profesó el Monarca á los italianos, y los empleados que debían á éstos sus empleos. En estas condiciones com-

prendió Villahermosa que, sin desertar del puesto que su nacimiento, posición y convenciones le señalaba, necesitaba tener una gran prudencia para no aumentar recelos que pudieran perjudicarle y comprometer su quietud y sosiego. Desde este día no dejó de aprovechar cuantas ocasiones se le presentaban para hacer la corte al Rey, pidiendo turno para cubrir, como Grande de España, la guardia en Palacio, pero acudiendo también por la noche al cuarto del Príncipe de Asturias que, en unión de la Princesa, se esforzaban en distinguirle y obsequiarle.

Leyendo la numerosa correspondencia del Duque de Villahermosa, se advierte á primera vista el gran concepto de que gozaba con sus contemporáneos, y la seguridad que tenían todos, singularmente los que desempeñaban cargos públicos, de que estaba destinado para dirigir la política de su país. Ya en 1769 le decía D. Antonio Escarano desde Londres: «Digo que V. E. sería utilísimo en el Ministerio, pero me parece que tarda mucho en tirar sus líneas para llegar á él (1).» Otro, desconocido, por la mala costumbre que tenían aquellos señores de no firmar ni fechar las cartas, se expresaba así: «Son necesarios hombres como V. E. en el Gobierno, para aplicar, en bien del público, los conocimientos adquiridos en sus viajes.»

Apenas quedaba vacante destino de elevada categoría, fijábanse en él como el indicado para desempeñarle. Cuando, á consecuencia del ataque apoplético de Azpuru, hubo necesidad de proveer

(1) Carta de Escarano.—Archivo de Villahermosa.

el cargo de Embajador de España en Roma, de quien primero se acuerda Azara es del Duque: «Sabe usted que sospecho, le dice á D. Manuel de Roda, que hayan echado mano de Villahermosa, el que está en París, y hasta que vuelva la respuesta no lo querrán declarar (1).» Escarano le instaba constantemente para que solicitase la Embajada de Londres; ya en 1771 le decía: «Permítame V. E. que le hable con toda libertad, que es hija de mi celo por sus satisfacciones: ¿por qué no ha de solicitar V. E. la Embajada de Londres? ¿Quién puede desempeñarla mejor que V. E.? (2).» Un año después, en Noviembre del 72, insiste sobre esto mismo, añadiendo algunas noticias sobre acontecimientos políticos acaecidos en aquella época, que son en extremo curiosas: «Digo y escribo que, si quieren acertarlo, deben enviar á V. E. á Londres: cualquier otro que venga podría traernos perjuicio. Ni aquí, ni en Francia, ni en nuestra casa ha gustado el desmembramiento de Polonia: *¿me che fare?* La Reina y el Emperador han sabido lo que han hecho en traer á su partido al Rey de Prusia, que en el día podemos mirar como la Potencia más formidable de Europa. Se burla de Inglaterra, segura de que sus escuadras no irán á Berlín, y así ha embargado y hecho pagar á todo navío inglés que ha ido á Dantzig los nuevos derechos que tiránicamente ha impuesto (3).»

(1) Carta de Roma de 2 de Abril de 1772, publicada en Madrid en 1848.

(2) Cartas de Escarano.—Archivo de Villahermosa.

(3) Idem id. id.

Poco después de esta carta vuelve Escarano sobre lo mismo; dando como segura la marcha del entonces Embajador de España en Londres, Príncipe de Masserano, concluye con estas palabras: «En fin, si mi jefe pinta al amo las cosas como son, tendré la satisfacción de volver á Douwers á recibir á V. E. (1).»

Esta carta tuvo contestación el último día del año 1772, es decir, estando Villahermosa ya en Madrid. Se había orientado y sabía los vientos que en la corte corrían sobre su persona; no debían ser éstos muy favorables á sus adelantos, y así debió comunicárselo á su amigo, cuando éste, en 23 de Enero de 1773, le dice muy alarmado: «Desde que he recibido la carta de V. E. de 31 del próximo pasado, estoy inquieto: no sólo me dice V. E. que no espere lo de Douwers, sino *todo lo contrario* (2).»

¿Qué había ocurrido para que el Duque de Villahermosa adquiriera el convencimiento de que el Rey no le daría colocación? ¿Qué motivos tenía Carlos III para dejarle en el ostracismo? ¿A qué móviles obedecía otra carta dirigida por este tiempo á Marfille, que producía de éste la siguiente respuesta? «Es un enigma lo que me decís en vuestra carta, que, relevado el Conde de Fuentes, es muy posible que no volváis nunca por aquí (3).» Esto requiere capítulo aparte, que llegará á su tiempo.

(1) Cartas de Escarano.—Archivo de Villahermosa.
(2) Idem id. id.
(3) Marfille á Villahermosa.—Idem id.

III

La estancia del Duque en Aranjuez se interrumpió únicamente por la llegada de su apoderado general, D. Antonio Cabañero, seguido á poco de la Duquesa misma que, atropellando todo y en posta extraordinaria, había salido de Madrid para unirse á su esposo y cuidarle en la tremenda desgracia de la muerte de su hermano D. Jorge Azlor, ocurrida repentinamente en Valencia, cuya noticia había traído Cabañero.

Puede asegurarse que éste fué el primer dolor sufrido por Villahermosa; la primera espina de su vida, hasta entonces llena de satisfacciones. Era para él D. Jorge, no un hermano, sino un hijo, en quien veía el heredero y la esperanza de su casa y nombre, pues cuatro años de estéril matrimonio le habían hecho perder la esperanza de sucesión; ocupábase con afán por aquel entonces en buscarle un enlace ventajoso, y había tenido siempre para él ternuras que demostraban un gran cariño; habíale, por su parte, correspondido D. Jorge, amándole y obedeciéndole en todo y sujetándose á su voluntad, con una dulzura de carácter que se refleja en toda su correspondencia, y de que dan testimonio las numerosas cartas de pésame recibidas con tan infausto suceso.

Trasladáronse los Duques á Madrid, donde poco después vieron abrirse una nueva tumba: la Condesa de Fuentes no pudo resistir un otoño más, y

á la caída de las hojas, tan funesta para los que padecían su dolencia, se durmió en la paz del Señor, después de recibir los Sacramentos, el día de la Virgen del Pilar, su Patrona y la de su casa y reino. A la primavera siguiente, 1774, siguióla también su hijo, el Marqués de Mora, herido de la misma enfermedad. Dios, en su infinita misericordia, tuvo piedad de su alma, y pudo recibir los Sacramentos en un obscuro hotel de Burdeos, donde, de paso para París, le acometió la muerte: allí, en hora tan suprema, reanimada una fe que creía extinguida, pidió al Señor perdón de sus culpas y renovó, ante la Hostia Consagrada, es decir, ante Dios mismo, la profesión de fe cristiana. Es de presumir que si en el Supremo Juicio se inclinó la balanza del lado de sus muchos pecados, su arrepentimiento y las oraciones de sus dos santas hermanas, Doña María Manuela y Sor María Luisa, colocadas en el platillo contrario, salvarían su alma.

Con ocasión de tantas y tan repetidas desgracias, la Duquesa de Villahermosa empezó á revelar las excepcionales dotes de que estaba adornada y su amor extraordinario por su marido: aquella niña, pues apenas había cumplido veintitrés años, pasado el primer momento en que, por su temperamento, el dolor revistió formas más agudas, se multiplicó por aliviar la honda pena de Villahermosa, sumergido en profunda melancolía; ahogó en el fondo de su alma el dolor agudísimo que la produjo la desaparición de seres para ella tan queridos como su madre y el Marqués de Mora, y se consagró por entero á hacer agradable á su esposo

el hogar doméstico, de cuyas dulzuras apenas había gozado desde su matrimonio. No resultaron vanos sus esfuerzos, pues el Duque empezó, en unión de Casalbón, á ocuparse en sus libros, concibiendo el proyecto de edificar ó adquirir una casa más capaz que la de la calle de las Rejas, donde vivían, para darlos más amplio y cómodo alojamiento, así como á las estampas, que en gran número le remitían, de París, Londres y Roma, sus amigos y corresponsales.

En esta época fué cuando la Duquesa llevó á cabo el pensamiento de reunir en su casa á los hombres eminentes en literatura, música y artes: en la apariencia, para gozar con ellos de la amena é instructiva conversación que tanto agradaba á su marido; en realidad, para retener á éste en Madrid y distraerle de la tristeza que, á semejanza de su padre el Conde de Guara, constituyó siempre el fondo de su carácter. Y seguramente consiguió su objeto, pues pasado el tiempo reglamentario de los lutos, vió su casa frecuentada por los hombres más eminentes de la corte, y de ello dan testimonio multitud de cartas y papeles de la época, en los que se consagran frases laudatorias á la Duquesa, considerándola, cosa rara en las señoras españolas de aquel tiempo, como no indigna de dar su opinión en las contiendas que por entonces sostenían los partidarios de opuestas literaturas.

Al remitir D. Tomás Iriarte al Duque de Villahermosa un ejemplar de su agria respuesta á Sedano, añade estas líneas, dedicadas á la Duquesa: «Mi favorecedora y discípula, cuya memoria me será siempre grata por muchos títulos, se digna-

rá acaso de emplear algún rato en la lectura de una obra de que ya tiene bastante noticia, y pido á V. E. que, con motivo de franquearla este libro, la manifieste el reconocimiento y afecto de su autor (1).» En otras cartas del mismo Iriarte se encuentran conceptos que demuestran que muchos de sus trabajos los consultaba con la Dnquesa, y que la bondad y dulzura de su carácter influía en bien sobre el áspero y desabrido del famoso fabulista.

En esta época, y cuando después de siete años de matrimonio había perdido el Duque la esperanza de tener hijos, dió á luz la Duquesa una niña, que puso por nombre Javiera, en conmutación del hábito ofrecido años antes por aquélla á San Francisco Javier; hábito que no pudo usar por prohibición de Carlos III, que recelaba, y con razón, del afecto de los Duques á los jesuitas.

Pasaban en tanto los años, y el de Villahermosa continuaba en la corte, sin que el Rey se acordase de él para cargo alguno de su carrera diplomática: á pesar de sus servicios, su antigüedad en ella y su elevada posición y jerarquía, era, por el contrario, mirado con una desconfianza que aumentaba á medida que conquistaba el favor del público; las Corporaciones docentes, como las Academias, le recibían en su seno y se honraban contándole entre sus individuos.

Por este tiempo, y á consecuencia de la torpe y desgraciada dirección dada á la expedición contra Argel por su General, el irlandés O'Reilly, estallaron disturbios en Madrid, en los cuales se atri-

(1) Biblioteca Nacional, MSS., *U*-169.

136

Amigo
freqüentes
complacen
beso, hayas
novedad;
de que el

á los pocos Lec
partido en est
favorecedora
será siempre g
acaso de emple
una obra de que
á VE. ~~la mani~~
libro, la manifieste el reconoc
VE. por su
amistad que d
que logre en es
merece, y de ~~que~~

Mad.d á 1[illegible]. de
de 1778

tores capaces de dar voto, ó tomar
as contiendas literarias. Mi —
y Discípula, cuya memoria me
rata por muchos títulos, se dignará
ar. algun rato en la lectura de
e ya tiene bastante noticia; y pido
e le, con motivo de fraquearla este
́miento y el afecto de su Autor
parte no dudará de la sincera —
e justicia le debo, mi de mis deséos de
e pais y en todos las felicidades que
mande siempre con absoluta confianza á —
Su mas afecto Amigo y
favorecido Servidor q. S. M. B.
S.^e
Tomas de Yriarte

Paris 9bre 16 de

146 β

Amigo, i S^or^ M
con su Carta, despu
buenos con su obri
i lo q^e^ es peor para
hecho un gran bien
torrente impetuoso
despeñando, i que lex
de los Españoles, i de
cosa, sino demostra
mui raro, i q^e^ no te
aunq^e^ me pesa, pero
aver dicho â V.S. en
el Parnaso Español
tres tomos. La Duqu
uno que se llevó de L
rio sino me engaño:
va si avia Carta de
Luego con el motiv
los Medicos, i tomar

buyó una gran participación á Villahermosa; cargo injusto, pues nada hay que confirme esta acusación que le hacían sus enemigos. En esta ocasión Villahermosa, que ante todo era aragonés, se limitó á decir en voz alta lo que todo el mundo sabía, y es que existía entre el pueblo un gran disgusto contra los extranjeros que se hacían ricos á costa de los españoles, y marchaban después á gozar de sus caudales á las naciones de donde procedían; que Grimaldi era impopular, y que el pueblo estaba harto de no ver en la corte, en el ejército y en la administración más que italianos é irlandeses, reclamando ante todo Ministros españoles, como en los buenos tiempos de Carvajal y Ensenada.

Esto aumentó la enemiga de Carlos III al Duque de Villahermosa; enemiga que contaba larga fecha, y sobre cuyas causas conviene dar algunas explicaciones.





CAPÍTULO VIII

I

Uno de los rasgos salientes de la fisonomía moral del Duque de Villahermosa, fué la libertad y el acierto en censurar aquello que le parecía malo, sin cuidarse de las consecuencias: nunca inclinó su frente ante el poderoso, ni hizo, en aras de su conveniencia é interés, el sacrificio de su recta conciencia; así es que fueron objeto de crítica, por su parte, muchas de las disposiciones adoptadas por Carlos III y sus Ministros, sin bastante meditación y llevados sólo del afán de innovaciones y reformas, á semejanza de otros países, sin contar con la índole especial del nuestro: habiendo conocido el reinado anterior, comparaba hombres con hombres y veía la diferencia.

Por aquel tiempo ponían en la luna á Olavide y Aranda, por el gran proyecto de colonizar á Sierra Morena; sabemos sobre esto cómo pensaba Villa-

hermosa, por una carta de Escarano, que le decía: «Me tiene con gran cuidado la suerte de Olavide valiente: V. E. lo advirtió desde el principio en decir que el proyecto de poblar á Sierra Morena con alemanes era disparatado, y yo, que me acuerdo disputaba lo contrario, me he engañado: dicen que se han gastado ya 28 millones de reales inútilmente (1).» En los tiempos en que el Marqués de la Ensenada vegetaba en el destierro de Medina del Campo, no se recataba D. Juan Pablo en tributarle elogios, á juzgar por estos párrafos de otra carta del mismo Escarano: «Estimo infinito la carta que V. E. se sirvió escribirme el 3 del corriente: me hace ver que estaba V. E. de buen humor, lo que celebro muchísimo. Burlando, dice V. E. en ella mil verdades: ojalá le viese yo cuanto antes Ministro, pues estoy seguro de que se remediarían los males que visiblemente destruyen á nuestra pobre patria. Soy del dictamen de V. E. en cuanto á haber sido el Marqués de la Ensenada el Secretario de Hacienda que más haya conocido las fuerzas de nuestras rentas.» Y más adelante, en la misma carta, conviniendo con el Duque de Villahermosa en la existencia de los déficits de nuestras antes apuntaladas tesorerías, déficits que obligaban ya al Gobierno á contratar empréstitos con los holandeses para terminar las obras del Canal Imperial de Aragón, que fueron la manifestación primera de nuestra deuda exterior, le decía: «Lo cierto es que, si no se introduce un nuevo sis-

(1) Carta de Escarano á Villahermosa: Mayo 1773.—Archivo de Villahermosa.

tema de Hacienda, podemos temer que cesen de pagarnos los sueldos, y para quien, como yo, no tiene otra cosa con que vivir, sería una gran desgracia (1).»

Todo esto se sabía en la corte, donde, como amigo de Ensenada, en cuyo tiempo había empezado á servir en la Secretaría de Estado, el Duque de Villahermosa tenía muchos enemigos. Alguno de éstos pretendió malquistarle con el Rey, y á esto sin duda alude el siguiente párrafo de una carta que en 1767 le dirigió á París su gran amigo D. M. Salcedo: «Recibo, le dice, la relación que V. E. me hace de su vida, que creo que será sincera, pues no tiene motivo para ocultarme nada: desmiente cuanto yo había oído imputarle, con cuyo convencimiento procuraré, sin que parezca estudio, sacar la conversación delante de los mismos que oyeron la calumnia, y no perdonaré medio para borrar las malas impresiones que, transcendiendo hasta el trono, nunca podrán serle favorables en cualquier cosa que pudiera ocurrirle (2).»

Dos meses después de escrita esta carta se llevó á cabo el destierro de los jesuitas, queridos en todas partes, pero singularmente en Aragón, y protegidos con especialidad por la familia Azlor, según se verá más adelante, y á los que también era muy afecto el Duque de Villahermosa. Dado el

(1) Carta de Escarano al Duque de Villahermosa: 1769.—Archivo de Villahermosa.

(2) Salcedo al Duque de Villahermosa: Febrero 1768.—Archivo de Villahermosa.

golpe, quedaron como acordonados y heridos de inhabilitación perpetua pora toda clase de cargos todos aquellos que habían simpatizado con los jesuitas y se presumía que tenían conexiones con ellos: bien claro vió esto con su perspicacia Casalbón, que había pertenecido á la Compañía de Jesús, y que, ingrato y mal avenido con sus antecedentes, renegaba de ellos, ofrecía su pluma contra aquéllos á quienes debía sus conocimientos, y se dolía de la situación á que la intransigencia del bando triunfante le condenaba en estas líneas escritas á Villahermosa al día siguiente de publicada la Pragmática (1): «Y yo, infeliz de mí, ¿qué haré con la leche que se supone que he bebido de los jesuitas y que de buena gana la vomitaría? Quisiera que se hubiera desterrado con ellos *esta preocupación que no dudo ha de hacer inútiles á muchos hombres de mérito* (2).»

Estaba en lo cierto Casalbón, y ésta es la clave de la vida del Duque de Villahermosa: toda ella fué víctima de la preocupación á que alude el Abate, llevando sobre sí el glorioso sambenito, del que no hizo alarde, pero tampoco renegó, de amigo de la Compañía de Jesús.

La brutal Pragmática contra ésta contenía, entre otras, las dos disposiciones siguientes:

«15. Todo el que mantuviere correspondencia con los jesuitas, por prohibirse general y absolu-

(1) Carta de Casalbón al Duque: Abril de 1767.—Archivo de Villahermosa.

(2) Casalbón á Villahermosa: carta de Abril de 1767.—Archivo de Villahermosa.

1520

Ferrara â 13.

Mi Dueño, [...]
esta i una le[...]
Dios que viva [...]
cia para escr[...]
mas sensible [...]
V.E. para con[...]
ô natural, ô c[...]
ren al espiritu[...]

tamente, será castigado á proporción de su culpa.

»16. Prohibo expresamente que nadie pueda escribir, declamar ó censurar, con pretexto de estas providencias, en pro ni en contra de ellas; antes impongo silencio en esta materia á todos mis vasallos, y mando que á los contraventores se les castigue como reos de lesa Majestad.»

¿Cómo observó el Duque de Villahermosa, funcionario público agregado á la Embajada de París, en cuya residencia vivía, esta Pragmática?

La contestación de esta pregunta está en las cuatro hermosísimas cartas escritas desde Ferrara al Duque por el P. Nicolau, cartas que íntegras reproducimos á continuación, porque arrojan torrentes de luz sobre la figura de D. Juan Pablo, que no sólo no renegó de sus afecciones á los perseguídos jesuitas, ni se apartó de los que habían sido sus maestros en la infancia, y á los que debía los extensos conocimientos que poseía en la mayor parte de los ramos del saber humano, sino que, por el contrario, acudió á su socorro con mano pródiga, sin pedirles en cambio ni el silencio ni el secreto, demostrando con esto que, si había sido su amigo en la próspera, lo era aún más en la adversa fortuna; cosa rara en aquellos tiempos de rebajamiento de caracteres, en que la Compañía tuvo que sufrir mucho de los que la víspera de su desgracia se decían sus amigos, y que extremaron después sus ataques por no indisponerse con el César.

He aquí las cartas:

«*Ferrara á* 13 *de Marzo* 69.—Excmo. Señor: Mi Dueño i Amigo. Gracias á Dios que vino la respuesta i carta de

V. E. fecha en 12 del pasado; i gracias á Dios que vino enriquecida, no sólo de la plenaria indulgencia para escribir i recibir cartas; sino tambien de las más sensibles i verdaderas notas del amor antiguo de V. E. para comigo. Confieso mi flaqueza i debilidad, ó natural ó engendrada de los trabajos que no permiten al espíritu esperar cosa favorable: cierto que io casi desconfiaba de tener respuesta de V. E. Pero ia que en esto mudó mi suerte de semblante, quizás se irá mejorando más de cada dia. *Speremus meliora.*

No se puede responder en particular á todos los puntos i razones que V. E. toca en su carta; algunos piden tratarse boca á boca. Es verdad que V. E. me pronosticó lo que aora me pasa: pero tambien es verdad que mi proceder no podia ser otro del que á sido; i pienso que ni la honestidad ni el decoro, ni la utilidad misma pedian otra cosa, como aun el éxito lo demuestra, en los que pensaron de otra manera. Esto se tratará con claridad quando nos veamos; aora no se puede decir sino con enigmas; i nos veremos ciertamente, si sucede lo que V. E. pronostica. Pero aquí se discurre diversamente, pues las noticias públicas que vienen de Roma significan otro ánimo y otra intencion en los Cardenales; ni es verosímil que en un asunto que igualmente mira á todos ó casi todos los Príncipes de la Europa, por dar gusto á unos i hacerles obsequio se ofenda á otros. Otra cosa tal vez seria si todos conviniesen en la misma peticion; lo qual me parece tan difícil como es difícil que todos tengan unos mismos intereses. Puede ser que aun sin conseguir la abolicion buelvan de Abates los jesuitas á España como bolvieron á Francia; pues la extraccion de tanto dinero, se á de conocer perjudicial al Reyno.

Sea uno ú otro caso, no ai que temer me ate con otra Religion, ni creo que de mis compañeros se encuentren sino muy pocos que lo hagan. Sea mejor ó sea peor, es otro ciertamente el espíritu de éstos, otra la educacion,

otro modo de pensar, de tratar, de estudiar, &c., ni los Hebreos supieron jamás acomodarse con los Samaritanos. Y assí, en caso de estar libre, ciertamente emprenderé el viaje, no tanto á París, como á visitar i ver á V. E. Es resolucion que tengo formada mucho tiempo á; i si el modo i circunstancias de nuestro regreso no impiden el oficio de Bibliothecario, éste será mi reposo. Claro es que en tal caso necesitaré de la liberalidad de V. E., porque ¿de dónde havia io de sacar el dinero para un tal viaje? Y más que al viaje, se juntaria el vestido. Aun aora necesito de que V. E. me embie alguna cosa (¡qué franqueza!), pues la pension del Rey no sufraga lo bastante, en un país cuios naturales, ó por la innata codicia, ó por la opinion en que viven de que los Españoles todos son mui ricos, nos despellejan haciéndonos mil injusticias. A más de que el modo de darnos la pension nos impide el hacer provisiones á su tiempo, i assí nos pone en la necesidad de comprar siempre á la menuda i más caro. En lo poco que he viajado conozco que no ai País como España, ni genios como los Españoles. Sólo dicen que les falta la litteratura; pero aun en esto era fácil que excediesen á las demás naciones.

En ésta de Italia se estimó antes mucho, pero aora se estima poco un Physico. La moda en las ciencias es mui diversa; tres suertes de literatos se aprecian: la primera i principal son los Poetas, y saber tornear un soneto, i pintar bien un discurso, se lleva todos los aplausos. La segunda es la ciencia de los Bibliothecarios, que assí se debe llamar, la noticia de Autores i de obras. La tercera es de la antigüedad, no de la más remota, sino de esta otra Eclesiástica; i en este género parecen cada dia muchos libros; pero aun creo son más en número los de Poética, Poesía i oratoria. Segun veo por los Catálogos, el mismo gusto de la antigüedad reina mucho en Alemania; de Francia no puedo hablar por lo que mira á este tiempo. Lo cierto es que no ai país donde sea moda el estudio más natural al hombre, quiero decir del buen modo de pensar i del

buen modo de discurrir. Estoi admirado de ver Autores sumamente aplaudidos, cuios pensamientos, si se examinan de cerca, son faltas en sí, i mutuamente inconsiguientes. ¡Qué conversaciones serian las nuestras en ésta i otras materias! En esto ciertamente ganaria mucho en la compañía de V. E. i mucho tambien en la comodidad de bellas impresiones i abundancia de autores con que apagar la sed insaciable que tengo de estudiar. Nace de la privacion, pues desde que salí de España, aunque siempre é leido, nunca é estudiado. ¿Y cómo é de estudiar, en la precision de vivir tres juntos en un quarto incómodo i pequeño, i leer quatro juntos en una mesa y con una sola luz? I á pesar de éstas y otras gravísimas dificultades siempre leo, i voi renovando la memoria i el gusto de los autores antiguos, cuia leccion siempre es fecunda. Sólo Platon (cuio original griego empiezo á leer oi la segunda vez), da materia para muchas obras, que trataremos entre los dos.

I é aquí que, sin saber cómo, é dado cuenta á V. E. de mi estado, habitacion, pobreza, deseos i estudios. Aora se seguia dar cuenta de algunas noticias; pero nosotros tenemos pocas, porque ni tenemos comercio de cartas ni le ai en género alguno en esta lenidad. Sólo oigo decir por mui cierto, i confirmar por muchas cartas de Mantua i de Bolonia, que pasó por allí de oculto el Emperador con poca comision, i se adelantan á discurrir que juntándose con su H.° en Roma pasará á Nápoles, &c. A mí se me hace increible: pero assí como ai muchas cosas verosímiles que son falsas, assí ai muchas verdaderas, que parecen inverosímiles. Aquí están los PP. Pignatellis que aprecian mucho i corresponden al buen af.° i expresiones de V. E.; i io vivo con sus R.^{as} con aquella union i amistad que pide mi obligacion á toda la casa de Fuentes; por lo cual suplico á V. E. se sirva presentar mis respetos al Señor Conde, i mi tierna memoria al Señor D. Luis, Conde d'Egmont, que sin duda no se acuerda de mí. Basta (entre los dos) que V. E. se acuerde para reconocerme su más af.° ap.^{do} serv.^{rs}

1360

Ex.mo ... esta à la ...
...l, porque bei ...
viera la caridad
&c.. Acabo ...
de Fuentes; i ...

Mi Dueño, i Amigo. Escri
para serenar mi animo, i ...
que despues de quatro meses
fuere ... el ...
... que es finalmente lo que ...
de preguntar, ¿ si tengo algu...
pocos en los que puedo recibi...
... todo es mal. Un ...
... en las casas, sin limpie...
oprimidos tres meses de la ...
me parecia andar por los ...
... fuertes; i alguna en la Ca...
de los Pobres, à quienes encarce...
... de los Señores, que ...
... las alquilaban: en cad...
i de las conversaciones: que nunc...
cita para ... de ...
inmediatas i propias de la ...
corazon, i roen las entrañas?

Pero à mi lo que mas
... : nunca ... como ...
... affligi animam. En una ...

Ex.mo Señor ...

no. Es largo, porque los es mucho mi afecto: es inu:
minacion. Bueno fuera que el humilde valle tan
encumbrado de Marte: á este toca regular i familiar
to á V. E. mis respetos al Sr. Exc. el Señor Conde
con el finissimo af.^to que siempre

Sido de V. E.

que de Villahermosa.

«*Ferrara* 9 *Mar.* 1770.—Excmo. Sr.—Mi Dueño i Amigo: Estoi triste y no encuentro medio más eficaz para serenar mi ánimo, i aun alegrarle, que escribir á V. E.: á más de que despues de quatro meses de silencio, de justicia era una carta, que fuese continuando el testimonio de mi memoria i afecto á V. E. ¿Pero qué es finalmente lo que me entristece? Antes, me parece, se havia de preguntar, ¿Si tengo algunos dias sin tristeza? (puesto que son pocos en los que puedo recibir carta de V. E.), porque quanto nos rodea todo es mal. Un invierno cruelísimo, en una ciudad sin abrigo en las casas, sin limpieza en las calles, sin policía en el govierno, oprimidos tres meses de la nieve y de los hielos, que al salir de casa me parecia andar por los Apeninos. Tres veces caí enfermo de resfriados fuertes, i alguna en la calle, que pensé estropearme: aborrecidos de los pobres, á quienes encarecemos los víveres i las habitaciones; desdeñados de los señores, que creerian contaminar una de sus casas si no las alquilaban; en cada correo, echos el ascenso de las cartas i de las conversaciones, que nunca mueren, teniéndonos siempre á la vista para animarlas de nuevo: ¿qué sé io qué cosas, aún más interiores i proprias de la persona de cada uno, que le inquietan el corazon i roen las entrañas?

Pero á mí lo que más me aflige es la suspension en que vivimos; nunca entendí como ahora aquella palabra: *Spes quæ differtus afligit animam.* En una semana nos levantan las cartas á la esperanza más sólida de una pronta y feliz libertad; en otra nos abaten á una desesperacion total de remedio; en una, que se trata de reintegrarnos; en otra, que se resuelve destruirnos; en una, que se piensa, que se habla mucho de nosotros; en otra, que éste es un negocio orillado i en que ia no se piensa. En verdad, mi Duque, que alguna vez me á ocurrido aquel dicho de Diaz á Júpiter: *Ilumina i mata;* i prácticamente é conocido quánta i quán sublime philosophía sea menester para tener imperio sobre el corazon i sus movimientos.

¿Pero qué es lo que io hago? Escribo á un tono capaz de melancholizar algun breve rato, á aquél para cuia alegría i felicidad sólo quisiera contribuir. Mudo, pues, de asunto. En el principio de este año, persuadido á que nuestra residencia en Ferrara era para mucho tiempo, tomé el empleo que me dieron de enseñar la Theología á nuestros Jóvenes. Porque sepa V. E. que aquí *en petit*, i en miniatura, hacemos lo mismo que hacíamos en aquellos grandes thesoros i grandes perspectivas: ni se á alterado el órden i méthodo de nuestra vida i de nuestros estudios: i io soi catedrático como pudiera serlo en la Sorbona ó en Salamanca. Algo me huele á lo del Magisterio de Dyonisio. Pero ¿qué le haremos? Más vale hacer esto que estarse ocioso. I en verdad que nuestros Aragoneses han mostrado que tienen otra fuerza de espíritu, otra constancia de aplicacion, otra profundidad de doctrina, que no tienen los Italianos: *perturbavimus Nacionem Italorum* con nuestras thesis, con nuestro latin, con nuestro Griego. Este último es ia casi contrabando en este País, i con todo no dexan de meter sus fragmentos i hemistichios Griegos en quanto imprimen: *Probi! quantum est in rebus inane!* Pero es fortuna que nunca sale la impresion exacta, i en una sola palabra Griega, se suele pecar mucho. ¿Es acaso lo mismo en París? De aquí nace que quien tuviese algo de dinero y pudiera pasar á Venecia á registrar los desvanes de las Librerías, con poco coste haria una colleccion apreciable de los Autores antiguos. Digo pasar á Venecia, porque aquí ia nada se encuentra; porque nuestros Españoles luego lo recogieron todo, i á poquísimo precio; i aun hubiera sido menos, si aquéllos hubieran sabido reprimir la fogosidad de su genio, i disimular los deseos de los libros. Porque esta gente (i lo hemos experimentado al paso por toda Italia) no tiene valor para resistir á un peso duro español. Lo mismo es verle que exclamar: *O vita!* Una excepcion se á de poner por lo que toca á los Ferrareses, y es que ni les quite la comodidad, ni les altere su poltronería: porque

Ex.mo

Mi Dueño, i Amigo. Par
nos en mi ultima carta, i
De ellos el P. Joseph, â pa
tercianas: de suerte que alg.
la, i aun restablecer perfecta
qualquier lugar del Estado.
mas oportuno â su restabl.
rina de Civita-vecchia p
sereno: todo estaba dispuest
cholia, que se apoderó del
mas la avivaba, era vio las
hacer le visité, le encontré al
que se le hable sobre viage.
ver ai otras causas de las
temeridad puede ser adm.
allegremente con una area
Está sanissimo, i esta todos
malissimo.
Paso de los Parientes â los con
el P. La-cruz murió. El P.
do el buen viejo, quando oió
da sobre su vida, i salud. Vive
sin verdor, se sostiene de su prop

éste es el charácter de este estado. La maior parte de las pasiones las tienen en un grado que nosotros no conocíamos: i un Predicador que hablase en Ferrara como se hablaba en Zaragoza, heriria el aire más que los corazones. ¿Es posible que tanto disten los hombres en tan corta distancia de terreno? ¿Qué seria si se subieran algunos grados más al Norte? ¡Jesús, qué enfadosa carta! por larga y por inútil; pero la excusa está á la mano. Es larga, porque lo es mucho mi afecto; es inútil, porque lo es mi situacion. ¡Bueno fuera que el humilde valle sirviera de utilidad al encumbrado Monte! á éste toca regarle i fertilizarle..... Acabo suplicando á V. E. mis respetos al Su. Ex. el Señor Conde de Fuentes; i soi con el finíssimo afecto que siempre.—Todo de V. E.—*Excmo. Sr. Duque de Villahermosa.*»

«*Ferrara i Maio* 10 *de* 1770.—Excmo. Sr.—Mi Dueño i Amigo: Para no olvidarme de lo que V. E. echó menos en mi última carta, sea lo primero las noticias sobre los Tios. De ellos, el P. Joseph á pasado todo el año caiendo y recaiendo en las tercianas, de suerte que algunos temian sobre su vida; i para conservarla i aun restablecer perfectamente la salud, se le concedió que eligiese qualquier lugar del Estado Eclesiástico, que de parecer de los Médicos fuese más oportuno á su restablecimiento. Ya se havia determinado la marina de Civitta-Vechia para la primavera, i Fraschati para el verano: todo estaba dispuesto para el viaje, quando una negra melancholía que se apoderó del buen P. Joseph todo lo trastornó, i lo que más la avivaba era oir hablar de viaje. Aora empieza á serenarse; haier le visité; le encontré alegre i de buen color, i ia oie con paciencia que se le hable sobre viaje. Si se pudiera penetrar al interior, tal vez ai otras causas de las que muestra el relox; ¿pero quién, sin temeridad, puede ser adivino? El caro P. Nicola se la passa allegremente con una arca franca é se la pode á maraviglia. Está saníssimo i es de todos amado sumamente, porque á todos es amabilíssimo.

Paso de los Parientes á los conocidos. De los que salieron de España, sólo el P. Lacruz murió. El P. Sancho vive, i me pareció ponerse vívido el buen viejo quando oió que el Duque de Villahermosa preguntaba sobre su vida i salud. Vive el P. Madurga, i, como una añeja carrasca sin verdor, se sostiene de su propia robustez; vive el P. Madoi, i todo su conato es vivir. Vive el P. Poianes, ¿i en dónde no vivirá? El H.° Estevan remoza de cada dia, i al oir hablar del Duque se enternece, i ninguno ai que con el aliento no conserve la tierna memoria i afecto agradecido á la casa i nombre de V. E. ¿Qué será en mí?

Entro en esperanzas, aora más que nunca, de que nos veamos aún en París, por los temores de lo que va á suceder á nuestro Cuerpo. Todas las noticias concuerdan que está la cosa concluida; i el aparato exterior de mandar el Papa á sus Frailes del Convento de Roma quince dias de rogativa i tres en el de Asís, prueba que quiere tener prevenido al público para lo que va á publicarse. Es verdad que en tal caso dexaré el estudio de la Theología, por lo que mira á la especulacion propia de la escuela; pero no el estudio de la ciencia sagrada, que ciertamente es la que más satisface. Si llegamos á estar juntos, hemos de hacer muchas críticas de esos libros philosóphicos, que si son como los que io leí en otro tiempo i aora é leido, aunque pocos, me confirmo que nada menos tienen que el ser philosóphicos. ¿Qué diré de la colleccion que V. E. me dice tiene ia casi completa? Me da una dentera increible. Para mí ia no puede aver otra vida apetecible, sino el sosiego i comodidad para vivir entre los libros. Estoi ia viejo, si no en los años, ciertamente en la habitud del cuerpo; i el aver vivido tantos años con los libros, me hace parecer imposible el vivir de otra manera: en ellos encuentro el pábulo que me sostiene; i si se añade que esto sea en compañía de V. E., será el pábulo sazonado. ¿Casalbón, estudia mucho? ¡Quánto me alegrara huviese empleado con solidez sus talentos! ¿Ha publicado alguna obra? Porque

p160

Mi Dueño

decirlo, que el

de V. E.

voluntario, con

falta de defen

nos de refrig

cios, por

habitual que

continuar en

sirvió en tra

nos alivios.

a 7

tanto tiempo de Bibliotheca sin producir libros, es *parturir mucho tiempo i no parir.*

Mucho me alegro que V. E. haia disfrutado la dulce compañía de su Hermano Sr. D. Jorge, i que éste haia disfrutado las grandezas i las delicias de París. Luego me ocurrió una carta que V. E. me escribió desde Barcelona con ocasion del viaje que los dos hicieron á aquella ciudad. La carta estaba llena de reflexiones philosóphicas sobre el estado presente de su Hermano: quién sabe si el balcon del Vniverso..... Basta. Del Tio de V. E. i grande favorecedor mio, D. Antonio Azlor, he tenido alguna noticia, aunque mui rara. De todo el resto de España, nada. Aora últimamente que mi primo Barceló vino á Civitta-Vechia, ni escribirme, ni mandarme saludar, ni preguntar por mí. Estos golpes serian muy sensibles, si no huviéramos echo callos recibiendo otros maiores; i si alguna vez penetran al punto de hacerse sentir, aplico luego el lenitivo de que mi Duque se acuerda de mí.

Si antes no huviere novedad sobre nuestro destino, sírvase V. E. de mandarme algun socorro antes de partir para España. El otro que me embió á servido para pasarlo sin ahogo, i lo que más es, para poder asistir á alguno en la necesidad, que á las veces aprieta mucho: como aora últimamente que nos han dilatado mes i medio el darnos la pension; i io no sé qué funestas voces se han esparcido de que van á quitárnosla para siempre, si el Papa no consiente. *Aventat Deus* i me conserve felizmente á V. E. y á su Excma. Esposa, de quienes soy afectísimo servidor y Capellan.—*Excmo. Sr. Duque de Villahermosa.*»

«*Ferrara á* 25 *En.* 1771.—Excmo. Señor.—Mi Dueño i Amigo: De por sí se entiende, sin que sea menester decirlo, que el no contestar á la gracia i no responder prontamente á la de V. E. de 10 de Diciembre, avrá sido con motivo tan grave i tan involuntario como es la enfermedad. Es assí que con el rigor del Invierno i falto de defensivos, de

los quales no me avia podido proveer, caí enfermo de resfriado tres ó quatro veces; accidente que en mí es más nocivo, por lo que suele aumentar los dolores de aquel otro accidente habitual que padezco en la orina. Aora lo paso mejor, i espero continuar en la mejoría, atento á que con el socorro que V. E. se sirvió embiarme é podido con maior ensanche procurarme algunos alivios. Porque, aunque es verdad que finalmente se nos dió la parte de la pension que se nos debia: pero de ésta, buena porcion se va en pagar las deudas; i de lo que queda, no ai valor para divertir á otros gastos un ochavo, por el temor de que no falte para comer con la dilacion de la nueva paga. Efectivamente: ia se nos debe un mes de alimentos, i aún no se habla de darnos dinero; antes bien, con un nuevo plan i arreglo que sobre la manera de firmar nos á embiado el Señor Presidente Conde de Aranda, se han excitado nuevas dificultades, que mientras se proponen i se resuelven bastan para dilatar mucho tiempo la paga, aun quando ésta estuviese de suio aprontada. Assí que si vivo sin estrechez i sin angustia lo debo á la bondad y liberalidad de V. E.

No sé si me alegre que V. E. esté en París, porque no sé si es ó no ventajoso á sus intentos. A lo menos á sido aora expresador de una invencion de teatro, que suele sorprender mucho más que los juegos de la Opera; á lo menos presenta mucho que discurrir i que meditar á un Philósopho Político. A una escena se sigue otra, asta que se disuelve el ruido: ¿i quién sabe quántas nuevas escenas nos restan á ver? Las cosas tomarán otro rumbo, á lo menos calmarán, i muchos mudarán el systhema que avian formado. Empiezo á pensar de otra manera sobre nuestro destino, i parece que en Roma mudan tambien de ideas. ¡Dios qüiera sea favorable i pronto! porque este vivir es un morir contínuo, por la violencia con que se vive. Bien quisiera escribir algo más sobre este asunto; pero ni me atrevo á decir lo que no sé si conviene que se diga, ni V. E. dexará de escribirme sin que io lo pregunte, si supiese i

pudiese decirme alguna cosa interesante para mi consuelo.

Nos hemos visto algunas veces con los tios de V. E., ó viniendo ellos á mi casa ó iendo io á la suia (que finalmente lograron la que pretendian), i siempre se á echo larga i honorífica memoria del sobrino, i conozco que gustan mucho de la conversacion, i io le tengo particularísimo en darles este gusto. Están buenos i alegres, porque tienen un espíritu superior á los males que padecen. Esta noticia, aunque ia la sepa, será de singular satisfaccion para el padre de V. E., i junta con ella se admitirán con maior complacencia las expresiones de mi afecto.

Quando V. E. escriba á su H.ª Don Jorge, no solamente le suplico se sirva saludarle en mi nombre, sino tambien (si es que juzgase á propósito el hacerlo) le pregunte sobre Don Joachin Palafox, Don Nicolás Pueyo, i los otros oficiales de aquel batallon que estaba en Zaragoza quando nuestra desgracia, i á quienes debí oficios de singularísima humanidad i de corazon nobilísimo; i que si el mismo Señor Don Jorge tuviese oportunidad i lo juzgase prudente, les haga saber que vivo i que vive en mí la memoria de sus beneficios para amar á sus personas.

No tengo más que añadir, sino repetir la protesta del sincero afecto con que soi el más apasionado servidor, Amigo y Capellan de V. E.—*Excmo. Sr. Duque de Villahermosa* (1).»

(1) Á la amabilidad del P. Uriarte, de la Compañía de Jesús, debemos las siguientes noticias sobre el P. Nicolau, transmitidas á una persona de su afecto que ha tenido á bien comunicárnoslas:

«El P. Sebastián Nicolau nació en Palma de Mallorca á 1.º de Diciembre de 1730; entró en la Provincia de la Compañía de Jesús de Aragón á 21 de Junio de 1746, é hizo la profesión de cuatro votos á 2 de Febrero de 1764; enseñó Retórica y Lengua griega en el Colegio de Zaragoza, y Filosofía en el de Montesión de Palma, donde se dedicó luego á los sagrados ministerios con gran fruto de las almas y fama de orador notable,

II

Esta correspondencia, que por sí sola dice bastante sin necesidad de que la comentemos, no podía ser desconocida por la corte: tenía Carlos III demasiado bien montada su policía para

hasta que por falta de salud fué trasladado al de Tarragona, en el que le alcanzó la ley del destierro en tiempo de Carlos III; enseñó Teología á los jóvenes de su Provincia en Ferrara, y en esta ciudad acabó santamente su laboriosa vida á 19 de Junio de 1773.

He aquí sus escritos publicados: *Orationes habitæ in Academia Cæsaraugustana.....* (Zaragoza, 1764); *Sermón del Iluminado Dr. B. Raymundo Lulio.....* (Palma, 1765), y *Theses ex Universa Philosophia.....* (Palma, 1766), además de unas *Institutiones Grammaticæ* y varias *Oraciones panegíricas*, pronunciadas é impresas en Palma.

Dejó los siguientes manuscritos: *Commentarii in Logicam Aristotelis; Commentarii de rebus Balearicis; Colección de sermones; Apología de Sócrates, traducido del griego*, y *Correspondencia literaria.*»

Según se ve por estos datos, el P. Nicolau tenía la misma edad que el Duque de Villahermosa, debiendo, por consiguiente, ser condiscípulo de éste, pues aparece que estuvieron por los mismos años en Zaragoza. En el Archivo de la Casa ducal han aparecido algunos recibos firmados por el P. Nicolau de las cantidades con que le socorría el Duque D. Juan Pablo, que después de muerto aquél debió seguir socorriendo á otros Padres, pues hasta su muerte aparece en sus apuntes, con independencia de las cuentas que tenía con sus tíos los PP. Pignatellis, una partida con esta indicación: «Por lo de Ferrara.»

ignorar lo que, por otra parte, el Duque no se recataba en hacer, pues del texto de estas cartas no se deduce que pidiese ni desease el secreto ni la reserva de sus actos, remitiendo el dinero por la vía ordinaria y por libramientos cuyos apuntes han aparecido en sus papeles, y preguntando con afán por los Padres y Hermanos de la Compañía que le eran amigos y residían en Ferrara.

Prevenido desde un principio el Rey contra Don Juan Pablo, por aragonés y por Duque, que ni el pueblo ni la nobleza de este reino fué afecta á los Borbones; después por amigo de Ensenada, luego por los enemigos que en la corte tenía, á juzgar por la carta de Salcedo, y, por último, por su conducta con los jesuitas expulsos, concibió hacia él una gran aversión, que el Duque no se cuidó de vencer; aversión que fué su pedestal en el cuarto del Príncipe de Asturias, donde, independientemente del valor personal de Villahermosa, era deprimido todo lo que Carlos III ensalzaba y ensalzado todo lo que él deprimía.

Esta es la explicación de por qué no mereció la más pequeña merced del Rey Carlos III, pues su nombramiento para Turín, como se verá luego, fué un destierro honroso, procurado por Floridablanca, á quien el Duque hacía sombra; y esto explica igualmente por qué en los numerosos papeles y minucioso *Diario* de los últimos años de la vida de D. Juan Pablo no aparece un solo elogio del Rey, ante cuyas aras quemaban incienso á quintales los cortesanos cesaristas de su tiempo, y han seguido quemándolo los revolucionarios, sus continuadores, limitándose, el día de su muerte, á

consignar el hecho de la manera más seca: «Día 14: murió el Rey Carlos III á las doce y cuarenta minutos de la noche.»

Para conocer la situación que esta enemiga del Rey creó al Duque de Villahermosa, son precisos algunos antecedentes históricos sobre sucesos políticos que afectaron á este último y conmovieron profundamente al pueblo de Madrid, llegando casi á producir un segundo motín como el de las capas y los sombreros.

III

Al trazar la historia de los sucesos históricos, en lo que se relaciona con los personajes de este libro, hemos descrito anteriormente la sabia y beneficiosa política de Fernando VI en las cuestiones de Inglaterra y Francia: con gran instinto, el Monarca español veía que nuestro interés estaba en que ambas naciones se destruyesen mutuamente, conservando España la neutralidad, con medios bastantes para sostenerla; así, rechazó todas las tentativas y promesas que, en sentido contrario, se le hicieron, incluso la tentadora de la devolución de Gibraltar, y atendió al fomento de nuestra marina, á la organización de nuestro ejército, al desarrollo de nuestra riqueza pública y á todo aquello que forma la prosperidad y grandeza de las naciones: desgraciadamente aquel gran Rey murió después de un breve reinado, reemplazándole su hermano Carlos de Nápoles, el mayor y el más querido de los hijos de Isabel de Farnesio.

Educado Carlos III por los regalistas más extremados, tenía de la Monarquía un concepto protestante y cesarista: el Rey era para él un sér superior que á nadie tenía que dar cuenta de sus actos; el mayor de los delitos que podían cometerse era discutir sus órdenes; todo el que de algún modo tendiese á desprestigiar la realeza, era reo de lesa Majestad, y sobre él caía inflexiblemente el peso de la ley. Esto, unido á un carácter terco, produjo un Monarca que lo sacrificó todo á su vanidad ó interés, pasando porque sus vasallos y su Tesoro sufriesen grandes daños y mermas considerables antes que declarar que se había equivocado, que había cometido un error y que debía rectificarlo. Muchos hechos podíamos citar en apoyo de esto; pero con sólo dos hay bastante.

Llevado de su profundo desprecio á todo lo español, pidió al Rey de Francia le enviase un buen Jefe de artillería para modificar el sistema de fundición de nuestras antiguas piezas de batir. Con esta misión vino á España Maritz, empezando sus explicaciones y experimentos, con gran contentamiento del Rey, que se las daba de muy entendido en estas materias, llegando su entusiasmo hasta querer encargarle de todas las Maestranzas, aun antes de que los hechos demostrasen la bondad de su sistema: fué éste tan desdichado, que las piezas fundidas por el nuevo procedimiento no resistieron ni las pruebas, pues reventaron al hacerse éstas; avergonzado, Maritz quiso volverse á Francia; el Rey se negó en absoluto á darle el permiso; le siguió protegiendo y dispensando su confianza; hizo que continuase fundiendo piezas,

que casi todas siguieron reventando, antes que confesar que se había equivocado.

Cuando la desdichada expedición contra Argel, el General O'Reilly demostró su completa nulidad para mandar un ejército: no preveyó nada; no dictó disposición que no fuera un desatino; mandó desembarcar una expedición donde no había modo de hacerlo, y donde Oficiales y soldados eran fusilados á mansalva por los moros; verificado en estas condiciones el desembarco, no supo hacer maniobrar las tropas ni atacar al enemigo; dejó abandonada una división que fué casi deshecha, costando la vida á su General, el Marqués de la Romana, y á muchos Jefes y Oficiales valerosos, concluyendo la expedición por un lamentable reembarque con pérdida de mucha gente, alguna artillería y muchos bagajes.

En otro país y con otro Rey, O'Reilly hubiera sido sometido á un Consejo de guerra, y si no fusilado, exonerado por lo menos; pero esto era confesar que Carlos III se había equivocado al protegerle y designarle para mandar la expedición, lo cual no podía tolerarse sin desprestigiar la Monarquía: así fué que el inhábil General no sólo no recibió por su conducta ni una reprensión, sino que, por el contrario, el Rey, para librarle del furor popular, que amenazaba destrozarlo si se presentaba en Madrid, le nombró Gobernador de Cádiz, uno de los cargos militares más importantes y retribuídos de aquella época.

Dadas estas condiciones de carácter, no es difícil presumir lo profundo de su odio á Inglaterra, por la humillación que le había hecho pasar en

1742, cuando siendo Rey de Nápoles vió desde los balcones de su Palacio entrar en el puerto una escuadra británica, y saltar poco tiempo después un Oficial que, llegando hasta su persona, le conminó con romper el fuego contra la ciudad si no firmaba un Tratado declarándose neutral en la lucha que su hermano el Soberano de Parma sostenía con Inglaterra; en vano protestó el Rey de esta violencia: el Oficial, sacando el reloj y poniéndolo sobre la mesa, contestó: «*Necesito la respuesta dentro de una hora.*» Apremiado así Carlos III, cedió, redactando él mismo el Tratado que se le pedía.

Nunca dió al olvido ni perdonó este agravio, y desde que se sentó en el trono de España intentó en daño de Inglaterra salir de la política de neutralidad con tanta firmeza sostenida por el anterior Monarca: por fortuna, el buen sentido de su mujer, la Reina Amalia, lo impidió, de acuerdo con Wall; pero muerta ésta y sin dique que lo contuviese, desbordóse el odio del Rey contra la Gran Bretaña, aumentado al ver la humillación de las armas francesas. En vista de esto, resolvió terciar en la contienda entre ambas naciones, poniéndose del lado de la segunda.

La ocasión era la más inoportuna para romper con Inglaterra; dirigía el Gobierno de ésta, á la sazón, el primer Pitt, cuyo genio, altivez y elocuencia en la Cámara de los Comunes, le habían elevado considerablemente sobre el nivel ordinario de los de su clase; los éxitos de su política habían hecho enmudecer á sus adversarios, y era el ídolo del pueblo, que le aclamaba con entusiasmo; todos tenían puesta en él su confianza; el país pa-

gaba sin protesta los enormes tributos que se le imponían, al ver que, merced á su energía y acierto, eran sus escuadras señoras de los mares, y en ellos dictaban la ley; su bandera flotaba victoriosa en tres continentes, y se había aumentado su dominación material con la adquisición de valiosas colonias en Asia y América.

En estas circunstancias fué cuando se le ocurrió á Carlos III hacer el Pacto de familia, accediendo á los deseos de Francia que, exhausta y sin recursos, derrotados sus ejércitos y destruídas sus escuadras, reclamaba amparo y protección.

Negocióse éste con gran sigilo: una vez firmado, se buscó un pretexto para romper con Inglaterra; convenía, sin embargo, á España ganar tiempo para comunicar órdenes á los Jefes que mandaban nuestras plazas en América, á fin de que estuviesen preparados, y, sobre todo, para esperar que las flotas cargadas de oro y plata que habían salido de sus puertos pudiesen llegar sin dificultad á los de la Península; para esto se ideó una negociación sin ejemplo en los fastos de la diplomacia.

Reducida Francia al último extremo, había solicitado la paz de Inglaterra, y ésta dictádole condiciones que, como de vencedor, y vencedor inglés, no eran nada blandas; al replicar la corte de Versalles, fundándose en que no habría paz verdadera en Europa mientras Inglaterra no arreglase sus diferencias con España, propuso que se introdujese en el Tratado sobre el cual se contendía una cláusula por la que la Gran Bretaña devolvería algunos buques españoles que habían sido apresados como contrabandistas; permitiría á los de nuestra

nación pescar en el banco de Terranova, y, por último, se abandonarían los establecimientos ingleses del golfo de Honduras, declarando que, de no aceptarse estas condiciones, Francia apoyaría á España si surgiera la guerra.

El caso era verdaderamente inusitado: nunca se había visto que una nación reducida á pedir la paz, amenazase con una nueva guerra si su contrario no zanjaba sus diferencias con otra tercera Potencia con la que ambos estaban en buenas relaciones, y que independiente y libre podía defender su derecho y tratar directamente la cuestión.

El genio de Pitt adivinó en el acto lo que había sucedido, y al recibir la nota de Francia, presentó en el Consejo de Ministros una proposición que, de haber prevalecido, hubiese sido funesta para nuestra patria: exigió que en el acto se declarase la guerra á España; que se atacasen sus posesiones de América y Asia, y se apresasen las flotas que tranquilamente navegaban para España; por fortuna, asustóse de tal medida Jorge III, que acababa de suceder en el trono de Inglaterra á su abuelo; asustáronse los demás Ministros, y la proposición no fué aceptada. Pitt entonces dimitió, por no querer aceptar la responsabilidad de una política que no dirigía.

El nuevo Gobierno, compuesto de los mismos Ministros, á excepción del cuñado de Pitt, al contestar á Francia, añadió, por lo que á la cuestión de España se refiere, que el Rey de Inglaterra no consentiría jamás en mezclar sus desavenencias con la Península en una negociación cuyo objeto era la paz de las dos Coronas, y que miraría como

un insulto á su dignidad cualquier mención que se hiciese en lo sucesivo de este negocio. Al mismo tiempo ordenó á su Embajador en Madrid, el Conde de Bristol, que pidiese sobre esto explicaciones al Gobierno de Carlos III.

D. Ricardo Wall eludió la respuesta cuanto le fué posible; Bristol precisó tanto la cuestión, que no hubo más remedio que darle una contestación categórica.—¿Es cierta, decía el Inglés, la unión de Francia y España contra la Gran Bretaña? La negativa de una contestación terminante se considerará como una declaración de guerra.—¿Y qué sucederá, contesta el Ministro español: tenéis orden de retiraros?—Sí, contestó el Inglés.—Wall le rogó entonces que formulase por escrito su petición; hízolo en el acto, y á las cuarenta y ocho horas recibió una carta oficial que terminaba así: «Puesto que el Gobierno inglés hace inevitable la guerra, V. E. puede retirarse cuando guste y del modo que mejor le convenga: ésta es la única respuesta que S. M. me manda darle.» Cuando esto sucedía, ya marchaba con dirección á Londres una nota á nuestro Embajador en aquella corte, el Conde de Fuentes, escrita en el mismo tono.

Así empezó á producir efecto el funesto Pacto de familia que nos ligó á Francia por cerca de medio sigio, gozando ésta todos los beneficios y sufriendo nosotros todos los quebrantos, ayudándola en todos sus apuros sin que ella lo hiciera en los nuestros. Pacto cuyos principales artículos consistían en que los dos Soberanos se obligaban en adelante á considerar toda Potencia que fuera enemiga de uno como si lo fuera de ambos, defendiéndo-

se recíprocamente sus Estados en todas las partes del mundo.

Empezadas las hostilidades, nos fué funesta la suerte de las armas: del primer envite nos tomaron los ingleses á Manila y la Habana, á pesar del valor y serenidad del Arzobispo, que mandaba la primera de estas plazas, y de la heróica defensa del castillo del Morro, que hizo inmortal el nombre de su comandante D. Luis Velasco; en compensación de estos descalabros, nosotros nos apoderamos de la rica colonia del Sacramento.

Ante tales desastres, Francia se humilló de nuevo, y de acuerdo con España pidió la paz; fuéle otorgada por Inglaterra, que nos devolvió Manila y la Habana; nosotros devolvimos á Portugal, el Sacramento; pero nos costó la aventura del primer Rey liberal de España la pérdida de la Florida y los territorios del Missisipí, que tuvimos que ceder á la Gran Bretaña, á más de renunciar nuestros derechos á la pesca en Terranova y consentir la corta del palo de campeche en nuestras posesiones de Honduras.

IV

Esta guerra había sido muy impopular en España, como lo era el Pacto de familia, en cuya confección no tomaron parte manos españolas, llevándose á cabo por el italiano Grimaldi, que de Ministro en el Haya había sido nombrado Embajador en París en unión del Duque de Choisseul,

uno y otro bajo las inspiraciones de Carlos III y Luis XV; pero esto importaba poco al Rey, que durante su vida toda demostró una predilección marcada á los extranjeros que, por regla general, preferían siempre á los españoles para los altos cargos de la Administración y el Ejército.

Fué tan marcada esta inclinación, que cuando en 1772 murió el viejo Ministro de la Guerra, Don Juan Gregorio Muniaín, temiendo Azara que se confirmase la noticia de que le sucedería uno de los muchos Oficiales Generales extranjeros que servían en el ejército español, escribió á D. Manuel de Roda una carta, en la cual, aludiendo á aquél, le decía: «Por poco que valiera Muniaín, sabía al menos decir *cebolla,* y Dios sabe si su sucesor podrá hacerlo. Para no llevarme chasco, me figuro que será *gringo,* y así venga lo que viniere. Si uno lee la guía de forasteros, parece que lee la lista de Generales del ejército ruso: con tantos nombres sármatas se encuentra uno (1).»

Esta observación, que con verdadera gracia hacía el desenvuelto Agente de preces, no podía ocultarse al pueblo español, poco amigo siempre de los extranjeros; en estas circunstancias vino á aumentar la excitación popular y hacer más odioso el Pacto de familia el suceso de las Maluinas y sus consecuencias, ocurrido algunos años después, y que requiere capítulo aparte.

(1) Correspondencia de Azara con Roda, tomo II, página 262.



CAPÍTULO IX

I

Poseía España legítimamente las islas Maluinas ó de Falkland, situadas en la parte opuesta á la entrada oriental del estrecho de Magallanes; pero creyendo los ingleses que podían serles útiles, ocuparon parte de ellas y fundaron una población con el título de Puerto Egmont; poco antes había ocupado también otra parte el navegante francés Bougainville, creando asimismo otro establecimiento denominado Puerto Luis; reclamó España de ambas violaciones; Francia reconoció el derecho y mandó que el Oficial francés entregase el nuevo establecimiento, sobre el cual flotó desde aquel día el pabellón español, cambiando su nombre por el de Puerto Soledad; los ingleses, por el contrario, conminaron á las autoridades españolas para que abandonasen aquellas islas, propiedad de la Gran Bretaña; noticioso de ello el Gobierno español,

ordenó al Capitán General de Buenos Aires, Don Francisco Bucarelli, que arrojase de allí á los ingleses: así se hizo, produciendo esto una situación muy tirante que se creyó terminaría con la guerra.

A pesar de ser claro el derecho de España y no poder los ingleses exhibir título alguno á su favor, pidieron explicaciones y una desaprobación completa de lo hecho por Bucarelli. Dirigía á la sazón la política exterior Grimaldi, que, en pago de haber negociado el Pacto de familia, había sucedido á Wall en el Ministerio de Estado, y aunque opuesto á la guerra, quería demostrar á los españoles, si ésta llegaba, la bondad de su obra; pues, merced á ella, en vez de luchar España sola con Inglaterra, iba á tener el auxilio de las escuadras y ejércitos de Francia. En este sentido dirigió la negociación, demostrando en el curso de ella gran torpeza y poca energía, lo que sacó de quicio al Conde de Aranda y á sus parciales, partidarios acérrimos de la lucha, y cuya sangre aragonesa ardía ante la injusticia de la reclamación y la dulzura del italiano que en ella llevaba la voz de España. Llegaron á tal punto las altiveces de la Gran Bretaña, que Grimaldi se dirigió á Choisseul para notificarle que había llegado el caso previsto en el art. 12 del Pacto de familia, por el que «al solo requerimiento de una de las partes contratantes, estaba la otra en el deber de suministrarle los auxilios á que se había comprometido.»

Esperó confiado el Gobierno español, que había ya dictado órdenes apremiantes en los ramos de Guerra y Marina, para que ejército y escuadras

se pusieran en pie de guerra, cuando un correo de París llegó con la noticia del triunfo de la Du Barry, y, como consecuencia, la caída de Choisseul, su reemplazo por Arguillon y, lo que era más grave, una lacónica carta de Luis XV, en la que se leían estas palabras: «Mi Ministro quería la guerra; yo no la quiero.»

Afectóse profundamente Carlos III ante deslealtad semejante: España había sacrificado sus soldados, sus tesoros y sus escuadras; había perdido la Florida y renunciado derechos valiosos, reconociendo otros que no existían, por ayudar á Francia en una guerra en la cual no tenía interés alguno comprometido, y la primera vez que España pedía la recíproca, fundada en el Pacto de familia, el Monarca francés negaba su palabra y faltaba á la fe jurada, sin dar más explicación que la de que así cumplía á su voluntad soberana, sin considerar que esa misma voluntad, libre y espontáneamente, había puesto su firma al pie de un documento en el cual se comprometía, para cuando llegase el caso que se había presentado, á tener sus ejércitos y escuadras dispuestas para ayudar á su regio pariente, *sin que bajo pretexto alguno pudiera eludir la más pronta y perfecta ejecución del empeño*, que así terminaba la cláusula 12 antes citada.

En vista de esto, el Gobierno español no se atrevió á luchar solo con Inglaterra, y vióse obligado Grimaldi á suscribir la vergonzosa nota de 22 de Enero de 1771, por la cual se ordenaba al Príncipe de Masserano declarase al Gobierno inglés «que el Comandante y los súbditos ingleses de la isla de Falkland habían sido lanzados por la

fuerza de Puerto Egmont; que este acto de violencia había sido del desagrado de S. M. Católica; que deseando remediar todo lo que pudiera alterar la paz y buena inteligencia de ambas naciones, S. M. desaprobaba dicha empresa violenta y se obligaba á dar órdenes prontas y terminantes para que en el citado Puerto Egmont de la Gran Maluina volvieran las cosas al sér y estado que tenían antes del 10 de Junio de 1770, si bien la restitución de aquel puerto á S. M. Británica no debía ni podía afectar á la cuestión de derecho anterior de soberanía sobre las islas Maluinas.»

II

Hirió profundamente á los españoles esta humillación, acto segundo del famoso Pacto de familia del gran Rey, según los revolucionarios; creyeron que á consecuencia de ella se verían libres de Grimaldi, cuya política había sufrido tan rudo golpe; pero no contaron con la tenacidad del Rey que, como de costumbre, le sostuvo, añadiendo nuevas pruebas de confianza á las que ya le había dado; en cambio, al año siguiente hizo que abandonase la Presidencia del Consejo de Castilla el Conde de Aranda, cuya oposición á Grimaldi había sido ruda y cuyas cartas mortificaban al italiano, enviándole á suceder al Conde de Fuentes en la Embajada de París.

No habían transcurrido aún tres años de estos sucesos cuando ocurrió la catástrofe de Argel, de que hemos ya hablado, en la cual la torpeza y co-

bardía de O'Reilly costó cerca de 4.000 hombres, 18 piezas de artillería, material de guerra por valor de muchos millones, y el vergonzoso espectáculo ante Europa de un reembarque tan precipitado y mal dispuesto, que de habérnoslas habido con otra clase de adversarios, hubieran perecido todos los que formaban parte de la expedición.

Al divulgarse la noticia de lo ocurrido, estalló el furor popular contra el Ministro italiano que dirigía la política y contra el inhábil General; agravó éste su situación publicando en la *Gaceta* un parte, del cual resultaba que el desastre no había sido tan grande y que de él tenían culpa las tropas españolas por su imprudente arrojo y fogosidad; protestaron enérgicamente los Jefes y Oficiales que habían estado á sus órdenes, y de todas partes empezaron á soplar vientos de revuelta, censurándose públicamente en teatros, calles y plazas lo ocurrido; publicáronse á centenares coplas y anónimos pasquines contra el Ministro y todos los extranjeros (1).

(1) Fueron muchos los pasquines y las coplas con que la musa popular demostró su oposición al Gobierno; en contestación al manifiesto de O'Reilly, publicado en la *Gaceta,* circularon los versos siguientes:

Que por fin todo se errase,
Que la función se perdiese,
Que la gente pereciese
Porque Dios lo quiso así,
Eso sí.
Pero querer persuadirnos
En cada error un acierto,
Que no han muerto los que han muerto
Y que miente quien lo vió,
Eso no.

Donde era mayor la indignación por lo ocurrido fué en el cuarto del Príncipe de Asturias: Villahermosa, como todos los que á él concurrían, no se recataban de censurar al inhábil Ministro y de pedir enérgico castigo para el torpe O'Reilly; sintió Grimaldi que la tierra le faltaba bajo los pies, y aun cuando muy conocedor del cariño que el Rey le profesaba y de su tenacidad en no remover á los Ministros, temió que estallase un motín como el de Squilache, con tanto más motivo cuanto que á diario recibía anónimos amenazadores y, según parece, se intentó pegar fuego á su casa: en estas circunstancias, quiso con un golpe de habilidad atraerse al heredero de la Corona, para lo cual aconsejó al Rey asociase á los negocios al Príncipe de Asturias, creyendo conquistar con este golpe la confianza del futuro Carlos IV; fracasó, á pesar de esto, su plan, pues no sólo no logró nada con él, sino que facilitó á sus adversarios el que conociesen de antemano sus proyectos y los desacreditasen; llegó á ser tan odiado Grimaldi, que los Príncipes, por no divorciarse con la opinión, le recibieron friamente, lo que produjo una queja de éste al Rey.

III

De esta época debe ser la carta sin fecha encontrada en el Archivo general de Alcalá, dirigida por el Rey á su hijo, aludiendo indudablemente á los sucesos que referimos, y en la que se leen párra-

fos como los siguientes: «Es menester que entiendas que el hombre que critica las operaciones del Gobierno, aunque no fuesen buenas, comete un delito y produce entre los vasallos una desconfianza muy perjudicial al Soberano, porque se acostumbran á despreciar y criticar á los demás. Lo que es cierto que si no han hablado en tu cuarto, en tu presencia ó en la de tu mujer, del modo que sospecho, no hay duda que el público lo ha inferido, autorizado por observación notada de todos: que tú y tu mujer recibíais con ceño y poco agasajo á los que yo distinguía y remuneraba, y agasajábais en su presencia á unos trastos despreciables, lo que hace más sensible la diferencia.

»Lo que debes saber, por conclusión, sea cierto ó no que en tu cuarto se haya murmurado con libertad, es que corre por el reino que hay dos partidos en la corte: el daño que esto puede causar es ponderable. Se trata, pues, de evitar esta opinión tan perjudicial y de fatales consecuencias: no hay otro método que echar de cerca de tí los que han murmurado, y que todos conozcan que los desprecias; agasajar á los que has tratado con poco agrado, y aplaudir siempre todas las resoluciones que se tomen, y defenderlas (1).»

Esta carta denota la irritación del Rey contra los asistentes al cuarto de su hijo; y como el Duque de Villahermosa era el más principal y distinguido, dicho se está que estos sucesos aumentaron la animadversión que sentía hacía tiempo contra

(1) Esta carta ha sido publicada por vez primera por el Excmo. Sr. D. Manuel Danvila en su *Historia de Carlos III*.

él. Grimaldi, si bien cada vez más medroso, resistía complacer con su retirada á sus enemigos, hasta que la Academia de San Fernando, compuesta de los hombres más eminentes del país, se puso enfrente de él, por haberse metido á nombrar por sí su Secretario general perpetuo, acto que la Corporación creyó que era privativo de sus facultades; nada desarmó á los Académicos: ni las explicaciones del Ministro, ni el ser la persona tan digna del cargo como D. Antonio Ponz, ni la satisfacción y desagravio que propuso; entonces comprendió Grimaldi que no solamente tenía enfrente al pueblo, sino á todas las clases de la sociedad, y se declaró vencido, presentando con firmeza al Rey la renuncia de sus cargos el 7 de Noviembre de 1776.

Apenas se enteró D. Ramón Pignatelli de lo que ocurría, y temiendo por la obra de su querido canal de riego, vino á la corte, saliendo á recibirle Villahermosa: esto hizo creer á muchos que el Canónigo era el candidato para suceder á Grimaldi, y que ocuparía el poder en unión de su sobrino; riéronse ambos de la noticia: el primero, porque, hombre de ciencia y de trabajo, nunca se había mezclado de un modo activo en la política; y el segundo, porque sabía la irritación del Rey contra todos los que acudían al cuarto de su hijo, y el bien marcado desvío que hacia su persona experimentaba: así es que no le cogió de nuevas la noticia de que, tenaz Carlos III hasta lo último, había designado para suceder á Grimaldi á D. José Moñino, más tarde Conde de Floridablanca, exigiendo al Ministro saliente que permaneciese en su puesto hasta que llegase su sucesor, que á la sazón

estaba en Roma representando á España cerca de la Santa Sede.

Algunos meses después de esto llegó Moñino, tomó posesión de su cargo y recibió instrucciones de Grimaldi, el cual se despidió del Rey y salió para Roma nombrado Embajador y Duque, pues hasta este punto quiso demostrar el Soberano el aprecio que le merecía el impopular Ministro.

Poco antes de esta partida murió el Conde de Fuentes, á los tres años de haber contraído enlace con Doña María de Silva, Duquesa viuda de Huéscar, amiga de su primera mujer, y de quien se dijo había estado próxima á casarse con el Marqués de Mora; vistieron luto sus parientes, singularmente su hija la Duquesa de Villahermosa, que tuvo siempre gran afecto á su padre y que cuidó con extremada diligencia á sus hermanos pequeños.

Con ocasión de este triste suceso aparece en la casa de Villahermosa la primera carta que el Padre José Pignatelli, hermano del Conde de Fuentes, dirigió al Duque de Villahermosa, la cual refleja un profundo sentimiento, un gran cariño por todos los suyos y una gran predilección por el Duque; dice así:

«*Bolonia 12 Junio de 76.*—Querido sobrino: Conozco tu espíritu y fortaleza de ánimo, por lo que creo havrás visto en un punto tódas las razones, tanto christianas como filosóficas, que en ocasiones semejantes á las actuales nuestras suelen tranquilizar algun tanto el ánimo. Mas como de éste, especialmente quando es bien hecho, es una propiedad la sensibilidad, temo que ésta haia podido excitar algun siniestro accidente en tu salud; sé quánto ama-

bas nuestro buen Joachin y que conoces quánto havemos perdido con su muerte. A mí todas sus circunstancias me la hacen más dolorosa. Hasta la misma falta de la relacion detallada de ella y de sus resultas me da nuevas inquietudes. Si de ellas pudieras librarme con tus cartas, me harias el maior favor. Entre tanto encarecidamente te suplico (si bien conociendo tu corazon lo creo ya asegurado) consueles tu muger, animes la viuda, atiendas los demás de casa y cuides muy particularmente de Luis, procurando no se dé en brazos á su melancolía. Supongo que Ramon havrá inmediatamente pasado á essa corte. Escrivo oy á todos, que es lo único que puedo hacer, y lo hago tambien á Grimaldi, agradeciéndole el aviso de la muerte de Joachin que me embió por Zambecari. Por medio del mismo Grimaldi podrais escrivirme, en lo que reciviré particular consuelo. No olvides que te estimo muy de corazon y que soi y seré tu más fino amigo.—*Joseph Pignatelli.*—Mi querido sobrino Villahermosa.»

IV

Para inteligencia de los hechos, bueno será dar á conocer algunos antecedentes del nuevo Ministro. Era D. José Moñino un Abogado, hijo de un Notario eclesiástico de la villa de Hellín, en el reino de Murcia, que muy joven obtuvo, por medio del P. Curtis, Capellán y Ayo de los hijos del Duque de Osuna, la protección de esta poderosa familia, merced á la cual se elevó á la Fiscalía del Consejo de Castilla, donde pasó obscuramente hasta la administración del Conde de Aranda; poco después inutilizado Azpurú, Embajador en Roma, y ha-

Qu

animo, por

razones tan

semejantes

to el anim

es una pro

do excitar

biendo resuelto la corte de Madrid que procediese con más decisión y energía la quíntuple alianza, formada por España, Portugal, Francia, Nápoles y Parma, para arrancar á la Santa Sede el decreto de supresión de la Compañía de Jesús, comprendieron los enemigos de ésta la necesidad de echar mano de un hombre flexible que, inclinándose con hipócrita respeto ante la autoridad del Pontífice y haciendo grandes manifestaciones de religiosidad y devoción, fuera capaz de llegar hasta darle tormento y no retroceder ante medio alguno con tal de obtener lo que se pretendía: para esta misión se echó mano de Moñino por recomendación de Grimaldi, que le conocía á fondo por estar en continuas relaciones con él por razón de su oficio y haber sido el encargado de redactar los papeles oficiales contra los jesuitas que se habían remitido á Roma.

Muy á satisfacción de Carlos III desempeñó Moñino su comisión: su habilidad consistió en dar unidad á los esfuerzos de los Embajadores de la Casa de Borbón, y en que se designase á España, es decir, á él, para llevar la dirección de este negocio. Conseguido esto, ejerció tal presión sobre la Santa Sede, que el Papa se vió colocado en la alternativa de suprimir la Compañía de Jesús ó entrar en una lucha de la cual podía resultar la separación de su obediencia de cinco Potencias católicas, cuyos Gobiernos estaban resueltos á todo, incluso á ocupar por la fuerza la ciudad de Roma, como habían ocupado ya, contra razón y derecho, Francia, Aviñón, Nápoles, Benevento y Pontocorvo, que pertenecían al Papa.

Clemente XIV resistió cuanto le fué posible por espacio de cuatro años: en este tiempo los Monarcas borbónicos volvieron á usar el mismo lenguaje que había llevado á Clemente XIII á la tumba, reproduciéndose las palabras de Azara á Roda: «Haga usted por Dios que no vayan por las ramas; vamos derechos al tronco y dejemos de dar memoriales al Papa. Con tres ó cuatro regimientos por una parte, y otros tantos por otra, se toma posesión de Roma y del Estado Pontificio á nombre del futuro Pontífice, como hizo el Duque de Alba en 1556 (1);» y estas otras aún más graves, por cuanto las escribía oficialmente el Ministro del Rey de Francia en Roma al Duque de Choisseul, Jefe del Gobierno en París: «Para concluir prontamente, no conozco más medio que, terminados los asuntos de Córcega, Francia haga pasar diez batallones á Castro y Roncigliani, y España realice lo mismo; y estos 20 batallones, juntos con 4 ó 5.000 napolitanos y 1.000 hombres de caballería, formen un Cuerpo suficiente para dirigirse á las dos riberas del Tíber y entren en Roma sin hacer violencia á sus moradores, y bien pronto el pueblo se sublevará y el Papa se verá obligado á someterse á las condiciones que convenga á las Coronas imperiales (2).»

(1) Negociación para extinguir la Compañía de Jesús.—Carta de Azara á Roda: 18 Mayo 1768.

(2) Negociaciones para extinguir la Compañía de Jesús.—Despacho d'Aubeterre á Choisseul, 30 Noviembre 1768. Á más de este despacho, el 13 de Agosto de 1769 Choisseul se dirigía al Marqués de Ossum, Embajador de Francia en Madrid, ordenándole propusiese al Rey de España si quería se concluyese el negocio por medio de la fuerza.

Desde los infelicísimos tiempos del cisma de Occidente, nunca corrió más peligro la unidad de la fe ni la autoridad de Roma que en este período del pasado siglo: en nuestro sentir, fueron las circunstancias tan graves como las que sobrevinieron para la aparición del Protestantismo y sus consecuencias; de haber resistido el Pontífice, hubieran sido mayores: entonces tuvo la Santa Sede á su lado media Europa, sobre todo los pueblos de origen latino; y declarada la contienda, estuvieron á su servicio las primeras escuadras y los primeros ejércitos del mundo, y lo que valía más, los primeros oradores, los primeros polemistas y los hombres de más ciencia y valer de aquella generación. Si el Pontífice, al cual desde 1768 se le pedía, no la condenación de ningún principio fundamental ni de ningún dogma, sino la abolición de una sociedad nobilísima, creada para su defensa, hubiera resistido, los males hubieran sido incalculables, pues sin Potencia alguna á su lado se hubiera encontrado entre una Europa cismática y una Europa protestante, sin tener en lo humano medio de realizar su divina misión y notablemente reducido el número de los fieles.

Esto vió con claridad Clemente XIV, y dobló dolorosamente la cabeza, entregando la corza inocente al furor de sus enemigos, pero sin dirigirla ultraje alguno, sin cargar sobre ella ninguna culpa, antes bien declarando que lo hacía por las exigencias de los Soberanos temporales y para la paz de la Iglesia.

Mucho ha hecho por ésta la Compañía de Jesús desde su fundación: grande fué cuando combatió

en Bohemia, y venció en Austria, y reconquistó el Palatinado é hizo retroceder al Protestantismo persiguiéndole hasta las orillas del Báltico. Los anales de la Iglesia han consignado estos grandes servicios; pero ellos dirán también que fueron infinitamente mayores los que prestó á esa misma Iglesia y al Pontificado en el pasado siglo, con dejarse suprimir sin rebeldía ni protesta, cuando, á semejanza de su divino Maestro, fué objeto de todas las calumnias, de todos los insultos y de todos los atropellos: se la acusó, como á El, de aspirar á la realeza; se la azotó y se la coronó de espinas, y se la hizo beber la hiel y el vinagre, sin permitirle siquiera la defensa, que si por ventura la intentaba, venía á cerrar su boca la mano brutal del César, y cuando, después de verse cargada con una cruz pesadísima y recorrer una interminable calle de la Amargura, en España, en Francia, en Portugal, en Parma y en Nápoles, supo morir resignada sin exhalar una queja, por dar paz á sus mismos enemigos.

Si en aquellos días de persecución y de prueba hubiera sido dado al P. Rici leer el porvenir, y hubiera visto á aquellos mismos Reyes ó á sus hijos recorrer como ellos el camino del destierro, arrojados de sus tronos por los mismos que los empujaban por aquella senda, y su ceguedad y empeño en destruir con sus mismas manos los más sólidos cimientos de su autoridad, no hubiera podido menos de exclamar, como Jesucristo: «Perdonadlos, Señor, porque no saben lo que se hacen.»

Poco después de la elección de Pío VI fué cuando llegó á Madrid Moñino, ya Conde de Florida-

blanca, á reemplazar á Grimaldi; su instinto político le hizo comprender desde el principio que el Duque de Villahermosa era para él un peligro, por su respetabilidad, su alta posición social, su prestigio en Madrid y sus profundos conocimientos: así es que procuró, en cuanto le fué posible, complacerle en el asunto del canal que su tío dirigía, y estar con él en las más cordiales relaciones, facilitándole todos cuantos auxilios necesitara de las autoridades y Corporaciones oficiales para sus empresas agrícolas en Pedrola, Valencia, Huesca y otros puntos. Noble y generoso el Duque de Villahermosa, aceptó esta amistad, que siguió cordial hasta su muerte, templando en algunas ocasiones Floridablanca las injustas persecuciones del Rey y la hostilidad de algunos de los que sobre éste influían.

V

Esta es la época de la vida de D. Juan Pablo en que se advierte, por su correspondencia, el apartamiento de la política y su mayor asiduidad en el cultivo de las letras; entonces fué cuando la Academia Española le abrió sus puertas por aclamación, tomando el Duque con tal calor su nuevo cargo, que los registros de ésta acusan su constante asistencia á las Juntas y su celo por desempeñar las Ponencias y Comisiones que se le confiaban.

Pasados los lutos por el Conde de Fuentes, la Duquesa volvió á recibir en su casa, formándose

una tertulia literaria, cuya alma era D. Tomás Iriarte, y á la que acudían Ramos (1), Sánchez, Casalbón, García de la Huerta y otros, cultivándose la música, á la que eran muy aficionados ambos esposos, bajo la dirección del célebre fabulista. Escribiendo éste poco después á Ramos, que había ido con los Duques á París, y consultándole á quién dedicaría su poema, si al Rey David ó á Santa Cecilia, le decía: «Trate vuestra merced el punto con mi estimada discípula, que, como versada en este género de erudición, no dejará de dar una salida tal y tan buena cual conviene al acierto de una elección tan importante.» Más adelante, en la misma carta, explicando la diferencia de los tres primeros cantos, graves y mesurados, con los siguientes, incisivos y acerbos, contra los abusos de los músicos, añadía: «Pero debo advertir á vuestra merced que esto sucede principalmente en los primeros tres cantos que trabajé cuando estaba aquí mi señora la Duquesa de Villahermosa, cuyo apacible trato me suavizaba la musa (2).»

Aunque alejado de la política, continuaba el Duque asistiendo al cuarto del Príncipe de Asturias, al cual había hecho poca impresión la carta de su padre, á que antes nos hemos referido, pues continuaba censurándose en él las medidas tomadas por el Soberano, singularmente el nombramiento de sucesor de Grimaldi. Amante cual po-

(1) El Brigadier D. Enrique Ramos, muy ilustrado y muy amigo de Villahermosa.

(2) Carta de D. Tomás Iriarte á D. Enrique Ramos: 11 Mayo 1779.—Biblioteca Nacional.

cos de su familia Carlos III, y débil con sus hijos, no se atrevió á decirles nada; pero, en cambio, quiso descargar su indignación sobre el Duque de Villahermosa, haciéndole salir de la corte; retrocedió, sin embargo, y no se atrevió á llevar á cabo este propósito por temor de que se le acusase de injusticia, pues el Duque había procedido siempre con gran corrección y no se le podía acusar de nada, sabiéndose que hablaba siempre con gran respeto del Rey y que en público nunca censuraba ni aplaudía las disposiciones de éste.

Hábil político Floridablanca, aprovechó estas disposiciones del Soberano para alejar á Villahermosa, pues recelaba que en el porvenir sería el único de los que le rodeaban que podía disputarle el poder; así es que indicó á Carlos III le diese un destierro honroso que no pudiese ofenderle, antes bien le obligase á mostrarse agradecido, nombrándole Embajador en la lejana corte de Turín: parecióle bien la idea al Monarca, y quedó el Ministro encargado de participárselo á Villahermosa.

Mucho vaciló éste antes de aceptar; algo debió decirle Floridablanca de las prevenciones del Rey hacia su persona, que le obligaron, á fuer de prudente y cauteloso, á separarse de Madrid y aceptar el cargo que se le ofrecía, saliendo de una situación que, dado el sistema de Gobierno á la sazón vigente, no estaba exenta de peligros. Puesta esta resolución en conocimiento del Soberano y del Ministro, se dispuso á salir de la corte, después de despedirse de ambos, llevando autorización para detenerse algún tiempo en París.

No dejó de causar emoción en los círculos polí-

ticos y diplomáticos de entonces este nombramiento: el Príncipe y la Princesa de Asturias comprendieron lo que significaba, y extremaron al despedirse sus distinciones á Villahermosa; no se le ocultó tampoco al Embajador francés, Conde de Montmorin, que creyó necesario enviar al Ministro de Negocios extranjeros en París, el Conde de Vergennes, la siguiente nota:

«Pronto llegará á París el señor Duque de Villahermosa, que va destinado á la Embajada de Turín. Es yerno del Conde de Fuentes, con quien ha vivido en París mucho tiempo cuando aquél era Embajador; pero no por eso nos quiere más bien. Es hombre muy distinto de M. de Almodóvar. M. de Floridablanca le considera como el jefe de las intrigas que se traman en el cuarto del Príncipe de Asturias, y esto es lo que le ha determinado á alejarle..... Villahermosa ha aceptado con disgusto el puesto que va á ocupar, y teme que su ausencia le perjudique. Si no se hubiese temido irritar á la Princesa, se le hubiera alejado de manera menos honrosa. El Rey Católico está muy prevenido contra él. Hay, en efecto, en la conducta de M. de Villahermosa un hecho que le favorece muy poco, si es cierto como me han asegurado. A pesar de deber grandes favores al señor Marqués de Grimaldi, ha estado á la cabeza de todas las intrigas que forzaron al fin á este Ministro á retirarse. M. Grimaldi es naturalmente pusilánime y tenía gran miedo al pueblo de Madrid. En consecuencia de esto, uno de los medios de que se valieron para obligarle á retirarse fué el de enviarle cartas anónimas de todas partes, amenazándole con la

muerte; y como estas cartas no produjeron todo el efecto, le prendieron fuego á su casa. Pues bien: si se ha de creer lo que aseguran, este último medio fué invención de M. de Villahermosa, y él fué quien lo hizo ejecutar.»

Aparte de atribuir al Duque de Villahermosa la jefatura de la conspiración contra Grimaldi, que nadie dirigió, y que, como la que produjo la caída de Squilache, no tuvo más impulso que el furor popular contra los extranjeros rapaces que se enriquecían á costa del Tesoro, en lo demás estaba en lo cierto el Embajador francés: las prevenciones de Carlos III, los recelos de Floridablanca y la camarilla del cuarto del Príncipe de Asturias, fueron los que determinaron este nombramiento, haciendo el Conde de Montmorin en la nota citada una declaración harto lisonjera para el Duque, al declarar con mal encubierto despecho que era hombre muy distinto del Duque de Almodóvar, enciclopedista acérrimo, incrédulo declarado y uno de los mayores enemigos que tuvo la Iglesia en el pasado siglo.

VI

Había firmado el Rey el nombramiento de Villahermosa en los últimos días de Junio y disponía éste sus preparativos de viaje, cuando tuvo que suspenderlos por la grave enfermedad que atacó á su hija única, que murió el 30 de Junio en brazos de su madre, enferma también á consecuen-

cia de la profunda pena que la causó esta desgracia; á partir de este día se inició en la Duquesa una marcada tendencia á la soledad y al alejamiento de toda persona que no fuera de su absoluta confianza: alma tierna y sensible, de carácter impresionable y vehemente, recibió su corazón una profunda herida con la pérdida de aquel ángel, en quien tenía puestas todas sus ilusiones y esperanzas (1).

Pasados los primeros momentos de dolor y repuesta un tanto y más resignada la Duquesa, empleó el Duque los tres meses siguientes en el arreglo de sus asuntos particulares, dictar disposiciones sobre la administración de sus vastos Estados y hacer los gastos indispensables para representar á su Soberano con el brillo y dignidad que cumplía á su grandeza y á la alta posición y obligaciones que su nombre y dignidad le imponían (2), partiendo á su destino por París, con licencia de detenerse en esta capital, donde le encontramos el 1.° de Enero de 1779, viviendo en la calle de Santa Ana á veinticuatro minutos de buen

(1) Es indudable que en esta fecha murió la primera hija de los Duques, según se desprende de las siguientes líneas escritas por D. Juan Pablo en su *Diario* el día 30 de Julio de 1782: «Hoy hace cuatro años que perdí á mi primera hija; hoy he perdido la tercera: sea bendito el santísimo nombre de Dios.»—Tomo II del *Diario* del Duque.—Archivo de Villahermosa.

(2) De los apuntes del Duque, que en todo era muy minucioso, aparece que gastó, por su cuenta, para instalarse en la Embajada, lo siguiente:

En España, 267.584 reales; en París, 669.376; en Turín, 718.173; en Génova, 20.116: total de reales, 1.675.249.—Archivo de Villahermosa.

paso de la casa del Marqués de Genelis y en la casa misma del Intendente general Necker, que, según opinión de Villahermosa, no subsistiría en su cargo mucho tiempo, por la dificultad de hallar dinero (1).

A partir de este momento, podemos seguir al Duque paso á paso: sirven de guía para ello los tomos segundo y tercero de su *Diario,* donde están consignados minuciosamente todos los actos de su vida, aun los más nimios é insignificantes.

Siguiendo sin duda una antigua costumbre, al principio del año refiere el Duque, diariamente, los actos de su vida durante un mes, para que puedan ser comparados, dice, con los de otras épocas y otros sitios. He aquí cómo pasó el 1.° de Enero de 1779, en que, como hemos dicho, aparece ya en París de paso para su Embajada de Cerdeña: «Salí á las once y media de la mañana en coche y fuí con Ramos á San Sulpicio, donde oímos Misa en la capilla de Nuestra Señora de la Concepción, que acababan de hacer; de allí fuimos á Val-de-Grâce, donde no vimos sino la fachada porque estaba ya cerrada la iglesia. Comí en casa de Egmont; estuve después en la de M. Necker, Contralor general, donde ví á la señora; en casa de San Severin, y á la puerta del Duque de Choisseul y del de Praslin. Jugué en casa del Duque de la Vallère; de allí fuí á cenar á casa de la Duquesa del mismo nombre, donde había banca, bis-bis y otras partidas; cena en dos mesas: no me senté á ninguna; á cerca de las doce me fuí á casa de Mme. de

(1) Archivo de Villahermosa.—*Diario* del Duque.

Villemorien, donde me mantuve hasta cerca de las dos (1).»

Con muy pocas variantes, ésta es la vida que hizo el Duque durante todo el mes, con más la asidua asistencia á las lecciones de Historia natural de M. de Bomare y al curso de Física de M. Sigaud de la Forde, habiéndole acompañado un día á ésta su mujer, retraída de comidas y visitas por los achaques propios de un embarazo de tres meses. Estudiando esta época de la vida del Duque en París, y registrando su numerosa correspondencia, se advierte que reanuda sus relaciones del tiempo en que estuvo allí durante su soltería y en los primeros años de su matrimonio, y que puede colegirse, por lo tanto, su vida en aquella época, sobre la cual no hay datos precisos.

Las relaciones y amistades del Duque son, en primer lugar, con gentes de su clase, condición y carrera, es decir, con la alta aristocracia, los hombres políticos y los diplomáticos franceses y extranjeros domiciliados en París; después con los hombres de ciencia, sin que aparezca en relaciones con ninguno de los enciclopedistas ateos y volterianos, tan abundantes y populares en aquella época en la capital de Francia, y ante quienes se inclinaban todos los espíritus superficiales. Una vez, sin embargo, aparece visitando á d'Alembert; pero dada la reputación de éste y el ir acompañado el Duque de su amigo Ramos, que por vez primera visitaba París, induce á creer que le llevó el deseo de enseñar á éste una de tantas curiosi-

(1) Archivo de Villahermosa.—*Diario* del Duque.

dades de la época: no consta que d'Alambert le devolviese la visita; y en cuanto á Mlle. Lespinasse, ni el Duque se acordó de ella, ni ella, por su parte, á pesar de sus tiernas postdatas cuando la enfermedad del Marqués de Mora, dió el menor paso para ponerse en relaciones con él.

Algún asunto reservado relacionado con su cargo de Embajador debía tratar por correspondencia desde París con la corte, pues entre sus papeles aparece la primera carta de Floridablanca que se refiere á este tiempo, siendo de notar con este objeto que han sido muy raros los documentos referentes á asuntos políticos encontrados en su Archivo, lo cual demuestra su escrupuloso celo y adhesión al Rey, y el cuidado que tenía en no dejar rastro alguno por donde se pudiera llegar á conocimiento de los negocios en que intervenía por razón de su cargo.

En cambio, por todas partes hay rastros de su vida como particular, pues no sólo consignaba, como se ha dicho, minuciosamente en su *Diario* todos los actos de su vida, hasta los más nimios y triviales, sino que teniendo la costumbre de conservar cuantas cartas, papeles y documentos recibía, no hay acto alguno que pueda escaparse á la investigación, singularmente desde 1.° de Enero de 1779, en que estampó el primer asiento en el segundo tomo de su *Diario*, que como hombre práctico consagra, no sólo á fijar sus impresiones, que aparecen raras veces en él, sino á aprovecharle como *memorandum*, agenda y hasta libro de caudales, para tener siempre á la vista los productos de sus diferentes haciendas, las rentas que perci-

be anualmente, las economías que hace y los gastos que le proporciona el sostener dignamente su cargo.

Por este tiempo se advierte también que la Duquesa había cedido un poco en la melancolía que la acometió á consecuencia de la muerte de su primera hija Javiera, pues se distrae en algunas visitas, hace compras y se dedica á la lectura de libros de polémica literaria, como se desprende de la carta en que contesta el Duque de Villahermosa á otra de D. Tomás de Iriarte, en que le remite un ejemplar de su agrio ataque á Sedano, documentos curiosos que existen en la Biblioteca Nacional y de que hemos hablado ya.

Pasado el plazo fijado abandonaron los Duques á París, trasladándose á la capital de Cerdeña.





CAPÍTULO X

I

La vida de los Duques en Turín no ofreció al principio incidente alguno notable: como era de esperar, fué recibido Villahermosa con la consideración á que era acreedor, no sólo por lo elevado de su clase y lo egregio de su casa, sino por la alta representación que ostentaba en una corte cuya Reina era hermana de Carlos III, unido todo á sus prendas personales y lo extraordinario de sus conocimientos.

En medio de los escándalos de otras cortes, era modelo la de Cerdeña de toda clase de virtudes públicas y privadas: reinaba en ella á la sazón Víctor Amadeo, hombre sobrio, prudente, muy amante de su pueblo, enamorado de la santa y cristiana libertad, y, por consiguiente, enemigo de enciclopedistas y pseudo-filósofos, cuya charla gárrula y vacía no podía tolerar; estaba casado, como hemos dicho, con la hermana del Rey de España,

María Antonia de Borbón, tan rica de virtudes y talento como pobre de belleza y distinción, siendo á pesar de esto querida con entusiasmo de sus súbditos, que veían en ella el tipo de las reinas y las madres cristianas, tales como sólo puede formarlas el Evangelio y los preceptos de la Iglesia. Dignos hijos de este matrimonio y herederos de sus virtudes eran Carlos Manuel, casado con la santa hermana de Luis XVI, Clotilde de Francia; el Duque de Aosta, y tres niños: los Duques de Monteferrato y Génova, y el Conde de Moriana.

Verificada la presentación con las ceremonias de rúbrica é instalado el Duque, se dedicó á montar su casa con el fausto que requería, y para el cual tenía medios sobrados, pues sin contar la retribución de su destino reunía á la sazón más de 50.000 duros de renta, como resultado de la metódica y ordenada administración de su patrimonio y las nuevas herencias que fué sucesivamente recibiendo por el fallecimiento de sus tías maternas.

No se sabe cómo; pero verosímilmente invitados por los Duques, llegaron á poco de estar en Turín D. José y D. Nicolás Pignatelli, individuos de la suprimida Compañía de Jesús, hermanos del Conde de Fuentes, y como tales, tíos de la Duquesa de Villahermosa. Como quiera que ha de hablarse largamente en este libro del primero de ellos, no nos parece ocioso dar sobre él algunas noticias.

II

Era el P. Pignatelli el séptimo hijo de D. Antonio Pignatelli, Conde de Fuentes y Príncipe del Sacro Romano Imperio, y de Doña Francisca Moncayo Fernández de Heredia, Marquesa de Mora y de Coscojuela; desde muy niño demostró verdadera vocación al estado religioso y singular afecto á la Compañía de Jesús, en cuyo Colegio de Zaragoza se educó, viviendo, no con los demás niños, sino en compañía de los Padres y como si fuera uno de ellos, por especialísimo privilegio que, negado una y otra vez por los Superiores, le fué concedido por el virtuoso General P. Francisco Retz, á quien sin duda Dios inspiró esta resolución, merced á la cual fué el P. Pignatelli el religioso que más tarde conservó mejor el espíritu de San Ignacio para transmitirlo, cuando la tormenta tocaba á su fin, á los novicios que se formaron bajo su dirección en Colorno y Nápoles para continuar las gloriosas tradiciones de su ínclita Orden.

Hechos sus votos y ordenado de sacerdote en el Colegio de Zaragoza, era en él, por sus virtudes, ejemplo y admiración de propios y extraños, cuando le sorprendió la expulsión de la Compañía. Desde el primer momento, y obedeciendo órdenes terminantes y reservadas del Conde de Aranda, intentaron las autoridades evitarle toda clase de molestias, haciéndole entender que no estaba com-

prendido en las medidas de rigor que se tomaban con los demás; con gran energía reclamó el P. Pignatelli el derecho á la persecución y la parte gloriosa que le correspondía en los padecimientos que contra toda justicia se inferían á sus hermanos, protestando que quería seguir á su amantísima madre la Compañía de Jesús en la adversa fortuna como la había seguido en la próspera. Ante esta energía bajaron la cabeza las autoridades, y el P. Pignatelli siguió la suerte de sus hermanos; pero como no podía desprenderse de su apellido, y era éste tan ilustre y tan conocido de todos, el amor que el Rey tenía á su hermano mayor, su Embajador en París, se aprovechó del respeto que imponía para conseguir con su mediación que las autoridades dulcificaran en muchas ocasiones las medidas de rigor contra los expulsos.

En vista de esto y de las excepcionales dotes de actividad y acierto que le distinguían, el Padre Provincial le asoció á su autoridad, dándole la necesaria para evitar con su diligencia el mayor número de penalidades á los hermanos. Muy acertada fué esta resolución, pues tanto en su estancia en el angosto Colegio de Tarragona, como en el puerto de Salou al verificar el embarque, y en el mar en el largo tiempo que duró la travesía, se conocieron sus efectos y los de la bondad y consideración con que constantemente le distinguió el Jefe de la escuadra, D. Antonio Barceló, encargado de conducir á Italia á los expulsos.

No es de este libro, cuyo volumen se extendería considerablemente, el referir la multitud de penalidades que sufrieron las víctimas de la bárbara

y triple tiranía absolutista, regalista y enciclopedista: largo tiempo vagaron por el Mediterráneo, sin querer ser recibidos en parte alguna; se les cerraban los puertos, y cuando veían la suspirada tierra y esperaban desembarcar para reposar en ella sus miembros doloridos, se les notificaba la orden de volver á alta mar para seguir sufriendo, sin ver el fin de tan prolongado martirio. Era tan grande el número de jesuitas que se habían hacinado en los barcos, que la respiración en ellos era difícil; estaban unos sobre otros, sin espacio para moverse, teniendo que comer muchos acostados por no tener otra forma de hacerlo. Por fin, la Providencia ablandó el corazón del General francés que combatía la insurrección de Paoli en Córcega, y se les permitió desembarcar el 9 de Junio en Bastia, es decir, después de veintidós días de navegación y diez y ocho de encierro en los barcos anclados en el citado puerto, desde donde pasaron á la ciudad de Bonifacio.

A los pocos días el General Marbeuf, con quien, en unión de Barceló, había negociado el P. Pignatelli el desembarco de los expulsos, entregó á éste una carta para él y su hermano Nicolás, que, jesuita también, había salido en el mismo convoy, negándose igualmente á renunciar á su parte en el martirio. Era la carta del Conde de Fuentes y decía así:

«Queridísimos hermanos: Por obedecer á vuestra vocación, os habéis hecho religiosos de una Orden poco grata á nuestro Soberano y perjudicial á las leyes del reino y al Gobierno de nuestra patria. Yo, por la obligación que me

impone el ser vuestro hermano, os aconsejo que dejéis esa religión, y para esto os prometo interesarme con el Papa á fin de que paséis á otra, y empeñarme igualmente con nuestro Soberano para que podáis volver á vuestra patria, de donde habéis salido desterrados, aunque sois inocentes: así espero que lo haréis por darme gusto á mí y á toda la familia. Nuestro Soberano por sus justos motivos ha echado de todos sus dominios á los jesuitas, y vosotros, por conformaros con sus justos mandatos, sufrís un destierro tan penoso y me da gran compasión el saber lo que padecéis. Os ruego, por tanto, que me deis gusto y sigáis mi consejo. Se me ha prohibido comunicarme con vosotros, aunque sois mis hermanos; y por eso os mando la presente, por medio del Sr. Grimaldi, Ministro de S. M. Católica, á fin de que con su permiso, y después que el Rey la haya leído, se la envíe á Monseñor Aizpuru, Ministro en Roma, quien hallará conducto para que llegue hasta vosotros en Bastia. Conservaros sin novedad.—París 1767.—*Joaquín Pignatelli.*»

Con una carta tan respetuosa como digna, rechazó estas proposiciones el P. Nicolás. En cuanto al P. José, he aquí su respuesta:

«Hace catorce años que entré religioso en la Compañía de Jesús con el permiso de Nuestro Soberano Fernando VI. Tuve deseos de pasar á las misiones de Indias; pero no me lo concedieron mis Superiores por no dar disgusto á nuestra familia. Al presente no tengo motivo alguno para abandonar mi religión, y estoy resuelto á vivir y morir en ella. Cabalmente, en este mismo momento ha llegado la orden de nuestro Soberano para que vayamos á desembarcar en el hospital de Calvé: creo que en él se acabarán mis días é iré á gozar de Dios en premio de las penas sobrellevadas con religiosa paciencia. No tenemos felicidad alguna en el mundo; pero las penas no pasan de

las puertas de la muerte. Si concluyo en breve mis días y voy al cielo, te prometo rogar á Dios por tí, para que te llame á sí cuando concluyan los tuyos. Si otra vez me escuchas, no me toques el punto de abandonar mi vocación. Te ruego que no hagas diligencia alguna en Roma para conseguirme la facultad de pasar á otra Orden, porque no lo haré jamás, aunque tuviese que perder mil veces la vida. Dios te guarde.—Tu hermano, *José Pignatelli, de la Compañía de Jesús.*—Bastia 8 de Julio de 1767.»

En diversas ocasiones quisieron las autoridades sentar á su mesa á los PP. Pignatellis; constantemente rehusaron este honor por no diferenciarse en nada de sus hermanos. Terminada la insurrección de Córcega, y cedida ésta por Génova á Francia, comprendieron los expulsos que aún no había concluído su doloroso exodo; con efecto: poco después llegó la orden de que saliesen inmediatamente de la isla, y otra vez fueron hacinados en cinco naves los mismos que habían venido en doce de igual tamaño, volviendo á sufrir por largos días las continuas molestias que habían experimentado año y medio antes, duplicadas por la estrechez y falta de respiración consiguientes: resolvióse por fin el Pontífice á abrirles sus Estados, y en Febrero de 1769 se establecieron en Ferrara los PP. Pignatellis y buen número de sus hermanos de la provincia de Aragón.

La posición desahogada de la familia Pignatelli; los socorros que por esto recibían los PP. Nicolás y José de sus hermanos y sus sobrinos, y el respeto con que los trataban los tres comisarios españoles que residían en Ferrara para no dejar á los infelices expulsos, ni aun en el destierro, la libertad de

lamentar su suerte, fueron de gran auxilio para sus hermanos, sumidos la mayor parte en una gran pobreza; multiplicóse por todas partes el P. José, atendió á los enfermos, confortó á los ancianos, inspiró aliento á los pusilánimes y continuó la educación de los jóvenes que los habían seguido al destierro.

Establecidos definitivamente, tuvieron que luchar la mayor parte de ellos con lo reducido de la pensión que se les había señalado. Con efecto, era imposible vivir sin pasar hambre y privaciones de todas clases con sólo cinco reales diarios que la *piedad* del Rey los había señalado para alimento, casa, vestidos y enfermedades; la musa retozona del satírico P. Isla no supo estar callada en situación tan lamentable; y con una conformidad cristiana y una alegría al través de la cual se refleja como en un espejo la serenidad de la conciencia de uno de los primeros escritores que ha tenido España, entonó, en una carta admirable, dirigida á su hermana, este himno á la pobreza: «Desde el 3 de Noviembre, la decía, en que te escribí la última carta, no he tenido ni un leve dolor de cabeza, y lo que más es, ni el más mínimo quebradero de ella. *¿Podría* decir esto con verdad si estuviera en España, no digo ya por espacio de dos meses largos, ni aun por el día más breve de Diciembre? Las *berzas* de Bolonia (que es el plato principal de nuestra comida) me saben mejor que los capones de Pontevedra. Las camisas de cáñamo, sábanas de lo mismo, bragas-celosías, mediasredes, zapatos la mitad sandalias y la otra mitad chinelas, vestido lampiño, sin pelo de barba: con

todo este equipaje me burlo yo de los terribles fríos de Lombardía y de las copiosas nieves del Apenino (cuyo pie estamos besando), como se burla el Czar Pedro de los de la Siberia, corpiñado entre martas cibelinas. ¿Pues de qué me puedo quejar sino de haber tardado casi setenta años en aprender lo poco que necesita el hombre para vivir? San Ignacio nos manda á todos sus hijos «que amemos la pobreza como madre:» nunca pensé que lo fuese tanto como ahora lo palpo. Ella nos cría á todos buenos, gordos y rollizos. Que sea con *broa* (pan de maíz), que sea con pan de trigo, ¿qué importa para el caso? Pido humildemente perdón á esta riquísima virtud, del tiempo en que no la tuve por madre, sino por madrastra. Conocíala poco, y no tengo otra disculpa (1).»

Y los hombres que así discurrían, que de esta manera llevaban su inmerecido infortunio y abrían hasta el fondo de su alma para que se viera que no había en ella ni odio ni rencor contra nadie, eran los mismos á quienes sus enemigos acusaban de poseer tesoros, ambicionar la soberanía de reinos imaginarios, celebrar conciliábulos tenebrosos y no retroceder ante ningún medio, por reprobado que fuese, para satisfacer su ambición insaciable.

Mientras existió la Compañía, vivió el P. Pignatelli ejerciendo en bien de sus hermanos la autoridad que le había delegado el Provincial; pero llegó un día en que los expulsos recibieron el último y más terrible golpe: habían llorado antes á su

(1) Carta del P. Isla á su hermana: 18 Enero 1772. Barcelona, 1884.

madre inocente, pobre y perseguida; desde el *Breve* de extinción la lloraron muerta, y pasaron por el dolorosísimo trance de tener que renunciar á la querida sotana, enseña gloriosa de su martirio, que representaba para ellos lo que, no siendo á Dios, amaban más en el mundo; y como si este dolor agudísimo no fuese bastante, intimóseles la orden del Rey para que no pudiesen vivir juntos más de tres, con lo cual hizo más precaria su existencia, pues tuvieron que renunciar á la economía que para el alojamiento y alimentación produce siempre el estar asociados.

Disuelta la Compañía, era libre el P. Pignatelli para marchar donde tuviese por conveniente: no lo hizo; quedóse en Italia, residiendo como particular en Bolonia y Ferrara, con el fin de no separarse de sus hermanos y continuar siendo la providencia de todos ellos. Durante este período fué cuando marchó á Turín á pasar una temporada al lado de sus sobrinos.

III

En esta ocasión procedió el Duque de Villahermosa con la independencia y libertad con que siempre había procedido en el asunto de los jesuitas: respetuoso con el Rey, del cual era súbdito y representante, no hizo acto alguno ostensible contra la política y la conducta de éste; pero en sus relaciones particulares siguió las inspiraciones de su recta conciencia: así es que sin preocuparse de

que el local de la Embajada española en Turín podía decirse, dentro de las leyes y usos diplomáticos, que formaba parte del territorio español, de donde estaban expulsados los jesuitas, no tuvo dificultad en admitirlos en ella sin previa consulta ni permiso, darles alojamiento y tratarlos con el cariño y consideración que los mismos merecían, limitándose, para que no se creyera que lo hacía de oculto, á ponerlo en conocimiento del Conde de Floridablanca al final de una carta particular, en esta forma: «Han llegado los hermanos Pignatellis: esta noticia no es para el Rey; pero bueno es que V. E. la sepa.»

No conocía la Duquesa á su tío, y es muy probable que tampoco le conociese mucho el Duque; uno y otra quedaron encantados: tenía á la sazón el P. Pignatelli cuarenta y dos años; alto, delgado, de maneras muy distinguidas, resaltaba, al través de toda su persona, una superioridad y una elegancia natural, que en vano intentaba ocultar con una humildad y una modestia que realzaba más su persona. Vestía como eclesiástico noble, no por vanidad, que no tuvo, sino porque comprendió que de esta manera, ayudado por lo ilustre de su apellido, del que nunca hizo uso sino en bien de sus hermanos y para su defensa, podía servir mejor á Dios y trabajar por la rehabilitación de su Madre la Compañía, que si por obedecer al Vicario de Cristo se despojó de la sotana que había vestido casi desde la cuna, la conservó siempre sobre su corazón en ese santuario de la conciencia que existe dentro de cada hombre y á donde no llega nunca la mano de los Cé-

sares, volviéndosela á poner en el momento mismo en que pudo hacerlo sin incurrir en desobediencia á las órdenes del Vicario de Jesucristo en la tierra.

El día 12 de Julio de 1779 llegaron á Turín los PP. Pignatellis, y tres días después tuvo el Duque la inmensa satisfacción, que le colmó de júbilo, de que su mujer diese á luz el niño por que tanto suspiraba, el heredero de su nombre y títulos, el que desde aquel momento había de transformar por completo su sér, hacerle variar de vida y convertirle en un hombre distinto del que antes había sido. Es muy posible que este suceso, hiriendo la imaginación de la Duquesa, influyese poderosamente en la verdadera admiración que siempre tuvo por su tío, que se había presentado á ella para anunciarla la buena nueva, para ser el precursor del ángel que Dios enviaba á su casa para felicidad de ella.

Durante su estancia en Turín, fué la providencia de todos; quedó admirada la Duquesa ante aquella virtud tan sólida, aquella piedad tan sincera, aquella devoción nunca saciada, que le hacía pasar largas horas de rodillas en el templo y en el oratorio, y, sobre todo, aquella humildad que le llevaba á considerarse como el último y más indigno de sus hermanos en religión. Mayor sorpresa fué aún la del Duque al encontrar en el P. Pignatelli un hombre que dominaba por completo la mayor parte de los conocimientos de su época: humanista notable y de un gusto delicado, profundo conocedor del latín, filósofo consumado y poseedor de una erudición tan vasta como varia-

da, aprendida de aquéllos sus compañeros de desgracia que, arrojados de España por los *sabios* Ministros de Carlos III, fueron más tarde lumbreras en Italia y asombro en Europa.

IV

Es indudable que la presencia del P. Pignatelli en Turín fué providencial: la Duquesa fué la que primero sacó partido y ventaja de la compañía del siervo de Dios, bajo cuya dirección se puso desde el primer instante; hízola éste comprender que, dada su posición y la de su marido, no la era lícito vivir en el aislamiento y soledad á que se había acostumbrado desde su salida de Madrid; que debía servir á Dios dentro del mundo, no sólo porque así cumplía á su voluntad soberana, sino también para edificación y ejemplo de los que en él viven; fuéle á la mano en las oraciones rezadas que en gran número repetía la Duquesa diariamente desde su más tierna infancia, reduciendo éstas á proporciones razonables; encaminóla por la senda de la oración mental y de la meditación, por la cual el alma se eleva invisiblemente hasta Dios y suspira por El y anhela llegar á su altura, rompiendo los lazos que la sujetan á la tierra; la señaló los libros que la convenía leer y meditar, trazándola un plan de vida cristiana dentro de sus deberes de Grande de España y Embajadora, fomentando al mismo tiempo, aunque no era muy necesario, su gran caridad y desprendimiento de los bienes terrenales.

La vasta erudición del P. Pignatelli y lo delicado de su gusto en materias literarias, le atrajeron, al par que la admiración, el cariño y respeto del Duque de Villahermosa, que se propuso utilizar estos conocimientos para sus obras, sometiéndole el plan de las comenzadas, algunas de las cuales eran ya conocidas por el P. Nicolau, que, como se ha dicho, pertenecía á la provincia de Aragón y había seguido la misma suerte que el P. Pignatelli; aprobólas éste, siendo testimonio del cariño que le tomó desde el primer momento su sobrino una carta de Floridablanca, de este año, en que le dice que el Rey no quería conceder al P. Pignatelli la habilitación para disfrutar un beneficio, merced que el Duque había solicitado; el jesuita, por su parte, prestóle desde aquel momento su luz, sus consejos y su auxilio material en sus trabajos de erudición é historia, singularmente en el de interpretación de los documentos egipcios que posee la biblioteca de Turín.

Encantó desde luego á la Duquesa esta intimidad de su marido y su tío: muy enamorada de aquél, á pesar de haberse casado sin cariño y de la diferencia de edad (1), sufría viéndole, si afable y cariñoso, constantemente alejado de su lado, engolfado en estudios, visitas, recreos y academias; nada tenía que reprocharle, sino su poca permanencia en el hogar doméstico y el no compartir con ella determinadas prácticas religiosas que, hechas en familia, tienen mayor encanto y

(1) En este tiempo la Duquesa tenía veintiséis años, y el Duque cuarenta y nueve.

8 712

Am.° n.° or n

de V. que

a los Vs.

hize hacer

lo experim

la misma

de dar el

l. deu...

son garantía más sólida para la felicidad de los esposos; por otra parte, preocupábala mucho, y era para ella objeto de grandes inquietudes, el ver que su marido, limitado al cumplimiento rutinario de los Mandamientos, tal como la mayoría cree que se cumplen, tenía una fe muerta, pues no la acompañaba de las obras ni del fervor que conduce por el camino de la perfección, y que no se movía para seguir por esa senda que eleva invisiblemente las almas hasta unirlas por medio del amor con Dios mismo. Llena de buen deseo por el bien espiritual de su marido, habló con gran interés con el P. Pignatelli para que, como sacerdote y como deudo, procurase encaminarle en dirección de la vida cristiana y de familia por la que ella tanto suspiraba.

El profundo talento del jesuita y su gran conocimiento del corazón humano, habíanle hecho desde el primer momento comprender las excelentes condiciones del Duque de Villahermosa: nada había tenido que repararle en punto á doctrinas, que era lo más grave y lo más común en aquel tiempo entre los hombres de su clase; su fe era firme, como adquirida en los primeros años de su vida de padres verdaderamente católicos; y confirmada después por estudios serios sabiamente dirigidos, quizá no estuviera conforme el P. Pignatelli con muchas de sus opiniones que entendía equivocadas, pero lícitas por tratarse de cosas de las que Dios ha entregado á las disputas de los hombres: que no pudo el Duque de Villahermosa, como tantos otros varones justos y ortodoxos de su época, sustraerse del medio en que vivían y de

la universal corriente que llevaba los espíritus en determinada dirección para alcanzar, por medio de reformas materiales y proyectos sabiamente combinados, la felicidad en el mundo de la humana criatura, que Dios no ha querido que se obtenga en este valle de lágrimas. Por otra parte, comprendía que el Señor insensiblemente iba preparando los caminos para que, sin esfuerzo alguno y por medios puramente naturales, llegase el Duque á lo que su mujer deseaba: negóse, pues, en vista de esto, á intervenir en el asunto, diciendo únicamente á su sobrina que tuviese paciencia, que Dios había encomendado esta misión al niño que acababa de nacer, el cual la realizaría lentamente.

Y así fué, en efecto: apenas le nace al Duque su hijo, se transforma y es otro hombre; el que gozaba pasando la noche fuera de su casa en tertulias y reuniones, sólo encuentra placer y recreo al lado de un niño que aún no tenía cinco meses; y sin recordar que todos los inviernos, á pesar del frío, había hecho la vida de cortesano corriendo de salón en salón, siente el hastío y estampa en su *Diario* estas palabras: «No salí de casa por la noche, porque se pierde tan poco que no merece la pena de tomar mucho frío por tan poca diversión (1).» Todos sus sueños de poder, sus esperanzas políticas, los deberes de su cargo, todo lo abandona á la más pequeña indisposición de su hijo, pasando largas noches sin dormir á su lado, aun por la más insignificante. «La noche de ayer

(1) Archivo de Villahermosa.—*Diario* del Duque.

á hoy la pasé en vela por el motivo de haber continuado los dolores al chico hasta cerca de las seis de la mañana; y aunque debía ir con los Ministros de Génova, Portugal y Roma á la caza del Rey, por ser hoy el día famoso con motivo de la Feria de Montcarlier, no me fué posible en estas circunstancias (1);» y esto se repite una y otra vez, y una y otra vez consigna en su *Diario,* su inquietud por la vida de su primogénito y los sufrimientos por que pasa su espíritu á la más pequeña alteración de aquel pobre sér en quien desde el primer día cifra toda su esperanza, convirtiéndole en el único objeto de su vida, con una exageración tal que su claro talento la reconoce y consigna, estampando en su *Diario* estas significativas frases, escritas al año siguiente del alumbramiento de la Duquesa; frases que por sí solas demuestran la profunda transformación que, á consecuencia de este suceso, sufrió el alma de aquel hombre, hasta entonces tenido por indiferente, reservado y frío:

«He cumplido hoy cincuenta años con bastante buena salud, que me podría hacer vivir otros tantos si no me matase una excesiva sensibilidad paternal (2).»

V

Como había presumido el P. Pignatelli, su hijo ató con fuertísimos lazos al Duque de Villahermo-

(1) Archivo de Villahermosa.—*Diario* del Duque.
(2) Idem id. id.

sa al hogar doméstico: ya allí todo fué fácil y hacedero; insensiblemente fué aficionándose á aquella atmósfera de paz y de reposo, y en vez de pasar las noches de casa en casa y de tertulia en tertulia, empleando el tiempo en conversaciones vanas y sin substancia, aunque no fuesen pecaminosas, las pasó junto á la cuna de su hijo, al lado de su mujer, joven y hermosa y adornada de todas las virtudes. Allí, al empezar la noche, reuníase la familia, que, según la cristiana costumbre de los Grandes de España antiguos, la componen los servidores todos, y rezaban en común el Santo Rosario, lo que le recordaba los días, ya lejanos, de su niñez en que recitaba las mismas oraciones en unión de su hermano Jorge, arrodillados uno y otro junto al sillón de su enfermo padre, el buen Conde de Guara, bajo los severos artesonados de su casa de Zaragoza, después que el honrado Belisario Chanfi, antiguo criado de la casa y padre de dos servidores que á su lado estaban, encendía los cirios que alumbraban la santa imagen de Jesús crucificado, herida por los últimos rayos del sol poniente.

Terminado el Rosario, servían la cena; y una vez concluída, leía el P. Pignatelli algún capítulo de la *Imitación de Cristo*, la *Vida devota de San Francisco de Sales* ó la *Guía de pecadores*, del maestro Granada, el libro en que los hombres han hablado de las cosas de Dios con más sublime lenguaje. Después el diplomático y el jesuita emprendían largas disquisiciones sobre los antiguos imperios de Oriente, sus soberanos, sus caudillos, sus pueblos y sus conquistas, ó sobre el fondo de verdad

216

roma 30 oct

Amigo y S.r

menos que a

da , y que el

doblones que

como el nat

con esso qued

Quedamos

desseo m

mdo. ve sabe lo q yo escrivo. amen

i y mando a [illegible]

que encerraban las fábulas griegas, en que uno y otro eran peritísimos, y en las que Villahermosa, adelantándose á su época, vislumbraba una base histórica después depurada. Esto hizo que el Duque no pudiera pasarse sin el P. Pignatelli.

El 10 de Septiembre de 1779 se dispuso éste á volver á Bolonia: grande fué el sentimiento de los Duques, que no le dejaron partir sin que antes les empeñase la palabra de volver á Turín una vez pasada la Cuaresma del año siguiente, proveyéndole de algún dinero, que cobró en Roma por medio de Azara, según consta de una carta de éste. Cumplió lo ofrecido el P. Pignatelli, encontrándose de nuevo en esta ciudad el 7 de Abril de 1780, permaneciendo con ellos cinco meses y medio, partiendo de nuevo á Bolonia en 27 de Septiembre del mismo año, después de haber sido padrino el 10 del mismo mes de una niña que había tenido la Duquesa.

VI

Durante esta larga estancia del año 80 en Turín, en comunicación continua con el Duque, notó el P. Pignatelli lo cambiado que éste estaba: como en el año anterior, después del nacimiento de su hijo seguía saliendo de su casa lo menos posible; no faltaba un solo día al Rosario ni á la lectura que después de él seguía haciendo el P. Pignatelli; oía misa muchos días de trabajo, y se lamentaba de no haberlo hecho cuando, por haberse retirado

tarde de alguna de las recepciones, bailes ó ceremonias á que como Embajador tenía que asistir, no se levantaba á hora oportuna, hablando de pedir un *Breve*, por mediación de Azara, para poder decir dos misas diarias (1). Este cambio le demostró que la gracia iba labrando lentamente, y que Dios quería ser Él solo el autor de esta conversión, sin más ministro que un niño de poco más de un año.

Y así fué: ausente ya el P. Pignatelli, el Duque, que por deberes de su cargo asistía con la Corte á los sermones de Cuaresma, hacía después de ellos en su *Diario* un juicio generalmente poco benévolo; el jueves primero de la Cuaresma de 1781 oyó en la iglesia de San Dalmacio á un Padre barnabita llamado Felipe Grana, Teólogo del Duque de Parma, una plática que debió complacerle y moverle interiormente, pues á los pocos días se confesó con el predicador; y no contento con esto se resolvió á hacer una confesión general por escrito, en la cual empleó algunos días, pasando después otros más en concluir tan santa obra, haciendo esto solo, por propia iniciativa, sin consultar con nadie y cuando hacía ya seis meses que el tío de su mujer estaba lejos de Turín (2).

Grande fué la alegría de éste al saber por las cartas de su sobrina tan importante novedad. En todo vió el P. Pignatelli la mano del Señor, que calladamente solicita las almas y las mueve ha-

(1) Este *Breve* no fué remitido al Duque hasta el año siguiente, y consigna en su *Diario* su recibo con fecha 16 Febrero 1781.

(2) *Diario* del Duque, tomo II, pág. 259.

blándolas interiormente, sin alboroto de voces ni ruido de palabras, hasta atraerlas con dulzura á su seno. Como en tantas ocasiones, demostró en ésta el siervo de Dios que poseía el don de profecía, pues dos años antes, á poco de llegar y cuando no había indicio alguno para esta transformación, la anunció á su sobrina tal como se realizó después. Si en esta conversión no intervino materialmente, es casi seguro que alguna parte tuvo en ella; pues, aparte de su ejemplo, seguramente sus oraciones debieron mover al Señor para que concediese á su sobrino la gracia divina, que inundó su espíritu y le llevó á la contrición, á la penitencia y al propósito de cambiar completamente de vida; ofreciéndole todos sus dolores y asociándole á todas sus alegrías con actos de adoración, culto y caridad hasta el momento de la muerte (1).

(1) Según el *Diario* del Duque, se confesó espontáneamente por vez primera con el P. Grana, Teólogo de la Congregación de los Barnabitas, el miércoles de Cuaresma, 7 de Marzo de 1781, y lo consigna así: «Marzo 7. Empecé la grande obra q. D. q. q. l. c. b. y. p. s. s. s. (que Dios quiera que la concluya bien y para su santo servicio).» Después de esto, que indudablemente alude á la confesión primera con el P. Grana, aparece lo que sigue: «Día 12. Empezóse *formalmente* la mejor obra; ayer empleé el día en las menos cosas temporales.—Día 14. Continuóse y adelantóse la grande obra.—Día 17. Comió en casa el P. Felipe María Grana, Barnabita.—Día 20 de Marzo. Concluyóse la mejor obra con el P. G., B.—Día 24. M. c. p. c. m. (me confesé para comulgar mañana) con el P. G., y le entregué mi a.—Día 31. Continuamos la obra, que ya puede darse acabada.—Día 6 de Abril. Concluí, por decirlo así, verdaderamente, mi grande obra, y supe que mi a. está en poder del Arzobispo.—Día 11. Este es el título ó sobrescrito: A. D. N. N.

La corte de Turín, profundamente religiosa, debió ver con agrado el cambio de vida del Embajador del Rey de España: desde su llegada le había honrado sobremanera, siendo los Soberanos

e. i. D. f. m. g. b. d. d. s. E. r. m. G. d. c. A. A. d. T. G. e. h. r. T.»

Deducimos de todo esto que el Duque de Villahermosa se confesó por vez primera con el P. Grana el 7 de Marzo; que á consecuencia de esta confesión se resolvió á hacer una general por escrito; que empezó formalmente el 12, ocupándose de las menos cosas temporales posibles; que continuó en los días sucesivos y la consultó el día 17 con el P. Grana, que comió en su casa. El día 20 la concluyó y entregó á éste, comulgando al día siguiente 21. Después de esto dedicó algunos días á prácticas religiosas y al cumplimiento de la penitencia que se le impuso, quedando como consecuencia de esto un documento escrito en poder del Arzobispo, cuyo título debía ser largo á juzgar por las 29 letras iniciales de sus palabras.

¿Le impuso su confesor alguna retractación de doctrinas perniciosas, alguna abjuración por pertenecer á alguna sociedad condenada por la Iglesia? Ni de una ni de otra cosa se encuentra rastro en la numerosa correspondencia del Duque ni en los borradores de sus obras, aprobadas algunas por el P. Nicolau, ni tampoco en las apuntaciones de los dos primeros años, 79 y 80, del *Diario* que conocemos, en el que consigna día por día sus actos más insignificantes. Es más: con quien aparece con menos relación de intimidad el Duque de Villahermosa de todos los políticos de aquel tiempo es con el Conde de Aranda y con D. Manuel de Roda, que en nuestra opinión fueron los propagadores de la masonería en España, que importó D. Ricardo del Val cuando vino á suceder á Carvajal en el reinado de Fernando VI. De Aranda hay tres ó cuatro cartas indiferentes y sólo de familia, y ninguna de Roda: es posible, pues, que este documento tratara de pecados de su juventud.

Examinando atentamente el *Diario*, creímos que en uno de sus párrafos estaba consignado algo relacionado con la confesión general escrita, induciéndonos á ello un largo párrafo bo-

los padrinos de su primogénito, haciéndose el bautizo con toda solemnidad en la capilla del Real Palacio. Turbó únicamente la satisfacción que en aquel momento sintió Villahermosa, el hecho, muy

rrado, en el que sólo se leía al través de la tinta las palabras *retractación formal;* creímos que ésta sería la clave, por encontrarse entre los sucesos del Martes Santo, 10 de Abril, es decir, por aquellos días: después de ímprobo y largo trabajo, hemos podido leer lo borrado, que no tiene relación alguna con este asunto, demostrando sólo lo escrupuloso de la conciencia del Duque, que habiendo consignado dudas sobre la honradez de su apoderado Cabañero en el tomo I de su *Diario,* se cree obligado á darle una satisfacción y consignarla allí en esta forma: «Para desvanecer la mala impresión que haya podido quedar contra Cabañero por la infundada sospecha de que hablé en el otro tomo, hago una retractación formal, inclinándome á creer que siempre me ha servido bien.» Destruído más adelante por el Duque el primer tomo de su *Diario,* para que su vida, poco cristiana en sus mocedades y durante los primeros años de su matrimonio, no sirviese de mal ejemplo á sus hijos, borró este testimonio de la honradez de Cabañero, puesto que había hecho desaparecer la duda que le perjudicaba.

Hemos podido reconstituir casi todo lo que aparece borrado en los dos tomos del citado *Diario,* y todo ello obedece á esto mismo, revelando una conciencia excesivamente escrupulosa, pues hay muchas apreciaciones lícitas y otras nimias é indiferentes que aparecen destruídas por creer que había ofensa para las personas ó clases objeto de ellas; he aquí algunos ejemplos de lo borrado. Hablando de que los piamonteses no concluyen las frases nunca, escribió y borró después: *Hay quien dice que es por el temor de decir una verdad, porque generalmente no son verídicas ni de buena fe;* en otra parte, engañado por el Marqués de Avito, *pues todos los piamonteses engañan;* y más adelante, sobre la mala administración de la isla de Córcega, porque aquí todos los que mandan *son malvados.*

En cuanto á apreciaciones políticas, sólo aparece tomada la siguiente, muy disculpable en un hijo de Zaragoza, descen-

natural, de que el pequeño Víctor Amadeo, sin respeto á la seriedad del acto, á la presencia de la Corte ni á la asistencia de los Reyes, estuvo llorando durante la ceremonia.

diente de D. Fernando de Aragón, Felipe II, *aquel insigne tirano.*

Expuesto todo lo que resulta de un documento tan fehaciente como el *Diario*, no hemos creído que esto debía hacernos variar la opinión que hemos adquirido sobre el Duque de Villahermosa, cristiano, creyente, pero sumido en el indiferentismo y alejado de la frecuencia de Sacramentos, siendo milagroso que sólo se conservara así un hombre joven, dueño de inmensa fortuna, independiente, de arrogante figura, que vivía en el centro de la corrompida corte de Luis XV, y que, como tantos otros de sus contemporáneos, no cayese en más errores, sobre todo en el odio y profundo menosprecio á la clase sacerdotal, característico en los que en aquellos tiempos se llamaban ilustrados.





CAPÍTULO XI

I

Dejemos por un momento al hombre en su vida privada y de familia para dar algunas noticias, sacadas de papeles de la época, sobre el diplomático en sus relaciones con los asuntos y personas que por aquellos días eran parte principal en las contiendas de las más importantes naciones de Europa. Según ellas, fué Villahermosa un hombre profundo conocedor de lo que á nuestra patria convenía y un impugnador acérrimo de la política torpe y descabellada que siguieron Carlos III y sus Ministros, tan encomiados en la actualidad por determinadas escuelas, pero cuyo diploma de hombres grandes que hoy se les ha otorgado no será ciertamente refrendado por la posteridad, más severa é imparcial que la generación presente.

A consecuencia de la insurrección de las colonias americanas, que después de sacudir el yugo

de Inglaterra tomaron el nombre de Estados Unidos, andaban en agria contienda, diplomática primero y guerrera después, Francia é Inglaterra. Como de costumbre, la primera de estas naciones, que, á pesar de las cláusulas del Pacto de familia, nos había abandonado en la cuestión de las Maluinas, trabajaba para que nosotros saliéramos de nuestra neutralidad y nos pusiéramos á su lado. Apoyaba esta pretensión con calor el Conde de Aranda, Embajador en París; pero el de Floridablanca estaba frío é indeciso, que, á fuer de hombre prudente, veía peligros para España en esta guerra, y una práctica de algunos años en los negocios habíale hecho comprender que Francia procedía con injusticia é interpretaba siempre á su favor el Pacto de familia: quedaba, pues, el Rey como árbitro entre estas opiniones encontradas de los dos hombres más importantes de su reinado.

Como de costumbre, inclinóse Carlos III á lo más perjudicial y resolvió ponerse al lado de su pariente, interviniendo en la contienda á título de mediador. Aunque se procuró el secreto, corrió esta noticia por todas las cortes, y en la de Cerdeña el Rey le insinuó á Villahermosa que creía que el paso del Rey de España no daría resultado alguno y que éste debía decidirse por la neutralidad ó la guerra.

Como era natural, nuestro Embajador en Turín se apresuró á comunicar esta noticia que, con más extensión y apoyada en razones de peso, le dió también el Conde de Perron, Ministro sardo, aprovechando esta oportunidad para exponer sus opiniones propias, en todo contrarias á la guerra:

Amigo, i
Secrée aqui
i q. estamos
ha dicho es
deseo q. V.
cala Ingl
nidad que
damente q
do esto apa
dos Nacion
guerra: qua
ven, i oto

1.º prese
quexas
pod.do de
spre po
chos Co

Aranjue

[illegible]

ixnos, y prestarar mas vi-
-gores y 2.º aseguramos q. el tro
nos am.os q. han de unirse
su interes, sin contar nu-
-estros. Dios g.de V. Ex.a m.s a.s

Moñino

a 22 de Jun.º de 1772.

P.e de Villaherm.sa

«Nuestro interés pide, dice en la carta oficial de 2 de Junio del 79, dirigida al Conde de Floridablanca, que estas dos naciones, nuestras competidoras, continúen la guerra: cuanto más tiempo la hagan, más se destruirán, y otro tanto mayor será nuestro poder, si nuestras fuerzas quedan ilesas, cuando las suyas estén arruinadas. Más importa á la Francia nuestra declaración que la independencia de las colonias inglesas: puede temer que el comercio libre, nuevamente establecido con la América, no aumente tanto que padezcan decadencia considerable sus fábricas; nuestra industria, no bien cimentada todavía, no puede sostenerse al menor golpe, y ya ve V. E. á cuántos estamos expuestos en una guerra de que no sacaremos tantas ventajas como las que podemos prometernos con estas ideas.» Y adelantándose Villahermosa al argumento del Pacto de familia, le contesta: «Nuestros empeños nos obligarán, dirá V. E.; ¿pero no se pueden eludir estos empeños? ¿Hemos de ser siempre la parte pasiva en los Tratados? ¿Nos hemos de olvidar de todo? ¿No ha de ser siempre el bien del Estado la suprema ley? Esto es lo que me sugiere ahora, sin molestar más á V. E., mi amor al Rey y á la patria, que nunca podré mirar con indiferencia (1).»

En 22 del mismo mes contestó á esta carta oficial el Conde de Floridablanca, que empieza su despacho mostrándose conforme con el Duque de Villahermosa y diciéndole: «Todas las razones de V. E. son las mías para preferir la paz á la gue-

(1) Archivo de Villahermosa.

rra: con que estamos de acuerdo.» Pero como el Rey deseaba la guerra, y él como Ministro no podía dar esta razón, se limita á asegurar «que tenemos muchos agravios que vengar de los isleños; que á nosotros no nos manda nadie, y que muy en breve estallará esta guerra, cuya declaración le remite, para asegurar lo que poseemos (1).»

Empezada la lucha, cometimos la inmensa torpeza, en odio á Inglaterra, de favorecer á los sublevados contra su patria, fomentando la insurrección de sus colonias contra la Metrópoli, sin considerar lo funesto del ejemplo, que más tarde siguió la Gran Bretaña, ayudando á su vez en todas partes á los insurrectos españoles que en el siguiente siglo se apartaron de nuestra obediencia.

La tan decantada administración de aquel tiempo no debía ser muy perfecta, ni tan superiores los genios directores de la guerra, puesto que no aprovechamos las ventajas que nos proporcionaba la superioridad de las dos escuadras reunidas sobre la inglesa, que realizó sus propósitos: abasteció á Gibraltar, sin que pudiéramos impedirlo; nos apresó un fuerte convoy que iba á Cádiz desde San Sebastián, mientras los buques de la escuadra que destinábamos á guardar nuestras provincias de Ultramar no podían salir de los puertos por falta de recursos, lo que consignaba con tristeza Villahermosa escribiendo en su *Diario:* «1780, Abril 21.—Azara me escribe que nuestra flota para América no podrá salir por falta de dinero, y esto el primer año de la guerra. Dentro de poco

(1) Archivo de Villahermosa.

compraremos la paz bien cara, y el año pasado la hubiéramos continuado con ventaja (1).» Estas palabras fueron proféticas, pues aunque otra cosa digan los encomiadores de Carlos III entusiasmados de ella, no pudimos recuperar á Gibraltar; y aunque tomamos á Menorca, única ventaja positiva, no recompensó la Florida ni la costa de Honduras y Campeche cinco años de guerra cruelísima en Europa y América, en la cual corrieron torrentes de sangre española, gastamos tesoros incalculables y agobiamos nuestra agricultura, nuestra industria y nuestro comercio con onerosísimos tributos, muy superiores á los que podían soportar.

II

En pocos incidentes diplomáticos de interés tuvo que intervenir el Duque de Villahermosa en Turín: aquella pacífica corte, alejada á la sazón de las complicaciones de los grandes Estados ocupados en guerras marítimas, ofrecía ejemplos de religiosidad y honradez que debieran haber imitado en las suyas Soberanos más fuertes y poderosos; picada de la moda del tiempo era la etiqueta, y el ceremonial una ley intangible, verificándose los actos todos con característica gravedad que les daba una apariencia teatral muy del gusto de Villahermosa, amigo del orden de la jerarquía y de

(1) Archivo de Villahermosa.—*Diario* del Duque, tomo II, pág. 156.

que cada clase guardara en el Estado el lugar correspondiente: esto hizo que formulase algunas reclamaciones sobre preeminencias de su cargo de Embajador de familia, postergado en determinada ceremonia ó no colocado en el lugar correspondiente. Todas ellas fueron atendidas sin dilación, dándole cumplidas satisfacciones el Soberano y sus Ministros, deseosos, por otra parte, de vivir en paz con todo el mundo.

III

Durante su Embajada visitaron la corte de Cerdeña algunos personajes españoles, siendo el más notable el Marqués de Santa Cruz, que con su hermano el Presbítero D. Pedro de Silva y D. Antonio de Vieyra, también sacerdote, llegaron á Turín el 3 de Mayo de 1780, según consigna el Duque en su *Diario* (1).

Antiguos amigos de Villahermosa, fueron muy obsequiados por éste los Silvas: dióles alojamiento en la Embajada; los presentó al Rey y á la corte al día siguiente de su llegada, acompañándolos á visitar todo lo más notable de Turín, en compañía de la Duquesa, que aplazó unos ejercicios que iba á empezar bajo la dirección de su tío el Padre Pignatelli. Entre las visitas á personas notables, merece consignarse la que hicieron al P. Bec-

(1) *Diario* del Duque de Villahermosa, pág. 161, tomo II.

caria (1) en su laboratorio para presenciar algunos experimentos sobre la electricidad, que hoy se utiliza de tan prodigiosa manera y que hace un siglo sólo conocían los sabios por algunas manifestaciones hechas con juguetes en su laboratorio.

El Duque de Villahermosa da cuenta de esta visita con el laconismo acostumbrado en estos términos: «Día 12 Mayo, 1780.—Por la tarde á las cuatro y media fuimos con mi mujer, los mismos y algunos otros á ver las experiencias de electricidad que hizo el P. Beccaria, famoso físico: hizo algunas muy curiosas, si bien el tiempo no le favoreció, pues estando allí empezó á llover fuertemente, lo que continuó hasta la noche.»

Más minucioso y observador que el Duque de Villahermosa, el Sr. Vieyra consigna en el *Diario* de este viaje, que poseen los Marqueses de Santa Cruz, detalles más interesantes sobre esta visita. «Por la tarde estuvimos, dice, en el cuarto del P. Beccaria, clérigo menor, uno de los sabios más célebres de Italia por sus conocimientos físicos y plausibles experimentos sobre electricidad. En nuestra presencia tuvo la condescendencia de ejecutar algunos muy curiosos: un péndulo de cobre en el vacío, colocado entre dos bolas de metal y electrizado, empieza y continúa las osci-

(1) Fué el P. Juan Bautista Beccaria un notabilísimo físico italiano, que nació en 1716 en Mondari y falleció en 1781. Dedicado con pasión al estudio de la Física, escribió algunas obras sobre la electricidad, aclarando las teorías de Franklin. Tuvo mucha autoridad en la corte de Cerdeña, de cuya Universidad fué Profesor, así como también de los Príncipes de la Familia Real.

laciones; un cañoncito de vidrio con dos alambres en los extremos y entre ambos una gota de agua ó aceite, en cargando la batería eléctrica y descargándola con la chispa de alguno de los alambres, se rompe el cañoncito en dos pedazos, lo que no sucede cuando está enteramente lleno de agua. La chispa eléctrica reduce una hoja de oro en polvo violado, enciende el polvo de pez griega, excita una gran luz en el azúcar, reduce el cinabrio en azogue, y en una plancha muy tersa de metal imprime los colores del iris. Llovía mucho, por lo que la electricidad no estaba vigorosa (1).»

Entre las cosas curiosas que refiere este *Diario*, merece mención especial, porque pinta lo ceremonioso de aquella sociedad, lo sucedido al hermano del Marqués de Santa Cruz, D. Pedro de Silva, al cual no permitieron decir misa en la iglesia de los Padres de San Felipe, á pesar de tener corrientes sus licencias, porque decían que la sotana española *no era decente.*

El 22 de Mayo se despidieron los Santa Cruz, volviendo el Duque á su vida normal, compartiendo el tiempo entre la corte y una posesión situada en la falda de los Alpes que rodean á Turín, lla-

(1) Este *Diario*, que es muy curioso, pertenece, como hemos dicho, á los Marqueses de Santa Cruz, habiéndose publicado parte de él por el Sr. Morel Fatio, en su libro sobre el siglo XVII, de que hemos hecho mención en una nota anterior. A la antigua y cariñosa amistad que el señor Marqués de Arcicollar, individuo de esta ilustre familia, tiene con la actual Duquesa de Villahermosa, se debe la copia de la parte que contiene los días que el Marqués de Santa Cruz y su hermano pasaron en Turín, que reproducimos en el Apéndice.

mada la Viña, arrendada para que el pequeño Víctor Amadeo gozase del aire puro del campo, y en cuya pequeña y aseada capilla pasaba largas horas la Duquesa de Villahermosa.

IV

La administración de los Estados del Duque se resentía de su larga ausencia; su precipitada salida de Madrid, á causa de la muerte de su primera hija, había impedido que éste tomase algunas decisiones importantes, relacionadas con pleitos en que se disputaban valiosos mayorazgos, y que debían continuar muy en breve por haber espirado el plazo de suspensión de procedimiento y trámites, solicitado por el Duque y concedido por Carlos III, fundado en la necesaria ausencia de España de aquél.

Respetuosamente expuso al Soberano esta situación, pidiendo licencia para regresar á su país y estar en él durante algunos meses; licencia que le fué concedida en la primavera del año 81, y de que se propuso usar en el otoño próximo.

Dispuesto todo para el viaje, y habiendo llegado el 7 de Agosto el P. Pignatelli, que había ido á despedirse de sus sobrinos cayó gravemente enferma de sarampión la niña, que había nacido el año anterior, espirando cinco días después en brazos del jesuita, con gran dolor de los Duques, que sufrieron el golpe con resignación verdaderamente cristiana. Este suceso hizo que ansiasen cuanto

antes salir de Turín, apresurando los preparativos de marcha, que se verificó, previas las despedidas oficiales y particulares, el 9 de Septiembre, saliendo primero el Duque con su hijo, y al día siguiente la Duquesa con el P. Pignatelli, que la acompañó hasta Lannembourg, dejándola allí reunida con su esposo y regresando después á Turín para encaminarse á su querida Bolonia á continuar siendo el ángel tutelar de sus pobres hermanos en religión.

V

No siendo largo el plazo de la licencia, y teniendo mucho que hacer el Duque de Villahermosa en Aragón y Madrid, tomó el camino más corto para regresar á España, entrando en ésta por Perpiñán y llegando á Pedrola el 17 de Octubre de 1781, después de un descanso de ocho días en Barcelona en casa de los Condes del Asalto. Recibieron en Pedrola algunas visitas de amigos y deudos, entre ellas la de Doña Escolástica Gutiérrez de los Ríos, Duquesa de Béjar, viuda ya de su antiguo tutor; quince días después salieron todos juntos en dirección á la corte, excepción hecha de ésta, que fué á Zaragoza con el exclusivo objeto de visitar á la Virgen del Pilar, y que se reunió después con los Villahermosa, que á su vez habían pasado también un día en Agreda con su tío el ya viejo D. Manuel Azlor, á la sazón Virrey de Navarra, llegando todos á Madrid el 11 del mismo

mes, y visitando en el acto á las monjas Salesas en unión del pequeño Víctor Amadeo, que fué paseado por el Convento y espléndidamente obsequiado por las buenas Madres, maestras y condiscípulas muchas de ellas de la Duquesa de Villahermosa.

Observador estricto de las leyes de la etiqueta, y empeñado siempre en aparecer respetuoso y adicto al Rey, por lo mismo que éste no ocultaba su antipatía al Duque, trasladóse Villahermosa al Escorial, donde estaba la corte, al día siguiente de llegar á Madrid; visitó inmediatamente al Conde de Floridablanca y al Duque de Losada; anuncióle éste al Rey, y recibido en el acto, le besó la mano y dió cuenta de la salud de la Reina de Cerdeña, su hermana, debiendo ser muy breve la audiencia y sus incidentes poco notables, pues nada de lo que á ella se refiere consignó el Duque en su *Diario*, dando cuenta, en cambio, de que comió con Losada y regresó en tres horas á Madrid, en unión del Marqués de Santa Cruz, por haber reunido sus tiros.

Durante su estancia en la corte preocupóle á Villahermosa, como en todas partes, la salud de su hijo que continuaba padeciendo la raquitis y debilidad con que había venido al mundo; reconocido por los principales médicos, y singularmente por un fraile agustino de Zaragoza, hombre eminente en la Facultad, convinieron todos en que no tenía lesión alguna y que su curación sería obra del tiempo, ayudado con una alimentación sana, y sobre todo, con los aires del campo; en virtud de esto arrendó el Duque una posesión con extenso jardín y huerta en el inmediato pueblo de Fuencarral, y

allí instaló á su hijo con la servidumbre correspondiente, siendo tan acertada esta medida que desde aquel momento viósele crecer y robustecerse, adquiriendo la alegría y fuerzas que antes le faltaban.

Continuaron los Duques de Madrid la vida retraída y de familia, sin abandonar por eso las obligaciones de su estado y posición, haciendo las visitas correspondientes á Ministros, Embajadores, amigos y deudos, pero sin reanudar las tertulias literarias que se juntaban en sus salones antes de marchar á Turín, y de que, como hemos visto, dan evidente testimonio las cartas de Iriarte, amén de otros muchos papeles de la época. Las visitas á Fuencarral; el ejercicio de la caza en el soto de Negralejo, por él arrendado para este recreo; la asistencia continua á las funciones religiosas en los templos y á las sesiones de la Academia Española, á que nunca faltaba y cuyos emolumentos íntegros eran para los pobres de Pedrola, ocupaban sus días, saliendo rara vez de noche para asistir á las comidas de las Embajadas, que no podía rehusar á causa de su carácter oficial de Embajador, sugiriéndole estos banquetes reflexiones como la siguiente, que demuestra el cambio radical por él experimentado en Turín: «Estuve á comer en casa del Ministro de Rusia. ¡Qué profusión! ¡Qué banquetes, donde jamás se piensa ni se habla de Dios! ¡Cuánto lo que pasa allí dista de las leyes del Evangelio! No digo que sea malo: Nuestro Redentor asistió al convite de las bodas de Canaán (1).»

(1) *Diario* del Duque, tomo II, pág. 275, día 6 de Diciembre de 1781.

Por lo que á la política se refiere, continuó la conducta que de largos años atrás se había trazado: siguió siendo el súbdito leal y sumiso al Rey por obligación y por deber, no el adulador cortesano, eterno encomiador de todos sus actos; consecuente con esta conducta, y aunque su carácter de Embajador le excusaba, pidió una guardia como Gentilhombre de Cámara, y la sirvió el 29 de Diciembre, excusándose de tomar otra por sus achaques; no dejó de asistir á ningún besamanos, y reanudó sus antiguas relaciones con el cuarto del Príncipe de Asturias, pero no asistiendo á él sino en ocasiones solemnes ó cuando la Princesa quedaba en Palacio sola por haber anticipado la jornada el Rey y el Príncipe, en cuyo caso era costumbre hacerla la corte como al Soberano. En esta ocasión quiso María Luisa distinguir á Villahermosa y le invitó á comer, cosa que no consta que hiciese nunca Carlos III.

La Duquesa, por su parte, seguía la vida misma que llevaba en Turín, acudiendo de continuo al Convento de las Salesas, al oratorio del Caballero de Gracia, y de vez en cuando á la iglesia de San Ignacio de la calle del Príncipe, donde se veneraba á su querido San Francisco Javier, cuyo culto, por la persecución que sufría la Compañía de Jesús, había disminuído considerablemente, á pesar de los esfuerzos que ella y la de Béjar hacían en contrario, no escaseando gastos ni deteniéndose ante humanos respetos (1); por las noches

(1) En la pág. 274 del tomo II del *Diario* del Duque se lee lo siguiente: «1781, 3 Diciembre.—Hizo mi mujer una fiesta á

acudían á su casa esta última, la Condesa de Montijo y alguna que otra señora, siendo muy raras las veces que acompañaba á su marido á la comida de alguna Embajada ó á los besamanos de la Corte; los domingos empleábalos, generalmente, en ir á Fuencarral á pasar el día con su hijo.

Esta vida se interrumpió por un pequeño viaje que la tuvo por espacio de tres días ausente de Madrid, y cuya causa fué la siguiente. Había ido el Duque á Aranjuez, donde estaba la Corte, en los primeros días de Abril de 1782, y después de comer con el Conde de Floridablanca, hubo de oir de labios de éste tantos elogios como predicador de un Padre capuchino llamado Fr. Diego de Cádiz, que resolvió asistir á su sermón aquella misma tarde, en una novena dedicada á San Antonio que se estaba celebrando en una iglesia del Real Sitio: así lo hizo, quedando maravillado, absorto, ante aquel hombre de elevada estatura, luenga barba, enjuto semblante, cuerpo delgado y consumido por las penitencias, ojos vivos, en que se reflejaba un rayo de amor divino, de cuyos labios salían torrentes de elocuencia que herían directamente á los más empedernidos pecadores y los movían á compunción, haciéndoles caer de rodillas, llorando, arrepentidos y contritos en un momento, de una larga vida de crímenes, de pecados y de toda clase de ofensas á la Divinidad. Quedó tan satisfecho el Duque, que quiso que su mujer

San Francisco Javier en la iglesia de San Ignacio de los Vizcaínos: estuvo el Santísimo patente tarde y mañana; hubo música, pero no sermón.»—Archivo de Villahermosa.

oyese también á este santo varón, hoy beatificado; escribióla en el acto, y al día siguiente llegó, oyendo al capuchino dos sermones más que la dejaron edificada y contenta.

Y á la verdad tenía motivo para ello, que hacía siglos que no presenciaban las naciones un espectáculo semejante, siendo preciso, para encontrar algo que se le pareciese, retroceder á aquellos días de fe de la Edad Media, en que pueblos rivales, resueltos á destrozarse mutuamente, caían de rodillas pidiéndose perdón mutuamente ante la voz, todo fuego y amor, de un fraile dominico ó franciscano, ó en que los Soberanos de Italia se separaban en Roma sin poderse entender, y un pobre religioso, llamado Fr. Simoneto, los ponía de acuerdo y conseguía, con la paz de Lodi, que unidos todos, secundasen la acción del Pontificado contra los triunfadores otomanos.

El que estas líneas escribe recuerda haber escuchado de niño á algunos ancianos la relación de sermones oídos por ellos al P. Cádiz en los primeros días de este siglo, singularmente los predicados al aire libre en las plazas de los pueblos ó en el recinto de las eras en épocas de Misión. Nunca, decíanle, habían visto los nacidos cosa semejante; nunca la palabra humana, inspirada por el Dios verdadero, había rayado más alto: unas veces muchedumbres inmensas sentían las notables delicias de los justos, narradas por su labio, como si las estuvieran gozando; otras, estas mismas muchedumbres se estremecían de terror ante los castigos del infierno por él descritos en visiones apocalípticas; los hombres más duros lloraban

como mujeres, y de un pueblo dominado por todas las concupiscencias, lleno de todos los vicios y esclavo de todas las servidumbres del pecado, hacía en un momento un pueblo de justos redimidos por el arrepentimiento, las lágrimas y el perdón.

Quedaron en buenas relaciones los Duques con Fr. Diego de Cádiz, según aparece de cartas y documentos posteriores.

Por este tiempo había dado á luz la Duquesa una niña, y como fuese avanzando la estación salió el Duque con toda la familia para Pedrola, pero no sin haber obtenido del Rey prórroga de otros seis meses de su licencia, resuelto á no volver ya á Madrid y partir directamente á Turín desde Aragón, si su mujer adoptaba el plan que había meditado. Su primer cuidado al llegar á la tradicional morada de la Duquesa de Villahermosa fué el examinar el proyecto y los planos de la obra de ampliación y reforma de la iglesia parroquial que por su orden había hecho su tío D. Ramón Pignatelli para cumplir el solemne voto empeñado por la salud del pequeño Víctor Amadeo, á quien los aires del campo sentaban á maravilla, creciendo y fortaleciéndose á vista de sus padres.

En esta tarea sobrevino una gran tribulación que ambos esposos llevaron con resignación cristiana: la niña María, que como decimos había nacido en Madrid hacía tres meses, murió en Pedrola el 30 de Julio, es decir, cuatro años después del fallecimiento de su primera hija; fecha y coincidencia que sienta en su *Diario* Villahermosa con acentos doloridos, pero impregnados de conformidad con la voluntad de Dios.

238

V.
aunq.
porese
do por

.bre
q.
.pro
C
mo.
P. d

como se dige, le creo nec
asistencias por el giro,
recogeran su recivo; v
en pagarles, tendran
instrucciones que p.a c
y devran retener la c
dia q.e pudiera hacerl
de mi deseo.

Cornel me
Creo vean los de casa
el recelo de que no h
crivi, en la que se inc
to en el giro los 5ff m
remitio Ramon, me
retengas de la otra p
me dice Ramon cobra
equalm.te a Cavañero.
por q.tas finezas se de
vecaturas y molestias q
obligado.

Por acà no se ne
ramos de ai, y yo d

·esario. Viniendo en lo sucesivo n̄ras
ecos Comisarios le dará.. su parte:
sus acreedores, no viendo el puntual
recurso a dhs Comis., que segun las
asos tales tienen del Consejo, le podrán
ercera parte de su renta. providen-
e entrar dentro de sí, que es el blanco

gira en este correo S.ff.Dr.D. de su orden
de que te dén particulares gracias; p.
aya algun mal entendido, por lo que es.
lui p.a Cavañero, y que este haya pue
ios con los de Nicolas, y los Iff. que le
hice prevenirte que si tal fuere los
partida del benef.o de Andalucia, que
ría sin falta en este Mes, y pasaría
Se renuevo mil gracias por esta, y
vo, y por la bondad con q. sufres las
q. te ocasiono, y viviré perpetuam.te

mos nueva de importancia, las espe-
iver q. hacen Carlos, y Juanito en

Durante este tiempo no cesó el Duque de estar en continua correspondencia con el P. Pignatelli, al que daban cuenta de todos los incidentes notables de familia, como lo atestigua la carta que reproducimos.

Todo estaba dispuesto para el regreso del Duque á Italia: faltaba por convencer á la Duquesa, que de ningún modo quería apartarse de su marido, cuando de improviso tuvieron que acudir precipitadamente á la corte ambos esposos, llamados á causa de la enfermedad mortal de la Duquesa de Béjar, que falleció á los pocos días en brazos de su amiga, después de haber recibido con edificante fervor los Sacramentos todos de la Iglesia. Mucho apenó á la Duquesa de Villahermosa esta muerte: empezó á tener accesos de melancolía que fueron en aumento, pues el Duque, para evitarla el trance de la separación, partió de improviso para Turín, quedando convenido en que la Duquesa le siguiera después con el niño.

Por vez primera desde su matrimonio quedó sola y al frente de la vasta y complicada administración de su casa Doña María Manuela Pignatelli, demostrando en este período lo elevado de su carácter, su firmeza y tesón en todo aquello que creía justo, y la claridad de su talento para herir la dificultad en todas las cuestiones que se veía obligada á resolver; asombra y admira leer su correspondencia con el Duque dándole cuenta de todos sus actos, brillando en sus cartas un estilo claro, una sencillez encantadora y una corrección que denuncia la continua lectura de los libros de nuestros grandes místicos y escritores religiosos, maes-

tros la mayor parte en el conocimiento del idioma patrio.

Comprendiendo, con su elevado talento, que, ausente su marido, debe ella reemplazarle en representación de su casa, abandonó la vida retraída que llevaba é hizo visitas á los personajes más elevados de la corte; comió en las Embajadas y Nunciatura; acudió á Palacio á besar la mano al Rey; trató cuestiones públicas y privadas con Floridablanca, Campomanes, Múzquiz y otros Ministros, y llegó hasta presentarse personalmente en las oficinas para agitar los asuntos que interesaban á su marido, sin descuidar por eso un punto sus deberes religiosos ni su práctica en las devociones y lecturas piadosas, que continuó durante su vida.

Por fin llegó el momento que tanto deseaba su corazón: el 27 de Abril de 1783, á las siete y media de la mañana, anunció á su esposo que en aquel punto se disponía á salir de Madrid para reunirse con él en la capital de Cerdeña, á donde entró el 7 de Junio, después de reunirse con el Duque de Villahermosa, que, acompañado de los Ministros de Génova y Roma, había salido á recibirla al camino, pasando el Mont-Cenis y llegando más allá de Lannembourg.

Cumplidos los deberes de cortesía á que por razón del cargo de su marido estaba obligada la Duquesa, reanudó ésta su anterior vida, dedicando la mayor parte de su tiempo á obras de piedad, devoción y caridad.



CAPÍTULO XII

I

Todo hacía presumir que los Duques pasarían tranquilamente el tiempo que se habían propuesto estar en Turín para complacer al Rey Carlos III, que no había querido aceptar la renuncia que antes de salir de España le había presentado Villahermosa, cuando Dios resolvió probar la virtud de éste visitándole con una gran tribulación é hiriéndole en lo que más amaba en el mundo: en su joven y santa esposa.

Las fatigas del viaje, largo y penoso, emprendido después de quince días de continuo movimiento de negocios y despedidas; la llegada á Turín, en que esto se reprodujo con motivo de su ida á Palacio á ofrecer sus respetos á los Reyes y Príncipes de la Familia Real; la devolución de las muchas visitas de llegada que por el Cuerpo diplomático y aristocracia de Turín le habían sido hechas, y,

por último, una semana de ejercicios, llevados á cabo con gran rigor, durante la cual la Duquesa, falta del necesario reposo del sueño, le interrumpía á media noche para entregarse á la oración mental, debilitaron considerablemente su naturaleza: así pasó todo el año 83, sin reponerse; y al hacer nuevos ejercicios en la primavera del 84, acometióla de repente una mañana un fuerte ataque de locura, que en los primeros momentos la puso en trance de muerte, hasta el punto de administrársela el Sacramento de la Extremaunción. Lo pronto del auxilio, el acierto de los doctores, y la Divina Providencia sobre todo, pusiéronla á los pocos días fuera del peligro; pero con gran pena vieron todos que la perdida razón no volvía, y que la Duquesa no conocía á su marido, á su hijo ni á su tío el P. Pignatelli, que al primer aviso del Duque había abandonado precipitadamente á Bolonia (1).

Profundamente afligido el Duque, expuso su situación á Floridablanca, rogándole lo hiciese á su vez al Rey, á fin de que le otorgase el retiro que pedía, con tan justificado motivo como el de atender á la salud de su mujer. No supieron negarse á tan razonable petición, y á vuelta de correo recibió carta del Conde de Floridablanca autorizán-

(1) La Duquesa llegó á Turín en Junio de 1783; el Duque de Villahermosa no consigna en su *Diario* nada referente á la enfermedad de su mujer hasta el 7 de Julio del siguiente año, en que dice: «Viendo el deplorable estado de salud en que se halla la Duquesa desde el 22 de Mayo, pedí de oficio mi retiro de esta Embajada con ánimo de llevarla á climas diferentes por si puede hallar algún alivio á su dolencia.»

242ª

Am.° v...
de Rey de...
Mag. ...
sin sapar...
emplear...
su real...
Rexa. q...
domesticos...
a su aliv...
para s...

242 B

Amigo y
promocion
Vd.; pero
cumplir
ro para los
de nacer,
dos.
Siento
y de su ca
en q.to puedа

dole para abandonar la Embajada (1); y no contento con esto, pocos meses después le anunció que muy en breve sería promovido á la Orden insigne del Toisón de oro (2), en compensación, sin duda, de la Embajada de Londres, que según parece hubo propósito de otorgarle, para ajustar y proseguir las consecuencias de las paces pactadas aquellos días á petición de Inglaterra, resuelta de una vez á abandonar sus sublevadas colonias y reparar por medio de la paz los quebrantos que una guerra tan dilatada había producido á su industria, su comercio y su Tesoro.

Libre ya Villahermosa de los deberes de su cargo, apresuróse á despedirse del Rey y de la corte, saliendo de Turín el 10 de Septiembre, al día siguiente de haberlo hecho su mujer en compañía del P. Pignatelli, llegando el 20 del mismo á Montpellier, donde se instalaron, y empezó la curación de la Duquesa con tan visible protección de la Providencia, que cuarenta días después se encontraba completamente restablecida en su cabal salud y razón, y como si todo lo ocurrido no hubiese sido otra cosa que un sueño. En vista de esto, decidió el Duque regresar en jornadas cortas á España por Perpiñán para visitar sus Estados de Valencia y tomar posesión de la herencia que acababa de recaer en él por fallecimiento de su tía materna, la Marquesa de la Mina: así lo hizo, contribuyendo mucho al total restablecimiento de la Duquesa los puros aires de la huerta de Valen-

(1) Archivo de Villahermosa.
(2) Idem id.

cia y la paz de su Palacio de Pedrola, en el que pasaron también una larga temporada antes de regresar á Madrid, á donde, según reza el *Diario* del Duque, llegó éste solo el 14 de Mayo del año siguiente de 1785; presentó al Rey la respuesta del de Cerdeña á sus credenciales, y volvió al lado de su mujer hasta el 18 de Septiembre, en que regresaron todos á Madrid á causa del avanzado embarazo de la Duquesa.

II

Hacía largos años que el Duque de Villahermosa deseaba poseer casa propia en Madrid: no la habían poseído sus antepasados, que indistintamente moraban en Pedrola ó Zaragoza; pero los tiempos eran otros, y la dinastía de Borbón, á su advenimiento al trono de España, había de tal manera centralizado el gobierno y la administración del país, que era indispensable á los Grandes vivir largas temporadas en la corte para atender á sus asuntos y cumplir los deberes de su cargo. Después de muchas investigaciones, fijóse en dos que estaban á la venta: una, propiedad de los Benaventes, en lo alto de la calle de Hortaleza, y otra en la Carrera de San Jerónimo, con vuelta al Prado de San Fermín, de la que era dueño el Abate italiano D. Alejandro Pico de la Mirandola.

Fué el Abate uno de los personajes más conocidos de la corte de Carlos III, último vástago de la ilustre familia principaria de los Pico de la Mi-

randola, que había venido á España muy joven con su primo el Príncipe Francisco María, cuando éste había sido despojado de sus dominios por los imperiales en 1708: establecidos uno y otro en Madrid y muerto el segundo, quedó Alejandro solo, sin más amparo que la valiosa protección del Ministro Grimaldi, muy su amigo, y como él italiano, que le procuró algunos lucrativos destinos en la Hacienda Real y últimamente una plaza en el Consejo de la misma; hábil, insinuante, de porte distinguido y exquisita educación, fué por largos años indispensable en las casas más principales de la corte, acudiendo á todas indistintamente, no obstante de ser considerado como uno de los miembros más importantes del partido italiano y Consejero de Grimaldi. A pesar de llamársele generalmente el Abate y de ir siempre vestido como tal, no fué nunca sacerdote y estuvo casado en secreto, llegando por su porte y traje á obtener del Rey el cargo de Sumiller de cortina, muy bien retribuído, compatible con sus sueldos del Consejo de Hacienda, y que generalmente se daba sólo á eclesiásticos.

Lo magnífico del jardín de la casa propiedad del Abate Pico, que se extendía por el espacio en que hoy están las calles de Zorrilla y de la Greda hasta la mitad del sitio en que se halla el Banco de España, lugar ocupado entonces por la modesta iglesia de San Fermín de los Navarros, y el estar lindando con la que habitaba la amiga íntima de la Duquesa, la Duquesa de Béjar, decidieron á Villahermosa á preferir dicha casa; y en virtud de ello, entró en tratos con el Abate para adquirirla.

No fué éste corto en pedir, y se asegura que lo hizo así no creyendo que Villahermosa pagase lo que exigía; pero éste estaba enamorado del sitio y tenía el proyecto de reformar por de pronto la casa, semejante en un todo á la inmediata de Corres, para labrar después otra más suntuosa: así es que aceptó en el acto, y quedó firmado el compromiso y estipulado el precio y forma de pago.

Todo un libro podría escribirse narrando las artes de que se valió el Abate para no cumplir el compromiso. Después de recibido el precio se negó á abandonar la casa, pretextando grave enfermedad; sostuvo luego que el jardín no estaba comprendido en la venta; y cuando se le hubo demostrado lo contrario, afirmó, amenazando con un pleito, que tenía derecho á llevarse los árboles, flores y plantas, pues de ellas no se hacía mención en la escritura: todo lo llevó con paciencia el Duque, que en vez de irritarse compadecía de todo corazón y le daba gran lástima de aquel hombre de más de setenta años, completamente solo, enfermo, y que al borde de la tumba defendía con tal tenacidad bienes terrenales de los que muy en breve tendría que separarse; para evitar litigios, añadió Villahermosa algunos miles de reales al precio ya elevado de la casa para pagar los árboles y plantas del jardín, y se vió por fin libre del Abate, que después de una lucha de cerca de tres años abandonó la que había sido su morada.

Durante la estancia de los Duques en Turín reformóse el edificio, hiciéronse nuevas habitaciones y en él se instalaron definitivamente al volver á Madrid.

III

Pocos días después de llegar á la corte dió á luz la Duquesa de Villahermosa un robusto niño que fué bautizado en la parroquia de San Sebastián, y que colmó la alegría del Duque: pusiéronle por nombre José, en recuerdo de su buen tío el P. Pignatelli, con quien ambos esposos seguían cariñosa y no interrumpida correspondencia. Repuesta la Duquesa volvió á su vida retirada, comunicándose sólo con algunas amigas íntimas, y empleando el resto del tiempo en obras de piedad y devoción; por su parte el Duque, curado de sus ambiciones políticas, se dedicaba al cuidado de su hacienda y á la administración de sus extensos Estados, velando continuamente porque sus súbditos no fuesen atropellados por sus administradores y porque disfrutaran de los beneficios de la enseñanza moral y religiosa, tan indispensable á la felicidad de los pueblos.

Estos años fueron los de mayor actividad literaria del Duque: no faltaba nunca á la Academia Española; desempeñaba las ponencias más importantes, y con frecuencia señalaba de su propio peculio premios en metálico para contribuir al estudio de materias relacionadas generalmente con la agricultura y la historia (1). Al mismo tiempo, y

(1) En el año 1790 la Sociedad Económica Aragonesa rogó al Duque de Villahermosa le autorizase para entregar al Abate

llevado de la afición á los libros que le dominó toda la vida, terminó el catálogo de los que poseía, apartando con escrupuloso cuidado aquéllos que contenían doctrinas perniciosas ó habían sido condenados por la Iglesia (1), clasificando y catalogando igualmente la rica y variada colección de láminas que había reunido, que no reconocía igual en la corte.

Los veranos pasábalos en Pedrola, recibiendo allí en el de 1787 la triste noticia de la muerte ocurrida en Madrid de su antiguo compañero el Abate D. Rafael Casalbón, á quien el Duque conocía desde la infancia, profesándole cariño entrañable y amistad no desmentida á pesar de lo diverso de sus caracteres y opiniones. Lamentó el Duque el suceso, pues con Casalbón perdía un auxiliar de gran valer é irreemplazable para el arreglo é índice de sus libros. Templó, sin embargo, su pena la noticia que éste, á pesar de haber renegado de la Compañía de Jesús, á la que había pertenecido, y de estar largos años sumido en la mayor incredulidad é indiferencia, había muerto contrito y arrepentido, besando un crucifijo y pidiendo á Dios perdón de sus culpas y pecados. Quizá contribuyó á esto el ejemplo del Duque y las oraciones de la Duquesa, que, queriendo mucho á Ca-

D. Vicente Requeno, autor de una obra sobre la pintura al encausto, los 2.000 reales que tenía allí depositados el Duque para premiar al autor de la mejor Historia natural. El Duque accedió á esta petición.—Archivo de Villahermosa.

(1) «Trabajo en el mejor modo de tener custodiada mi biblioteca y expurgarla de algunos libros que están de más.»—*Diario* del Duque. Archivo de Villahermosa.

salbón, lamentaba de continuo el estado de su alma; algo de esto debió suceder, pues éste, poco antes de morir, escribió de su propia mano una memoria para añadir á su testamento, en la que se decía: «Al señor Duque de Villahermosa, á quien he debido todo lo que he sido y que es la persona con quien en esta vida he contraído más obligaciones, nada tengo que mandar que sea digno de S. E.; pero si quiere aceptar mis libros griegos ó cualquiera otra cosa mía que fuere de su agrado, puede hacerlo. Le ofrezco, ya que no tengo otro camino, clamar á Dios por su conservación y perseverancia en el bien y por la de su venerada señora la Duquesa de Villahermosa, porque espero por los méritos de mi Señor Jesucristo llegar á estar en paraje en que pueda hacerlo. Y para que esto sea más pronto, ya que tan señaladamente me ha favorecido, les suplico encarecidamente que no me olviden ahora en sus oraciones.» Generoso el Duque, aceptó los libros griegos y latinos de Casalbón, pero pagando su importe, previa tasación, para no perjudicar á los sobrinos herederos del difunto; éstos, agradecidos, le regalaron un crucifijo de bastante mérito.

Al año siguiente tuvo el Duque la gran satisfacción de ver terminada la obra de la iglesia de Pedrola, hecha en cumplimiento del voto solemne contraído por el Duque si Víctor Amadeo cumplía los cinco años. Quitados los andamios, vióse la iglesia ampliada y renovados sus altares y adornos, amén de un espacioso crucero que la daba más luz y grandiosidad; el altar mayor, completamente nuevo, lucía un magnífico cuadro de Ba-

[illegible] representando la Asunción de la Virgen, sien- [illegible] del mismo pincel el de uno de los altares la- [illegible]s, que se puso años después, consagrado es- [illegible] al Sagrado Cor[illegible]ón de Jesús, y de [illegible] el que represent[illegible]ba al Santo Pa- [illegible] José, especiales devociones ambas de [illegible] de Villahermosa.

[illegible] esta ocasión el Duque dar testimonio [illegible] y se celebraron á su costa sun- [illegible] religiosas que duraron varios días, [illegible] el Cura de Pedrola, el P. Ate- [illegible] D. Miguel Wilki. De to- [illegible] el Duque de Villahermosa á Dios [illegible] recordando aque- [illegible] Turín con su [illegible] creía incurable, [illegible] y enfermizo, sin esperanza de me- [illegible] a su lado á su mujer, joven, her- [illegible] asegurada la sucesión de [illegible] varones, pues en Octu- [illegible] la Duquesa otro hermoso [illegible] con el nombre de Juan Pablo, y [illegible] aumentada su hacienda con [illegible] herencias procedentes de sus tías mater- [illegible] la M[illegible] de la Mina y la Condesa de Si- rat: quizá pensó al ver tanta prosperidad que el Señor le recompensaba porque durante aquellos días de prueba no había vacilado un punto su fe ni había tenido un movimiento de impaciencia, humillándose como Job ante la mano que le hería, y bendiciéndola con estas palabras, estampadas entonces en su *Diario:* «Poseído todo de mi cuidado y de las tribulaciones que Dios me envía, ¿por



Virgo Deigenitrix divitias amoris Cordis Jesu erga genus humanum Sanctis ostendens.

Cuadro del Altar Mayor de la Iglesia de Pedrola, que pintó Dn. Francisco Bayeu por encargo de la Duquesa de Villahermosa Dña. María Manuela Pignatelli.

Helio g. Dujardin

yeu representando la Asunción de la Virgen, siendo del mismo pincel el de uno de los altares laterales, que se puso años después, consagrado especialmente al Sagrado Corazón de Jesús, y de D. José Beratón el que representaba al Santo Patriarca San José, especiales devociones ambas de la Duquesa de Villahermosa.

Quiso en esta ocasión el Duque dar testimonio de su esplendidez, y se celebraron á su costa suntuosas fiestas religiosas que duraron varios días, en las que oficiaron el Cura de Pedrola, el P. Ateza y el Ayo de los niños, D. Miguel Wilki. De todo corazón elevó el Duque de Villahermosa á Dios en esos días su alma agradecida, recordando aquellos otros de aflicción pasados en Turín con su mujer, atacada de enfermedad que creía incurable, y su hijo, débil y enfermizo, sin esperanza de mejora; ahora veía á su lado á su mujer, joven, hermosa y llena de virtudes, asegurada la sucesión de su casa con tres robustos varones, pues en Octubre de 1785 habíale dado la Duquesa otro hermoso niño, bautizado con el nombre de Juan Pablo, y considerablemente aumentada su hacienda con pingües herencias procedentes de sus tías maternas la Marquesa de la Mina y la Condesa de Sirat: quizá pensó al ver tanta prosperidad que el Señor le recompensaba porque durante aquellos días de prueba no había vacilado un punto su fe ni había tenido un movimiento de impaciencia, humillándose como Job ante la mano que le hería, y bendiciéndola con estas palabras, estampadas entonces en su *Diario:* «Poseído todo de mi cuidado y de las tribulaciones que Dios me envía, ¿por



Virgo Deigenitrix divitias amoris Cordis Jesu erga genus humanum Sanctis ostendens.

[illegible] in Templo Pedrolano [illegible] A. D. [illegible] PIO VI. P. M. [illegible]
[illegible] Duxissa de Villa-hermosa A. D. [illegible]

Cuadro del Altar Mayor de la Iglesia de Pedrola, que pintó Dn. Francisco Bayeu por encargo de la Duquesa de Villahermosa Dª. María Manuela Pignatelli

Heliog. Dujardin

qué he de pensar en otra cosa que en bendecir su santo nombre? (1).»

Estas prosperidades hiciéronle amar más y más á Dios y avanzar hacia Él en el camino de la virtud de la caridad que le poseyó por completo en los últimos años de su vida, pudiendo asegurarse que su mujer más adelante no hizo sino seguir y perfeccionar su ejemplo: sin contar con las limosnas extraordinarias, en las cuales invertía sumas considerables, tenía dedicado al socorro de los menesterosos, obras piadosas y de culto, el 10 por 100 de sus rentas, que se aproximaban entonces á 60.000 duros, llevando esto con escrupulosidad tal, que á fin de año reponía la cantidad que faltaba si no había llegado lo distribuído á la suma correspondiente (2).

(1) *Diario* del Duque, 29 Julio 1782.—Archivo de Villahermosa.

(2) El Duque de Villahermosa cuidaba de no dejar rastro de las limosnas que hacía, en lo cual le imitó más tarde su mujer. Un apunte, encontrado en un papel, felizmente conservado, nos suministra datos muy curiosos sobre las obras de caridad que hacía en sus últimos años. He aquí el apunte:

«*Limosnas de* 1789.

	Reales.
Por lo de Ferrara	1.600
P. C.	1.040,10
A Caspe	1.882
A Torrellas	7.530,08
A la Palata	1.600
A Taverna	1.600

Ni por un momento vaciló el Duque en el propósito que había manifestado en su *Diario* de retirarse á la vida privada y no mezclarse en los negocios políticos, por los que cada día sentía mayor repugnancia (1): apenas iba á Palacio, á no ser que á ello le obligase su cargo de Gentilhombre ó su dignidad de Grande de España y ex-Embaja-

	Reales.
Al Sirio	1.365
Por doce mesadas, á 3.080 cada una	12.960
Al oratorio del Caballero de Gracia	20.000,14
A la Almunia	802,32
A los pobres de Pedrola	3.400
A la viuda del capillero	150,30
Por varias pensiones, según lista	10.250
A los pobres del barrio	720
Aumentado á la bolsa de las limosnas	481,22
Asistencias á mis tres primos	19.800
Añadido á las limosnas ordinarias	1.920
En trigo para mi T. D. P.	4.575
Al alguacil de Provencio	100
En trigo á Joaquina Ledesma	675
Al Hospital general por enfermos	232
Devoción al Santísimo en Guara	1.280
En Navidad, por mí	1.280
A D. José Mor	9.309,04
Total	104.552,20

Faltan 4.341 para el 10 por 100 de 1789, que los voy á poner.—Puestos.—(*Una rúbrica.*)»

Todo esto de letra del Duque.—Archivo de Villahermosa.

(1) *Diario* del Duque, Diciembre 1782.—«Escribí á Floridablanca que no aspiraba á la Embajada de Londres ni á ningún otro ascenso.» —Archivo de Villahermosa.

dor, que por aquel tiempo imprimía carácter y daba derechos de que no se despojaba el interesado aunque hubiese abandonado el puesto; levantábase al amanecer y se trasladaba á alguna de las iglesias próximas á su casa, donde comulgaba y rezaba sus devociones, volviendo á su casa á ocuparse en la administración de sus bienes; salía en punto de las doce á las Cuarenta Horas y á visitar á los amigos de mayor intimidad, regresando para comer al dar las dos con su familia y algunos amigos íntimos, que eran generalmente el Brigadier Ramos, el Presbítero D. Pedro de Silva, el Marqués de Santiago y algún que otro varón respetable; iba después á la Academia Española, si de ello era día, ó á las oficinas públicas á gestionar la resolución de alguno de los muchos incidentes administrativos que surgían en sus extensos Estados de Aragón, Valencia, Castilla y Navarra; volvía á casa, donde, si la necesidad lo exigía, salía con la Duquesa á visitar á algún amigo ó deudo enfermo, y regresaba á las oraciones para cenar á las ocho, después de haber rezado el Rosario en familia, retirándose á las diez á su cuarto á hacer sus devociones y entregarse al sueño.

IV

Viviendo esta vida tan honrada y tan cristiana avanzaba el Duque en años, rodeado de sus hijos, sin perder de vista la idea de la muerte, que des-

de su entrada en el buen camino tenía siempre presente, viéndose con frecuencia en su *Diario* recuerdos al fin común á todos los mortales, como el siguiente: «Cumplí cincuenta y tres años y no es menester que lo dude, pues ya me da esto á entender que tengo poco que vivir (1),» y algunos otros más que demuestran lo completo del propósito del Duque de Villahermosa de poner sobre todos los negocios de su casa y familia el negocio de su alma, de que por tanto tiempo había estado olvidado.

Así pasó algunos años, hasta que los sucesos vinieron á poner á prueba su muerta ambición y á demostrar que el hombre nuevo en nada se parecía al antiguo, y que no quedaba en su alma ni el más leve resto de sus antiguas aspiraciones. En Noviembre de 1788 la muerte llamó con insistencia á la puerta del Palacio del Escorial, llevándose á mejor vida á la Infanta portuguesa Doña María Ana, mujer del Infante D. Gabriel; á los siete días murió también su hijo menor, y once después su esposo el Infante, sembrando el terror en la Real Familia estas tres defunciones en tan corto espacio de tiempo. Al punto partió Villahermosa al Real Sitio de San Lorenzo á cumplir sus deberes palatinos y á demostrar al Rey que era leal servidor en la adversa fortuna el que había sido postergado y ofendido en la próspera; no quiso excusarse como hicieron otros, y pudo por esta causa ver á Carlos III tan abatido, macilento y falto de fuerzas, que leyó en su semblante la sentencia de una próxima muerte. Cortesano ante to-

(1) *Diario* del Duque.—Archivo de Villahermosa.

do Floridablanca y muy bien hallado con el poder, distinguió con excepcionales consideraciones al Duque de Villahermosa, conociendo su gran valimiento en el cuarto del Príncipe de Asturias; le convidó á comer y procuró explorarle, adquiriendo la seguridad, para él satisfactoria, de que no tenía enfrente un adversario ni un competidor, y de que el Duque estaba firmemente resuelto á no mezclarse en la política de la corte que por tan largos años había deseado manejar.

El 14 del mes siguiente, esto es, en Diciembre de 1788, Dios llamó al Rey Carlos III, que espiró en su Palacio de Madrid algunos días después de su Confesor el P. Eleta, siendo proclamado inmediatamente Rey de España el Príncipe de Asturias con el nombre de Carlos IV, y asistiendo Villahermosa á las fiestas y ceremonias á que dió lugar este acto. No había transcurrido un mes de este suceso, y ya Villahermosa recibió la prueba del cambio radical sufrido en la corte por lo que se refería á su persona; hecho que consigna en su *Diario* en esta forma: «Recibí un papel de aviso con fecha de este día, firmado por el Conde de Floridablanca, en el que me participaba que el Rey me había conferido el collar de la insigne Orden del Toisón. Fuí á besar la mano de los Reyes, Príncipes y demás personas Reales aquella tarde en su cámara, cuando todos estaban juntos, y de allí pasé á dar las gracias al Conde de Floridablanca (1).»

Agradecido Villahermosa, rompió un tanto su

(1) *Diario* del Duque, 11 Enero 1789.—Archivo de Villahermosa.

vida retraída y acudió, ya solo, ya con su mujer, á la corte, con más frecuencia que en los últimos años de la vida de Carlos III; aceptó de buen grado el Toisón que en vano había solicitado en el anterior reinado, sobre todo por lo espontáneo de su concesión; pero esas cosas tenían ya poco valor para él, que sabía á dónde van á parar todas las grandezas de la tierra, puñado de cenizas que la más leve ráfaga de viento dispersa y deshace.

Y así se experimentó poco después en su misma persona. Había ido el Duque el 16 de Agosto de 1790 á la Alameda de Osuna á manifestar á la Condesa de Benavente la negativa irrevocable de su mujer á formar parte de la Sección de Señoras de la Económica Matritense, y se había retirado cansado á sus habitaciones, cuando á poco más de media noche oyó las campanas todas de Madrid tocar á fuego; preguntó dónde era el suceso, y dijéronle que la torpeza de un mancebo de una de las tiendas de la Plaza Mayor había producido un terrible incendio que amenazaba destruir ésta por completo, y que el General de Ingenieros, D. Francisco Sabatini; el Arquitecto mayor de la villa, D. Juan Villanueva, y el Capitán general de Madrid, Marqués de Brachioforte, con la guarnición, trabajaban sin descanso para dominar el voraz elemento.

No pudo contenerse el Duque y se levantó, acudiendo al amanecer á la Plaza Mayor á ofrecerse á las autoridades con su persona y bienes y las de sus criados para conjurar, ó por lo menos hacer menos sensible el estrago, que ya en aquella hora

revestía las proporciones de una calamidad pública, pues había prendido el fuego las casas inmediatas, no habiendo modo de atajarlo en su destructora carrera, siendo pocos los medios de combatirlo, aunque estuviesen, como estaban, bien dirigidos. Al día siguiente continuó ardiendo toda el ala derecha de la Plaza, desde los soportales de la calle de Toledo á los que hoy se conocen con el nombre de Bringas. Temiendo que el incendio se propagase á la vecina iglesia de San Miguel, situada donde ahora está el Mercado del mismo nombre, se desalojaron algunas casas que fueron derribadas con objeto de aislarle; operación que se llevaba á cabo mientras se decía Misa en algunos balcones del ala contraria, y se llevaba procesionalmente el Santísimo Sacramento para impetrar los auxilios de la Divina Providencia en trance tan apurado.

Extinguido el fuego, quedaron sin hogar y sin medios de subsistencia centenares de familias de honrados mercaderes, que en un momento habían visto desaparecer toda su fortuna; compadecido el Duque, dió para socorrerlos una fuerte limosna y se puso al frente de la Junta de Caridad del barrio de las Baronesas (1), de la que era Diputado tercero por unánime aclamación de sus conveci-

(1) El barrio de las Baronesas principiaba en la calle de Alcalá, ambas aceras, desde la esquina de la calle Angosta de Peligros y la de Cedaceros hasta la Puerta de Alcalá, y por el Prado volvía á mano derecha por la Carrera de San Jerónimo, y se entraba en la propia forma en la de Cedaceros hasta la esquina en que empezaba.

nos, admiradores de sus virtudes, desde Junio de 1786. Activo é infatigable, no descansó durante aquellos quince días: visitó todos los edificios del barrio; subió á las buhardillas en demanda del óbolo del pobre, y entró en las casas principales para mover más al rico, obteniendo una suma cuantiosa que, en unión de las recogidas en los demás barrios, del millón de reales dado por el Rey y de lo suministrado por el Ayuntamiento, remedió un tanto la miseria de las infelices víctimas de aquel infortunio.

Este suceso le había hecho abandonar sus asuntos y estaban sin dictar las disposiciones que debía llevarse á Aragón su apoderado en aquel reino, D. Manuel Abellán, que con su familia, estaba esperando que el Duque las terminase: en esta tarea empleó los primeros días del mes de Septiembre; el 5 partió aquél para Zaragoza. Desde el 9 empezó á estar intranquilo Villahermosa; pero resistiendo su vigorosa naturaleza á guardar cama, hasta que el 12 le acometió un frío intenso que le impidió levantarse, presentándose la calentura con mucha fuerza, que siguió sin cesar hasta el 16, en que pidió se le administrasen los Sacramentos, que recibió de manos del Cura párroco de San Sebastián con gran fervor y estando presente su mujer y sus hijos, siendo ineficaces, por disposición divina, las muchas plegarias y rogativas que se dirigieron al Señor por su salud, y de que hicimos referencia en la primera página de este libro, pues espiró el día 18 á las once y cuarto de la noche, después de haber otorgado testamento.

Vistiéronle el pobre hábito de San Francisco, y

en caja humilde fué conducido en hombros de sus criados á la parroquia de San Sebastián, donde por espacio de nueve días se celebraron sus funerales, y donde quedó interinamente depositado hasta nueva orden de la Duquesa viuda, que en aquel punto tomó, como curadora de sus hijos, la administración de su casa y Estados.

FIN DEL TOMO PRIMERO



APÉNDICES

I

DATOS

PARA LA HISTORIA LITERARIA DEL EXCMO. SR. D. JUAN PABLO DE ARAGÓN AZLOR, DUQUE DE VILLAHERMOSA

Latassa, en su *Biblioteca nueva de los Escritores aragoneses*, tomo V, pág. 489, dice que D. Juan Pablo se distinguió como humanista en el certamen público de las Escuelas de Zaragoza en 1744, y en la Universidad de la misma cursando Artes y Jurisprudencia; que fué Académico de número de la Española (donde ocupó la silla H, sucediendo á D. Francisco Manuel de Mata Linares, que falleció en 3 de Febrero de 1780), de la Vascongada, de la de Buenas Letras de Sevilla, y Consiliario de la de San Fernando; y finalmente, que desde su primera estancia en París «empezó á formar una selecta Biblioteca, en el día (1) una de las mejores de Madrid, á que unió una colección de estampas de todas las Escuelas, desde sus primeros ensayos, á costa de más de 2.000 doblones, no sin el designio de escribir la historia del grabado desde sus principios.»

Tanto de los libros como de las estampas se conserva algo en la Biblioteca de Villahermosa, y en papeles del Archivo referencias de mucho.

Los trabajos del Duque, que se conservan manuscritos de su letra, y en su totalidad inéditos, en dicha casa, son los siguientes:

1.—*Los tres primeros libros de la Eneida*. **Traducción castellana en verso, precedida de un prólogo.**

(1) 1801, fecha del tomo V de la obra de Latassa.

2.—*Compendio del hombre moral, de Lorenzo Gracián.* Versión francesa de la misma obra, bajo el título *Extrait du criticon*, que presentó á la Academia francesa, donde fué recibida con mucho aplauso.—(Latassa, núm. 5, pág. 492.)

3.—*Fábulas griegas reducidas á un cuerpo de historia y cronología.* Borrador ó primer pensamiento de la obra y texto definitivo, ambos incompletos.—(Latassa, núm. 1, pág. 492.)

4.—*Historia antigua de los egipcios, cartagineses, asirios, babilonios, medos, persas, macedonios y griegos.* Escrita en lengua francesa por Mon. Rollin..... Traducida nuevamente por..... Prólogo y extractos del texto francés en lo referente al Egipto y á Grecia.

5.—*Disertación sobre la historia griega y sus fundamentos.* Borrador y texto definitivo, más un plan de la obra seguido de una nota aprobatoria firmada por el P. Nicolau, el cual declara en ella que el trabajo, una vez ultimado, sería «de grande utilidad al público y de mucho honor á la Academia» (sin duda la del Buen Gusto, de Zaragoza).

6.—*Reflexiones sobre el modo de escribir y leer la historia.* Latassa (núm. 2, pág. 492) da cuenta de esta obra en la siguiente forma: «*Método para leer la historia antigua*, que son las dos partes de este escrito, leído en la Academia del Buen Gusto, en las Ciencias y Artes de Zaragoza, de que fué individuo, el sábado 20 de Octubre de 1759, y se continuó hasta su conclusión, como consta de las actas de este Cuerpo, págs. 93 y 97.»

7.—*Apuntamientos sobre los elogios de Felipe V*, presentados á la Academia Española para concurrir al premio de 1778.

8.—Fragmento de una especie de Memoria sobre las costumbres en la corte de Cerdeña.

9.—Papeles varios, entre los que se encuentran unos apuntes de arboricultura dispuestos por abecedario, y un *Diario de agricultura*.

Latassa cita, además de los que acabamos de mencionar con los números 2, 3 y 6, los trabajos siguientes:

Pág. 492:

«3. *Reflexiones sobre los cementerios fuera de poblado.* Las acompañó con la descripción de los que hay á la salida de las puertas de aquella corte (Madrid), y remitió á la Real Academia de la Historia, por cuyo encargo los trabajó y se imprimieron por Apéndice del Informe que dicha Real Academia dió al Supremo Consejo de Castilla sobre éste, en 10 de Junio de 1783, sobre disciplina eclesiástica antigua y moderna, relativa al lugar de las sepulturas, y también lo refiere el *Memorial literario de Febrero de* 1787, pág. 230, alabando el celo é instrucción del autor.

»4. *Oración que á nombre de la Real Academia Española dixo á S. M. con motivo de la muerte del Rey Padre* (1).

....

»6. *Memorias de observaciones literarias y de Bellas Artes* que hizo en sus viajes y fuera de ellos. Libro curiosísimo que se conserva en su familia.»

Pág. 493:

«7. *Diversos papeles de asuntos útiles,* que tampoco se publicaron, como

(1) La Academia hizo entrega de esta *Oración* á S. M. Carlos IV el día 9 de Enero de 1789, según consta en la *Gaceta de Madrid* del 20 de Enero de dicho año.

»8. *Muchas cartas*, cuyos argumentos, tratados con delicadeza, les dan estimación.»

En los apuntes biográficos que preceden á la nota bibliográfica, dice Latassa (pág. 490): «Sus progresos en la varia literatura, Ciencias exactas, Historia, fino discernimiento crítico y político y otros objetos sabios, en que tanto se estimaron sus conocimientos, comprueban también aquel noble y honesto ejercicio, que basta por sí solo para hacer á este clarísimo cesaraugustano tan benemérito como ilustre en la república de las Letras, según se explica el erudito D. Juan Antonio Pellicer, Bibliotecario de S. M., en la dedicatoria del *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles*.»

En la pág. 493 dice, por último:

«Alaban á más su mérito distinguido: el Dr. D. Victorián de Villaba, Fiscal actual de la Real Audiencia de Charcas, en la dedicatoria de su versión de las *Lecciones de comercio*, ó bien de *Economía civil*, del Abate Antonio Genavesi, *Catedrático de Nápoles*, en varias páginas de su edición de Madrid de 1785; las Escuelas Pías de Zaragoza en sus *Ensayos de Piedad y de Literatura*, dirigidos por el P. Camilo de Santa Teresa, Maestro de humanidades en 1790; el Excmo. Sr. D. Victorio Amadeo de Azlor y Pignatelli, Conde-Duque de Luna, ya mencionado en la dedicatoria, y la Real Academia de San Fernando en su *Elogio* estampado con sus actas de la misma.»

II

DIARIO DE VIEYRA

. . . .

Seguimos luego por un camino llano, ancho y con dos filas de árboles, que va dos leguas hasta Turin, y á la mitad de esta hermosa calle encontramos el coche del Excelentísimo Sr. Embaxador, Duque de Villahermosa, y su mujer, que habian salido á recibir á sus amigos, al cual se pasaron inmediatamente los dos señores que venian en mi compañía; y siguiéndolos yo en nuestro coche, de camino entramos á las ocho de la tarde en aquella corte, y nos apeamos en casa del mismo Embaxador. Es grande; su entrada un átrio á la francesa, con un palo ó árbol muy elevado, clavado en tierra por fuera de la puerta principal, que llaman *Mayo*, y es un distintivo honorífico con que la ciudad obsequia al Embaxador de España y al de Francia el dia primero de Mayo, poniéndolos mui empavesados. Permanece todo el año en el mismo sitio, y cuando se renueva, el antiguo es despojo del portero de la casa. Al Rey se le ponen dos.—Pasado el átrio, siguen las escaleras y luego un salon magnífico, cuadrilátero, al uso de Italia, por donde se entra á las piezas interiores. Los huéspedes teníamos destinados ya nuestros cuartos. El mismo señor Duque tuvo la atencion de venir á posesionarme en el mio, que estaba mui decente y con todas comodidades. El carácter de este señor, su ayre de grandeza, su mucha instruccion y conocimientos adquiridos en sus viajes y destinos, hacen mui apreciables sus prendas y duraderos en mi gratitud sus favores.—Con igual razon será adorno de mi

Diario la memoria de su digna esposa, mi señora la Duquesa María Manuela Pygnately, hija de los Excmos. Señores Condes de Fuentes, quien por sus talentos, rara discrecion y virtud tiene un lugar tan distinguido entre las señoras españolas de su clase, y en mi estimacion por las muchas honras que le merecí, tanto en la corte de Turin como en la de Madrid.

Hallábase tambien en casa de los mismos señores Embaxadores su tio el señor Abate D. Josef Pygnately, ex-jesuita, que habia venido desde Bolonia á verlos, y no será ésta la última vez que yo haré mencion de este eclesiástico amable y erudito, pues durante nuestra mansion en dicha ciudad le seré deudor de particular amistad.

Dia 4 *de Mayo de* 1780.—Era la festividad de la Ascension, y el mismo señor Embaxador nos tenia sacadas anticipadamente del señor Arzobispo las licencias de celebrar. Yo dixe misa en las Monjas de la Anunciata, iglesia pequeña, pero mui pulcra y primorosa. Cuando fuimos á la Catedral ya se finalizaba la mayor, que cantó el citado Arzobispo. El Cabildo con sus vestiduras canonicales de sotana violada, roquete y muceta con armiños. El Seminario conciliar, sotana morada, *rabat* ó valonilla blanca y sobrepelliz sin mangas. El templo es grande y antiguo. La capilla donde se venera el *Santo Sudario* está toda revestida de mármol negro y muestra magnificencia. Tiene un crecido número de lámparas, cuyos vasos, todos de cristal estriado, hacen á la vista, con las luces, un raro efecto. Despues entramos en la iglesia de Padres de San Felipe Neri, que es de una nave espaciosa, un crucero y cimborio, en todo mui aseada. Siéntase el pueblo (como sucede en las más de las iglesias de Italia) en bancos que forman multiplicadas filas desde los piés de la iglesia hasta la capilla mayor, unos delante de otros, mirando al tabernáculo, con la separacion conveniente para dexar bastante tránsito y entrada por el medio y por los costados.

Al mediodía nos dió nuestro Embaxador una comida espléndida, siendo del convite el Cuerpo diplomático, esto es, los Embaxadores y Ministros extranjeros con algunos señores del país. Por la tarde fuimos en coche al bello paseo del *Valentino* y luego al de la Ciudadela, que está dentro de las murallas, ambos con mui buena alameda de olmos. Paseábanse á la sazon algunas personas Reales, como el Duque de Aosta y el de Monferrato, hijos del Rey; María Josefa y María Teresa, hijas; el Duque de Chablais, hermano, etc. Al anochecer hubo tempestad de truenos.

Día 5 *de Mayo.*—La ciudad de Turin es de las más hermosas, alegres y bien plantadas de la Italia y quizá de la Europa. Está mui poblada y fortificada. Su situacion es en el confluente de los rios Pó y Doria-Riparia, que en el país llaman *Doxagrosa.* La igualdad de sus edificios; lo despejado de sus plazas; lo ancho y bien trazado de sus calles, que se limpian frecuentemente por medio de arroyos traidos del rio, y, finalmente, sus fértiles y amenos contornos, que, por un llano bien cultivado, se extienden hasta las faldas de los montes vecinos, la constituyen en uno de los domicilios más cómodos y deliciosos para la vida humana. Además de la Catedral, tiene diez parroquias y un gran número de conventos. Dividen la ciudad en nueva y vieja: esta última no tiene tan buenas casas, y las calles son estrechas y sucias. Por la mañana de este dia estuve en la calle del *Pó,* que es bastante larga y mui ancha, con magníficos portales desde la Plaza de Palacio Real hasta la puerta que mira á dicho rio. Los tales portales están acompañados de tiendas, y por ellos se pasea la gente. En su recinto está la iglesia de San Francisco de Paula. De la misma Plaza de Palacio, ázia el lado opuesto, sale la otra gran calle llamada de la *Dora-grosa* porque mira á aquel rio, que tambien es mui larga, más igual y más hermosa, sin portales y gran número de tiendas. En ella (afeando un poco lo recto de la acera) se halla una

torre coronada de un torito ó *torino*, en alusion al nombre de la ciudad. Por lo demás, todas las casas son de igual altura, fachada y órden arquitectónico.

Presentacion de los ilustres viajantes á los Reyes y personas Reales. El Rey de Cerdeña *Víctor Amadeo*, bajo, de un aspecto comun, manifiesta mucha bondad. La Reyna *Doña María Antonia Fernanda* es un retrato de su hermano nuestro Cárlos III, afable y virtuosa. El Príncipe del Piamonte parecia mui delicado y enfermizo; la Princesa, su esposa, hermana del Rey de Francia *(María Adelayda Clotilde)*, monstruosamente gorda y bien encarada. No tienen sucesion. Fuimos por la tarde al Real Sitio de la *Veneria*, famoso Palacio á una legua de Turin, en una campiña verde y risueña, entre el *Pó*, el *Doria* y el *Estura*. El edificio es majestuoso y bien adornado en todas sus partes; pero señaladamente son dignas de admiracion: la *galería*, la *orangerie* ó pieza donde se recogen por el invierno los naranjos en sus grandes tiestos; las *caballerizas*, los *jardines* y la *capilla*, etc. Volvimos de esta agradable expedicion al anochecer.

Dia 6 *de Mayo*.—Hoy, despues de misa, me fuí á aquella parte de la ciudad llamada el *viejo Turin*, donde está la plaza principal del mercado, que no tiene ningun primor. Habia enormes montones de quesos de Parma de un gran diámetro, y unas vasijas, á manera de harneros, colmadas de *palenta*, que es una especie de poliada ó gacha dura, hecha de harina de maiz y agua, al fuego, lo que sirve de pan cuotidiano á la gente ordinaria, que la va á comprar en tajadas como tocino. Despues entré en algunas librerías francesas, y por la tarde me estuve paseando con el señor Embaxador en la muralla que está ázia la parte del *Pó*. Esta noche tuvimos en casa gran funcion, brillante asamblea. Más de ochenta damas de la primera nobleza, todas á la francesa, bien puestas, bien alegres y bien parecidas, acudieron por convite de la señora Embaxadora, como

tambien un crecido número de caballeros y oficiales de tropa. Grande iluminacion y refresco abundante de sorbetes, servidos por pajes durante toda la noche, al uso de Italia. Bayle solemne, orquesta de instrumentos, juego y conversacion hasta las dos de la madrugada.

Dia 7 de Mayo, domingo.—La iglesia de San Lorenzo de los Teatinos está en las inmediaciones del Palacio Real. Es ostentosa, bien adornada y de una arquitectura rara, por la osadía de sus arcos y bóbedas. Su autor fué el *P. Guarini*, buen arquitecto. A esta iglesia acude siempre mucha gente, y á ella, como á las demás, suelen ir á pié las señoras más principales acompañadas de algun dependiente suyo. Por la tarde fuimos á la *Viña de la Reyna*, casa de recreo cerca de Turin, la cual es mui graciosa por sus adornos, sus vistas, su bosquecillo y su jardin florido. Despues volvimos al paseo público de la ciudadela, donde estaban los Reyes, los Príncipes del Piamonte y otras personas Reales.

Dia 8 de Mayo.—El *Valentino* es otro Palacio y casa de campo del Rey de Cerdeña, sobre el *Pó*, al extremo de una alameda cercana á la ciudad. Hoy lo anduvimos todo: tiene muchas buenas pinturas y un gran jardin con calles deliciosas. Cultívase tambien allí un *Jardin botánico* con bastantes plantas exóticas.

Dia 9 de Mayo.—Entramos en el *Arsenal*, edificio sólido y grandioso, donde da mucho golpe el órden admirable con que los fusiles y demás armas y útiles forman varios cuerpos de arquitectura con el mayor aseo y primor. Tambien se halla en él la fundicion de cañones de bronce, cuyos hornos, moldes y máquinas registramos, especialmente la máquina para taladrarlos, movida por agua. Despues pasamos á la fábrica de tapices, y de allí á las salas de una nueva Academia de Nobles Artes, que en

nada pueden competir con las de Madrid. Hubo en casa banquete y comieron algunas señoras, entre ellas la Marquesa *Carally;* y por la tarde fuimos al camino de la *Veneria* á ver pasar la corte, que mudaba de sitio. En medio de la larga alameda está un convento de capuchinos, en cuya iglesia nos apeamos y pude leer la inscripcion sepulcral del Mariscal de *Marsin,* General francés muerto en el sitio que puso á Turin en 1706.

Dia 10 *de Mayo.*—Estuvimos en la *Viña,* esto es, en la casa de campo que tenia nuestro Embaxador en la hermosa colina que rodea á Turin, cuyas vistas á las viñas contiguas, á la ciudad y á los Alpes, son deliciosas. Tiene lindos paseos y una capillita mui aseada.

Dia 11 *de Mayo.*—Visitamos la Universidad, fundada en 1505; pero lo que hai que ver en ella es el nuevo Museo de antigüedades. Desde el átrio, que es espacioso, se encuentran muchas lápidas é inscripciones romanas. Las salas, que están todas al piso de la calle, son mui desahogadas, claras y limpias, con armarios primorosos de excelente madera. Las curiosidades consisten en estátuas antiguas de mármol, bustos, idolillos, lámparas, vasos etruscos, mosáicos, momias de Egipto, utensilios paganos y diferentes antiguallas egipcias, en especial una gran lámina, ó mesa de cobre, llena de jeroglíficos y figuras. Hai tambien un bello monetario. El Sr. *Ferin,* que es el Director, quedó conmigo de hacer cambio de sus medallas duplicadas por las de nuestra Academia de la Historia de Madrid, conforme al encargo que el señor Conde de Campomanes me habia hecho al tiempo de mi partida. Hai una numerosa Biblioteca. Luego estuvimos en la Academia ó Seminario de Nobles. Despues en el teatro de la Opera, que es bonito, y últimamente en el salon y escaleras del Palacio de los Príncipes del Piamonte, arquitectura de *Guibarra.*

Dia 12 de Mayo.—A las siete de la mañana salimos de Turin en cuatro coches con los señores Embaxadores Sousa, Ministro de Portugal; Codronguy, de Roma; el Abate D. Joseph Pignately, cuya expedicion se dirigia al famoso santuario y Real Panteon de *Superga.* Está en una eminencia á tres millas de la ciudad, cuyo camino, aunque de mucha subida, es alegre y frondoso, poblado de robles y castaños, como lo restante del cerro. El templo, arquitectura de Guibarra, tiene magnificencia, y los mármoles, de que está todo revestido, son de colores varios. Dedicólo *Víctor Amadeo I* á Nuestra Señora, en memoria de la victoria obtenida en 1706, que obligó á levantar el sitio puesto por los franceses. Los cláustros y toda la habitacion de los Canónigos de esta Colegiata, respiran alegría. La Biblioteca es buena: mejor el Refectorio. El Panteon Real está en una hermosa bóbeda subterránea, donde se ven dos soberbios sepulcros de mármol casi transparente, estátuas, vasos. Las vistas, especialmente desde la cúpula del templo, son las más singulares del mundo, por la perspectiva de los países que se descubren. Almorzamos allí; vimos dos señoras prusianas que viajaban y habian ido aquel dia, como nosotros, á la *Superga,* y nos volvimos á hacer mediodía en Turin. Por la tarde estuvimos en el cuarto del *P. Beccaria,* clérigo menor, uno de los sábios más célebres de Italia por sus conocimientos físicos y plausibles experimentos sobre electricidad. En nuestra presencia tuvo la condescendencia de executar algunos mui curiosos. Un péndulo de cobre, en el vacío, colocado entre dos bolas de metal y electrizado, empieza y continúa sus oscilaciones. Un cañoncito de vidrio con dos alambres en los extremos, y entre ambos una gota de agua ú de aceite, en cargando la batería eléctrica y descargándola con la chispa de alguno de los alambres, se rompe el cañoncito en dos pedazos, lo que no sucede cuando está enteramente lleno de agua. La chispa eléctrica reduce una hoja de oro en polvo violado. Enciende el

polvo de pez griega. Excita una gran luz en el azúcar. Reduce el cinabrio en azogue. En una plancha mui tersa de metal imprime los colores del iris. Llovia mucho, por lo que la electricidad no estaba vigorosa.

Dia 13 *de Mayo.*—Registramos todo el Palacio del Rey, cuyas piezas son magníficas y puestas con el debido aseo; pero nada llamó tanto la atencion como las muchas y excelentes pinturas italianas, y con más abundancia, flamencas. Es una de las más bellas colecciones que se pueden desear. Hai un quadro que representa la luz de un candil, con tanta verdad que todavía me dura la ilusion. La galería, revestida de jaspes y mármoles exquisitos, es mui hermosa. La Biblioteca tambien lo es. El jardin. Por la tarde fuimos al Real Sitio de *Estupiñiz*, á tres cuartos de legua de Turin, por un camino llano y divertido, orlado de arboleda. Este Palacio está destinado á la caza del ciervo. Tiene un magnífico salon, obra de Guibarra, con cuatro puntos diametrales de puntos de vista ó *lontananzas* ázia los inmediatos jardines y sus avenidas. El cuarto del Rey, el de la Reina, de los Príncipes, del Duque de Chablais, son todos primorosos. Bien pintados los techos, y los suelos con aquel género de mosáico ó *bástrico* que no ofrece sino una sola masa del jaspe más precioso. Los referidos cuartos se ven adornados de pinturas que representan al natural las diferentes batidas de ciervos que ha hecho la corte con particular pompa. Los jardines son bellos; el parque, frondoso y dilatado; la entrada al Palacio y los adornos del frontispicio, todo gracioso.

Dia 14 *de Mayo.*—Era domingo: dixe misa en las Monjas de la Anunciata: llovió todo el dia; no salí.

Dia 15 *de Mayo.*—Hoy nos salimos por un paseo delicioso y ameno á ver la fábrica de tabaco del Rey. Queda cerca de la ciudad. La cosecha de esta planta es abundan-

te, y la máquina para triturar la hoja, aunque voluminosa, mui simple y bien imaginada. Muévela el agua, que corre allí caudalosísima.

Cuando volvimos nos divirtió el encuentro de una especie de procesion, compuesta de personas de ambos sexos, todas en traje de penitentes blancos, con sus capirotes y disciplinas en las manos.

Dia 16 *de Mayo.*—La iglesia de las Monjas del *Crucifixo* es mui pulida. Dixe misa en ella, y los ornamentos de su sacristía son en extremo aseados. Despues acompañé al señor Marqués á San Lorenzo de los Teatinos; á la Catedral; á la Trinidad, iglesia primorosa, y luego, por diferentes calles, á la plaza del mercado del viejo Turin, que, por ser dia de fiesta, estaba enteramente barrida y sin víveres. Hubo gran convite en casa, y por la noche me anduve solo de paseo por los portales de la calle del Pó; plaza de San Cárlos, que es la más hermosa de Turin, tambien con portales, y plaza de Palacio, donde estaban divirtiendo al pueblo, en parajes distintos, dos compañías de charlatanes y charlatanas, cada una en su respectivo tabladillo. Vístense de trajes y pelucas ridículas; representan y cantan sus bufonadas, tocan sus violines y otros instrumentos, y para sacar dinero, arrojan de cuando en cuando las actoras de mejores barbas un pañuelo, atado en peloton, á alguno del concurso, que á fuerza de hombre galante, debe volvérselo á arrojar con algunas monedas. Tambien estaba encaramado en otro palenque un *Improvisador*, esto es, un poeta inspirado que pide le den el asunto y sobre él compone de repente octavas, rimas ú otro cualquier género de verso, lo que es mui comun en Italia. La musa no le soplaba á éste con felicidad.

Dia 17 *de Mayo.*—Por la mañana salió conmigo el señor Marqués, á pié, á dar una vuelta por la ciudad. Entramos en el Hospital, cuyos patios y salas son despejadas

y con mui buenas luces. Hai en él 500 camas, y cada una la mantiene la caridad de éste y aquel particular, cuyos nombres se explican en sus respectivos carteles. Luego seguimos registrando diferentes portales, patios y jardines de algunas casas, y fuimos á recorrer tiendas y librerías. Por la tarde marchamos todos al Real Sitio de *Montcalier* por un agradable camino de dos millas á la ribera del *Pó*. Es un Palacio con dos galerías mui largas, adornadas con retratos antiguos por la mayor parte: entre los modernos está el del célebre Rey de Prusia, manchado todo el vestido de tabaco. Los cuartos son pequeños, con algunos buenos muebles; pero sólo es primoroso el de la Princesa del Piamonte. Hai una sala, cuyos ladrillos pintados imitan la que los franceses llaman *Boiserie;* un parque frondoso; un estanque lleno de pececillos roxos y dorados de la China.

Dia 18 *de Mayo.*—Vimos el gabinete de Historia Natural del Doctor en Medicina *Alion*, que contiene una preciosa coleccion de fósiles, petrificaciones, herborizaciones, impresiones y piezas del reino mineral, como metales, semimetales, minerales, conchas, insectos, etc.

Dia 19 *de Mayo.*—Fuí con el señor Marqués á la iglesia de los Padres de San Felipe, la misma en cuya sacristía no dexaron decir misa al Sr. D. Pedro, porque decian que la sotana *española no era decente.* Luego, por varias calles, á la de *la Dora;* á la iglesia de Padres de la Doctrina christiana, que fué de los jesuitas y es mui hermosa. Por la tarde pasamos á uno de los dos nuevos *cenotafios* ó cementerios que se han establecido en esta córte, á distancia suficiente de la ciudad. Es un edificio á propósito, en un campo frondoso, con su pórtico, grande átrio y buenos portales, con sus sepulcros, capilla, casa de un sacristan y epitafios en las paredes, no de mui buen gusto.

Dia 20 *de Mayo.*—La mañana, despues de misa, fuí

tambien de otro paseo á pié con el señor Marqués por diferentes iglesias y alameda de la ciudadela. Por la tarde estuvimos en los jardines del Rey, sobre las murallas, que aunque en corto recinto son mui deliciosos y amenos. El diseño es del célebre francés *Le Nôtre.*

Dia 21 *de Mayo.*—Hoy fuimos á la iglesia de Santo Domingo por ver una bella pintura del *Guerchino,* y despues al Palacio del *Príncipe de Carignan,* cuya fachada y escaleras rotondas son mui raras. Creo que tambien es arquitectura de *Guarini.* Por la tarde la *Beneditione* con el Santísimo en varias iglesias, por ser domingo de la Trinidad, y despues fuí en coche con la señora Embaxadora al paseo público.

Dia 22 *de Mayo.*—Despedidos de los señores Embaxadores, despues de haver hecho un almuerzo-comida, salimos de la bella Turin á las doce en punto por la puerta del *Pó*...

....

Extracto relativo á Turin del «Diario de mi viaje desde Madrid á Italia y Alemania en compañía del Excmo. Señor D. Joseph de Silva Bazan, Marqués de Santa Cruz, Grande de España, Caballero de la insigne Orden del Toison, Gran Cruz de la distinguida Orden de Cárlos III, Comendador de la de Santiago, Gentilhombre de Cámara de S. M. con egercicio y su Mayordomo Mayor, Director perpétuo de la Real Academia Española, etc., y de su hermano el Sr. D. Pedro de Silva, Presbítero, Comendador de Elpas en la Orden de Alcántara, Capellan Mayor del Convento de la Encarnacion, etc., por los años de 1780 y 1781.»

(Manuscrito redactado por D. José de Vieyra y Clavijo, que se conserva en los Archivos de la casa de Santa Cruz.)

III

D. RAFAEL CASALBÓN Y GELI (1)

(1729-1787)

Su nacimiento fué en *Zaragoza* en 24 de Octubre de 1729. Estudió en la Universidad de esta ciudad Filosofía, Teología y Cánones, habiendo antes sido uno de los individuos que en 1744 más lucieron en el certamen retórico-poético que se tuvo en sus escuelas. Recibió el grado de Doctor en aquellas Facultades en la Universidad de Tolosa, con el mayor aplauso, en 1758, y sus sabios conocimientos, crítica y erudición le dieron mucho honor, como el desempeño que tuvo en la oratoria sagrada. Entró á servir á S. M. en su Real Biblioteca en 5 de Enero de 1762, y permaneció en ella hasta el 15 de Mayo de 1787, en que murió. Se ocupó también en corregir y adicionar, en compañía de los eruditos D. Tomás Sánchez, D. Vicente García de la Huerta y D. Juan Antonio Pellicer, los artículos, así impresos como manuscritos, de la *Biblioteca Hispana Nova* de D. Nicolás Antonio, que trata de los autores que escribieron desde el año de 1560 hasta el de 1684, en que murió este célebre literato. Después de haber trabajado en estas adiciones y correcciones, le encargó su Jefe, el señor D. Juan de Santánder, que mientras continuaban estos trabajos Sánchez y Pellicer, supliese los artículos que

(1) Latassa, *Biblioteca nueva de los Escritores aragoneses*, V, págs. 448 á 450.

omitió D. Nicolás Antonio y que pertenecían á su tiempo ó de los que debía haber hablado en su *Biblioteca*, y suspendió este escrito en la letra F, esto es, en los Franciscos; bien que todos estos manuscritos quedaron guardados en dicha Real Biblioteca, porque la reimpresión que ésta ha hecho de la *Nova* de D. Nicolás Antonio salió conforme la dejó su autor. En 1771 murió D. Juan de Iriarte, Bibliotecario de S. M., y en el día 11 de Octubre de 1772 dió el mismo Monarca á D. Rafael Casalbón la plaza de Iriarte; y como éste publicó el primer tomo de la *Biblioteca griega*, que había de constar de dos volúmenes, el referido Sr. D. Juan de Santánder encargó á D. Rafael su continuación, á cuyo fin evacuó muchos códices griegos, haciendo crítica y erudita descripción de ellos. Murió el Sr. Santánder en 23 de Septiembre de 1783. Entró inmediatamente su sucesor, y no se sabe por qué entonces se interrumpió esta obra. Además de esto, como en los códices griegos de la Real Biblioteca encontró D. Rafael muchas piezas inéditas, las copió y después las vertió al latín, y de estos *Opúsculos greco-latinos* hay como unos seis ó siete tomos en 4.° Los *Opúsculos* se los dejó á su amigo y discípulo D. Miguel de Otamendi; los trabajos de biblioteca quedaron en ella, de que se infiere que D. Rafael escribió:

1.—*Muchas memorias literarias de utilidad y gusto en la erudición y en las noticias.* Y no dejan de serlo las que reunió con una crítica aventajada en las

2.—*Actas de San Cosme y San Damián, médicos árabes, y pruebas de la inverosimilitud con que se han pretendido introducir otros santos con este nombre*, que publicó en 1785 en Madrid, en la Imprenta Real, en 4.°, dedicándolas á los mismos santos, venerados en su santuario de Guara de Aragón, de que fué algún tiempo Rector. Consta esta eruditísima obra de 232 páginas, sin las que ocupa la dedica-

toria, donde trata de la historia del sitio y santuario de Guara, donde es célebre la devoción á estos santos, que representa en esta obra en una lámina fina, juntamente con el referido sitio.

3.—*Continuación de la Biblioteca griega de D. Juan de Iriarte.* Reconoció para este fin 84 códices, como consta del *Memorial literario,* parte segunda, del mes de Mayo de 1789, pág. 131.

4.—*Versión al latín de diversos opúsculos griegos inéditos,* que se contienen en siete tomos en 4.°, según el citado *Memorial.*

5.—*Otros diversos papeles* estimables por sus asuntos y modo de tratarlos.

Á la alabanza que le da el prólogo del tomo I de la *Biblioteca Hispana Nova* de D. Nicolás Antonio en su última edición, al fin, pudiera juntarse la que hicieron de él muchos varones doctos, especialmente de los que le conocieron.

INDICE

APÉNDICES



Acabóse de imprimir este tomo en Madrid, á expensas
de la Duquesa de Villahermosa, en el
Establecimiento tipográfico de la Viuda
é Hijos de M. Tello, el día 19
de Marzo del año de 1896,
festividad del glorioso
Patriarca
San José.







